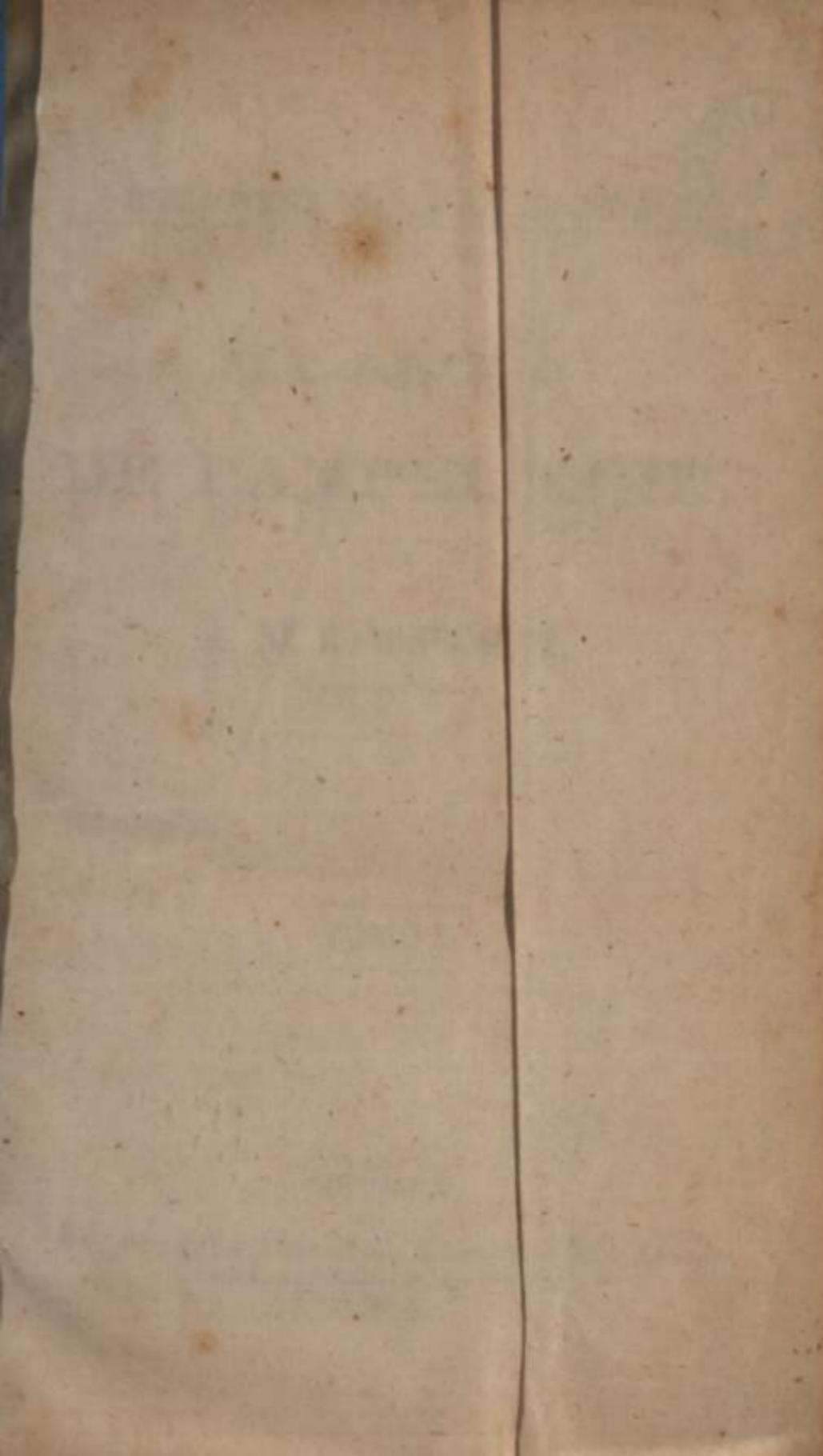


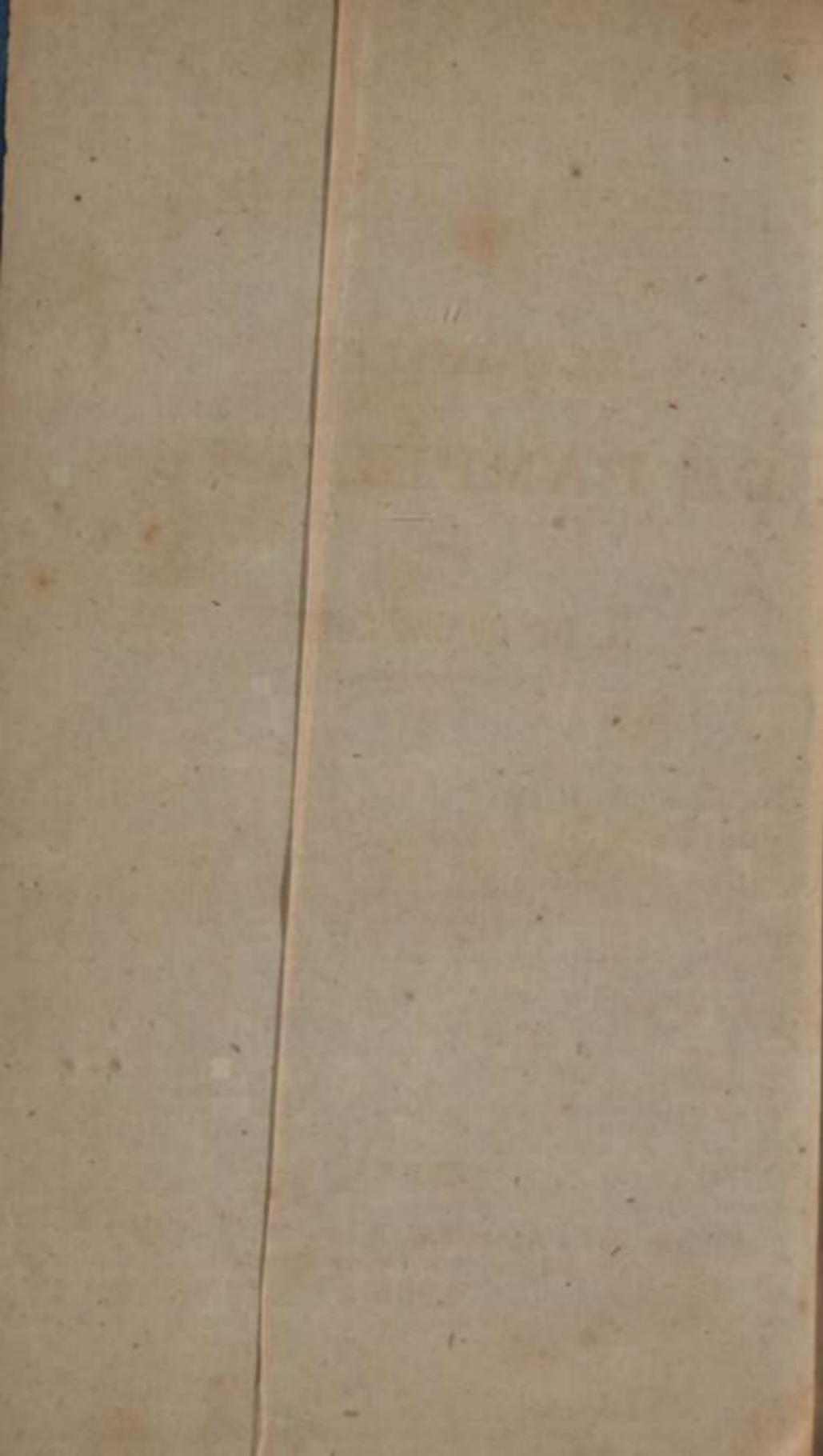
1577

allero

lonne

1577





17 cmj.
R.43.543

BIBLIOTECA DE LA ANDALUCIA.



EL CABALLERO
DE PAMPELONNE,

POR

A. DE GONDRECOURT.

TOMO I.

SEVILLA.

Est. tip. de LA ANDALUCIA, Monsalves 29 y Catala-
nes 4, esquina á la de Tetuan.

1864.



BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD

EL CAMPEÓN

DE PAMPALONA

A DE GOVERNMENT

1884

1884

PRIMERA PARTE.

LA FORTALEZA DE ANGERES.

III.

Un sobrino gascon.

En los primeros días del mes de setiembre de 1585 á la caída de la tarde, un caballero, montado en un brioso corcel, rechoncho y bien enjaezado, adelantaba por un sendero orillado de elevados álamos, que costeaban la ribera izquierda del Mayena, engrosado con las aguas del Sarthe: era, por consecuencia, entre el Loira y la ciudad de Angeres por donde caminaba nuestro viajero.

Vestia una sotana parda, un algamello blanco y un sombrero triangular colocado muy superficialmente sobre la selva de cabellos ro-

jos que cubria su cabeza: su barba era abundante y larga, y sus piernas, aprisionadas en altas botas de montar, oprimian los ijares de su caballo con mas aire de ginete del que parecia natural en un abate de la época.

Existia gran analogía física y moral entre el hombre y su caballo, siendo una relacion señalada en todos tiempos esa relacion íntima establecida casi siempre entre el ginete y la cabalgadura. Si el primero es grueso, de buen humor, consagrado á empresas fáciles, si canta y trinca cuando hay ocasion, el animal que le lleva tiene los miembros fuertes, la cabeza ligera, es perezoso en la partida, ligero para volver á la cuadra; en salud es robusto y su pelo es lustroso. Si por el contrario el ginete es ágil, violento, su corcel tiene fuego en sus cuatro remos; y si por último es apático, de humor sombrío, su caballo, tiene los ojos tristes, las orejas caidas, tendido el cuello... No sin motivo el inmortal Cervantes hizo montar á D. Quijote sobre el flaco rocicante, poniendo á Sancho Panza sobre un robusto asno.

Nuestro abate tenia la mirada viva, franca, atrevida; pero todo lo demás anunciaba en él un espiritu pacífico, sobre todo su inmenso abdomen y su sonrisa socarrona. Caminaba, pues,

sobre su corcel acanelado y rechoncho, ganando una legua cada tres cuartos de hora sin que este pareciese fatigado.

Al volver un recodo del camino á dos millas sobre poco más ó ménos del castillo de Angeres, el ginete tiró de la brida al caballo que se contuvo, torció por un sendero, subió á una pequeña colina, y allí nuestro hombre se cruzó de brazos y contempló las almenadas del castillo que dominaba la ciudad. Hubiérase dicho que desde allí estudiaba las fortificaciones de la ciudadela, preparando un plan de ataque. De repente cambió su rostro de espresion, una nube sombría cubrió su frente y en su rostro se pintó la vacilacion, la inquietud... pero en breve esta severidad cedió el puesto á una espresion tranquila, que parecia ser la habitual de aquel semblante.

Estendió su brazo derecho con el puño cerrado, el índice tendido, y como haciendo al castillo una seña de amenaza, murmuró:

— ¡Nos veremos!

Debemos advertir que, al decir estas palabras, una sonrisa maliciosa animó el rostro del viajero. Terminada esta pantomima, el caballero echó pié á tierra con más ligereza de la que parecia natural atendiendo á su abdomen, y llevando el caballo hasta un arroyuelo

que cerca corría, bañó con agua fresca las ancas y pescuezo del brioso animal enlodando con agua y polvo sus patas, estraño atavío que el caballo sufrió con la mayor complacencia.

Después, el abate montó de nuevo siguiendo al trote corto el camino de la ciudad, colocando su sombrero de manera de adquirir aire de novicio y de imbécil á la vez.

Al entrar en la ciudad nuestro abate tropezó con dos jóvenes de espada al cinto, que soltaron la carcajada al contemplar la raída sotana de nuestro abate, sus botas de montar que contrastaba estrañamente con su traje clerical y su aire bonachon que tan mal sienta á un buen ginete. El abate tuvo un movimiento de cólera, su rostro se tiñó de carmin y tuvo impulsos de saltar á tierra... pero conteniéndose al punto, picó espuelas al caballo y siguió á galope sin hacer caso de las carcajadas de los dos jóvenes burlones.

Un poco mas allá, el viajero encontró á una mujer anciana ocupada en hilar delante de la puerta de su casa; detúvose ante ella y la dijo:

—Buena mujer, ¿podreis decirme si el señor comandante Halot está en su castillo?

Como es la primera vez que oimos hablar á este personaje, fuerza es decir que su voz

era muy dulce, revelando su pronunciaci6n gutural que era hijo de Gascuña. La pregunta fué hecha con urbanidad, es decir, con sombrero en mano.

—Padre, repuso la anciana, sin duda venís de muy léjos cuando me preguntáis si Carlos IX ha muerto.

—¿Qué quereis decir?

—Que Mr. de Halot no manda ya en el castillo desde la muerte de monseñor de Alençon.

—¡Ah! repuso el abate afectando un aire contristado: me dais una triste noticia.

—Pues es verdadera por desgracia, porque Mr. Halot es un escelente realista, un enemigo de la heregía y de los Guisa, mientras que Mr. de Cossé Brissac, que está en su lugar, es uno de los mas enlusiastas ligueros.

—¡Peor, tanto peor! ¡Válgame Dios! Hé hecho un viaje bien útil. ¡Qué triste es venir de tan léjos y volverse sin abrazar á un tio á quien tanto se ama!

—¡Ah! eso es distinto: si habeis venido á abrazar al comandante Halot, no habeis perdido el viaje. Vive en nuestra ciudad, querido de todo el mundo.

—¿Vive querido de todos? ¡Ah! ¡qué alegría! ¿Me decís dónde vive, amiga mía?

—En la calle de Mula coja, aquí al lado; yo misma os conduciré. Soy madre de las criadas que tiene en su casa.

—¡Me hareis un señalado favor?

La anciana echó á correr seguida del caballero y entró en un patio dilatado. El abate, que la seguía, entró detrás.

En el fondo de aquel patio había un peristilo, en el cual se veían algunos criados descansando; el caballero, mientras su mensajera entraba á anunciarle, echó pié á tierra con la lentitud del hombre obeso y cansado de fatiga, haciendo seña á uno de los criados para que viniese á hacerse cargo de su caballo. Como la seña era una y los criados cuatro, ninguno se creyó obligado á interpretarla; los criados, entonces, como hoy, se hacían notables por la holgazanería.

Entre tanto la anciana volvió gritando desde el peristilo con voz áspera y chillona:

—¡Dice el señor comandante que su sobrino es un bribon, para el cual tiene cerradas sus puertas!

—Entonces, anunciadle que entraré por una ventana.

Y mientras entraban á comunicar al comandante tan atrevida respuesta, el viajero

arrojó la brida sobre el cuello de su caballo y avanzó hacia la escalinata.

—¿Se habrá visto un tunante más atrevido? dijo una voz en la parte interior de la casa; venid, señores, vereis cómo le recibo.

Y al terminar estas palabras el comandante se presentó seguido de dos caballeros que estaban en su compañía, encontrándose frente á frente con el abate que saltando á su cuello y dándole un ósculo junto á la oreja izquierda exclamó:

—¡Tio querido!

Y despues rápidamente en voz baja:

—Decid que lo sois; si no os estrangulo como á un perro.

La observacion no era nada lisonjera, y el abate no le soltaba; por fin, el comandante pudo desasirse de su importante sobrino; pero como viese á este llevar una mano bajo su sotana, se apresuró á esclamar:

—¡Por el diablo, que no era fácil reconcerte! Has engruesado mucho.

—Me cuido bien, tio, repuso el abate, repitiendo su abrazo, y diciéndose rápidamente al oido:

—Bautizadme con cualquier nombre; soy enviado del duque de Espernon.

—Señores, repuso el comandante, volvien-

do á sus amigos: os presento á mi sobrino Jacobo Clemente.

Los dos amigos del comandante se inclinaron ante el nuevo presentado, retirándose despues para dejar al tío y al sobrino en toda libertad de hablar.

—¿Qué es esto, haraganes? repuso el comandante volviéndose á sus criados. ¿No vais á llevar el caballo de mi sobrino á la cuadra?

Ante esta orden enérgica de su amo, los cuatro criados se pusieron en pié.

—¡Dadle de comer, refrescadle! exclamó el abate con imperio. ¡El pobre animal viene muerto de hambre!

Y como los criados se detuviesen con ademán incierto, el comandante les dijo:

—¡Obedeced! Mi sobrino es aquí el amo.

—Ahora que mi caballo se va á la cuadra, vamos nosotros á la mesa, dijo el viajero con resuelto ademan.

El comandante examinó de piés á cabeza á aquel personaje original, y no encontrando nada que oponer, se adelantó para guiarle á sus habitaciones.

—Parece, tío, que no os dais mala vida á pesar de estar en desgracia: llega aquí un perfume de las cocinas que consuela mi estómago.

—Espero algunas personas á cenar.

—¿Amigos?

—No, enemigos.

—Eso es más divertido. Y ¿dónde escogéis vuestros enemigos?

—¿Cómo!

—Quiero decir que si son partidarios del rey de Navarra.

—No.

—¿Ligüeros?

—Cuando os conozca mejor seré mas comunicativo.

—Como gustéis. ¿A qué hora se cena en vuestra casa?

—A las ocho en punto.

—Algo tarde me parece. ¡Uff!... estoy muerto de fatiga.

Y diciendo esto el abate se dejó caer en un sillón, reclinó la cabeza en el respaldo, y cerró los ojos.

Halot se dirigió lentamente á la pared que adornaban varios trofeos de armas, tomó un puñal, avanzó hácia su huésped, y colocando una rodilla en su vientre, y sacudiéndole con una mano mientras agitaba el arma con la otra, exclamó:

—¿Quereis decirme, señor intruso, quién sois?

—¡Yo! dijo el gascon sin alterarse.

—Vos.

—Soy el caballero de Pampelonne; ¿sabeis dónde está Pampelonne?

—Ni me importa; me explicareis la indigna farsa que habeis venido á representar.

—Pues Pampelonne es una aldea muy linda, muy coqueta, situada á orillas del Lot: las ventanas de mi castillo gozan unas vistas magnificas. Es la única propiedad que no han querido los usureros, y por consecuencia, la única que conservo. De todo el terreno que se descubre desde mi arruinado castillo no me pertenece ni una pulgada de terreno: todo lo he perdido ó empeñado, por lo cual comprenderéis que soy más pobre que las ratas.

—Pareceisme algo charlatan, señor caballero; observad que la punta de mi cuchillo no os abandona, y que teneis que hablar alto y claro.

—Claro, lo haré; alto, no puedo! ¿habeis cerrado esa puerta?

—Sí, acabad.

—¿Conoceis al duque de Espernon?

—Mucho.

—Y yo tambien.

—Mejor para vos.

—Pues dicho esto, creo que ya sabeis bastante. Vamos á dar una vuelta por la cocina.

La punta del puñal rozó ligeramente el cuello del gascon que continuó sin turbarse:

—Apuesto á que aguardais amigos del duque de Espernon.

—Cierto.

—Yo tambien; y para hablar con vos, me ha puesto él mismo en camino de Angeres. Perdonad, amigo, vuestro puñal me pincha un poco.

—¿Es decir, que os envia el mismo duque? repuso Halot desembarazando á su huésped de su puñal.

—Precisamente: sentaos, y puesto que lo quereis absolutamente, hablemos antes que vengan vuestros convidados. Tenemos prisa, ó mas bien la tengo yo.

El comandante arrastró un taburete, se sentó, y sin abandonar su puñal dijo:

—¿Me permitireis conservar este juguete?

—Como gustéis: yo tomaré en cambio mi breviario.

El gascon sacó de entre su ropa talar un cuchillo corvo que colocó sobre sus rodillas.

—¿Sabeis, señor abate, dijo Halot sonriendo al ver tales preparativos, que tenéis mane-

ras singulares para un hombre dedicado á la Iglesia?

—Si he de confesar la verdad, la sotana me pesa.

—¿Por qué no la dejais?

—La dejaré.

—¿Pronto?

—Cuando vos hayais recobrado la comandancia de la fortaleza de Angeres.

—Entonces morireis con tonsura.

—¿Qué sabemos!

—El rey, dominado por Guisa, como Adan lo estuvo por el diablo, no me repondrá nunca en mi cargo.

—¿No sabeis quién es el duque de Espernon?

—¿Quién no conoce al niño mimado de la Francia?

—No murmureis ó me obligareis á enfadarme, escuchad: Guisa es el veneno, Espernon el antídoto. Lo que el uno aconseja, el otro no lo quiere; lo que destruye el primero, lo reconstruye el segundo. Asi, pues, lo que el de Lorena os ha demolido, traigo yo el encargo de reedificar.

—Es decir que bajo esa sotana...

—Se esconde un Cuarenta y Cinco (1).

(1) El duque de Espernon habia organizado

—Esos cabellos rubios...

—¡Peluca!

—Esa barba cerrada...

—¡Postiza!

—Ese vientre...

—¡Algodón!

—La prueba.

El gascon apoyó la punta del cuchillo sobre su vientre, internó en él dos pulgadas, y el arma quedó clavada en el agujero que había abierto.

—Creo que podemos abandonar las armas, dijo Halot sonriendo y arrojando, el cuchillo sobre una mesa.

—Puesto que nos entendemos, cerrad vuestro puerto por esta noche.

—¿A mis convidados?

—Sí.

—¿Y mi cena?

—Nos la comemos solos?

—Sea: voy á hacer avisar al capitán Aneyre que la fiebre me tiene postrado en el lecho.

—¿Quién es ese Aneyre?

—El sub-gobernador, el segundo de Brisac; un noble griego.

una compañía de cuarenta y cinco nobles todos gascones, que eran la guardia de honor de Enrique III y no le abandonaban nunca.

—¿No es él el que manda la ciudadela mientras Brissac está en la corte?

— Justamente.

—¡Pardiez! dejadle venir: que tome su parte en el festin. ¡Pobre hombre! ¿Quién mas esperais?

—El capitán Fresne.

—¿Quién es ese?

—Un valiente realista que mató cincuenta hugonotes de San Rarthelemy.

—¿Es tambien de vuestros amigos?

—Intimo: mandaba una compañía de infantería á las órdenes de Joyense el año último.

—Escelente nota.

—¿Y quién mas?

—¡Basta de gasto para quien está en desgracia!

—Perfectamente: y me habeis dicho que cenais...

—A las ocho.

—¡Magnífica idea!

—¿Cuál?

—Emborrachamos al griego y le colgamos á los postres en nombre del rey.

—Aneyre no desciende á la ciudad sino en medio de treinta mosqueteros; además ese cri-

men caería sobre nosotros y nos ahorcarían á nuestra vez.

—¿Y el duque de Espernon?

—Teneis poderes bien claros.

—Tengo orden de apoderarme de la ciudadela por todos los medios posibles, y reinstalaros en vuestro puesto.

—¿La tomaremos!

—¿Es esa vuestra opinion?

—¿No es tambien la vuestra?

—A fé mia os confieso que mi cabeza está vacia cuando lo está mi estómago, Creo que tomaré la fortaleza de Angeres, pero no puedo deciros si será por medio del fuego ó de la astucia. ¿Que ruido es ese?

—El subgobernador que llega.

—No olvidéis que soy Jacobo Clemente, vuestro sobrino, que llega de Bretaña.

—Querreis decir de Gascuña.

—Eso es, teneis todo el ingenio necesario para que podamos entendernos; id á recibir á vuestros convidados, mientras yo voy á dar prisa á vuestros marmitones, porque desfallezco de necesidad.

Miguel Bourrouge de Halot era hechura de monseñor el duque de Alenzon, hermano del rey. Este principe le había alcanzado poco tiempo antes de su muerte, el gobierno de la

fortaleza de Angeres, que el poder de la nación ligada le había arrebatado. Este puesto importante había sido confiado á Carlos de Cossé, conde de Brissac, á quien los habitantes de la ciudad acusaban de ser uno de los principales partidarios de los principes de Lorena, y Halot desde entonces era un modesto retirado, aguardando una ocasion favorable de reconquistar su puesto.

Era secretamente escitado á esta determinacion por el duque de Espernon, favorito del rey, enemigo personal de los Guisa y de todos sus partidarios; contando para su empresa con el beneplácito del rey, que si no hacia la guerra de frente á los Guisa, miraba con agrado cuanto en contra de ellos se realizaba.

Halot, siguiendo las instrucciones de su jefe, se habia hecho amigo de un tal Fresne, capitán de infanteria, que habiendo tenido algun resentimiento de Brissac, habia jurado vengarse, y como el capitán Fresne era muy amigo del gobernador de la ciudad, poco afectado de toda esta maquinacion una sorda intriga que amenazaba á Brissac en la época en que damos principio á nuestra historia.

La ocasion parecia propicia; el gobernador habia dejado la fortaleza encargada á su se-

gundo, dirigiéndose él á la corte á dar gracias al rey por un edicto publicado contra los hugonotes. El subgobernador que habia quedado encargado del castillo era un hombre astuto, redomado y valiente como un leon.

Halot era más valiente que astuto. En cuanto á Fresne, era un soldado antiguo, estimado en campaña, execrado por los hugonotes, y á quien pesares domésticos habian envejecido antes de tiempo. Se habia casado con una jóven, de quien se ocupaba mucho el mundo desde que era su mujer; lo que se comprenderá fácilmente cuando digamos que él era feo hasta causar miedo, y ella, bonita hasta hacerle enloquecer.

Hechas estas aclaraciones, volvamos á nuestras aventuras.

El capitan Ancyre penetró en el patio de la casa de Halot, y su escolta se ordenó en dos filas á los lados del peristilo para hacerle los honores militares. Su escolta se componia de veinticinco soldados aguerridos; un sargento, de talla colosal y mirada dura y penetrante, mandaba aquella guardia de honor, cuya mitad abandonó las armas, permaneciendo la otra mitad con la pica al hombro.

El sargento siguió á su capitan hasta la sala de la cena, encargándose de servirle á la

mesa á fin de custodiar más de cerca su persona.

El capitán Ancyre tenia unos treinta y cinco años, y era un aventurero que se decia de elevada alcurnia y que habia ido á Francia con los albanenses cuando el rey Carlos IX habia reforzado con ellos sus tropas mercenarias. Se le reconocian grandes cualidades para la guerra de partidos, y estaba dotado de una hermosura poco comun: no se necesitaba más en esta época de disturbios y aventuras para hacer pronto su carrera.

—Os doy gracias, mi querido huésped, dijo Halot, por vuestra puntualidad. Sois exacto como un enamorado. El capitán Fresne no debe tardar, y al punto nos pondremos á la mesa.

—¡Cómo! ¡Habeis convidado al capitán?

—¿Os desagrada acaso?

—A mi no... pero á él...

—¿Por qué?

—¡Cómo! ¡No sabéis?...

—No sé nada.

—¡Valgame Dios! ¡Pues si toda la ciudad lo comenta! Es ya muy viejo.

—Trato á tan poca gente... ¿Qué es ello?

—No, no soy yo quien debe instruiros.

—Buenos dias, capitán, dijo Ancyre, vol-

si á chivres ob encargándose de servirle á la

viéndose al amigo de Halot, que entraba con la miraba fosca, el sombrero ladeado y la espada pegándole en los talones.

—¡Buenas noches, señor gobernador! dijo Fresne con rudo acento.

—Ya veis que os habia dicho bien; murmuró el albanes al oido del de Halot.

—Es verdad, he cometido una torpeza.

—Por el contrario, debíais haber invitado á madama Fresne.

—Mi querido tio, estais servido; dijo el gascon entrando en la sala. Vuestra cena esta pronta, y exhala un olor delicioso.

Y apercibiendo á los dos convidados se inclinó profundamente.

—Señores, os presento á Jacobo Clemente, mi sobrino: un jóven clérigo medio realista, medio liguero como todo buen cristiano.

Ancyre y Fresne saludaron.

—Mi sobrino viene de Paris, donde está el rey, añadió Halot.

—¡Ah! ¿Habeis visto sin duda á Mr. de Brissac? murmuró Ancyre.

—Si, y vengo encargado de hablaros en secreto de su parte.

—¿Es asunto grave?

—¡Ya lo creo! Para un hombre galante como vos, los asuntos amorosos lo son siempre.

—Si no es más que eso, ya hablaremos, murmuró el griego con fatuidad; pero al mismo tiempo tocó ligeramente al brazo del gascon como indicándole que se callase, dirigiendo una furtiva mirada al capitán.

—Vuestro sobrino parece francote y algo aturdido, dijo Ancyre al anfitrión; permitidme dar algunas órdenes á mi sargento; soy al instante con vosotros. Halot se acercó vivamente y dirigiéndose al capitán Fresne, exclamó:—

—Mi sobrino, que os recomiendo, viene á dar un gran golpe de mano; es enviado del duque de Espernon.

—Bien, replicó el capitán de mal talante; pero acabemos pronto porque voy á cortar el pescuezo á ese griego.

—No tan de prisa, repuso el gascon; tenemos tres cosas que hacer: degollar á ese lindo, tomar la fortaleza y hacer saltar la guarnición. El mejor modo de tomar las tres cosas es abordarlas de frente si quereis creerme; obrad en cuanto os dé la señal.

—¿Y cuál será esa señal?

—Querido tío, vamos á cenar en confianza; vos os colocareis á la derecha del griego, yo á su izquierda, el capitán en frente; los dos comeréis y beberéis de lo lindo, yo entre tanto trabajaré el proyecto que tengo en la cabeza;

— si me veis levantarme y salir de la sala os lanzais cada uno puñal en mano y los rematais de un solo golpe. Vos, tío, á vuestro huesped; vos, al sargento, capitan.

—¿Y en qué momento habels dicho?

—Cuando me veais llevar la copa á los labios con la mano izquierda, en cuanto el vaso toque á mis labios, pero no antes.

—¿Y si hasta al fin bebes con la mano derecha?

—Entonces el griego tendrá un dia mas de vida.

—¿Y por qué dejarás la mesa?

—Para entendérmelas con su escolta; ¡buena pregunta! silencio, nuestro hombre vuelve.

—Vuestro sobrino habla como un libro, murmuró el capitan al oido de Hilot.

—Sí, es un sabio que será pronto cardinal.... si no le ahorcan.

Los convidados y el anfitrión pasaron á la sala donde la mesa estaba servida: el sargento siguió á su capitan como el perro á su señor.

Los cuchillos del de Halot.

Era la mesa cuadrada y bastante grande para que los convidados estuviesen con holgura, pero no demasiado lejos unos de otros. Tenia Halot muy bien sentada su reputacion de gloton, y comer ó cenar en su casa se tenia por gran fortuna: los manjares que se lian á su mesa eran siempre excelentes y el servicio escrupuloso y distinguido.

A una señal del anfitrión, Ancyre tomó asiento en el centro de la mesa: el gascon á su izquierda, Halot á su derecha, y el capitán Fresne en frente.

El sargento se colocó detrás de la silla de su jefe.

El gascon dió piadosamente su bendición á la mesa, todos la escucharon con recogimiento, y la cena principi6.

—¡Magnificos cuchillos! dijo Ancyre contemplado el suyo y comparándole á los demás que habia en la mesa. ¡Pardiez! con esta punta podria muy bien hacerse una sangria.

A estas palabras, el gascon y el capitán tomaron sus cuchillos; el primero examinaba el cincelado del mango, el segundo lo bien templado de la hoja haciéndola vibrar contra su uña.

—¡Es legitimo de Benvenuto-Cellini! murmuró el gascon con aplomo.

—¡Lo creéis así?

—¡Ya lo creo! preguntádselo á mi tío.

—Jacobó tiene razon: el gran rey Francisco I regaló un servicio completo, obra de mano del célebre grabador florentino, á monseñor Ettienné Halot, mi padre.

—¡Y mi respetable tío! murmuró el gascon.

—Cierto, tu tío; pues bien esos mangos de oro son en efecto obra de Cellini.

—¡De todos modos, las hojas hacen estremecer!

—Y no sin motivo; preguntadle á mi tío

para qué sirvieron en una noche de sangrienta memoria.

—Si, sí, contádnoslo querido huésped, murmuró Ancyre.

—No me acuerdo bien, dijo Halot levantando al cielo sus ojos como tratando de conciliar sus recuerdos.

—¡Como! ¿No recordais, repuso el gascon, la extraña aventura que aterró á todo el barrio del Mercado de los Trigos? Vamos, no sé dónde teneis la memoria; contádselo al señor de Ancyre.

Halot abría desmesuradamente los ojos y atormentaba su ingenio para adivinar á donde queria ir á parar el abate, que le dirigia al mismo tiempo los gestos mas extravagantes.

Fresne entre tanto se habia puesto rojo como el carmin, descomponiéndose su fisonomía hasta el punto de ponerse aun más feo, lo que parecia imposible.

—Y bien, repuso el griego, ¿qué pasó al fin en aquella célebre noche?

—Pasó, murmuró Halot tratando en vano de inventar alguna cosa... pasó...

—La noche de San Barthelemy, murmuró el gascon con la boca llena.

—Ya, ya estoy, murmuraba Halot cada vez mas desorientado; pero hemos tocado una

conversacion muy triste: ¿no os parece, señor gobernador?

—A mi me gustan mucho los episodios lúgubres, repuso el griego; y á vos, capitan?

Sorprendido Fresne por esta intempestiva pregunta movió afirmativamente la cabeza.

—Contad, pues, la historia, repuso el gascon con la boca llena.

—Cuéntala tú mismo, mi querido Jacobo, murmuró Halot, que no recordaba nada notable de sus cuchillos y tenia aun ménos imaginacion que memoria.

—Con mucho gusto, murmuró el abate. Era entre once y doce de la noche del 24 de agosto de 1572, en la calle de Saint-Honoré, cerca de la lonja de los Trigos, donde pasó la aventura harto curiosa que voy á referir.

El capitan Fresne levantó vivamente la cabeza fijando una mirada angustiosa en el narrador.

—Mi tio, continuó el gascon sin cuidarse de la demostracion del capitan, habitaba una hermosa casa semejante á esta, junto á los pilares de la lonja del Trigo; era un verdadero católico amigo de los Guisa y algo gloton, como hoy; no obstante, desde que la corte se habia unido á los hugonotes se le veia sin cesar con los brazos cruzados, la cabeza inclinada y

siempre acompañado de tres caballeros afiliados á la perversa religion, por la cual siempre habia manifestado mi tio una aversion profunda.

—¿A dónde diablos va á parar? pensó Halot, que no entendia una palabra de toda aquella historia.

Fresne entre tanto, un poco repuesto, afectaba comer con avidez.

—Precisamente mi tio sabia lo que se tramaba en el Louvre y aguardaba con angelical paciencia; por fin el mismo dia de San Barthélemy, el señor Halot llamó á su cocinero le encargó una magnífica cena para aquella noche, y despues salió con uno de sus amigos para hacer las invitaciones convenientes. La cena era de doce cubiertos, y á las diez, doce convidados tomaron asiento en torno de una mesa que recordaba los festines de Lúculo. Entre la riqueza del servicio, doce cuchillos, de los cuales cuatro nos sirven hoy, llamaron la atencion de los convidados como acababan de llamar la vuestra, y se elogió el regalo del rey y el mérito del artista que los habia ejecutado. Las damas, sobre todo, escudieron en elogios á los caballeros.

—¿Habia damas en aquel festin?

—Seis damas y seis caballeros.

—¡Partida completa!

—Cierto, preguntad á mi tío las personas allí reunidas, porque á la verdad yo hablo solo por referencia.

El gobernador volvió los ojos al anfitrión como interrogándole; pero Halot, no sabiendo qué decir, empezó á reír de esa manera maliciosa que parece decir mucho cuando á veces es un pretesto para no decir nada.

—Ah, buena alhaja! repuso el albanés riendo también y entregándose de nuevo á su plato.

El capitán Fresne, cada vez más turbado, no levantaba los ojos del suyo; á su arrebató habia sucedido una mortal palidez, y sus dientes empezaban á chocar unos con otros.

—Proseguid, murmuró Ancyre.

—Terminados los cumplimientos, continuó el gascon, cada uno pensó en hacer los honores á la cena de mi tío: los invitados, si mal no recuerdo, eran el baron de Fryse y Mr. de Lormes por parte de los católicos; el caballero de Montarbert el alcalde de Orleans, y otro noble... cuyo nombre no recuerdo por parte de los correligionarios: ayudad mi memoria, tío...

—A fé mia que no sé... Tengo ese nombre

en la punta de la lengua, pero la historia es tan antigua...

—No nos importa el nombre, pasemos a las señoras.

—En efecto, poco importa; las señoras eran: mi venerable tia, madama de Lormes, la baronesa de Fryse, la esposa del de Orleans, la del caballero de Montarbert, y por fin, la del otro noble... cuyo nombre no recuerdo. Cada caballero católico tenia á su derecha uno protestante y las damas estaban colocadas en el mismo órden: la cena se prolongó más de dos horas, porque si los platos eran suculentos, la alegría de los convidados era extraordinaria: el vino llenaba las copas, y los católicos pronunciaban numerosos brindis á los que respondian cordialmente los hugonotes, viéndose aquellos dos partidos, enemigos dos meses antes, unidos haciendo votos de mútua prosperidad.

Una de las esposas de los hugonotes advirtió ya en los postres que los católicos en vez de beber vaciaban el vaso sobre la mesa; pero cuando la dama lo dijo acompañando su observacion de un gracioso sarcasmo, una descarga de arcabuces y gritos dolorosos se oyeron hácia la lonja: entonces mi valiente tio se levantó, y tomando la copa con la mano iz-

quiera dijo: «A la salud de mis huéspedes.» Todos los convidados se levantaron á repetir el brindis, y los nobles y damas católicos, teniendo sus copas con la mano izquierda, tomaron al mismo tiempo los cuchillos con la derecha...

Al decir esto, el gascon unia la acción á la palabra, mientras Halot y el capitán, pálidos como la muerte, se ponían también en pie llevando maquinalmente la mano á los cuchillos.

El abate entonces soltó la carcajada, colocó su vaso sobre la mesa sin haberle llegado á los labios, y continuó:

—Apenas los labios de mi tío habían tocado el jerez; seis manos atrevidas hundieron hasta el mango en el corazón de los hugonotes seis magníficos cuchillos iguales á estos.

El subgobernador Ancyre sintió un estremecimiento correr por todas sus venas y miró en torno suyo con inquietud.

Halot y Fresne seguían acariciando, aunque con los ojos bajos, el mango de sus cuchillos.

El gascon vació completamente su vaso con la mano derecha.

—Creo, mi querido Jacobo, que tratáis de ennegrecer mucho la historia.

—No por Dios: mi tío es muy modesto: yo sostengo que si alguien ganó el paraíso el 24 de agosto, fué este mi señor tío, Mr. de Halot.

—No conocia ese episodio, replicó el albanés; ¿y vuestra señora tía la beatificarán despues de su muerte?

—No señor, murió ya.

—¿De remordimiento?

—¡No tal, de alegría!

—Y todos los hugonotes murieron...

—¡Sin decir Jesus! Ya comprenderis que cuando por espacio de dos horas se ha estado calculando el sitio en que se ha de herir, no es fácil errar el golpe. Por ejemplo, colocados como estamos nosotros, no tendria yomás que hacer esto y érais hombre muerto.

El albanés se ladeó instintivamente para huir de la punta acerada del cuchillo del gascon, pero no fué tan ligero su movimiento que no alcanzase á aquél á desgarrarle ligeramente la ropa.

—¿Os he causado miedo? dijo riendo el gascon.

—Miedo, no es fácil; pero vuestra historia me ataca á los nervios.

—¡Ah! ¡Virgen Santa! exclamó el gascon con aire humilde; he dejado mi rosario en la

bolsa que venia pendiente de la silla de mi caballo y mi rosario tiene un pedazo de la verdadera cruz del Señor. ¿Me permitireis que vaya á buscarle, tío?

—Si tal, ve por él: la alhaja es de valor.

—¿Sabeis, mi querido huésped, dijo el griego cuando salió el abate, que vuestro sobrino tiene una palabra fácil?

—En eso estriba su fortuna, señor gobernador; por eso le quieren tanto en la corte.

—¿Y qué pensais de esa historieta, capitán? dijo Ancyre dirigiéndose á Fresne: ¿no os parece estraña?

—Sí, mucho.

—¿De qué manera lo decís? cualquiera diria que habiais hecho vos otro tanto.

—¿Quién sabe? Comiendo se abre el apetito, y el 24 de agosto todos teniamos gran apetito de hugonotes.

—Y qué Mme. de Fresne, tan linda, tan delicada, tan sensible, ¿hubiera tenido corazon para esgrimir un puñal con su blanca mano?

—¡Ya lo creo! interrumpió el gascon entrando con un rosario en la mano.

El capitán se estremeció; aquel acento le daba frio.

— ¡Cómo! ¿os encargáis vos de responder á mi pregunta, señor abate?

— ¡Por qué no? No os he dicho el fin de la historia que es esta: Las tres damas católicas eran mucho ménos lindas que las damas protestantes, y los caballeros hugonotes no se habian cuidado nunca de galantearlas.

— Vuestro sobrino, para ser eclesiástico, habla bastante mal de su prógimo y de su familia, murmuró Ancyre al oído de Halot.

— ¡Qué quereis, señor gobernador, dice la verdad!

— Y vos lo afirmáis.

— Mi sobrino no habla más que de su tia, y no puede negar que fué muy celosa.

Mientras Halot y el albanes cambiaban estas frases, el gascon miraba á Fresne de reojo, sonriéndole de un modo extraño. El capitán conservaba una palidez casi verdosa, y su vista vagaba con extravío.

— Así, pues, apuesto á que Mad. de Fresne, á pesar de su delicadza y sensibilidad, haria lo que mi venerable tia si advirtiera que en vez de galantearla su marido, galanteaba á las demás.

Ancyre y Halot lanzaron una ruidosa carcajada, que martirizó aun doblemente el corazón del pobre capitán.

—Vamos, vamos, padre murmuró el griego; no murmuremos del bello sexo, y mas si no lo tratamos. Mad. Fresne es la virtud personificada.

El capitán hizo un gesto entre doloroso y atento para responder á este cumplido.

—Así lo he oído, repuso el gascón; pero eso no quita para que inspire verdaderas pasiones; solo las mujeres feas ó viejas pueden verse libres de adoradores; los males que causa su belleza no se oponen á su virtud: brindo á la de Mad. de Fresne, y á la paz de su hogar doméstico.

—¡Eh... amigo mío! tomáis el vaso con vuestra mano izquierda. ¿Vamos á brindar como brindaba vuestro tío en otro tiempo?

—Vamos, no se puede gastar una broma; ya están todos alarmados: ved á mi tío y al capitán que no abandonan un instante sus cuchillos.

El albanes volvió el rostro hacia su fiel sargento, que permanecía detrás de él como una estatua de mármol.

El gascón continuaba elevando su vaso con la mano izquierda.

Halot y Fresne fijaron sobre Ancyre una mirada de fuego. Este, sonriendo con ademan

tranquillo, levantó el brazo á la altura de su frente, y dijo:

—¡Por la paz del matrimonio, Fresne!

—¡Es un excelente Jerez! dijo el gascon, despues de haber pasado su vaso de la mano izquierda á la derecha y apurado hasta su última gota.

Halot y Fresne se miraron como diciéndose que no entendian nada de aquella maniobra.

—Esquisito, y dudo que el Jerez de aquella célebre noche valiese tanto.

—Os engañais, era aun mejor si hemos de juzgar por el precio de la venta.

—¿Cuál era su precio?

—Ya comprenderéis que aquella cena dió mucho que hablar en la córte, y la reina Catalina, que odiaba á los hugonotes, rogó á mi tío que la vendiese el vino que le quedaba pagándole á mil libras la botella.

—¿Y habia muchas?

—Desgraciadamente para la familia pocas; cincuenta.

—¿Cincuenta mil libras! bonito negocio.

—Por fortuna, mi tío en aquellos tiempos era tan económico como ingenioso: de las cincuenta botellas hizo ciento.

—¿Cómo?

—El agua del Sena ha sido siempre barata en Paris.

—Vuestro sobrino es injurioso, dijo riendo el albanes al comandante que reia tambien aparentando defenderse.

—Solo vos no tomáis parte en nuestra alegría, capitan, continuó Ancyre dirigiéndose á Fresne. ¿Teneis mal humor esta noche?

Fresne trató de sonreír á su vez.

—No comprendéis, dijo el gascon, que al valiente capitan, enemigo como el que más de los herejes, se muerde los labios por no haber tenido la idea de mi escelente tio. Me asombro de que no se le ocurriera ántes á él, porque tiene una cabeza de las más fértiles.

A este cumplimiento, que gracias á la ligereza de Mr. de Fresne podia pasar por un sarcasmo, el capitan cerró los puños y enrojeció hasta lo blanco de los ojos.

—Pues si la historia de los cuchillos de mi tio os ha divertido, rogad al capitan Fresne os cuente la de sus tenedores.

El capitan le miró como si le hablara en griego, mientras Halot bajaba sus ojos agitándose ligeramente en la silla: Ancyre en tanto exclamó riendo:

—¡Pardiez! ¿Sabeis una historia para cada

objeto que compone el servicio de una mesa? Contadnos esta, capitán.

—No me acuerdo, repuso Fresne, que notando el embargo de Halot, comprendió que el sobrino iba á arrojar alguna piedra en el jardín de su tío, como acababa de arrojarla en el suyo con la historia pasada. El señor abate tiene esta noche la palabra.

—Mi tío quizá querrá encargarse de referirnoslas: por su boca sé yo esta aventura, que la modestia del capitán nos calla.

—¡Contadla, contadla vos!

—Enhorabuena. Señor gobernador, cuando defendeis un castillo, ¿qué sitio elegís para vos?

Fresne y Halot se estremecieron hasta la médula de los huesos.

—Entre los huecos de una almena, ó donde más pronto se abra brecha con la espada en la mano, repuso el griego con aire fanfarrón.

—Pues bien, el capitán Fresne no es de vuestra opinión: porque ha defendido el castillo de Beauvoir, junto á la Rochela con un tenedor.

—¡Qué ocurrencia! exclamó el griego mirando al capitán, que esta vez reía á carcajadas.

— Preguntad á mi tío si faltó á la verdad.

Halot se mordió el bigote; esforzándose por sonreír y ocultar la inquietud de su semblante.

— Continúad, padre, dijo Ancyre.

— Si, continuad, señor abate, repitió Fresne, que se resarcía en los postres del tiempo que le habla hecho perder la primera historia.

III.

Los tenedores del capitán Fresne.

—El castillo de Beauvoir, repuso el gascon frotándose las manos á la usanza de todos los habladores, tenia guarnicion católica al mando del comandante Fresne, cuando fué atacado por un regimiento de hugonotes, cuyo jefe, que tenia el diablo en el cuerpo, se llamaba... aguardad. ¡Qué memoria tan infeliz! Capitán, ¿cómo era el nombre de aquel valiente?

—No lo recuerdo.

—Pues no hace tanto: en 1575. Está visto que llevais vuestra modestia hasta la exa-

geracion. Tio, ¿os acordais vos del nombre de aquel héroe?

—No por cierto, balbuceó Halot, lanzando una mirada furibunda sobre el gascon, mirada que hizo las delicias del capitán Fresne.

—No os pareis por tampoco, adelante.

—Tenis razon: la historia marchará sin eso; como la anterior, sin el nombre del tercer calvinista. Aquel noble habia pertenecido al ejército principal, destacándole con cincuenta lanzas y doscientas carabinas, veintiseis arcabuceros y dos cañones para tomar el castillo. Desde el cuarto dia del sitio, el capitán Fresne comprendió que el castillo le iba á ser arrebatado, y como no queria entregarle, apeló á la astucia.

—Veamos.

—El capitán envió dos trompetas al campo de los calvinistas para ofrecer su sumision, en términos honrosos, es decir, saliendo con su guarnicion, armas y bagajes, si no era socorrido en el término de cuarenta y ocho horas por las tropas del rey. Este armisticio aceptado, reposaron unos y otros: justo es advertir que el capitán sabia perfectamente que no podia ser socorrido antes de ocho dias; pero esto convenia perfectamente á su plan.

La tregua fué firmada de una parte y otra;
PAMPOLONNE.—Tomo I.

el católico rogó á los principales calvinistas que festejaran juntos la fiesta de San Huberto con un gran banquete, lo que sellaria la reconciliacion de los dos bandos, y para que ninguno de ellos se creyese desairado, el banquete se verificaria á distancia igual del campo que del castillo en una verde pradera, en la cual se levantaria un pabellon. Los hugonotes recibieron con júbilo tan cortés invitacion, y se permitieron hacer bien los honores á costa del enemigo, lo que me parece una táctica excelente.

—En efecto, ¡y hasta aquí reconozco la liberalidad del capitán Fresne, que tiene el corazón de un príncipe! dijo Ancyre.

Fresne se inclinó ante este cumplido sarcástico, porque todo el mundo reconocia en él una sórdida avaricia.

Halot respiraba con dificultad dentro de su holgado jubon, y miraba con inquietud á su sobrino.

—El católico: queriendo llevar su atencion al extremo y dar una prueba de su lealtad, exigió que cien calvinistas con el arcabuz al hombro asistieran al banquete frente á frente de cien hombres de la guarnicion. Los hugonotes trataron de resistir por política; pero al fin como invitados, acabaron por aceptar el

banquete como Fresne lo proponía. Al día siguiente, día de San Huberto, el jefe de los hugonotes, joven, según creo, valiente, de gran corazón y gran porvenir, acudió al pabellón seguido de veinticinco oficiales escogidos entre los mejores de su ejército reducido. El capitán Fresne le recibió á la cabeza de quince de los suyos, haciéndole dignamente los honores. Habíase dispuesto una mesa en forma de herradura, cubierta de manjares esquisitos y vagilla admirable: hugonotes y católicos se unieron, y al verlos confundidos, cualquiera los hubiera tomado á todos por hijos de un mismo patriarca. Para mejor honrar á sus convidados, el capitán hizo marcar cada uno de sus puestos por cuchillos de mango de oro y tenedores también de oro macizo.

—¡Ya llegamos á los tenedores! repuso el griego, que escuchando con interés apenas comía.

—Es imposible que en estos detalles cometa algún error: ¡mi memoria es fatal! Vos, capitán, ó vos, querido tío, si me equivoco, enmendadlo.

—No tal, no habeis discrepado un punto de la verdad, dijo el capitán.

Halot llevó la mano á su oreja con impaciencia.

— Aquellos tenedores, continuó el abate, no habian sido cincelado por el célebre Benvenuto como los cuchillos de mi tío; pero eran, sin embargo, obra selecta del arte, como todos los calvinistas se apresuraron á reconocer. Los dos dientes (1) y todo el mango del tenedor estaba acanalado con tal finura y primor que apenas se advertian los canalones. Aun conservareis ese rico servicio: ¿verdad, capitán?

— No por Dios, me la han robado como sabeis, repuso Fresne con osadía.

— Es verdad: pagado, pues, el tributo de admiracion, se pasó á comer. Ya se comprende que si los hugonotes tenian señalado su asiento por el cubierto de oro, los católicos le tenian marcado por el de plata. Unos y otros comieron con buen apetito, hicieron platos reciprocamente, y brindaron juntos á la union de ambas religiones, terminando el banquete con un abrazo fraternal. Despues cada cual se volvió á sus puestos, los calvinistas á sus tiendas y los del rey á su castillo. Al dia siguiente, á las dos horas de haberse levantado el

(1) Los tenedores no tenian en aquella época, ni aun mucho despues, más que dos dientes: los primeros de que se tiene noticia son los que figuran en el inventario de la magnífica vajilla de plata de Carlos V (1379).

capitan Fresne, despachó uno de sus pages al conde de Lude para rogarle que apresurase su marcha, y al mismo tiempo envió un emisario al campo enemigo. Este fué recibido por el jefe de los hugonotes, cuyo rostro se habia descompuesto notablemente desde la vispera.

—¿Cómo se encuentran vuestros compañeros? preguntó el jefe.

—Bastante mal, monseñor; el júbilo que ayer esperimentó nuestro capitan sin duda entorpeció su digestion, porque ha pasado muy mala noche y tiene muy desfigurado el rostro: lo raro es que muchos de los que asistieron al banquete, se hallan en el mismo caso.

—¿Como yo; como los veinticinco camaradas que asistieron conmigo al banquete! Este fué espléndido y podreis dar de nuevo mi enhorabuena al capitan Fresne.

Y sintiéndose aquel valiente acometido de un síncope, despidió al emisario; al dia siguiente, un heraldo se presentó en el puente levadizo del castillo pretendiendo hablar al capitan; este recibió al heraldo en el lecho con aspecto de muy poca salud.

—¿Cómo están vuestros camaradas? preguntó el capitan con acento desfallecido.

—No pueden estar peor, monseñor; la ma-

yor parte de nuestros oficiales están moribundos.

—Volved, y decid á vuestro jefe que me habeis encontrado entre un médico y un confesor.

En cuanto el heraldo salió de la ciudadela, el capitán Fresne saltó del lecho y corrió á asesinar á los que trabajaban en las fortificaciones; aquella misma tarde, el capitán mandó que la campana del castillo doblase á muerto, y el jefe de los hugonotes al oirla, murmuró:

—¡El pobre capitán Fresne me ha precedido á la tumba!

En efecto; aquella noche quince oficiales calvinistas entregaron su alma á Dios: al día siguiente murieron otros cinco, y pocas horas despues los cinco que aun quedaban del banquete. El día que espiró el plazo fijado para la rendicion del castillo, el jefe calvinista ya no existia y el capitán Fresne, resistiéndose en vez de entregarse, supo triunfar de los hugonotes, que sin jefe ni guías entregaron sus cabezas ó huyeron acobardados. Cuando el conde de Lude llegó con el socorro, quedó tan admirado de aquella defensa tan heroica, que se llevó al capitán Fresne para presentarle al rey. Hé aquí su historia, que no

sería nueva para vos si hubiérais estado en Francia en 1575. época en que tuvo lugar.

—Pero no veo qué papel han jugado en esa historia los tenedores del capitán Fresne, repuso Ancyre.

—Pues es muy fácil de adivinar.

—Ya lo creo, exclamó el capitán Fresne con aplomo.

—Preguntádselo á mi tío, continuó el gascon.

Halot, pálido y desfigurado como lo había estado Fresne durante la historia de los cachillos, no respondió.

—Los tenedores de oro que se sirvieron á los hugenotes estaban acanalados como he dicho, y cada hendidura estaba rellena de un veneno sutil compuesto por un hábil cirujano que servía á Fresne y cubierto despues con un barniz dorado. Los hugonotes, pasando y repasando sus lábios por los tenedores, fueron desocupándolos y sentenciándose á muerte.

—¡Escelente bromazo! exclamó el griego dirigiendo una furtiva mirada á un tenedor; comprendo ahora que los sitiadores se entregasen como corderos, porque habiendo participado de las mismas viandas y de los mismos vinos, debieron creer en un envenenamiento general.

—¿Veis como la historia de los tenedores valia por lo menos tanto como la de los cuchillos de mi tío?

Fresne reia á carcajadas sin cesar de contemplar á Halot.

—A la verdad, vuestro amigo, repuso Ancyre al oído de Halot es una verdadera hiena, y ya no extraño que su mujer se distraiga cuanto pueda.

Y en alta voz prosiguió:

—Es hora de separarnos: os doy la enhorabuena, mi querido anfitrión, por el raro ingenio de vuestro sobrino. Si ejerce las funciones de su ministerio, con la perfección que refiere historietas, le elegirán Papa el día menos pensado.

Dicho esto, todos se levantaron; el abate cogió al abate por el brazo, y llevándole al hueco de una ventana, murmuró:

—Contadme ahora lo que os ha confiado Mr. de Brissac respecto á ciertos amorcillos.

—Señor gobernador, murmuró rápidamente el gascon, quieren asesinaros, apoderarse del castillo.

Ancyre dió un paso atrás; el abate murmuró rápidamente:

—No manifesteis ningun asombro por lo

que os digo: mi tío y el capitán, que hablan en aquel rincón, os observan aunque no lo parece. Escuchadme: tengo algunas cosas que decir.

—Os escucho.

—El que quiere mataros es el capitán, porque galantea a su mujer: el que quiere arrebataros el castillo, es mi tío.

—Ambas empresas me parecen difíciles.

—No tanto como pensáis: habeis escuchado complacido mis dos historias, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Habeis creído, sin duda, que yo las refería solo por entretenernos?

—Así lo he creído.

—Pues sabed, que en el instante en que yo llevase a mis labios el vaso con la mano izquierda, debíais vos caer bajo los golpes de mi tío y del capitán.

—¿Es decir que contábais mi propia historia.

—Precisamente.

—¿Y por qué os encargásteis de dar la señal?

—Por salvaros.

—¿Y qué os inspira tanto interés por mi persona?

—La liga á quien sirvo en secreto y que os tiene en mucho.

—Está bien: y el castillo, ¿cómo le tomarán?

—Como puedan; pero le tomarán si no estais alerta.

—¿Cómo le podré defender de la astucia?

—Eso es cuenta vuestra.

—¿Cómo!

—Dos medios teneis.

—¿Cuáles?

—La espada y los tenedores.

—Comprendo,

—¿Os felicito!

—¿Cuándo podré convidar á los conjurados á comer!

—No hay necesidad: yo los conduciré.

—¿Cuándo?

—Mañana mismo: vos apareceréis sorprendido por mi visita y manifestareis gran empeño en detenerlos, para lo cual ya estarán tomadas vuestras precauciones.

—Yo no tengo tenedores acanalados.

—Mejor: inventareis.

—¿Los conjurados son muchos?

—Mi tío, el capitán, yo y otro, á quien no conozco.

—¿Y no tenéis remordimiento por vuestro tío?

—Mi tío cuelga á los hugonotes cuando bien le viene.

—Está bien; ¿y es eso cuanto me teniais que contar? repuso en voz alta.

—Monseñor de Brissac no me ha confiado más, repuso el abate en el mismo tono.

Halot entretanto habia sido arrastrado á un lado de la estancia por el capitan, el cual le dijo:

—¿Sabeis, amigo mio, que vuestro sobrino se ha burlado á su gusto de nosotros?

—Yo le haré tratar como merece: ha inventado la historia de unos cuchillos, de que ni noticia tengo; pero que me ha parecido haberos desagradado sobremanera.

—¡A mí! ¿qué tengo yo que ver con vuestros cuchillos? repuso el capitan frunciendo el ceño á pesar suyo.

—Me habré equivocado, pero me ha parecido que os turbábais en algunos momentos.

—La emocion, sin duda, porque el mozo cuenta bien; tanto que he fijado en vos la vista cuando narraba su segunda historia, y estábais demudado tambien.

—¿Yo?

—Si tal, y todavía no os habeis repuesto del todo.

—¿Y qué diantres quereis que me impresionen á mi vuestros tenedores?

—¡Mis tenedores!

—Justo.

—Hablemos claros: yo no he estado sitiado nunca en Beauvois, y creo que vos fuisteis el que dió ese festin de fúnebre memoria.

—Pues yo á mi vez no he dado ninguna cena la noche de San Barthelemy, ni he comerciado en Jerez, vendiendo á mil libras la botella.

Ambos amigos se miraron asombrados.

—¿Cómo habeis sabido?... murmuró Fresne.

—¿Y vos?

—¡Y él!! se dijeron á la vez uno y otro.

—Aquí se encierra un secreto, murmuró el capitán. Vuestro sobrino sostiene un doble juego.

—Pues no le valdrá: es nuestro; ahora mismo entablaremos su proceso.

—Eso es: le interrogaremos.

—Y le colgaremos.

—¿Cómo! ¿á vuestro sobrino?

—Lo mismo es mio que vuestro, repuso Halot encongiéndose de hombros; pero silencio, el griego viene hácia aquí.

Fresne volvió á caer en su habitual melancolía, que se confundía con el marasmo.

El albanes se despidió de su huésped, retirándose con su escolta: el gascon le acompañó hasta el patio y despues volviendo á la sala donde le aguardaban Fresne y Halot, dijo con volubilidad.

—De buena ha escapado, querido tío; ¿no es verdad?

—Sí, pero no tendrás tú la misma suerte; replicó Halot cerrando la puerta con doble llave.

El gascon se tendió indolente en su sillón, y dijo con aire soñoliento:

—¿Qué hora es? ¡Tengo un sueño! Creo que es hora de recogerlos. ¿Qué os parece?

—Me parece que somos dos contra ti, y que por acolchada que esté tu barriga, te vamos á descoser hasta la piel si no confiesas la verdad.

No obstante su impertinente seguridad, el gascon sintió correr por todo su cuerpo un frío glacial al ver aquellos dos hombres, en vigor de su edad, amenazándole cada uno con un cuchillo.

IV.

Por cualquier camino se va á Roma.

Pampelonne, con su gran presencia de ánimo, se dejó sujetar por cada brazo, y dijo con voz meliflua:

—¿Estaríais alegres por casualidad, amigos? Tío, por favor, tenéis una mano de hierro que desgarrá mi sotana.

—¿Por qué os fingis sobrino de Halot? murmuró Fresne con rudo acento.

—Porque es un parentesco que me honra.

—¡Basta de bromas! ¿qué habeis venido á hacer á esta casa y cuál es vuestro nombre verdadero?

El gascon comprendió que comenzaba á entrar en un camino espinoso, y tomando el aspecto sombrío de un conspirador, dijo con misterio:

—Puesto que sois ciegos y sordos, me obligareis á dar de vos muy malos informes cuando me interrogue el duque de Espernon.

—Hablad mas claro, repuso Halot algo asustado con esta amenaza.

—Mi nombre ya os lo he dicho; soy el caballero de Pampelonne, uno de los cuarenta y cinco nobles que sirven á S. M., amigo y compatriota del duque de Espernon, y por consecuencia gascon pobre y dispuesto á cualquier arrojó que me conquiste una fortuna que no tengo. Era preciso llegar hasta aquí sin ser reconocido, y por eso he adoptado este disfraz que me da un aire distinto al que debo á la sábia naturaleza. El señor duque de Espernon es enemigo de Mr. de Brissac, que es un liguero, como sabeis, y distingue mucho al comandante Halot y al capitán Fresne, que pertenecen al rey en cuerpo y alma: ha dispuesto arrebatár á Brissac el castillo de Angeres, confiándole de nuevo á Halot, y al capitán Fresne como segundo; réstame decir que el rey ha dado su consentimiento, ofreciendo aprobar cuanto se haga en este sentido.

—¿Y por qué S. M. no ha enviado sencillamente una orden?

—¡Bah! ¡hablais sin saber lo que decís!

¿Creeis que el duque de Guisa la hubiera firmado? ¡Siendo Brissac su hechura!

—¡Chite! murmuró Fresne.

—El rey necesita obrar con disimulo en esta ocasion, y valerse de la astucia, ni más ni ménos que de un gascon como yo. ¡He partido del Louvre para venir á investiros de vuestra dignidad; he venido ganando horas!... ya habreis visto en qué estado he traído mi caballo. En fin, él, más dichoso que yo, descansa ya hace algunas horas... ¡Dejadme por favor ir á reposar: necesito dormir!

Halot iba poco á poco soltando al gascon; Fresne le tenia siempre sujeto.

—¿Teneis algun documento que acredite vuestras palabras? dijo este.

—Si no le tuviera, os hubiera dicho desde el principio: ahorcadme, es el camino más corto.

—Veamos esos papeles.

—Buscad entre mi bota derecha, más acá, ahí... ya los teneis; rompéd el sobre y leed.

Halot, que era el que habia verificado el reconocimiento, leyó lo siguiente:

«El portador merece toda mi confianza: es fiel al rey.»

DUQUE DE ESPERNON.»

—Es breve, murmuró doblando el billete.

—Los que conspiran no escriben como procuradores.

—Está bien, dijo Fresne; pasemos á otra cosa; ¿por qué habeis inventado esas farsas de manos izquierdas, manos derechas, cuchillos y tenedores?

—Quería probar el corazón del griego, y los vuestros; saber si érais capaces de retroceder, ó el de sospechar.

—Y ¿por qué no habeis bebido con la mano izquierda cuando nos visteis decididos?

—Porque yo habia advertido, al amenazarle en broma con la punta de mi cuchillo, que viene defendido por una excelente cota de malla.

—¡Ah... traidor!

—Ya comprendéis que con ese obstáculo hubiéramos tenido que apelar á la estrangulación, dando tiempo á que su escolta se nos hubiera echado encima.

—¡Teneis razon!

—¡Es prevenido mi sobrino!

—Además, á mitad de la cena me ha ocurrido una idea que considero excelente, y que

Dios mediante nos instalará mañana en el castillo.

—Y esa idea...

—Héla aquí: mañana, poco ántes del mediodía, subimos á devolver su visita al albanes; nos invita á cenar, rehusamos, protestando que nos aguardan amigos en la ciudad; insiste, y nos ruega que convidemos á nuestros amigos en su nombre; Fresne entonces se separa para ir á buscaros, y volveis con unos veinte hombres escogidos, y armados debajo de sus ropas: la guarnicion, advertida por su jefe, deja pasar á los nuestros, y comemos.

—Si, con tenedores acanalados, ¿no es verdad?

El gascon soltó la carcajada, y dijo:

—¿Creeis que habrá aprovechado la leccion?

—Todo me lo hace creer.

—Y pensai; bien, porque se lo he prevenido todo.

—¿El qué?

—Nuestro complot.

—¡Miserable!

—Vamos, vamos, dejad esos cuchillos; ¿me tomais por un herético? Sed razonables: si yo no hubiera contado la historia de los tenedores, no le hubiera ocurrido la idea de te-

ner mañana por cocinero un envenenador; pero si no le hubiera revelado vuestro plan, no hubiera consentido en convidarnos en tan gran número.

—¿El caballero habla como un oráculo! murmuró Fresne en el colmo de la admiración.

—Los gascones son ingeniosos, murmuró Halot: pero un instante, caballero: ¿quién os ha contado la historia de los tenedores?

—¿Y la de los cuchillos? murmuró Fresne.

—La opinion pública.

—Mala razon: habeis embrollado vuestro relato con verdades y mentiras que hacen suponer algun mal designio.

—El de haber querido divertir al albanes un poco á costa vuestra. Conocia imperfectamente esas historias, cuyos nombres verdaderos de los actores ignoro, y he dicho los tenedores de Halot y los cuchillos de Fresne, como hubiera podido decir, los cuchillos de Halot y los tenedores de Fresne ó de cualquier otro: el hecho es que he querido interesar al heleno y hacerlos interesantes á sus ojos. Matar heréticos, ¿no es pan bendito?

—En efecto, murmuró Halot al oido de Fresne; si hubiera estado bien enterado no hubiera trocado los nombres.

—Está claro; y además, el mozo me agrada sin saber por qué.

—Sed bien venido y olvidemos nuestra querella, dijo Ilalot tendiendo al gascon su mano.

—Hasta mañana, pues, añadió Fresne.

—Sí, hasta mañana, á menos que no venga al que aguardamos.

—¿A quién esperais?

—Para darnos nuevas garantías de la aprobación del rey, el duque de Espernon debe despacharnos mañana otro de esos nobles atrevidos capaces de tomar el castillo por sí solo; si no viene, todo se dilata; si viene partida ganada.

—Entonces que llegue pronto, dijo Fresne, y separémonos: es tarde.

—Muy bien dicho, dijo el gascon levantándose; huésped mio, llevadme á dormir: tengo los ojos hinchados de sueño. En cuanto á vos, capitán Fresne, teneis que renunciar por esta noche al tálamo conyugal.

—¿Eh?

—Digo que el éxito de nuestra empresa exige que paseis la noche á campo raso.

—¿Y qué quereis que haga por ahí?

—Vos debeis saber el santo y seña.

—Sí.

—Pues bien, yo no le tengo, ¿La guarnición está vigilante en vuestra ciudad de Angeres?

—Siempre.

—Pero os dejará salir á vos.

—Con el santo y seña de seguro.

—Pues bien; id al punto á colocaros en acecho cerca de la ciudadela y permaneced allí hasta que despunte el día: podía el griego pedir refuerzo á La Flèche esta noche misma, y mañana encontrarnos con más fuerza de la que pensamos: esto podría costarnos caro.

—¡Ya lo creo! murmuró Halot. Contar con cincuenta enemigos y encontrarnos con doscientos.

—¡El caso es grave!

—Es verdad, repuso el capitán: iré á saludar á mi mujer y vigilaré la fortaleza.

—Dejad dormir en paz á vuestra esposa, murmuró Halot, y partid.

—Enhorabuena, parto.

—Vos, tío mio... perdonad; ¡me olvidaba de que este título os disgusta!

—No tal.

—Escoged de entre los nuestros veinte ó veinticinco mozos hábiles para manejar la espada, la maza, el arcabuz ó el puñal; que cada uno de ellos valga por cuatro de los que

—hay allí: haced vestir á todos cotas de malla; en una palabra, aprovechad la noche en los preparativos que necesitamos para mañana. Sobre todo; no digais á nadie nuestro plan; citad á todo el mundo para una hora ántes de la comida fuera de la ciudad, y entonces les poneis al corriente de la historia. Nos hemos entendido.

—En cuanto á mí, voy á encerrarme en mi cuarto y á dormir como un liron. Mostradme el cuarto que me destinais.

—Puesto que yo he de pasar fuera de casa la noche; permitidme que os ofrezca mi propio dormitorio.

—Es mucho honor, repuso el gascon dirigiéndole una mirada interrogadora, como queriendo penetrar si encerraba algun lazo aquel cortés ofrecimiento.

—¿No somos parientes?

—Decís bien: capitulo

Halot condujo á su huésped á su propio cuarto, se ciñó la espada, se envolvió en una larga capa y se dispuso á salir, diciendo:

—Aquí nadie os importunará: teneis sólidos cerrojos, y los muros son tan espesos que no permiten llegar rumores exteriores. Buenas noches, mi querido sobrino; al salir haré echar las barras y correré yo mismo las cade-

nas de la puerta principal por la parte exterior.

—¿Es esa vuestra costumbre? murmuró el gascón con un movimiento imperceptible.

—No, ¿pero qué no haré yo por vos?

—¡Ah! como gustéis... ¡Ah! de paso que bajais, ordenad á vuestro mozo de cuadra que me suba mi maleta. Tengo necesidad de ella para mi tocado nocturno.

—Está bien; nada más se os ofrece?

—Nada más.

—Hasta mañana, pues.

—Hasta mañana, mi querido tío; ¿por dónde principiais vuestra ronda?

—Por la puerta de Tours; ¡pero Dios mio, os estais durmiendo!

—Sí, el sueño puede más que yo, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Al punto que se vió solo el gascón corrió á las ventanas de ambos costados de su cuarto. La de la izquierda daba á un jardín cerrado por altos muros; la de la derecha, á un patio igualmente defendido.

—Diablo, se dijo Pampelonne: estoy enjaulado como un mirlo.

Apenas habia pronunciado estas palabras; un hombre empujó la puerta, volvió á cerrar-

la con el pié y arrojó la maleta del gascon en medio del cuarto.

Aquel hombre tenía los brazos desnudos, su calzon estaba ajustado al cuerpo por un cinturón de cuero, sus hombros eran anchos, su talle esbelto, su cabeza con rica cabellera; su traje era el de los criados; de más bajo oficio; sus brazos musculosos atestiguaban una fuerza de atleta.

Después de colocar la maleta en tierra, el criado se sentó encima, levantó la cabeza, miró fijamente al gascon, y con gran pureza de acento y en excelente francés, le dijo:

— ¡Me haces desempeñar un digno papel, mi querido Pampelonne!

El caballero estrechó entre sus brazos al nuevo personaje, que le dijo:

— ¡Ah... tunante! pareceme que sin embargo te hago un señalado servicio.

— ¡Me llevais en línea recta al paraíso... y no estais mal con ese disfraz grosero!

— Pues no importa; haz porque me le quite pronto.

— ¡El vizconde de Gourdon!... ¡la mejor lanza del rey de Navarra... mozo de cuadra del comandante Halot! El cambio es chistoso, á fé mia.

—Mucho es precisó quererte para dejarse caer de tan alto.

—No niego que me quereis... pero vamos, que yo no he hecho solo este milagro.

—Eres al menos la mitad de la causa.

—Gracias. Y decidme, ¿ella está siempre en el castillo aprisionada con su padre?

—Siempre.

—¿Y sabe que estais aqui?

—No.

—¡Pero la habreis visto!

—Ni un solo dia desde que estoy aqui.

—¡Cómo! ¿No os habeis mostrado á su vista?

—¡Dios me libre! ¿qué hubiera pensado de mí al verme?

—¡Bah! el amor toma todas las libreas; pero perdon si no me estiendo mucho en este capítulo. Hablar de amor es delicioso; pero no al lado de la horca, y nosotros estamos punto ménos que oliendo á cáñamo; vos con vuestro calzon de palafrenero, y yo con esta sotana, que me ahoga: ¡ayudadme á quitármela, carísimo!

—Bien, subo de posicion, dijo el vizconde sonriendo.

—¡Cómo!

—¡Ya soy ayuda de cámara!

PAMPOLONNE.—Tomo I.

—Precisamente: sacadme estas botas, que me pesan como dos balas de cañón. Ahora, desatadme el vientre.

—¡Cómo!

—¿Creeis que este abdómen me pertenece?... con él podríamos hacer dos colchones; está sujeto por detrás... así. ¡Ay!... ¡qué bien se respira! Pasemos al traje, á la peluca. ¡Con cuidado, hombre... no respetais mis cabellos rubios. Colocadlo todo sobre esa mesa: ya he vuelto al mundo.

Al decir esto el fingido abate, desembarazado de su sotana, su peluca y su abdómen, dió alegremente unos paseos por la estancia como recobrando la agitacion perdida de sus miembros.

El vizconde de Gourdon, con los brazos cruzados, recostado en la pared, se reía de la metamorfosis de su amigo.

En efecto: Pampelonne era un jóven encantador que se habia presentado lindamente vestido al abandonar su disfraz: su traje, de una sencillez estudiada, consistia en una rodilla de raso gris ceñida al talle por un cinturón negro, calzon de paño violeta, ancho cuello ó valona, vuelto sobre el traje y bota ceñida que marcaba un pié femenino y el principio de una pierna perfecta. Sus cabellos, en-

sortijados y negros, llegaban hasta sus hombros, y el bozo que apuntaba apenas, sombreaba su lábio, dando un tinte delicado y hasta suavizando la espresion enérgica de su rostro.

— ¡Calle! murmuró el vizcoude apenas vuelto de su asombro: ¿asi te encontrabas ahí dentro?

— ¡Pardiez! era el único medio de aparecer un poco grueso.

Cierto es que si nuestro abate se había presentado un poco obeso, el caballero en cambio era una figurita delgada y esbelta, á quien se hubiera dado un poco más de diez y seis años, aunque tuviese cumplidos los veinte.

— Y ahora, mi querido Gourdon, ¿por dónde salgo?

— Por la ventana.

— La puerta, ¿está cerrada?

— Con triple llave y yo no la tengo.

— ¡Valganos el diablo!

— ¿Qué tienes?

— Que el astuto Halot nos tiene enjaulados: ha ganado la partida.

— ¿Por qué?

— Yo saldré por la ventana, pero mi caballo...

— ¿Y bien?

—Mi caballo no saldrá por la ventana.

—En cuanto á esto no te apures.

—¡Cómo! ¿voy á ir á dónde debo? voto á mil diablos.

—¡Juras como un católico!

—¡El momento no es oportuno para predicar, tendré que ir á plé!

—Vamos, tranquilízate; tu caballo te aguarda ya fuera.

—¿Sí?

—Cuando has venido á darme las buenas noches ántes de la una, yo, aparentando sacar tu caballo á la fuente para refrescarle, le he dejado en la granja inmediata sin que fuese advertido por ninguno de mis compañeros, hartos ocupados en preparar y participar de la cena; te espera, pues, ensillado á corta distancia de aquí.

—¡Dadme un abrazo, querido vizconde! Teneis más ingenio vos solo, que el que corresponde á cuatro hombres juntos.

—¡Vamos, parte, parte, mi pobre loco!

—Muéstrame el camino; ¿sigo todo adelante? preguntó Pampelonne señalando al patio con una de sus manos.

—No, á la izquierda.

—Pero, amigo mio, los muros tienen diez piés de ancho.

—No tanto.

—¡Ah!... ¡ah!... mi sombrero... con la maleta, gracias! mis pistolas... bien... diablo, un salto de veinticinco plés, dijo asomándose por la ventana... y qué oscuro está.

—Levanta los brazos, dijo el vizconde pasándole una cuerda con un nudo corredizo por el cuerpo.

—¡Magnífica ocurrencia! ¿Teneis el diablo en el cuerpo, vizconde?

—Ahora déjate caer; yo te sostengo.

El caballero obedeció sin vacilar, y los puños vigorosos de su amigo le deslizaron lentamente hasta colocarle en tierra; entonces el vizconde fijó el extremo de la cuerda en la misma escarpia de la ventana y se dejó deslizar á su vez.

—Hemos pisoteado las flores de nuestro huésped, dijo alegremente el caballero: ¡Mal presagio para él!

—Nunca alcanzaré tanto como yo le deseo.

—¡Oh! en cuanto á eso ya veremos... ¿y ahora dónde estamos?

—Es preciso pasar por aquí arrastrando y á gatas, dijo el vizconde mostrando una alcantarilla por donde desaguaban el riego y aguas llovedizas del jardín.

—¡Eh! pronto.

—¿Y mi valona? mi ropilla...

—Cierto: el sendero será algo sucio.

—¿Quereis que me ahogue ahí dentro? ¿No veis que por este otro conducto vienen á parar á esta misma alcantarilla las aguas sucias?

—Pues no hay otro camino; tomarle ó dejarle.

—¡Por vida del diablo! murmuró Pampe-lonne echándose al suelo. A fe mía que la política no nos ofrece siempre rosas. ¡Uff... qué olor!

—Cuando llegues al fin de la alcantarilla estarás junto á la granja, donde te aguarda tu caballo; la puerta de la granja está abierta. Ya sabes lo demás.

—¿Y para volver?...

—El mismo camino.

—¡Siempre esta indigna alcantarilla! Pero dime. ¿y esta reja que la cierra?

—El tunante de Halot la habrá hecho cerrar hoy; yo la tenía abierta ayer.

—Pues bueno, busquemos otra salida.

—No hay más que esta: hay que contentarse con ella, ó volverse á la cama. Veamos la reja.

El coloso sacudió con sus puños formida-

bles las barras de hierro, y á la tercera sacudida la reja entera se quedó en sus manos.

—Ahora, dijo, en marcha: dejaré la cuerda pendiente de la ventana.

—Buenas noches, dijo el caballero, tosiedo: creo que me voy á ahogar... ¡ay mi justillo! ¡ay mi calzon!... En fin, ¡cómo ha de ser... por todos caminos se va á Roma!

—¿Distingues la salida? exclamó sordamente el vizconde, aplicando la voz á la entrada del subterráneo.

— Si vos me daís el medio de abrir los ojos... ¡Estoy .. estoy muy limpio!

—¡Buena suerte... memorias á tu adorada!

—Gracias.

V.

Pampelonne corre dos libres á la vez.

El vizconde de Gourdon escondió la reja de la alcantarilla entre unas zarzas, volvió á la ventana, se agarró á la cuerda, y ágil como una ardilla subió por ella, deslizándose hasta el dormitorio. Despues de sujetar las vidrieras para que el viento no las hiciese sonar, separó las cortinas del lecho, arregló el disfraz de su amigo como hubiera podido hacerlo un ayuda de cámara, encendió una lamparilla, corrió los cerrojos de la puerta, torció la llave, y se acostó voluptuosamente entre las sábanas del comandante Halot.

—¡A fé mia, se dijo el noble acariciando su almohada, qué dichosos son los que son señores! ¡Qué bien voy á dormir en el lecho de mi amo! ¡Qué finísimo lino. . . qué colchones tan blandos! ¡Válgame Dios, qué bien se está aquí!

Pocos minutos despues roncaba como un lacayo.

Cuando Pampelonne se encontró fuera de la alcantarilla, su primer cuidado fué para su rostro mojado con una humedad muy poco agradable. Sacó de su bolsillo un rico pañuelo bordado y se enjugó el rostro y las manos: atendido este primer cuidado, nuestro gascon se orientó, caminó derecho á la granja, empujó la puerta, y fué acogido por un ligero gruñido de su caballo.

Pampelonne tomó allí un puñado de paja, se frotó las botas, los brazos, las piernas, y exclamó por fin con una resignacion digna de un romano:

—Aunque me limpiara durante cien años de este mismo modo, no lograria verme limpio: sea todo por la pátria, ¡y adelante!

El caballo tenia silla, brida, y cuando Pampelonne le arrastró hácia la puerta, donde habia alguna más claridad, observó una capa cruzada sobre la silla.

—¡El vizconde lo ha previsto todo! es un ayuda de cámara delicioso.

Y se envolvió en la capa como un antiguo senador en su toga.

Una de las puntas de la capa estaba anudada: el caballero deshizo el nudo y encontró entre sus pliegues un par de espuelas que ajustó inmediatamente á sus talones.

Después sacó el caballo hasta el medio de la calle: con gran sorpresa suya el caballo adelantó sin que se oyeran sus pisadas en el pavimento.

El gascon levantó una de las patas del caballo, después la segunda, la tercera y la cuarta... Las cuatro patas del animal estaban metidas en unas bolsas de cuero con fuerte suela; como más tarde el mariscal de Saxe quiso que se pudiese en vez de herraduras á los caballos del ejército.

—Gordon es el hombre más ingenioso de los tiempos modernos.

Y saltando sobre el caballo con la ligereza de un pajarero, recorrió algunas calles de la ciudad hasta llegar á un barrio que terminaba la ciudad por el lado de Mayena.

Allí el caballero se detuvo ante una casa de muy buena apariencia, rodeada de árboles y defendida por un muro circular que rodeaba

su gran jardín. Pampelonne acercó su caballo contra el muro, se puso de pié en los estribos y miró á una pequeña ventana ó tragaluz colocada encima de las habitaciones.

Aquella ventana estaba iluminada.

—Bueno, murmuró el gascon: ¡qué buena ocasion perdida! el imbécil está fuera de la casa.

Entonces se dirigió hácia una puertecilla escusada y abierta en el muro, apoderóse de un alambre que habia junto á la puerta, y le agitó con tres golpes vigorosos.

Pocos minutos después, unos pasitos menudos se dejaron oír en la arena del jardín, escuchándose una tosecita seca.

El caballero tosio á su vez, y la puerta se abrió sigilosamente.

—Es muy tarde, dijo la vocecita de una camarera semejante á la que se ven todos los dias en las comedias.

—Buena acogida, Luisita; no recibo más que malas razones en este país. Sabes tú los peligros que he tenido que correr para llegar hasta aquí.

—No lo dudo, señor caballero; pero mi señora tambien se ha mortificado en esperar.

—¡Pobre Clemencia! le besarás los pies por mí.

—Tengo bastantes quehaceres en la casa sin encargarme de los ajenos.

—Vamos, no te enfades, mi dulce paloma: dime pronto las dos palabras que te han dicho para mí.

Pampelonne acompañó esta petición de un abrazo que la joven trataba en vano de esquivar, diciendo:

—Estaos quieto, señor, y seguidme.

—No tengo tiempo: dime esas palabras.

—Venid y os las dirán.

—Imposible; dilas tú.

—Creo que es «Jarnac» para salir, y «Enrique» para entrar... no «Enrique» para salir... no, en fin, no me acuerdo!

—Niña, ¿quieres hacerme colgar? necesito salir de la ciudad á todo trance.

—Pues bien, seguidme; la señora tiene ambas frases por escrito. ¡Jesus que mal olor viene hasta aquí, sin duda la alcantarilla próxima... abandonemos este sitio!

—Ve á buscar esa consigna, niña, repuso el caballero con firmeza, envolviéndose en su capa; y ruega á Clemencia que me perdone: mañana estaré á sus piés.

—Estoy encargada de conducirlos, muerto ó vivo, y os llevaré, señor caballero. ¡Ingrato... hacerse rogar tanto!

—Pues bien, yo te juro, que si estoy de vuelta ántes del día, volveré aquí.

—¿Lo jurais?

—¡A fé de caballero!

—Dadme una prenda que lo acredite.

Pampelonne registró sus bolsillos; y no encontrando un escudo en ellos, cubrió las manos de la jóven de apasionados besos.

—«Jarnac» para salir, señor, murmuró la jóven con acento trémulo; que Dios os guarde.

—¿Y para entrar?

—«Enrique.»

—¿Estás segura?

—Segura.

—Adios, pues, hermosa niña; te debo un millon de abrazos por este servicio. Ya te lo pagaré.

Y Pampelonne montó de nuevo, y se encaminó hácia la puerta de Nantes.

—Por orden de monseñor de Broc, dijo al sargento de guardia, abridme la puerta.

—Por orden del señor gobernador, ¿queréis decir?

—Sin duda.

—¿Y dónde está esa orden?

—¡En mi cabeza, belitre! ¡Piensas que se ha de escribir todo!... ¡para qué sirve entonces la lengua.

— Abre, gritó el sargento al centinela.

Y cuando el caballero hubo franqueado la puerta, el sargento se volvió á dormir, murmurando:

— ¡Qué oficio más pícaro!

— Así que Pampelonne se vió fuera de la ciudad, se inclinó hácia adelante, apretó las piernas, soltó brida, y exclamó:

— Ahora, mi valiente camarada, prueba que tienes alas en lo piés: ¡traga camino!

En aquel momento los serenos de la ciudad elevaron su voz lúgubre y monótona.

— ¡La una!... murmuró para sí el gascon. Por Dios, que necesito las alas de un águila, ó de un gorrion!

El caballo parecia querer responder al deseo de su amo; galopaba como si el mismo viento le impulsase. Poco fatigado, porque se recuerda bien el dia anterior habia hecho una jornada larga; tanto que el abate habia tenido necesidad de mojarle y cubrirle de arena para demostrar un viaje precipitado; poco fatigado, pues, y bien alimentado en la caballeriza de Halot, el animal galopaba, y segun la feliz espresion de Pampelonne, «tragaba camino.»

Dejemos á nuestro caballero correr por los campos como un fugitivo del hospital de locos, y volvamos á Angeres, donde, á pesar de ser las altas horas de la noche, la mayor parte de nuestros amigos velaban.

Cuando la camarera hubo perdido de vista al caballero, cerró tristemente la puertecilla y regresó hacia la casa.

Luisa, á quien el gascon llamaba Luisita por galanteria, era una linda jóven de diez y siete años, talle bien formado y rostro encantador y malicioso. Tenia los labios delgados, rasgados los ojos, el pié y la mano pequeños, los dientes pequeños y blancos, los cabellos negros. En suma, era una camarera, pero nacida para gastar media de seda y justillo de raso.

—Mas vale, murmuraba Luisa, que vaya á correr por esos caminos que no que esté allí. Y levantó los ojos á dos grandes ventanas del primer piso, herméticamente cerradas.

Después añadió dejando caer la cabeza sobre el pecho comprimido:

—¡Se desesperará, pero no dejará de aguardar; él volverá... y yo!

Luisa fué detenida en sus reflexiones por

una mano que sacudió violentamente su brazo.

—¡Y bien! ¿no era él? dijo una voz trémula de emoción.

—No... sí. Perdon, señora; no os veía.

—No, sí; ¿estás loca?

—No señora: dije no; porque más quiero mentir que dar una mala noticia; era él, pero iba tan turbado, tan de prisa, que me ha preguntado las dos palabras consabidas y ha partido á escape.

—¿Sin dejarte nada para mí?

—No señora... digo, sí, me ha dado su palabra de que volvería si regresaba antes del día.

La mujer que escuchaba á Luisa con ansiedad lanzó un profundo suspiro, y deslizándose entre los pequeños castaños, se dirigió hácia una escalerilla secreta, que subió rápidamente.

Luisa siguió en silencio á su señora hasta su habitación.

Era la señora de Luisa una mujer de veintidos años, vestida con lujo, rubia, bella, con aire de duquesa, con mirada tan pronto velada, tan pronto ardiente. Dejóse caer en un sillón, y allí permaneció largo rato, inmóvil, con la frente inclinada, aunque á través de su gola de

encajes, su seno se levantaba víctima de profunda agitación.

La joven camarera cruzó sus brazos sobre el respaldo de otro sillón, y aguardó las órdenes de su señora.

—¿Crees que volverá? dijo esta por fin.

—Sí, señora: Mr. de Pampelonne triunfa de todos los peligros.

—Lo sé; ¿pero podré recibirle después?

—Lo espero: sin duda ha tomado sus precauciones para alejar...

—¿El capitán no ha vuelto?

—No señora, y aun cuando hubiera vuelto, sabía que rara vez viene aquí.

—¿Está iluminado el tragaluz?

—Sí señora.

—Cuida de que la luz no se apague mientras estamos libres.

—No se apagará.

—Duerm.e, si estás cansada; yo sola aguardaré, pero duerm.e junto a mí.

—No tengo sueño. ¡Ah! señora, qué dulce debe ser amar: ¿no es cierto?

—¿Es morir, hija mía!... escucha.

—Es el sereno que canta las dos de la mañana.

—¿A qué hora amanece?

—A las cuatro, poco más.

PAMPÉLONNE.—TOMO I.

—¡Oh! qué poco falta; murmuró y ocultó el rostro entre las manos.

Un silencio absoluto reinó en la estancia por espacio de cinco cuartos de hora.

La habitación en que hemos introducido al lector estaba ricamente decorada: una rica alfombra cubría al pavimento; los muros estaban igualmente cubiertos de tapicerías de gran valor, y cortinas de damasco cubrían las puertas y las ventanas.

Un gran lecho de estrado ocupaba uno de los lados del cuarto, y dos gabinetes, cubiertas sus puertas con cortinas de terciopelo, se veían á cada lado del lecho: la habitación estaba además profusamente adornada con sillones, taburetes, cojines, espejos y todos esos mil objetos caprichosos que no se encuentran más que en el gabinete de una mujer rica y coqueta.

De repente, la hada de aquel templo se levantó murmurando:

—¡Me ahogo!

Y dos lágrimas de desesperación rodaron por sus mejillas.

—¡Yo respiro! murmuró Luisa para sí.

—Aquellas dos mujeres habían esperado más de dos horas sin decir una palabra, absortas en contrarias esperanzas: la una lla-

maba á su amante con impaciencia febril, la otra hacia votos porque no viniese. En el alma de la señora, el amor se mostraba en toda su estension; el de la camarera palpitaba agitado por los celos: ¡para las dos, aquellas dos horas fueron dos siglos!

De repente un campanillazo se oyó en la puerta del jardín; las dos mujeres levantaron su cabeza como dos tórtolas sorprendidas por el cazador. ¡Aquel timbre argentino había atravesado el espacio para caer en el corazón de la dama como una gota de rocío; en el de la jóven como un rayo!

—¡Pronto, Luisa, baja, baja!

Luisa obedeció mientras su señora acercándose á un gran espejo de Venecia, pasaba sus dedos blancos, cubiertos de sortijas, por sus cabellos y daba una última mano á su traje son sonrisa voluptuosa.

La puerta se abrió, y el caballero de Pampelonne apareció en el dintel con el rostro de escarlata, la frente bañada en sudor y el sombrero atravesado.

El gascon había cambiado de traje, siendo el que ostentaba tan extraño como grotesco: su calzon era de ante como los llevaban los soldados de infantería; su ropilla era de raso verde bordada de plata; en vez de botas lleva-

ba zapatos con lazos y por fin su valona era bordada y sujeta por un lazo de perlas.

Así vestido, Pampelonne tenia algo de noble, de plebeyo, de caballero y de soldado.

—¡Armando! exclamó la jóven adelantándose á recibir al gascon.

—¿Qué hora es, mi querida Clemencia? repuso el caballero, recibiendo en sus brazos á su amada.

—No lo sé: te veo aquí y todo lo he olvidado.

—Cerca de las cuatro, dijo Luisa, que permanecía de pié en el dintel de la puerta.

—¡Las cuatro! exclamó el caballero como si aquella respuesta hubiera sido un cañonazo.

—Las cuatro cerca, repitió la jóven mordiendo los lábios hasta hacerse sangre.

—¡Imposible! dijo Clemencia.

—Corto os ha parecido el tiempo, replicó la camarera con acento sarcástico.

—Poco importa, repuso el gascon; hasta las cinco no amanece, y aun tengo tres cuartos de hora delante de mí. ¡Dios sea loado!

Y cayendo á los piés de la dama, estrechó apasionadamente sus manos.

Luisa lanzó una mirada apasionada sobre el dichoso grupo, y huyó.

Clemencia corrió á la puerta, pasó los cerrojos, y saltando como una gacela, cayó de nuevo en los brazos de su amante, murmurando:

—¡Has arriesgado otra vez la vida por mí!

—¡Bah! la arriesgo todos los días por mí propio y por el rey, que á la verdad formamos una sola persona.

—¿Cómo!

—¡Pardiez! Cuando cargo al enemigo espada en mano, cuando escalo, cuando conspiro ¿es por mí ó por el rey por quien me espongo? Me bato por el rey, pero en realidad por mí; porque me paga... Es verdad que hasta ahora solo en promesas; pero ya llegará día en que sea rico ese pobre rey de Navarra.

—¡Ah! lo que vas á emprender hoy me espanta.

—¡Pardiez! ¿Os habeis propuesto apocar mi espíritu?

—No; pero te amo, y temo...

—¿Verme colgado... eh?

—¡Oh, me haceis estremecer!

—De todos modos, dijo el gascon mordiendo las puntas de los bucles de su amada, colgado ó arcabuceado, vos ganais.

—¡Yo!

—Si tal; yo no dejaré este mundo sino en

—¡Estamos frescos! murmuró el gascon.

compañía de tu marido; y ya ves, un amante joven como yo se encuentra á cada paso; pero un marido repugnante como el tuyo, no se halla mas que una vez en la vida.

Un golpe terrible resonó en aquel momento en la puerta de la estancia, cortando la sonrisa en los labios de Clemencia y haciendo pegar un brinco al caballero.

—¡Abrid, Clemencia, ó echo la puerta abajo! repuso una voz harto conocida, mas acre y discordante aun por la cólera que la animaba.

—¡Es él! murmuró Clemencia, cuyas mejillas se tiñeron con la palidez de la azucena.

Pampelonne sacó de su cinto una pistola y se encaminó á la puerta: Clemencia se colgó á su cuello.

—¡Aunque pase sobre su cuerpo, necesito estar en casa de Halot antes de amanecer! dijo al oído de su amada.

—Ven, murmuró la dama arrastrándole hácia la alcoba; allí tocó en la pared á un resorte que hizo saltar una puerta secreta, y empujó á Pampelonne por ella, cerrando otra vez.

—¡Estamos frescos! murmuró el gascon.

¡Qué hago ahora aquí á oscuras! ¡Y va á amanecer!

—No son más que las tres y media, señor, murmuró á su lado un acento; tranquilizaos.

—¿Eres tú, Luisita? ¡Misericordia! ¿Qué haces aquí?

—¡Silencio!

Entre tanto la puerta seguía vacilando bajo los golpes del pomo de la espada del capitán.

—¡Pero Dios mío! ¿qué tenéis? preguntaba Clemencia dando á su acento un timbre soñoliento.

—¡Abrid! ¡Rayos de Dios!

Clemencia, que entre tanto se había desmayado, corrió á abrir la puerta con los piés desahogados y en el mayor desorden y exclamó:

—¡Estais más zafio cada dia!

—¿A dónde está vuestro amante, señora? murmuró entrando furioso y con espada en mano el capitán Fresne.

—Tomáos el trabajo de buscarle, murmuró la jóven esposa lanzando una carcajada que hizo estremecer al gascon en su escondite.

VI

Pampelonne, Halot y Fresne pasan crueles momentos.

¿Por qué el caballero de Pampelonne se había lanzado reventando el caballo camino de Nantes, donde había tomado su extraño disfraz? ¿Por qué el capitán Fresne había vuelto á su casa en momento tan inoportuno y animado de humor tan colérico?

Tales son probablemente las preguntas que nos dirijen nuestros lectores. Nosotros responderemos refiriendo lo que pasó en Angeres y sus cercanías, mientras Mme. de Fresne aguardaba á su amante.

Dos horas despues de pasar Pampelonne

por la puerta de Nantes, una ronda pasó por aquel puesto militar.

Era Mr. Dubroc, gobernador de Angeres, que cumpliendo los deberes de su cargo, visitaba los cuerpos de guardia, acompañado de un inferior que llevaba una linterna.

—¿Qué hay de nuevo? preguntó al sargento con el tono de quien aguarda solo noticias pacíficas.

—No sé nada que vos no sepáis, señor gobernador: que la noche está hermosa, y que si algo siento es no estar descansando en mi lecho.

—¡Bah! con eso dormireis mejor mañana.

—Si tal. ¡Ah! pero me olvidaba deciros que ha pasado por aquí hace dos horas...

—¿Quién?

—Vuestro hombre.

—Mi hombre.

—Si tal, vuestro paje, vuestro mensajero, vuestro emisario... ¡qué sé yo! Ha pasado por aquí á galope: el mozo es arrojado.

—¿Habelis bebido mas de lo justo?

—¡Señor gobernador!

—No comprendo ni una palabra de todo ese cuento.

—¡No es cuento por mi vida! A cosa de las doce y media, un caballero ha venido á des-

—pertarme; me ha dicho que le abriese la puerta, por orden vuestra, diciéndose encargado de una misión oficial.

—¿Y os ha dado la seña convenida?

—Sin ella ¿le hubiera dejado pasar? ¿me tomáis acaso por un hugonote?

—No; pero os tomo por un imbécil, señor sargento.

—¿Por qué?

—Porque yo no he espedido esta noche, ni paje, ni correo, ni cosa que lo valga; ¡nadie sabe el santo y seña más que el capitán Fresne, entendedis!

—Perfectamente; pero como el que ha salido no es el capitán, también lo sabe otro.

—Sin duda, á menos que hayais soñado.

—En cuanto á eso respondo que no. ¡Eh! Antonio, ven acá: Antonio estaba de centinela y él os dirá, como yo, que un caballero envuelto en una larga capa, barbilampino, delgadillo como una anguila, montado sobre un caballo sin cola, ni orejas, acanelado y rechoncho, se ha hecho abrir la puerta murmurando la palabra convenida que es «Jarnac»; ¿no es esto, hijo mío?

El centinela hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—Pues os habeis dejado engañar por algun

espía, que Dios sabe lo que nos prepara. Si el ginete indicado vuelve á presentarse y querer entrar de día ó de noche, detenedle y llevadle á mi presencia: ¿estais enterado?

—Sí señor, yo os juro que si vuelve caerá en la ratonera: estad tranquilo.

—Dadme las señas de ese individuo: su caballo decís que es...

—Color de canela, rechoncho, cortada la cola y las orejas.

—Bueno: el caballero barbilampiño, delgado, envuelto en una larga capa... ¿de qué color?

—¡De castaña, señor!

—¿No habeis examinado su calzon, su ropilla...

—No señor, no; iba muy envuelto en su capa...

—¿Y el sombrero?

—Ese sí: era un sombrero sin plumas y con los bordes levantados.

—Está bien, basta; volved á vuestro puesto: habeis cometido esta noche una insigne torpeza.

El gobernador continuó su visita, y al adelantarse sobre un cuerpo de guardia de los que debía inspeccionar, un hombre que salía

precipitadamente de una casa, vino inadvertidamente á tropezar con él.

—¡Hola, hola! ¿estamos de aventuras, mi querido Halot?

—¡Pardiez! á estas horas ya debéis comprender que no salgo de visita... supongo que seréis prudente.

—¡Como un muerto!

—Nosotros somos, como el bearnés, galantes en la paz... cada uno tiene sus placeres: hay muchachas muy lindas entre toscos sayales... En fin, puesto que os encuentro con tanta oportunidad, os haré compañía.

—Con mil amores.

—¿A dónde vais?

—No me queda por visitar más que la puerta de Tours.

A los pocos momentos estaban en ella: el sargento se presentó.

—¿No ha entrado desde la una en adelante un ginete barbilampiño, con sombrero sin plumas, envuelto en una capa y montado en un caballo rechoncho y acanelado?

—No señor; no ha entrado ni salido nadie por esta puerta desde que se cerró.

—Está bien; en el momento en que dicho sujeto se presente en vuestro cuerpo de guar-

— día, detenedle, y vivo ó muerto, pero vivo sobre todo, llevadle á mi casa.

— Vigilaré á todos cuantos pasen.

Halot pudo apenas contener la risa al oír dar al gobernador las señas del gascon, que segun todas las probabilidades estaba durmiendo en su propio lecho.

— Si no andamos listos, pensaba Halot para sí; si mi sobrino tarda un día más, le detienen, le aplican al tormento, y Dios sabe lo que hubiera podido decir para perderme á mí tambien: sin duda ha habido soplo. Es preciso que mañana permanezca encerrado, y Dios quiera que Fresne ó el albanes no hablen.

Halot continuó acompañando al gobernador con aire meditabundo.

— Ahora, dijo el gobernador muy satisfecho tomando el brazo de su amigo, ya está recomendado nuestro caballero á las puertas de la ciudad, y si vuelve, se ha divertido.

— ¿Cómo si vuelve? repuso Halot que creía haber entendido mal.

— Justo, si vuelve; ¿no es eso lo que he dicho?

— Si; pero yo no me esplico.

— Pues es muy sencillo: hace unas tres horas que un jóven se ha presentado en la puerta de Nantes, la ha mandado abrir por orden

mis, ha dado la palabra convenida, y ha escapado á galope por el camino de Nantes.

—¡Imposible!

—Como os lo digo.

—¿Y decís que montaba un caballo rechoncho, acanelado...

—Sí.

—¿Sin cola ni oreja?

—Exactamente.

Halot se estremeció:

—¿Y decís que era un imberbe, envuelto en una capa...

—Justo: ¿qué hay en todo ello que os asombre?

—Nada, nada... me entero bien para ayudaros en vuestras pesquisas.

—Muchas gracias; tengo para mí que será un espía del bearnes.

—Si era un espía, no volverá.

—¡Bah! los hugonotes son fanáticos y cometen toda clase de imprudencias.

—¿Y á qué hora decís que salió?

—A las doce y media; buenas noches, amigo mío, hemos llegado al punto divisorio. Esa es vuestra calle, esta la mía. Deseo que descanseis; no os levanteis temprano.

—Adios, señor gobernador; en esta, como en cualquier ocasión, contad con mis servicios.

Y dichas estas palabras se separaron, lanzando Halot un gran suspiro cuando se vió libre para poder respirar; y tomando precipitadamente el camino de su casa, llegó á ella golpeando impaciente la puerta.

Mientras sus criados se despertaban, el conspirador se entregaba á las mas tristes reflexiones.

—Si ese hecho increíble es verdadero, pensaba, ¡si mi huésped se ha evadido, estoy perdido!

Y á este pensamienso, los cabellos se ponian en pié sobre su frente.

Por fin vinieron á abrir la puerta, descorrieron los cerrojos, quitaron la llave... sin embargo, la puerta no se abrió.

—¿Podré entrar ó no? murmuró impaciente el comandante.

—Por fuerza están puestas las cadenas exteriores, murmuró el criado; porque no puedo abrir.

—¡Y es verdad! exclamó Halot sintiéndose descargado de un peso enorme, ¡Pues señor, mi hombre no ha podido salir!

—Esta reflexion hizo correr por sus venas un bálsamo consolador, y abriendo él mismo las cadenas ó candados, entró en el patio.

—¿Ha salido mi sobrino?

—No señor, es decir como no haya sido brujo: yo me he paseado hasta la una por este patio porque no podía conciliar el sueño en el lecho.

—¡Bravo! dijo el comandante encantado con tal respuesta, y se lanzó al vestíbulo, del vestíbulo á la escalera llegando por fin hasta la puerta de su propio dormitorio que estaba cerrada por dentro.

Aplicó un ojo á la cerradura y al débil resplandor de la lamparilla, distinguió la sotana, las botas, toda la ropa de su sobrino: las cortinas del lecho estaban descorridas y distinguió perfectamente á un hombre acostado volviéndole la espalda.

Entonces, separando la vista, acercó el oído escuchando un ronquido formidable. ¡Ninguna melodía había parecido nunca tan agradable á su oído!

—¡Y dudaba! qué imbécil soy; murmuró Halot pensando aun con enojo en el mal rato que le había hecho pasar su amigo el gobernador. ¡Duerme en paz, mi pobre Jacobo, ronca, hijo mio, ronca! Además, ¿cómo había de salir de aquí? Las ventanas dan al jardín ó al patio, los muros del jardín tienen cuarenta pies de alto, y están guarnecidos de aceradas puntas: la puerta estaba cerrada por fuera...

¿pero y su caballo? Tendrá alas como otro Pegaso ó habrá pasado por el agujero de la cerradura; ¡pobre gobernador, se han burlado de él!...

Al terminar este monólogo, Halot se encontró de nuevo en el patio, y como no tenía más que dar un paseo para entrar en la cuadra, se dirigió á ella resuelto á recompensar con una caricia las calumnias de que había sido objeto el caballo del gascon.

La lámpara que ardia durante la noche en la caballeriza, se habia apagado sin duda por casualidad; pero Halot, familiarizado con sus caballos, pasó la mano por el lomo de cada uno de ellos; tenía tres, y tres encontró.

—Y tú, rechonchillo; ¿no me dirás nada? ¿dónde estás, tontuelo?

El caballo no contestó por varias razones: la primera porque no estaba.

Halot estendió las manos como quien juega á la gallina ciega, tocó el pesebre, llegó hasta la pared, tocó á los cuatro muros... en vano; el caballo no estaba.

Lanzó un suspiro, una exclamacion y un juramento á la vez, saliendo de la caballeriza con el espanto en el alma.

El criado que le habia abierto la puerta, estaba en el patio con una linterna en la ma-

no. Halot tomó la linterna, y vió con sus propios ojos lo que habia advertido con sus manos: el caballo no estaba; el mozo de cuadra habia desaparecido.

Entonces, el desgraciado comandante se precipitó de nuevo en la escalera, gritando, blasfemando, y así llegó hasta la puerta de su cuarto.

—¡Abrid, sobrino, abrid! dijo, ó echo la puerta abajo.

—¡Echadla si os conviene! repuso un acento que, á no dudar, era el de Pampelonne.

Halot, entonces, se creyó victima de un sueño: estaba ardiendo y helado á la vez; una nube cruzó por su vista, y con tono entre súplica y amenaza, medio lastimoso, medio altanero, murmuró:

—¡Jacobo, sobrino mio, abrid inmediatamente!

Lo interesante del caso era el saber si era verdaderamente Pampelonne el que ocupaba el lecho; y como el lector recordará, la situación apurada en que hemos dejado á nuestro gascon, encerrado en el escondite en que le metió Mad. de Fresne, es indispensable que volvamos atrás, siguiéndole desde su salida de Angeres hasta su regreso, único medio de po-

neros al alcance de las travesuras de este aturdido.

En cuanto se hubo cerrado tras él la puerta de Angeres, Pampelonne, según hemos dicho, metió espuelas á su caballo, atravesando los campos con el mismo furor que si se hubiera visto perseguido por una caterva de panteras y leones.

Después de haber corrido en línea recta durante media hora, el gascon tomó á la izquierda, galopó á orilla del Loire, que se deslizaba tranquilo en su lecho de arena, y cinco minutos después Pampelonne atravesaba el río, que por la sequedad de la estación era punto ménos que un arroyuelo; y unas veces galopando, nadando otras, el caballo ganó la ribera opuesta; descansó un momento, dió unos cuantos resoplidos, y después prosiguió su carrera con nuevo vigor.

A los veinte minutos, cuatro hombres emboscados tras una colina, aguardaban con impaciencia, asomando de vez en cuando su cabeza para descubrir mejor la llanura.

—¡Se oye el galope de un caballo! dijo uno de ellos: escuchad, Rochemorte.

—Creo que no os engaÑais, monseñor; sin embargo...

—¡Qué disparate!... repuso un tercero: los

caballos no calzan zapatillas, y ese no es el ruido de la herradura.

—Dinos tu parecer, Laprairie, dijo el joven, á quien Rochemorte habia llamado monseñor.

Este Laprairie era un oficial del regimiento de picadores de Condé, que tenia el rostro partido de alto abajo de una cuchillada; soldado de brazo fuerte, excelente corazon, pero de una educacion descuidada, que se batia siempre que podia y no hablaba más que cuando no podia callar.

—Mi parecer es que es un ginete, y que ese ginete es el caballero...

—¿De Pampelonne?

—¡Rochemorte! exclamó el gascon pasando como un huracan.

—Aquí, aquí; ¡hemos llegado ántes que vos!

—El caballo se detuvo, volvió brida Pampelonne y se acercó al grupo.

—Señor duque, tengo el honor de saludaros. Rochemorte, Dios os guarde... y á vos, señor baron de Rosny; buenas noches, Laprairie.

—¿Qué nuevas traels? preguntó el joven duque Claudio de La Tremouille, duque de Thouars; ¿será al fin esta semana?

—Será mañana mismo, si estais prontos.

—Tanto mejor.

—Contadnos lo ocurrido: dijo La Tremouille, sois un verdadero hechicero, y las damas no os dejarán reposo desde este instante.

—Os lo diré, repuso el caballero, mientras sus cuatro interlocutores se agrupaban para oír mejor.

—Señores, repuso Rosny, creo que debíamos ir un poco más allá; el viento trae á este lado un olor insufrible.

—Silencio, no interrumpais el relato, exclamó el duque; hablad, Pampelonne, hablad.

Rosny cayó, pero sacó su pañuelo llevándole á su nariz.

—Para entrar en esta ciudad de filisteos, exclamó el gascon, y sobre todo para salir, me he visto dos veces con el cuchillo en la garganta y diez veces en manos del verdugo.

Entonces refirió cuanto le habia ocurrido y el lector sabe; Rochemorte interrumpió la narracion para esclamar á su vez:

—Rosny tiene razon; se advierte un olor detestable.

—¿Me dejareis acabar? exclamó el gascon; ¿creeis que yo tengo tiempo que perder?

Rochemorte calló, pero hizo con su pañue-

lo lo que habia hecho Rosny; el duque y La-prairie le imitaron.

—¡Pardiez! parece que todos teneis narices de dama, exclamó Pampelonne, que ya empezaba á cargarse.

—Sí, por fuerza tenemos por aquí cerca el desagüe de alguna alcantarilla.

—Ese desagüe soy yo, repuso el gascon amostazado, y creo que bien podreis sufrir un cuarto de hora de mal olor, cuando yo le estoy sufriendo desde las dode.

Refirió entonces la escapatoria por la alcantarilla de la casa, lo que fué celebrado con grandes carcajadas por su auditorio, y continuó:

—Ahora fuerza es que participeis de los inconvenientes, de los peligros de esta aventura; entre los cuatro vais á desnudarme y vestirme de piés á cabeza, y ya podeis formarme un traje presentable, porque ántes de meterme en la jaula, tengo que ir á dar las buenas noches á mi Adriana, al hada que me ha dado el hilo en tan confuso laberinto; esto es, las frases de santo y seña, despues de haberme comunicado las costumbres de Halot, de Fresne y del albanes.

—Es justo, repuso el jóven duque; yo doy mi ropilla.

—¿Es de raso, no es cierto? La admito: dadme, señor duque, dadme: y vos Rosny.

—Mi valona, bordada y sujeta con broche de perlas: es un verdadero regalo de boda el que os hago.

—Pronto, pronto; ¿y vos, Rochemorte?

—Mi sombrero y mis zapatos; puesto que tenemos la misma cabeza y los mismos piés. Os presto un magnífico sombrero con plumas blancas.

—Gracias; en cuanto á ti, Laprairie, no te hago tan escrupuloso, y te doy mi capa en cambio de tu calzon.

—Tomad: yo encontraré otro en las piernas de un enemigo.

—Ahora, amigos míos, exclamó Pampe-lonne, vestidme y despachemos.

VII.

Halot se confunde aun mas.

En dos minutos la trasformacion de Pamponne estuvo hecha, y el gascon se pavoneó con su nuevo traje.

—No es esto todo, dijo; ahora necesito un caballo, un caballo fogoso, corredor... ¿quién me le deja?

—Yo, dijo el duque.

—Corriente: ya estoy armado. Ahora acompachadme y os contaré por el camino lo que Gourdon y yo hemos resuelto. Gourdon es el modelo de los conspiradores.

—¡Pobre vizconde! ¿qué tal se porta?

— ¡Maravillosamente! Si no hubiera nacido para ser un gran señor, sería un excelente lacayo: no puedo mirarle sin echarme á reír. En fin, vamos á lo que interesa.

Aquí los cuatro interlocutores adoptaron un aspecto grave y sombrío, que formaba extraño contraste con la alegría que habían demostrado desde el encuentro del caballero.

— Sabemos todos al dedillo nuestro papel, ¿no es esto? A vos Rochemorte os aguardo de diez á once: ahora permitidme que vaya á decir dos palabras á la mujer á quien hago el amor, por servir á la religion, al rey y á vos.

Y picando espuelas á su caballo, el gascon cruzó de nuevo el rio, desapareciendo en el sendero que conducia á la ciudad. Cuando despues de dar un pequeño rodeo se presentó ante la puerta de Tours, por no entrar por la misma que habia salido, eran poco más de las tres de la mañana.

¡Qué loco tan delicioso! habia dicho el baron de Rosny, que fué despues el gran Sully, viendo desaparecer al caballero. ¡Juega á la vez con el amor y la guerra... con la política y el verdugo!

— Yo os aseguro, repuso el jóven duque, que si ese pobre Pampelonne entrega la piel en esta jugada, me salto la tapa de los sesos de

desesperacion: es el gascon mas divertido que conozco.

Cuando el sargento de la guardia que custodiaba la puerta de Tours oyo el galope de un caballo, habló á sus gentes en voz baja y mandó abrir.

—«Enrique,» murmuró Pampelonne, salvando al trote la puerta entreabierta.

—¡Eh... alto! exclamó el sargento abalanzándose á la brida. No basta hablar, es preciso dejarse ver.

—¡Ved cuanto querais! interrumpió el caballero con imperturbable sangre fria.

—¡Eh... muchachos! acerca las linternas. Tú, Jeromo, lee las señas escritas.

Caballo rechoncho, acanelado, sin orejas y sin cola...

—No es nuestro caballo; tiene orejas y cola... ¡magnifica cola á fé mia! Además, este caballo es tordo, y los caballos no mudan color. Pasad al ginete.

—Rostro barbilampño...

—Bueno.

—Talle enjuto...

—Estad bien, continuad.

—Sombrero de ala recogida, y sin plumas; capa de color de castaña...

—¡Por la santa liga! exclamó el sargento,

partidario de los de Guisa. ¿De dónde venís, caballero; por qué viajais por la noche con sombrero de corte y sin capa?

— ¡Repórtate, charlatan! repuso Pampellone, procurando disimular su acento gascon. Hablas á un oficial del duque de Mayena.

La exclamacion del sargento le habia hecho comprender sus opiniones, y venció sus escrúpulos con esta revelacion.

— Pasad, pasad, noble caballero, repuso el sargento inclinándose. El duque de Mayena es un gran principe.

El caballero se dirigió á la casa de Fresne; se convenció de que aun podia llamar, puesto que estaba aun el tragaluz iluminado; se apeó, llamó, arrojó la brida sobre el cuello de su caballo, y sin cuidarse de adonde este iria, entró arrogante en casa de Mad. de Fresne, su amada.

Sucedió que el capitan Fresne, despues de observar durante cuatro horas por las cercanias de la ciudadela, se puso por casualidad á repasar en su memoria algunas jugadas que le habia hecho su jóven esposa en los dos años que llevaban unidos: la cabeza de un celoso es un barril de pólvora que en cuanto se le aplica una mecha, estalla á los pocos instantes, el capitan se decia que mientras él estaba al se-

reno, su esposa podría muy bien tender su mano á un galán.

Este pensamiento diabólico le aguijoneó de tal modo, que se dijo:

—Desgracia será que el griego enviase un emisario en un cuarto de hora que yo falte de aquí, cuando durante cuatro horas nadie ha salido.

Y Fresne, sin aguardar más, tomó el camino de su morada. Al llegar á la orilla del muro vió un caballo que junto á la puertecilla escusada se frotaba la cabeza contra la pared. Tomó el caballo por la brida, le vió cubierto de sudor y se esplicó su docilidad y su pereza por alguna carrera violenta que habria hecho.

—¡Por fin! murmuró el capitan con un suspiro entre satisfecho y dramático. He dado con el nido, y mi hombre no estará léjos.

Sacó una llave, abrió la puertecita que conocemos, é interrogando las pisadas en la arena del jardín, llegó á la escalerita, subió al piso principal, y aplicando el oído, medio repugnante que solo utilizan los criados y los celosos, creyó oír cuchichear en su propia alcoba nupcial.

Entonces el capitan tiró de su espada y golpeó con el pomo la puerta como hombre

decidido á hacerse abrir. Mientras el capitán Fresne recorría todos los rincones del cuarto; mientras que armado de su larga tizona registraba los armarios, las cortinas, y debajo del lecho esperando ver saltar, como á una liebre de entre las matas, el atrevido que á tanto osaba; el caballero de Pampelonne sentía la mano de Luisa deslizarse en la suya y arrastrarle hácia sí.

Cediendo á esta impulsión, el caballero se dejó conducir como si tuviera los ojos vendados, y por obedecer completamente á la orden que muy baja le dió su guía, puso gran cuidado en apagar el ruido de sus pasos.

—¡Todo está bien! murmuró el gascon entre dientes; pero yo no tengo tiempo de jugar al escondite: Gourdon me espera, y Halot me busca quizá: es preciso volver ántes del día. ¡Eh! Luisita, hada misteriosa, ¿á dónde me llevas por esta escalera?

—¡Os saco una espina del pié, señor caballero! repuso la jóven en su voz natural: entrad: aquí estais en salvo.

Y le introdujo en una pequeña habitacion, iluminada por una lamparilla.

—¡Gracias á Dios que veo algo! exclamó Pampelonne. ¿Dónde estamos, hermosa niña? ¡Calla, este es el tragaluz que sirve de señal!

—Sí, señor.

—¡Diablo! Pues es linda y coqueta la tal habitación. ¿Es por ventura la tuya?

—Sí señor; pero no habéis tan alto; no olvidéis que vuestra vida está amenazada; que os buscan debajo de este mismo cuarto.

—Puesto que aun tengo algunos minutos que dedicaros, hermosa niña, explicame algo de lo que ha ocurrido hace un momento; ese imbécil capitán abandona el puesto en que le he colocado para echarme del que yo tenía; se me hace entrar en un gabinete oscuro, y en un gabinete que debía ser ignorado; te encuentro á tí... ¿qué significa todo esto?

—Significa, señor, que... ¡que, si no lo comprendéis, es que no queréis comprenderlo!

—¡Bravo! ¡Otro enigma! Hé aquí lo que yo supongo: Mme. de Fresne tiene una habitación construida á propósito con salidas secretas para las ocasiones; ¿no es eso?

—Seguid adelante.

—Mme. de Fresne es muy caprichosa y escita los celos en sus amantes, como en su marido.

—Quizá.

—Bien; pero como en su favor está sujeto á sus caprichos, es necesario que el favorito en

propiedad no esté enterado de todos los escondites claros ú oscuros, de que esa dichosa habitación nupcial está rodeada.

—Sin embargo, no sería inútil.

—¡Ya se vé que no! Y el griego Ancyre tenía también su escondite como yo he tenido el mío esta noche, cómo.

—Yo no he dicho nada de eso.

—Convenidos; pero me lo dejas adivinar.

—¡Teneis tanto ingenio!

—¿Si, eh? De modo que cuando yo vine de improviso á esta casa hace tres meses, para preparar el golpe de mano que debemos dar mañana, es posible que hubiera alguno escondido como lo estabas tú hoy.

—No digo que si ni que no.

—¿Ese alguno era el albanes?

—El albanes era ya viejo en esa época; no se disputa tanto tiempo el favor de mi señora.

—Me tranquilizo; ¿y qué hacias tú en ese escondite?

—Yo... murmuró la jóven con acento balbuciente. Velaba por vos.

—¿Es decir, que espiabas lo que yo hacia?

—Y despues de una pausa, prosiguió:

—¡Has tenido una excelente idea, hija mía!

Pero dime, ¿esta casa está agujereada por todos lados?

—El gabinete donde habeis entrado tiene dos salidas secretas; mi señora no sabe que yo conozco las dos y los secretos que guardan.

—¡Pues señor, creo que estoy en un verdadero castillo encantado! Esto me enseñará á seguir los consejos de mi padre, que me decía siempre: «Hijo, no hagas nunca la tontería de enamorarte de veras; los hombres perecen por las mujeres. Es preciso amarlas á todas para evitar apasionarse de una.» Lo tendré presente.

Y saltando del lecho donde se había sentado con desenfado, dijo á la jóven que no se atrevia á levantar los ojos ante él:

—¡Pardiez! hermosa ninfa; puesto que esta casa tiene tantas puertas secretas, debe haber una espresa para mí en este instante. Tengo necesidad de irme.

—Señor, saliendo por esta ventana encontrareis el canalon que de arriba descende: descolgaos por él, y tomad el castaño que está debajo. Ya en el jardin, fácil es será dar con la puerta.

—¡Gracias, Luisita.

—¡Pero escuchad: debajo de nosotros está

el capitán, se oye sus voces... aguardad un instante!

—A propósito, ¿por qué dijiste á Clemencia en cuanto entré que eran las cuatro, cuando no eran más que las tres y media?

—Eso es un secreto mío.

—¡Ah, picaruela! repuso Pampelonne pasando su brazo alrededor del talle de la jóven. ¿Tambien tienes secretos para mí?

Luisita fijó una mirada límpida en los ojos del caballero: este dió un soplo á la lamparilla... en aquel momento una línea blanca y vaporosa apareció en el cielo, y los cristales de la ventana palidieron al reflejo de ópalo que teñía el horizonte.

—¡La aurora! dijo el caballero Pampelonne, y abriendo precipitadamente la ventana, montó en ella, ganó el canalon, se agarró á las ramas del castaño, saltó en la arena y corrió á la puertecilla. ¡La puerta estaba cerrada! Entonces, como una ardilla se subió por los mismos cuarterones hasta saltar el muro: al estar ya á caballo sobre él, una de las ventanas del piso principal se abrió precipitadamente, y dos balas y un juramento silbaron en los oídos del gascon.

Pampelonne se echó abajo del muro, empezó á correr, y murmuró.

— ¡Ese estúpido de Fresne es buen tirador! me ha agujereado el sombrero.

Aunque el día iba ya asomando en el horizonte, los habitantes de Angeres tenían aun cerradas sus puertas y sus ventanas, aprovechando el caballero su pereza para llegar á la desembocadura de la alcantarilla, contemplarla un instante, y esclamar lanzando un suspiro:

— ¡Valor, corazón!

Deslizóse como una anguila por la boca del subterráneo, de donde salió en breve casi desvanecido: su primer mirada fué para la ventana de donde pendia la cuerda salvadora: desnudóse, pues, precipitadamente, enterró sus ropas en el basurero, cogió una de sus pistolas con los dientes, la otra en la mano izquierda, y cogiendo la cuerda, subió como un gato hasta la ventana, junto á la cual con gran asombro suyo, le aguardaba el vizconde.

— ¡Gracias á Dios! dijo este. Enamorado del infierno por poco has descubierto todo nuestro plan entregando al verdugo nuestra nuez.

— ¡Cómo!

— Hace dos minutos que Halot ha estado llamando en esa puerta queriendo saber de ti: yo, como es natural, no he podido responderle, y he principiado á roncar como un lacayo:

creo que se ha ido; pero acaso volverá á subir, mocho mas si echa de ménos en la cuadra tu caballo. ¿Supongo que habrás vuelto á dejarle en la granja?

—¡Pobre caballo! Dios sabe dónde estará á estas horas: he vuelto á pié, y el diablo me lleve si sé cómo va á terminar esta aventura. Cuento con vuestro ingenio, vizconde. Roche-morte estará aqui entre diez y once: Dios nos protegerá; lo único malo que nos puede suceder es que á vos os den una paliza por haber dejado escapar mi caballo.

—¡Pues es una friolera!

—¡Ya lo creo! Yo recibiría con más gusto veinticinco palos, que tener que pasar por esa alcantarilla. ¡Si vos supiérais! ¿Tengo manchada la cara?

—No.

—Me alegro, pero me estoy helando: me permitireis que ocupe vuestro lugar en el lecho. Adios gracias le encontraré caliente.

En aquel momento ambos amigos oyeron las imprecaciones de Halot, que subia de nuevo la escalera despues del reconocimiento de la caballeriza.

—¡Adios! dijo el vizconde saliendo por la ventana.

Pampelonne, despues soltó la cuerda la arrojó al jardin y se acostó con el mayor aplomo.

Gourdon recogió la cuerda, y la enterró tambien, colocó de nuevo la reja en la alcantarilla y se fué á tender sobre un lecho de paja como un hombre falto de sueño.

Halot entre tanto sabemos que habia llegado á la puerta esclamando:

—¡Abrid ó echo la puerta abajo!

A lo que habia respondido Pampelonne:

—¡Echadla si os conviene!

Hemos añadido que el acento del gascon habia desconcertado al comandante, que no sabia si velaba ó si dormia, si estaba de pié ó en su lecho. No obstante, empujó con sus dos puños la puerta, que rechinó sordamente y repitió aun con mayor energia:

—Repito que si no abris, echo abajo la puerta.

—¡Obrad como gustéis. estais en vuestra casa! repuso el gascon sin moverse.

Halot apoyó su cuerpo en la pared del corredor, y dió tan formidable patada á la puerta, que los goznes saltaron y la puerta cayó en tierra.

—¿Teneis el diablo en el cuerpo? exclamó Pampelonne con acento soñoliento mientras se torcia los brazos y se restregaba los ojos.

Halot acercó su linterna al rostro de su huésped y se quedó atónito.

— ¡Cómo! murmuró: ¿estais aqui?

— ¡Pues me gusta! ¿Y eso os asombra?

— ¿No estais á caballo?

— ¡A caballo!

— ¿Corriendo camino de Nantes? ¿No habeis salido esta noche por esa puerta de la ciudad?

— ¡Ay! ¡mi querido huésped, vos habeis tenido fiebre esta noche y delirais! Dejadme dormir, ó mas bien decidme, qué quereis recobrar vuestro lecho; voy á cedérosle, aunque no sin pena.

— Pero vuestro caballo ¿dónde está?

— ¡Vaya una pregunta! En la cuadra.

— ¡Oh! no; en la cuadra os juro que no está.

Pampelonne se sentó en el lecho con espanto.

— ¡Qué me decís! exclamó.

— Os digo que á las doce de la noche, un caballero, envuelto en una larga capa, ha salido por la puerta de Nantes, montado en vuestro caballo.

— ¡Voto á mil diablos! ¡vuestra casa, señor mio, es una guarida de ladrones! ¡Me pagareis mi caballo! ¿Entendeis? ¡peso sobre pe-

so! ¡Un excelente animal que me habia costado cien florines! ¡Entendeis, caballero? ¡Cien florines!

—¡Eh! no se trata ahora de vuestros cien florines; estamos descubiertos; estamos vendidos!

—¡Vendidos! ¿qué quereis decir?

—Que el gobernador de la ciudad tiene noticia de esta evasion, que sabrá que el caballo en cuestión os pertenece, y cuando sepa que sois mi huésped, mi fingido sobrino, nos formará causa, y las causas no son largas en los tiempos que alcanzamos.

—¿Me quereis asustar como á un chiquillo? ¿qué hay de comun entre el robo de mi caballo y nuestra conjuracion? ¿Soy algun hereje para temer las indagaciones del gobernador? ¿no soy amigo del duque de Espernon y súbdito fiel del rey? Decid mas bien que tomais ese pretesto para no pagarme mi caballo: pero me lo pagareis; ¡rayos y truenos! ¡mi pobre caballo! ¡Le habrán reventado con el camino que traia de ayer! ¿Y no habeis adquirido ninguna noticia?

—Ninguna.

—¿Habeis interrogado al ménos al mozo de cuadra?

—No estaba en su puesto.

—Entonces, él ha sido; ¡miserable!

—¿Le habreis hecho buscar?

—No me ha ocurrido; si estaba tan turbado...

—¿Sabeis lo que vamos á hacer?

—No tal.

—Voy á vestirme, iremos á casa del señor gobernador, me quejaré del robo de mi caballo, y él se encargará de buscar á vuestro criado y castigarle como merece.

—¿Y creéis que el gobernador no irá mas léjos?

—¡Temblais como un niño! ¿qué quereis que me pruebe que estaba á la vez á caballo y en la cama? ¿en el campo y en vuestro dormitorio? ¡Vamos, vamos, si digo que teneis mala la cabeza!

—¡Creo que teneis razon! ¿Quién se acerca?... ¡Dios mio, ya está squí el otro!

—¿Quién?

—¡Geromo, mi criado!

—¿Qué criado?

—¡El mozo de cuadra!

—¡Acércate aquí!... ¡tunante!... ¡ladron!... ¡acércate! exclamó Pampelonne dirigiéndose al vizconde, que llegaba lentamente con la cabeza baja.

VIII.

Los «quid pro quos» del capitán Fresne.

—¿Qué has hecho de mi caballo, tunante? exclamaba Pampelonne con fingida cólera.

—Señor abate, os juro que no es culpa mía.

—¿Hablarás, bribon? repuso el comandante. ¿Dónde está el caballo de mi sobrino? ¿a quién le has vendido?

—Vereis lo que ha sucedido: Ayer mientras cenábais, saqué á dar agua al caballo del señor abate; y como advertí que los otros caballos le hostilizaban y le pegaban coces, me pareció prudente dejarle en la granja cercana

para que pudiese comer y dormir en paz; despues, como habla comido y bebido por siete en la cocina, me fui á tender en el pajar, donde he dormido, poco por mi desgracia. Cuando el jardinero ha abierto la puerta del jardin esta mañana, hace un instante, he corrido á la granja á echar pienso al caballo, y no he encontrado más que el pesebre. ¡Válgame Dios! ¡Quién me habla de decir...

—Pero ¿no dejaste cerrada la puerta de la granja? exclamó el gascon, mas furioso cada vez.

—¡Pues esa es mi culpa! ¡Perdonadme, señor, no me echeis de casa! Soy un pobre diablo, cargado de familia.

—Ya veis qué canalla teneis en casa! ¡Voy á dar crédito á semejantes embustes? Vuestro Geromo es un animal, si no es un ladron. Supongo que le echareis; pero por mi satisfaccion personal me permitireis elegir su castigo; y en cambio os rebajaré cincuenta florines de los ciento que me ha costado mi caballo.

—¡Es justo! murmuró el comandante.

—Ven aquí, que te registre, ¡hribon! exclamó el caballero.

El vizconde obedeció, y clavó los ojos en tierra para no reirse en las barbas de su ami-

go, que fué registrando uno á uno todos sus bolsillos.

—¿Habrás escondido la suma?... pero no importa, ya sabremos hacerte hablar. Tío, dad pronto la orden de que se le peguen disciplinazos hasta hacerle saltar sangre. ¡Yo te enseñaré á robar al sobrino de tu señor! ¿Cuanto te ha valido tan bella obra? ¡Siempre habrás deshonrado mi caballo vendiéndole á un precio vil!

—Creedme, señor, yo soy incapaz de...

—¡Silencio, bandido! Lo habeis oído ¿no es verdad, tío? Doscientos latigazos.

—Quinientos si tú quieres, hijo mío.

—¡Pues sean los quinientos! Si sucumbe, un bribon ménos en el mundo, pero no hay cuidado: que se le friccione despues con vinagre y sal y se cura en seguida: podeis bajar, tío, á hacer preparar este acto de justicia: dejadme á este truhan que me ayude á vestir, y me reuno á vos luego.

—Toma precauciones, no vaya á darte un golpe; porque el que hace eso, es capaz de todo.

—¡No tengais miedo, tío! En cuanto vuelva á hacer el menor movimiento que me inspire sospechas, le rompo la crisma. ¡Ah! oid: que las disciplinas sean nuevas.

—Descuida, lo encargaré.

—Vamos, bribon, repuso el gascon en voz alta para que el comandante, si se habia quedado en la escalera, pudiese oirlo; acércame ese calzon.

El vizconde tomó la prenda indicada, y fué á colocarla respetuosamente en el lecho del caballero, que tuvo que llevarse precipitadamente la mano á su boca para apagar su risa.

—¿Supongo que habrás pensado en que otro reciba por mí los latigazos?

—¡La prebenda no es para codiciada! ¿Quien quereis que os reemplace en ella?

—¡El diablo! Esa ceremonia es de puro lujo: podemos pasarnos sin ella.

—No por cierto.

—¡Cómo! ¿y crees que voy á presentar mi espalda para que me azoten?

—En política se pasa por todo.

—¡Vete al diablo con tu política! Para mí, la política entra en parte, pero no es el todo: tú quieres apoderarte del castillo para medrar, yo para apoderarme del pájaro que está dentro; mis proyectos sirven á tu partido, como tu partido sirve á mi amor. Este es el hecho.

—Y aunque así sea, ¿no os sentis con va

lor para sufrir unos cuantos latigazos por vuestra dama?

—¡No tal: sufriría por ella una estocada. un cañonazo; pero un palo, nunca!

—Y sin embargo, tenéis que sufrirlos. Resignaos: considerad cuánto va á servirnos vuestra docilidad. Mi escapatoria de esta noche parece que ha dado que hacer por la ciudad, y cuando el gobernador sepa que os hemos tratado como á un negro, desaparecerán todas sus sospechas contra el comandante y contra mí. ¡Quinientos latigazos, mi querido vizconde, con una naturaleza como la vuestra! Eso no vale nada.

—¿Sabes, mi querido Pampelonne, que me están dando ganas de estrangularte y acabar de una vez con la política, el amor y los latigazos?

—No lo temo: somos demasiado amigos para eso.

—Pues bueno, iré á ver al gobernador, le diré que tú, Halot y Fresne habeis concebido el proyecto de apoderaros de la ciudadela; me confesaré vuestro cómplice, y nuestras cuatro cabezas rodarán juntas. Esto es más digno de un caballero.

—¿Supongo que eso es una broma?

—Insiste, y lo verás.

—Vamos, será preciso cambiar de proyecto; dijo riendo Pampelonne.

—Es lo mejor.

—No sereis azotado, ni friccionado.

—¿Y quién lo será?

—Nadie; ayudadme á vestir. ¡Misericordia! me voy á perder dentro de este calzon.

—Ayer le tenias puesto.

—Sí, pero ayer tenia otro debajo, ya lo sabeis: en fin, la sotana lo tapará todo... ¡Ah! Dios mio, con estas botas si que no podré dar un paso. Voy nadando dentro de ellas... esto si que no va á poder ser.

—¿Pero qué diablos has hecho de las botas que tenias ayer?

—Las he enterrado en el jardin.

—Voy á buscarlas,

—No, no por Dios; aunque fuera descalzo, no vuelvo á ponerme aquella peste: buscar más bien unas en el guardaropa de Halot.

—¿No bajas, sobrino? exclamó en aquel momento Halot al pié de la escalera. Te prevengo que los violines aguardan ya al danzarin.

Y el restañar de un látigo arrancó al vizconde una mueca grotesca.

—No encuentro nada, exclamó.

—¿Qué diablo! en la guerra como en la

guerra, en la paz como en la paz; exclamó el gascon abriendo con un cuchillo uno de los colchones de la cama. Rellenadme con lana las que tengo puestas, bien, así, perfectamente: ahora, señor Geromo, seguidme: vereis abajo con qué madera me caliento.

El vizconde siguió á Pampelonne con el aire más contrito que le fué posible. ¡No podía darse más hipócrita cara de lacayo que la del vizconde de Gourdon en aquel instante!

Ambos amigos descendieron al patio en el momento en que Halot, rodeado de todos sus criados, acababa de dirigirles un discurso de moral, estimulándoles con el ejemplo que iban á presenciar.

El vizconde miró con inquietud los preparativos que se habian hecho, y cuando ya le iban á coger para tenderle boca abajo en una escalera, el gascon habló al oído de Halot, que hizo seña á su vez de no pasar adelante.

—Teneis razon, murmuró en voz baja, ese tunante quedará reconocido á vuestra magnanimidad, y como tiene las fuerzas de un Goliath, nos servirá poderosamente en el golpe de mano que preparamos hoy.

—Yo he procurado sondearle en el momento que hemos estado arriba, y se presta á todo.

—Corriente: escuchad, dijo el comandante volviéndose á sus criados con enfático ademán. Mi sobrino Clemente, hombre de tanta piedad como saber, va á daros una prueba de su bondad. Condena á ese miserable solo á los remordimientos de su conciencia. Volved cada uno á vuestros quehaceres.

Pampelonne procuró esquivarse al reconocimiento de su amigo, y salió en compañía de su huésped para dirigirse á casa del gobernador.

Allí el gascon representó tan bien su papel é hizo tantos gestos, manifestó tal desesperación por la pérdida de su caballo acanelado, habló del rey en términos tan respetuosos, de la Liga con frases tan lisonjeras, y de la ciudad de Angeres en términos tan pomposos: que el gobernador, que servía al rey por interés, á la Liga por temor, y á la ciudad de Angeres por vanidad, no abrigó la menor desconfianza del abate, suplicando á Halot que aquella noche le acompañase á cenar con su espiritual sobrino.

Ambos aceptaron tan cortés ofrecimiento, retirándose al breve rato. De vuelta á su casa, la primera persona que en ella encontraron fué al capitán Fresne.

—¡Bondad divina! exclamó el gascon cuan-

do los tres conjuradores estuvieron cuidadosamente encerrados; ¡qué cambiado es-
tais, señor capitán! Teneis el rostro descom-
puesto.

El capitán dirigió en torno suyo mira-
das oblicuas y repuso:

—Segun parece, no he dormido siete horas
de un sueño, como vos.

—Así es verdad: confieso que el reposo me
era preciso; hoy por la mañana he amanecido
otro hombre.

—¡Pardiez! preguntó Halot, ¿podreis vos
darnos noticia del caballo de mi sobrino, que
ha desaparecido?

—¡El caballo de vuestro sobrino! exclamó
el capitán saltando en el asiento. ¿Era el ca-
ballo de vuestro sobrino?... ¿era nuestro caba-
llo, señor mío?

—¡Por dónde va á salir este! pensó el gas-
con.

Y en voz alta continuó:

—Si vos podeis decirme dónde está, me
hareis un señalado servicio: es un excelente
caballo!

—¿Sí, eh? pues vuestro caballo yo le tengo.

—¿Vos? murmuró el gascon medió aturdi-
do. Y ¿dónde le teneis?

—En mi caballeriza, bajo llave. Con que

¿erais vos, señor mio? añadió el capitán con acento de comprimida cólera.

—¿Cómo, si era yo? repuso el gascon fingiéndose desorientado. Explicaos más claro; entendámonos, si es posible. ¿Decís que mi caballo le teneis vos?... esta ya es una excelente noticia.

—No os hagais de nuevas; vos sabeis lo que quieren decir mis palabras.

—Por mi parte, murmuró Halot con calma, quisiera que las dijérais más claras; porque para mí estais hablando en griego.

—Pues es muy sencillo, exclamó el capitán, ya sin poderse contener. ¿Me explicareis vos cómo se encontraba el caballo de vuestro sobrino á la puerta escusada de mi jardín?

—Pues eso es lo que os estamos preguntando á vos hace un cuarto de hora.

—Corriente, pues, yo lo diré: Vuestro sobrino me ha enviado á observar la ciudadela, para con más comodidad escalar mi jardín y penetrar en mi casa... ¡Por fortuna he llegado á tiempo de hacerle huir!

—¡Virgen santa! exclamó el gascon lanzando una carcajada. Vos habeis almorzado fuerte...

Halot se echó igualmente á reir.

El capitán, amostazado, llevó una mano á su espada.

—Hace un instante, exclamó el gascon, el comandante queria hacerme estar á la vez camino de Nantes y en su lecho; voz ahora afirmo que estaba al propio tiempo en vuestra casa, y por toda prueba presentais mi caballo, que decís está en vuestra cuadra. Héme aquí, pues, semejante á la Santísima Trinidad, dividido en tres Pampelonne, de los cuales el uno duerme, el otro galopa, y el otro asalta vuestra casa, y todos á la misma hora... Amigos míos, ¿quereis hacerme quemar vivo por hechicero?

—Ya sabemos que teneis una lengua excelente: pero el caballo está allí.

—Sepamos como es ese caballo.

—¡Un magnífico caballo tordo!

—¡Lléveos el diablo con vuestros celos! exclamó Halot riendo de nuevo.

—Continuad, repuso el gascon; las orejas...

—Pequeñas y finas.

—Corriente: la cola...

—Larga, poblada; en fin, un magnífico caballo árabe.

—Pues por desgracia os habeis engañado; el animal, cuya pérdida lloraré toda mi vida

y que me han robado esta noche, es un caballo rechoncho, acanelado, sin cola ni orejas un magnífico caballo, pero que se parece á uno árabe lo mismo que vos á una sultana. ¿Comprendeis toda la estension de mi desgracia?

Como Halot, sin dejar de reir, hacia señas afirmativas á cuanto decia el gascon, el capitán bajó la cabeza comprendiendo que por un arrebato imprudente habia hecho público su ultraje.

—¡Me habré engañado! murmuró.

—Os habreis encontrado algun caballo que se haya escapado de la cuadra y que en breve os reclamarán; pero, por qué esas suposiciones ofensivas á vuestra esposa ¿habeis sorprendido al galan?

—No... no tengo otro indicio que ese maldito caballo encontrado á la puerta del jardin.

—¿Y tanto ruido para tan poca cosa? dejemos sus laureles á la virtud de madama de Fresne, y hablemos de nuestros negocios: ¿no habeis visto salir á nadie del castillo?

—Ni á una mosca.

—¿Vos, Halot, habeis avisado á nuestras gentes?

—A las doce habrá reunidos veinticinco hombres en la taberna de la Sorda á doscien-

tos pasos de la ciudadela; el soldado que hará centinela á esa hora misma, es nuestro.

—Perfectamenté; no tenemos que pensar más que en almorzar, y cuando Chinon llegue á tomar la plaza...

—¿Quién es ese Chinon?

—El enviado de Mr. de Espernon.

—¡Ah! bien.

Un lacayo entró en aquel momento anunciando que el caballero preguntaba por el comandante Halot: salió el comandante y encontró en el patio á un caballero montado en un brioso corcel y vestido con esquisita elegancia, que exclamó:

—¿Es al comandante Halot á quien tengo el honor de hablar?

—Para serviros, ¿y vos?

—El alférez Chinon.

—Sed bien venido; á ver, muchachos, llevad el caballo de este oficial á la cuadra.

—Vuestro sobrino ¿está en casa?

—Si tal; y muy bien acompañado; seguidme.

—Buenos dias, Chinon, exclamó Pampe-lonne acercándose hácia el recién llegado.

—Os saludo humildemente, padre.

—Qué padre ni qué calabaza: yo tengo aquí la misma superioridad que tú; somos todos

enemigos de Guisa y de la Liga; podemos hablar sin rebozo: señores, os presento á Mr. Chinon, enviado del duque de Espernon; y pues que ha venido creo no debemos pensar más que en ir adelante.

—¡Cuánto ántes mejor! repuso el recién llegado. El rey detesta á Brissac, no se atreve á relevarle de su puesto por miedo á Guisa, que haria una de las suyas; pero me ha dicho al despedirme que batirá palmas si el valiente Halot «desenjaula el mirlo.» Tal ha sido su espresion. S. M. ha dado orden á monseñor de Espernon que estuviese á punto para secundar nuestra empresa, y que le mandase un emisario con la noticia: de modo, que Mr. de Espernon, que no se duerme en las pajas, habrá despachado al rey el emisario, y apenas habreis tomado posesion del castillo, ya tendreis el nombramiento real en vuestro poder.

—A fé mia, señores, murmuró Halot conmovido de entusiasmo, que no sé que añadir á todo eso si no es el grito de «viva el rey y viva el duque de Espernon;» es un alma noble, por quien desde ahora me dejaré quemar... Aun no son las once, y el griego come á las doce en punto: ¿quereis que tomemos una friolera ántes de ensayar el salto peligroso?

—Soy de vuestra opinion, repuso Chinon.

No se hacen bien las cosas cuando el estómago está vacío: ¿lo habeis arreglado todo para las doce?

—Si tal; ya os contaré en la mesa lo que hemos imaginado, reguso Pampelonne con ingenuidad.

Dejando pasar delante á sus dos compañeros, Pampelonne tomó el brazo de Chinon, y le dijo:

—Mi querido Rochemorte, representais vuestro papel casi tan bien como el vizconde.

—Y á propósito, ¿donde está ese pobre Gourdon?

—En este momento limpiará vuestro caballo... ¡Oh! y le limpiará á toda ley; estad tranquilo.

—¿Sigue enamorado?

—Siempre.

—¡El rey quiere tirarle de las orejas!

—Que se guarde bien de ello: sin esa pasión romántica no tomaríamos el castillo de Angeres.

Los conjurados tomaron un almuerzo frugal, y poco antea de las doce, Fresne y Pampelonne se levantaron de la mesa, estrecharon la mano á sus amigos, y salieron.

—¡Vamos, tunante! exclamó el gascon al

vizconde, que estaba cribando avena en el patio; síguenos.

—Permitidme que me ponga mi ropon.

—Despáchate.

—¿Vamos á llevar á ese animal? repuso Fresne.

—¡No veis que ha heredado los brazos de Hércules, y que él con un puñetazo hace más que vos con un golpe de maza!

—Está visto que vos siempre teneis razon; ¡adelante!

IX.

El pajarero, la jaula y el pájaro.

La ciudadela de Angeres no estaba en 1585 en el magnífico estado de defensa en que la puso algunos años después el rey de Navarra; pero era una plaza importante que cubría la línea del Loire, y defendía un país donde el partido hugonote tenía gran número de partidarios: estaba siempre ocupada por numerosa guarnición, y sus anchos fosos, sus espesos muros, sus almenas y torreones, la hacían ser uno de los puntos más importantes, causando igualmente envidia á los ligueros y los hugonotes. El sitio hubiera sido difícil porque las

tropas del duque de Joyeuse al servicio de los príncipes de Lorena, jefes de la Liga y sus aliados, maniobraban en Bretaña por esta misma época. Así pues, solo por sorpresa por una estratagemá ingeniosa, habían decidido los hugonotes apoderarse de esta plaza que debía hacer retroceder á sus enemigos.

El conde de Cosse-Brissac, hijo del mariscal del mismo nombre, gobernador á la sazón del castillo, era un tipo de aquella raza valerosa y afeminada á la vez, que en aquel reinado de infausta memoria se hizo tan notable por su disipación como por sus hechos de armas. Había reunido en su morada todas las riquezas arrebatadas por su padre al castillo de Versein en el Piamonte, y solo los muebles de su habitación estaban tasados en cien mil escudos, suma enorme, atendiendo al valor que los muebles tenían en aquella época. En cuanto á la maravilla encerrada entre aquellos muros, no tenía precio como vamos á ver.

A los once del mismo día escogido por los conjurados para su audaz empresa, el subgobernador Ancyre hizo llamar á su paje para que le acabase de vestir de toda gala. El paje tomó un magnífico jubón cereza y ofreció á su señor, después una cota de malla fina, flexible, digna de los talleres de Milán.

—Muy bien, dijo el albanes; ahora la espada.

—Monseñor va á bajar á la ciudad?

—No tal, no salgo del castillo.

—Por qué entonces la armadura?

—¿Y por qué tu intempestiva pregunta? Mi capilla y despachemos.

La capa era de raso blanco, guarnecida de galones de oro.

—Ve á anunciar á la señora marquesa que voy á pasar á saludarla.

El paje se inclinó y salió.

Era Ancyre, hermoso como el dios Marte, con su rico traje, su aire belicoso y su fisonomía espresiva: sus largos cabellos negros y en sortijados descansaban en sus hombros, las líneas puras de su rostro parecían modeladas por el inmortal Fidias, y el fuego de sus miradas estaba dulcificado por una encantadora sonrisa, que hubieran apetecido muchas mujeres celosas de tan rara hermosura.

El albanes se ciñó su cinturón y espada, y salió sin nada en la cabeza.

Dirigióse primero al suntuoso comedor donde había puesta en una mesa con un solo sublierto: el sargento, que ya hemos visto en casa de Halot, estaba allí.

—¿Qué estás examinando? preguntó Ancy-

re al sargento que examinaba la mesa con aire casi paternal.

—Preparo mis baterías, señor: ¿cuántos convidados tendréis?

—Halot, Fresne y un desconocido, tres.

—¿Y el abate?

—El abate beberá en copa de cristal como yo: es amigo.

—Si quereis creerme, dejad beber á ese botarate en copa tambien de plata.

—Imposible, le debo la vida.

—¡Gasconada como ella! ¡quiera Dios que su accion no esconda mayor perjuicio para vos.

—Lo creéis así.

—Estoy seguro.

—Pues bien; mi bravo leon; por entonces cuatro copas iguales; yo solo beberé modestamente en copa de cristal: la comida será suculenta.

—Vuestro cocinero hace prodigios en este instante.

El paje que el albanes habia enviado en galante embajada, entró en el comedor.

—¿Y bien, repuso el albanes, me recibirá?

—Al instante, si monseñor lo desea.

—¡Ah! por fin se domestica el pajarillo: á

la verdad la jaula es tan bella y el carcelero tan compasivo... sígueme muchacho.

—Ancyre atravesó varios corredores, descendió á un patio cuadrado, subió una magnífica escalera con pasamano de hierro labrado, y se encontró en un vestíbulo adornadas las paredes con manoplas y trofeos de caza. Las paredes estaban cubiertas de ricas tapicerías, las puertas con cortinas de terciopelo y flecos de oro, y chineros de ébano ó nogal ostentaban ricos servicios de mesa y jarrones llenos de flores.

Una jóven, muy hermosa, vestida de un modo muy original, con falda corta, medias de seda y justillo de rico terciopelo, estaba apoyada junto á una de las ventanas cuyos reflejos daba aun un tono más pálido á su fisonomía bronceada.

—Buenos días, Venecia, murmuró el albanes en italiano y con dulzura: supongo que la marquesa no habrá tenido esta noche ensueños tristes.

—Por el contrario muy risueños, reposo la jóven secamente y en francés: la libertad de su padre, la suya y el castigo de sus opresores. Hé aquí lo que ha soñado.

—¡Diablo! hacemos progresos sorprendentes en el idioma francés; pero en cambio, yo

parece que atraso en la estimacion de vuestra señora y en la vuestra.

—Así es.

—Ayer, y los días anteriores, no me reconvenian más que allí, dijo el griego señalando á una puerta; hoy el sermón empieza en la antecámara... esto promete. ¿Quereis anunciar-me?...

—Ya está hecho.

—¿Puedo entonces entrar?

—Entrad.

—Abridme la puerta.

—Abridla vos mismo.

—¡Encantadora dulzura! dijo el griego dirigiéndose á la puerta que ántes había señalado; pero este rigor es aparente; ya cederá ó mandaré aquí como en las trincheras.

Y empujó la puerta con impaciencia, separó la colgadura, mandó al paje que le aguardara, atravesó dos salones, penetró en otro y saludó profundamente.

Una mujer, de veinticinco á veintiseis años, aunque parecia tener apenas veinte, estaba sentada en un sillón de alto y blasonado respaldo, y tenia en la mano una cartera de terciopelo grana, que parecia absorber toda su atencion; porque ni aun volvió la cabeza á la llegada del gobernador.

Aquella mujer de radiante hermosura llevaba el traje de las patricias de Venecia; su cuerpo era de tisú de oro, un largo velo de encaje estaba anudado en la parte superior de su cabeza entre el nacimiento de cuatro trenzas de magníficos cabellos negros; su frente real estaba coronada por los mismos cabellos rizados y levantados en aureola, sostenidos por finísimas perlas de gran valor y atravesados por un alfiler de oro; su falda, de raso violeta, llevaba igualmente un cinturón de perlas y sus puños ostentaban el mismo adorno, pudiéndose calcular que no llevaría encima ménos de diez mil escudos de valor.

Su talle era delgado, esbelto, su rostro impregnado de dulce melancolía, pero acompañado de una severidad majestuosa; sus ojos negros y brillantes, sus manos blancas y torneadas; en cuanto á sus piés, se escondían entre los pliegues de su falda, como si no debieran mostrarse más que á un solo hombre.

—La señora marquesa Fabiani me parece muy ocupada: si la importuna mi presencia...

—De cerca ó de léjos os tengo presente siempre, y siempre me importunais, repuso la veneciana sin volver los ojos.

—Enhorabuena, repuso el albanes sonriendo y avanzando hácia el centro de la estancia;

vuestra buena acogida me hace tomar de nuevo las armas. Vuestra benevolencia me hubiera intimidado.

—Hablad francés, caballero; la noble lengua de mi patria está deshonrada en vuestros labios.

—Señora, repuso el albanes esforzándose en disimular su violenta cólera, he venido ante todo á saludaros como galante caballero, y despues á haceros una proposicion.

—Os dispenso, del saludo y escucho la proposicion.

—El conde de Cossé Brissac, gobernador de este castillo, por órden del rey, debe llegar dentro de ocho dias. Como sé con quién voy á luchar, vengo á proponeros lealmente que seais mi esposa, ó su dama: él no podrá ser más que vuestro amante, porque está casado.

La veneciana fijó en Ancyre una mirada de indignacion, y murmuró:

—Y ¿por qué he de elegir entre ambos caminos.

—Porque el conde de Brissac es muy galante, y vos muy bella; y porque tan bella como sois, yo no os sacrificaria mi libertad y mi carrera, sino temiese perder por vos la proteccion de mi jefe: ¿habeis comprendido?

—Y ¿qué voy á ganar con ser vuestra esposa?

—Un marido que las mujeres se disputan, y la libertad de vuestro padre y la vuestra.

—¿Y qué sucederá si rehuso?

—No hacen falta más de ocho días á un hombre, por robusto que sea, para morir de hambre y de sed: así, pues, he venido á proponeros que me entregéis vuestra mano ó la rehouseis. En el primer caso, vuestro padre, que está encerrado en un calabazo del castillo que nadie conoce y cuya llave tengo yo solo, os será devuelto; en el segundo, no recibirá ningun alimento, morirá lentamente, pero morirá sin dar que hacer á sus herederos con sus funerales. ¿Habeis comprendido, señora?

La veneciana se levantó, y señalando la puerta con la majestad de una reina, exclamó:

—He comprendido y rehuso: ¡salid!

Y como si este ademán ó esta resolución hubiesen fatigado á la noble dama, dejó caer su cabeza hácia atrás con encantador abandono.

Ancyre habia bajado la suya retrociendo algunos pasos, sintiéndose humillado á pesar suyo: ya iba á franquear el dintel de la puerta,

cuando avergonzado de su timidez, volvió y dijo con tono amenazador:

—Hace veinte dias, señora, que estoy á vuestros piés, que no omito medio de conquistar vuestro amor; no habeis respondido nunca á mi ternura más que con el desden; no habeis querido comprender que ese desden me irritaba, cambiando en furor un sentimiento tierno y apasionado: cada una de mis visitas ha sido para vos una ocasion de humillarme, y cautiva en este castillo, vos pareceis la soberana, yo el esclavo. Fuerza es cambiar de papeles: quereis la guerra... tened euidado, tengo fama de ser en ella terrible... ¿no me escuchais? pareceis no prestarme atencion.

—Devolvedme á mi padre, hacedme abrir las puertas de este castillo. Entonces podré perdonaros vuestro indigno proceder, vuestras proposiciones vergonzosas que han escitado mi indignacion y mi desprecio; entonces os estimaré lo bastante para olvidaros.

El albanes se estremeció á estas últimas palabras: su vanidad herida rugió en su corazon. Miró á la hermosa italiana con furor comprimido, y dijo con lábio trémulo:

—¡Basta de sarcasmos, señora! Hablemo seriamente. Por última vez, ¿aceptais ó no proposicion que he venido á haceros?

La dama, por toda respuesta, señaló la puerta con altivo ademán. Ancyre murmuró algunas frases ininteligibles y salió bruscamente.

En el vestíbulo, el subgobernador encontró á su sargento que le dijo:

—Monseñor, dos nobles de la ciudad, el capitán Fresne y el sobrino de Mr. Halot, han venido á visitaros y os aguardan.

—Eetá bien, al punto voy: ¡Ah! escucha un momento; hasta nueva orden no llesves ningun alimento, ni pan ni agua, á nuestro prisionero; ¿entiendes?

—Sí, monseñor.

—Ahora, murmuró el albanes, vamos á pasar un escelente rato y hacer lo posible por vengarnos de las mujeres en los hombres.

Al volver al patio principal, Ancyre encontró en él al capitán Fresne y al caballero de Pampelonne. El vizconde de Gourdon se mantenía á respetuosa distancia con la gorra en la mano.

Pampelonne tenía el aspecto de un abate alegrillo, dando á su figura toda la gracia que permitía su sotana, su abdómen y sus botas desmesuradas. El capitán Fresne, con una mano apoyada en la cadera, acariciaba con la otra el pomo de su espada, recorriendo con

curiosidad las elevadas torres de la ciudadela y las almenas que la defendían.

—¿Qué vientos favorables os traen por aquí? dijo Ancyre saludándolos profundamente.

—El deseo de visitar esta fortaleza, murmuró el gascón, y hablar de vos con elogio en la corte, adonde vuelvo esta tarde.

—¡Cómo! ¡apenas habeis llegado á este país y ya pensais en dejarnos?

—Sí tal, murmuró Fresne, que poco práctico en diálogos de sociedad, aprovechaba cualquier ocasion para lanzar una frase afirmativa y no estar siempre con la boca cerrada.

—Por eso me veis con botas y espuelas, continuó Pampelonne. Poco despues de medio día salgo de aquí.

—¿Y quereis visitar nuestras fortificaciones?

—Será un gran placer para mí.

—Seguidme, pues; visitaremos todo el castillo, empezando por mis habitaciones.

—Estamos á vuestras órdenes.

—¿Quién es ese hombre?

—Es mi criado.

—Pablo, dijo el albanes volviéndose á su

paje, llevad á ese bravomozo á la cocina y dadle de refrescar.

Gourdon cambió con el gascon una mirada de inteligencia, que aun cuando sorprendida por Ancyre, fué interpretada por una súplica y un permiso de amo y criado.

Aquella mirada habia querido decir: «Obra tú, que yo obraré.»

Ancyre condujo derechamente á sus amigos al comedor.

—Señores, exclamó: ¿no os parece, como á mí, que hace un calor insoportable?

—Preveo lo mismo, murmuró Fresne enjugando el sudor que bañaba su frente: hemos venido á pié y la hora es penosa.

—Dignaos, pues, aceptar un vaso de Jerez; no vale tanto, sin duda, como el de vuestro tío, señor abate; pero no me ha costado á mil libras la botella.

—Os doy gracias, se apresuró á exclamar vivamente Pampelonne; pero no acostumbro á tomar nada entre comidas. El capitán aceptará sin duda.

—Yo lo mismo, exclamó Fresne; la menor cosa me quitaría el apetito.

—¡Por Lucifer! se dijo asimismo el gascon, siempre estará tu vino mezclado de arsénico.

—La comida está servida, monseñor, exclamó un criado entrando con una sopera de plata.

El sargento, que según hemos dicho, era la sombra de Ancyre, entró detrás del criado yendo á colocarse detrás de su señor.

—Señores, murmuró Ancyre, perdonad la inconveniencia de mis criados: tienen la costumbre de servirme la comida á una hora fija, sin inquietarse de si estoy ocupado ó no; ¿queréis acompañarme á comer? será un honor para mí comida.

—Lo sería para nosotros, porque el aroma que esa sopa exhala, es una tentación, repuso Pampelonne.

—¿Es decir, qué aceptais?

—Imposible, bien á pesar mio: ¿verdad que es un fastidio, señor de Fresne?

—Cierto, muy enfadoso, murmuró el capitán.

—Pasariáis un mal rato; pero sin ser tan hábil cocinero el mio como el de Mr. Halot, tiene también su mérito y aunque comierais peor que en vuestra casa, por un día se puede pasar.

—Si no es eso, replicó el gascon; es que mi tío ha recibido esta mañana la visita de dos de sus mejores amigos y los ha convidado á

comer: os confesaré en secreto que como tiene reputacion de gastrómono, la visita inesperada de esos dos convidados le ha contrariado en extremo.

—¿Por qué?

—Porque hoy no era dia de mercado y no ha podido hacer ninguna provision. Tendrá que tratar muy mal á sus huéspedes, ¿y qué mayor pesar le podia ocurrir?

—Llamad á mi repostero, dijo el albanes volviéndose al sargento.

Cuando este se presentó, le dijo Ancyre.

—¿Tenéis provisiones para servir en el acto una comida á cinco ó seis personas de distincion?

—Y á doce tambien.

—¿Cuánto tiempo necesitáis para prepararos.

—Media hora escasa: vuestra señoría sabe que teuemos hechos nuestros preparativos desde que se ha anunciado que de un momento á otro llegaria Mr. de Brissac.

—Es verdad, exclamó el griego como si fuese asaltado de un súbito recuerdo. Si el señor abate quiere rogar á su tio, en mi nombre, que traslade aqui sus convidados, la fortuna de mi comida será completa.

Es demasiada atención: mi tío... quedará confundido...

—Pues bien; le enviaré mi paje, y si se niega, sacaremos al viento las tizonas.

—En ese caso, corro en seguida... capitán Fresne, encargaos vos del mensaje: yo enterado en estas enormes botas, soy un correo muy listo.

—Voy, murmuró el capitán que estimaba mucho las frases cortas,

Y salió de la estancia.

X.

La comida.

—No querreis creer, señor gobernador, murmuró Pampelonne sentándose fatigado despues que salió el capitan, cuánto he tenido qué trabajar para traerlos: ¡uf!...

—Tomad un poco de Jerez; esto os repondrá: es un vino escelente.

—Gracias.

—Con franqueza.

—Pues con franqueza.

Y para sí murmuró: «Qué empeñado está con el Jerez: seguro estoy de que se emponzoñaria á un buey con tresgotas de ese néctar.»

—Y decidme, ¿creeis que Halot aceptará mi invitacion?

—Sin duda: Halot no desaira nunca una buena mesa.

—¿Y decís que tenia dos amigos á comer?

—Es la pura verdad. Dos escéntricos, realistas en la forma, hugonotes en el fondo.

—¿Y por qué esos caballeros no le han acompañado?

—Halot, mi amable tio, es algo simple, pero desconfiado: ha temido aparecer contrariado; cuando las imaginaciones pobres traman algun plan de consecuencia, se aterran de todo: qué quereis, el talento no ha sido patrimonio de nuestra humilde familia.

—Escepto en vos, que sois... por eso os quiero mejor amigo que enemigo.

—No por cierto: estoy seguro, y no os ofendais por ello, que si hubiérais sido vos el que se hubiera propuesto arrebatarme el castillo, podria ya contarme fuera de él.

El gascon recogió su vista como quien se dispone á parar un golpe peligroso, y murmuró al punto:

—¡Era necesario estar loco para abrigar semejante propósito! ¡Una fortaleza tan bien defendida, tan hábilmente gobernada! Diez

mil hombres y seiscientos caballos no os la arrebatarían, señor gobernador.

A este cumplido, pronunciado con el acento de la candidez y con imperturbable aplomo, el griego se inclinó creyendo habérselas con el hombre más inofensivo de la Francia.

Durante este diálogo, los criados iban y venían, y en pocos minutos la mesa estuvo servida para seis cubiertos; toda la vajilla era de plata sobredorada. El sargento lo vigilaba todo sin separarse más de dos ó tres pasos de su señor, llevando sin cesar su vista de los criados á la mesa y de la mesa al fingido abate.

—¿Y decís, os ha costado mucho traer á nuestros conspiradores? repuso Ancyre tratando de distraer á Pampelonne de la atención que prestaba á los preparativos de la mesa.

—He sudado sangre y agua, y me ha costado más palabras que las que se pronuncian en un mes en el Parlamento. Por fin lo he logrado y os felicito.

—Es decir, que durante la comida es cuando deben asesinar-me.

—Justo: se trató sencillamente de estrangularos, arrojándoos por una de las ventanas al foso del castillo.

—¿Y quién debe ser el primero que ponga las manos en mí?

—Yo.

—¡Vos!

—Es lo primero que se ha convenido, y me he prestado á ello.

—Espero que vuestras manos no se moverán.

—Por el contrario, ampliarán lo que de ellas se ha exigido.

—¡Eh!

—Y estrangularán...

—¿A quién?

—¡A mi tío!

El albanes lanzó una carcajada.

—Hace ya mucho tiempo que el pobre hombre goza de su fortuna y la disfruta solo; si le dejo vivir dos años más, no tendré con qué reponer mi sotana y mis zapatos.

—¡Escelente idea! ¡qué sorpresa la del pobre diablo!

—Figuraos cuando me toque con el codo para que eche mis manos á vuestro cuello, y se la encuentre encima... ¡Ah! señor, es un servicio inminente que hacemos á la Santa Liga, y no dudo nos le sabrán agradecer; aunque subalternos, mi tío y el capitan son gentes tembles.

—¿Y Fresne no sospecha de nada?

—¿Qué quereis que sospeche semejante estúpido? Dicen que las aventuras de su mujer le han robado la poca penetracion que tenía... y á creer los cuentos que circulan por la ciudad... vos teneis no poca parte en sus pesares domésticos.

—¡Yo! repuso el griego con fatuidad.

—Así se dice.

—No se debe creer nunca más que la mitad de lo que se cuenta de vuestras aventuras.... dicen que es encantadora Mad. de Fresne.

—Sí; pero es una mujer terrible, peligrosa para enemiga. En ella es capricho. Al que ama, todo se lo confia: para el que odia, será una verdadera pantera. Yo he sido dichoso con ella.

—¿Cómo dichoso?

—Quiero decir que yo le agradé, que ella me gustaba y que nuestra union duró apenas tres meses. No éra fácil concluir con aquel ángel endiablado: me hubiera espuesto á una venganza espantosa; pero cuando yo me preocupaba de la manera de dejarla, cuál no fué mi asombro al verme despedido por ella. He sabido despues que se habia enamorado de un muchacho, cuyo nombre no he podido saber y

que estaba entregada á esta nueva pasion. Tan dichoso me hizo esta noticia que hubiera querido abrazar á mi rival, á quien compadezco.

—¿Por qué?

—Porque si ha tenido la desgracia de no sentir la misma pasion que ha inspirado á Mad. de Fresne; si ella se apercibe, le seguirá como una leona sigue al leon que le arrebató sus hijuelos... pero dejemos ese asunto que nada nos importa.

Pampelonne hizo un gesto de contrariedad, y despues prestando atencion exclamó:

—¿Qué voces son esas que se oyen desde aqui?

—Son mis lacayos que sin duda emborran al vuestro. Ve á hacer callar á esos ganapanes, exclamó volviéndose al sargento.

El sargento no se movió, haciendo seña al paje de que ejecutase la orden recibida.

Pampelonne, que estaba sentado cerca de su huésped, se levantó paseando por la estancia para escuchar mejor el rumor que fuera se apercibia: entonces oyó distintamente la voz sonora de Gourdon que parecia animado de una calurosa discusion, y su rostro que se habia nublado un momento, recobró su natural espresion.

— ¡Mi tío tarda! murmuró.

— Ya vereis como no viene, repuso Ancyre reclinándose con abandono.

— ¡Magníficas copas! exclamó el gascon tomando las de plata que adornaban la mesa: por lo visto habeis dado la preferencia á la historia de los tenedores sobre la de los cuchillos.

— ¿Cómo?

— Porque vuestras copas doradas pueden parecerse á los tenedores acanalados del señor de Fresne.

— Vos creéis...

— ¡Estoy seguro!

Y el gascon arañó con el dedo pulgar el barniz que tapizaba el fondo de una de las copas.

— ¡Bravo! exclamó; pero supongo que no me querreis hacer beber en estas copas.

— ¡Oh! no son todas iguales, murmuró el albanes palideciendo á pesar suyo.

— No lo dudo; pero para evitar recelos, indicadme de antemano cuál de estas copas será la mia.

Al hablar así el gascon, repetia en las demás copas el experimento hecho en la primera, y al acabar su operacion con un aplomo especial, un pistoletazo disparado en uno de los

puestos avanzados de la ciudadela, estremeció los cristales de la ventana.

Rápido como el águila que cae sobre su presa, el gascon se lanzó sobre el sargento arrancándole su espada y dando un salto para guarecer su espalda contra la puerta cuyos cerrojos corrió, dijo:

—¡Ah! tunante, querías asesinarme.

Y sacó de debajo de su sotana una pistola.

Ancyre, espada en mano, se dirigió hacia Pampelonne: el sargento, desarmado por aquel ataque brusco, cogió dos cuchillos de la mesa, avanzando también hacia el intrépido gascon.

—Tú, amigo, estás aquí demás, dijo el gascon haciendo fuego con la mano izquierda.

El sargento cayó sin exhalar un gemido á los pies del gobernador, que se arrojó furioso sobre su adversario.

—Llegad, señor, llegad, dijo con jovialidad el gascon; dejad que salte en mi cota la hoja de vuestra espada: ¿me tomáis acaso por un sacristán?

El albanes aprovechó el aviso, y retrocedió dos pasos.

—¿Quién eres? preguntó con ahogado acento.

—Soy el caballero de Pampelonne; sirvo al rey de Navarra; y como vuestra fortaleza es el capricho de mi señor, he venido á tomárosela para tener el gusto de ofrecérsela. Está claro como el agua.

—¡Ah!... villano, yo te diré quién soy!

Y el griego, avanzando dos pasos, cruzó su acero con el del gascon.

Pampelonne era discípulo de Favas y de Gourdon; y unia, á una admirable agilidad de cuerpo, una mano enérgica, un golpe de vista seguro, y un aplomo estraordinario.

Ancyre era de la escuela italiana, entonces en gran favor; tenia hechos de armas muy notables con casi todas las celebridades de la época, y pasaba por uno de los más hábiles en el manejo de las armas: avanzando y retrocediendo, retorciéndose como una culebra, rompiendo á cada instante la línea divisoria, apelaba á todos los recursos que el arte impone para vencer al enemigo.

Pampelonne, inutilizados sus piés con aquellas botas fuertes y grandes, contentábase con parar los golpes de su adversario.

De repente ambos escucharon espantoso alboroto hácia la repostería, y frecuentes tiros de arcabuz hácia la plaza de armas.

—¡Dos, tres! gritó una voz enérgica, que el gascon reconoció por la del vizconde.

—¡Bravo! dijo. Parece que mi lacayo zurra como debe vuestra librea.

—¡Bandidos! dijo el albanes, y aprovechando un descuido del gascon, introdujo su espada en el vientre.

—¡Oh... ya te basta! exclamó el griego con un rugido de alegría.

—Aguardad que me desahogue, repuso el caballero, arrojando con la mano izquierda su abdomen postizo á los piés de Ancyre.

—¡Cobarde!... ¿Has forrado todo tu cuerpo?

Y diciendo esto, Ancyre bajó su espada, dejando enteramente descubierto su pecho y aguardando que un ataque imprudente le diera una ocasion mejor.

—No hay cuidado, repuso el gascon; aunque pasáramos así un año, no iria á saltar mi hoja en vuestra coraza. No soy tan necio, amigo mio. ¡Ah! ¡creo que os he tocado!

Ancyre, en efecto, acababa de sentir herido su brazo izquierdo; retrocedió un paso; Pampelonne avanzó otro; el albanes, acometido de un vivo dolor y ya fatigado, puso la mesa entre él y su enemigo: en aquel momento la puerta rechinó bajo un golpe violento.

—Abre, hijo mio, esclamó Gourdon.

—¡Pardiez! ¿Creéis que puedo entremeteme á eso?

La puerta cayó con estrépito derribada por la espalda del coloso, y el vizconde apareció con el rostro inflamado, ardiente la mirada y un hacha en la mano.

El hacha y los vestidos del vizconde estaban cubiertos de sangre, y el segundo además con numerosos girones.

—¡Todo acabó! dijo entrando en el comedor y tomando puesto al lado de su amigo.

—Este, dijo Pampelonne, es el vizconde de Gourdon, cuyo nombre conoceréis, y que no es gloria, ni fortuna lo que viene aquí á buscar, sino una hermosa dama que teneis prisionera y á quien ama con ternura.

El rostro del albanes se ciñó de vivo carmín, exclamando:

—¡Cobardes! ¡traidores!!

El vizconde dió un paso hácia adelante.

—Esto no os concierne, dijo Pampelonne; dejadme acabar á mí solo este asunto.

Ancyre habia tomado un cuchillo de la mesa, lanzándole con tanto acierto sobre el caballero, que á no haber prevenido este el golpe, hubiera sido mortal; pues el gascon, con fuerza que parecia agena de su físico delicado, cogió el borde de la mesa levantándola y cu-

briéndose con ella como con un escudo. El cuchillo se clavó en la madera. Acabando de poner de canto la mesa, Pampelonne cayó sobre el griego, llevándole hasta la pared, y apartando la espada de su contrario, atravesó la suya en la garganta de Ancyre clavándola hasta la pared.

—¡Bravo! exclamó Gourdon; magnífico pinchazo.

Pampelonne retiró su espada, y Ancyre, tratando en vano de sostenerse contra la pared, cayó, arrojando por la boca un mar de sangre.

En aquel instante entraron Fresne, Halo y Rochemorte (Chinon) los tres espada en mano y con una pistola en la otra, cubiertos de sangre y de polvo.

—Nada más hay que hacer, murmuró Halot.

—¿Están corridas las cadenas? ¿Levantados los puentes? En una palabra, bien tomado el castillo?

—Sí, pero no sin trabajo: el primer centinela nos dejó pasar según estaba convenido, quiso gritar el segundo, y Mr. Chinon le hizo callar de un pistoletazo. Los soldados del cuerpo de guardia tomaron las armas; pero nuestros veinticinco aventureros los han muerto ó

dispersado. El resultado de todo es que hemos hecho diez prisioneros, y perdido solo cinco hombres.

—Entonces, en nombre del rey Mr. de Halot, os saludo como gobernador de la ciudadela de Angeres, en lugar del conde de Brissac, cuyo segundo entrega el alma á Dios en ese rincon.

Los conjurados volvieron el rostro hácia donde señalaba el caballero, y vieron á Ancyre entre las ánsias de la muerte que abría la boca y los ojos.

La boca se cerró sin haber podido hablar, los ojos permanecieron abiertos y fijos.

Habia muerto.

—Todos hemos cumplido con nuestro deber, dijo Chinon, y el rey pasará un rato divertido á costa del de Guisa.

—¿Y tú, imbécil, dijo Halot volviéndose al vizconde, has sabido al menos borrar tu falta?

—Ya lo creo, monseñor; repuso Gourdon entre tímido y satisfecho.

—¿Qué has hecho de bueno?

—Venid á verlo.

—Vamos, repuso el capitán Fresne, á quien el fuego del combate no habla vuelto ni más feo ni más hablador.

XI.

La moral de la historia de los tenedores.

Gourdon condujo á los conjurados á la repostería, sacó una llave del bolsillo, abrió la puerta, la empujó con el pié y mostró su hazaña.

Halot y Fresne no pudieron formular ni una admiración, volviendo la cabeza hácia el fingido lacayo: Pampelonne en cambio soltó una ruidosa carcajada.

—¡Cómo! murmuró Halot; por fin, ¿has hecho todo esto tú solo?

—Yo solo.

—¡Es un elefante este diablo de Gero-

mo! dijo Fresne creyendo decir algo ingenioso.

—Contadnos cómo ha sucedido, repuso Pampelonne sentándose en un escabel. Corridas las cadenas, alzados los puentes, podemos estar tranquilos: estamos en nuestra casa.

—Es muy sencillo, repuso el vizconde adoptando un modo de narrar torpe y grosero. Cuando el paje del gobernador me conduxo aquí para darme de refrescar, encontré sentados en torno de la mesa á estos ocho ganapes que veis aquí.

Y señaló tres cadáveres horriblemente mutilados y cinco pobres diablos acurrucados en los rincones con trémulo ademán.

—Los ocho me ofrecieron los cubiletes, atención que yo no he rehusado jamás desde que estoy en el mundo: hablando de unas cosas y de otras cosas, uno de ellos se atrevió á decir que estaban más contentos á las órdenes del conde de Brissac que lo habían estado á la de monseñor Halot: estas palabras me dieron mucha alegría; porque habiéndome enterado el señor abate de lo que iba á pasar, y habiendo contado con mi brazo, tan galante acogida me contrariaba, porque no sabía por dónde empezar. Entonces dije, que mi señor era el amo más bueno que había en el país y

lo sostuve con calor, preparando con una ligera disputa lo que debía venir despues. Aquel á quien yo habia desmentido... era ese alto, delgado, que veis allí tendido con la cabeza abierta hasta los dientes; se adelantó con aire fanfarron, diciéndome, que me iba á cortar las orejas para enseñarme á hablar: en el mismo instante oí un pistoletazo.

—¡Hola! dije yo; ¿quereis cortarme las orejas? Pues allí veremos; y volcando la mesa, lo que produjo una confusion general, di un salto y me apoderé de un hacha de partir leña que habia colgaba en la pared. Antes que el criado hubiera dado un paso hacia mí, mi hacha se habia hundido en su cráneo.

—Como este, exclamé, despacharé á los ocho.

Y cerré la puerta, contra la cual apoyé mi espalda: los siete compañeros se adelantaron hácia mí, unos con cuchillos, otros con taburetes, este con un plato, aquel con un tronco; pero yo nada: desde este momento no os diré lo que hice; solo sé, que dando á ciegas golpes con el hacha, di muerte á otros dos más, y á decir verdad, todos tienen que agradecerme una muerte pronta. ¡Ninguno ha sufrido mucho! Los otros cinco, al ver mi excelente manejo, se vinieron á buenas, y ahí los veis acur-

rucaditos donde los dejé, encerrándolos con llave. Corrí entonces á ver si el señor abate necesitaba de mí, y llegué á tiempo de verle dar la estocada más chistosa que puede despachar á un cristiano.

Fresne y Halot se volvieron entonces á Pampelonne, exclamando:

—Este mozo no debe ser palafrenero. Le haremos sargento, ¿os parece?

—Es una recompensa merecida. Le confiaremos la guardia de la puerta exterior, y podemos dormir tranquilos.

Un soldado entró en aquel momento, y dijo al comandante Halot:

—Los habitantes de Angeres con los regidores y guardia nacional, van reuniéndose en numerosos grupos delante del castillo, y se preguntan qué es lo que ha pasado en él, y por qué han sonado esos tiros.

—Es preciso salir, dijo Rochemorte, é instruir á esos pacíficos ciudadanos de que ha triunfado la causa del rey. Venid á que os vean, señor gobernador.

—Es justo; vamos á que nos vean, repitió Fresne, siguiendo con entusiasmo al comandante.

—Acompañadlos, Pampelonne; y vos también, vizconde, les dijo Rochemorte en voz

baja. Yo voy á poner el castillo en estado de defensa, y á acabar de persuadir á la guarnición.

A estas palabras acompañó un gesto de inteligencia, al que respondieron los dos amigos; y despues Rochemorte desapareció por la galería, dirigiéndose hácia las trincheras.

— ¡Viva el comandante Halot! exclamaron multitud de ciudadanos enterados ya del hecho. ¡Viva Halot!... ¡Muera el mercenario!... ¡muera el griego!...

Halot hizo bajar el puente, y adelantándose á la multitud, exclamó en voz alta:

— No tengais miedo, el griego nada os hará; ya ha pasado á vida mejor.

Acercándose cada vez más á los grupos, el comandante advirtió fisonomías que, léjos de pertenecer á sus adictos, eran conocidas como de fanáticos ligueros.

— ¡Qué es esto! pensó Halot. ¿Me habré aventurado mas de lo justo?

Sin embargo, era valiente, y no retrocedió hácia la ciudadela, lo que le hubiera deshonorado á los ojos de la ciudad; mucho más, que su huida hubiera sido difícil encontrándose á tan corta distancia del populacho.

— Habéis tomado el castillo, segun se dice,
PAMPOLONNE.—TOMO I.

esclamó el sargento, que estaba de guardia en la puerta de Tour en la noche anterior.

—Sí, amigos; he tomado la fortaleza por orden del rey, que me nombra gobernador de ella.

—¿Y dónde está vuestro nombramiento?

—Llegará luego ó mañana lo más tarde.

—Pareceme entonces que le leeremos sin vos.

—¿Qué queréis decir?

—Que sois nuestro prisionero, y que si no os cuelgan os atarán á la rueda, mi querido señor gobernador.

—¿Qué queréis decir? exclamó Halot retrocediendo y echando mano á su espada.

Pero de todas partes se le rodeaba, se le quitaba hasta la libertad de un movimiento.

—No me tendreis por un impostor; he recibido ayer y esta mañana dos emisarios del duque de Espernon, que me ordenan tomar la ciudadela por la fuerza ó por la astucia, dándome por segundo al capitán Fresne.

—¡Ah! ¿con que eran esos el fingido emisario del duque de Mayena y el correo que ayer salió diciéndose enviado por el señor gobernador Dubroc? ¿Y dónde está el capitán Fresne, vuestro auxiliar?

—En el castillo.

—¿Y los emisarios también?

—También.

—Fuerza es que los oigamos á ellos para convencernos de la verdad: rogad, pues, á esos señores que nos concedan una audiencia: guíadnos.

—¿Es un lazo que me tendéis?

—De ningún modo; si rehusais, nadie os libra de ser ahorcado.

Halot se resignó adelantándose hacia el castillo, en cuya puerta le aguardaban Fresne y Pampelonne, á los cuales dijo:

—Amigos, rogad á Mr. de Chinon que salga un instante á explicar su mensaje á los regidores de Angeres para que vean que al apoderarnos de la ciudadela, hemos obrado conforme á las órdenes del rey: no tardeis por favor.

—Vamos, capitán, dijo el gascon dirigiéndose á Fresne; dispersemos cuanto antes esa manada de grajos que rodea nuestra puerta.

—Vamos, pero nos falta Mr. de Chinon.

—Valemos tanto como él; no nos hace falta.

—¿Es verdad, vamos!

Pampelonne, fingiendo recoger un guante que se le había caído, perdió el tiempo necesario para que Fresne, creyéndose seguido,

avanzase hácia la multitud, mientras el gascon, tirando de una de las cadenas y Gourdon de la otra, alzaban rápidamente el puente levadizo.

Apenas el capitán había dado diez pasos se volvió hácia la ciudadela, lo cual visto por los ciudadanos, fué tomado por un movimiento de huida adelantándose todos en su persecucion; el capitán llegó á punto de asir con manos crispadas el rastrillo á tiempo que hacia báscala, y el vizconde de Gourdon con sus fuerzas de coloso le elevó con tal violencia, que el pobre capitán se destrozó la cabeza contra el muro, rodando sin sentido hasta el profundo foso que circundaba la ciudadela.

Halot, al ver el extraño recibimiento que se hacia á su amigo, comprendió que lo mismo en el castillo que en la ciudad estaba perdido. Los ciudadanos no se esplicaban por qué los de la ciudadela no habían querido recibir al capitán; y al pedir al comandante esplicacion de aquel hecho, vieron aparecer en una de las ventanas del castillo una cabeza adornada de un sombrero de cura, diciéndoles una voz, que el lector reconocerá fácilmente.

— ¡Eh... amigos! acercad un poco al valien-

te Halot; tengo que hablarle y no quiero echar el pulmon.

La multitud adelantó hácia el castillo: todos estaban impacientes por oír lo que iba á decir aquel hombre.

—Mi querido Mr. de Halot, exclamó el abate desde la ventana; dije una tontería al atribuir al capitán Fresne aquella historia de los tenedores: he reflexionado que á vos es á quien pertenece toda la gloria que encierra la historietita; vos érais quien mandaba en el castillo de Beauvoir... Perdon, amigo mío: en cuanto al noble calvinista que mandaba las fuerzas enemigas, era el caballero de Faillac, mi hermano mayor. Os saludo, pues, en su nombre, repitiéndoos aquella conocida máxima: «Una mala acción no queda sin castigo.»

En cuanto á vosotros, señores ciudadanos, continuó el imprudente gascon, os diré que soy el caballero de Pampelonne, nombre que había abandonado mi familia hacia muchos años, y que yo he recobrado desde la muerte de mi padre y de mi hermano; soy calvinista, hugonote, hereje; todo lo que queráis; pero soy, ante todo, dueño de esta fortaleza, de la cual tomo posesion con Mr. de Rochemorte y de Gourdon, en nombre del rey de Navarra, nuestro señor. Entreteneos en colgar á Mr. de

Halot, que nos ha secundado en nuestra empresa; pero no os enfadeis contra nosotros, porque monseñor el principe de Condé, que llegara mañana, sembraria con sal vuestro territorio. Ahora retiraos, vuestra presencia nos desagrada... ¡Buenas tardes!

Y despidiéndose con ademan burlon, se reunió al vizconde, que celebraba á su espalda la ocurrencia.

Los ciudadanos se precipitaron en desorden hácia las puertas de Angeres, sin abandonar á su prisionero, al que condujeron ante el gobernador, gran amigo de la liga, como sabemos.

—¿Qué habeis hecho de Fresne y de Halot? dijo Rochemorte á sus amigos al verlos solos.

—El uno se habrá estrellado en el foso del castillo, el otro no se encuentra mucho mejor de salud entre los regidores de la ciudad.

—Es decir, que somos aqui absolutos dueños. Todos los que nos han ayudado en el golpe de mano, son hombres desarmados, á quienes he prometido maravillas, y que sabrán defender la ciudadela hasta la llegada del principe de Condé.

—¿Estais seguro de la proteccion del principe?

—Segurísimo.

—¿Y de que nos prestará pronto socorro?

—Sin duda: ¿no habéis oído á Rossig y al señor duque?

—Cierto; pero es natural mi impaciencia, cuando antes de dos dias podemos ser atacados por las tropas de Joyeuse, y arrastrados por cuatro caballos, mientras el príncipe de Condé se entretiene por el camino. No lo siento por mí despues de todo, sino por nuestro pobre rey que perderia tres oficiales cual ninguno, y una ciudadela importante.

—En cuanto á mí, di o el vizconde, que el príncipe llegue ó no llegue, que el castillo le dejen ó le tomen, poco me importa: os dejo con vuestros quehaceres.

—¿Y á dónde vais?

—A buscar en el guardaropa del gobernador algo para ponerme menos feo y menos sucio de lo que estoy.

—Es verdad, exclamó Pampelonne; no recordaba que Gourdon no ha venido aquí por política.

—Os dejo entregados á vuestras ocupaciones; si tenéis necesidad de abrid otras cuantas cabezas, llamadme; entre tanto no os ocupéis de mí.

—¿Pero cenareis con nosotros?

—No; mi cubierto está puesto en otra parte.

—Un instante, vizconde; vos nos vendeis.

—¿Cómo?

—Sin duda, nos amenazais con abandonar la partida y que se lo lleve todo el diablo. Sois nuestro jefe.

—Soy por el contrario vuestro criado reposo el vizconde mostrando sus ropas de mozo de cuadra.

—Sois nuestro jefe por el rango y por los méritos.

—Enhorabuena; en ese caso, Pampelonne, hijo mio, te mando saludar al baron de Rochemorte, como gobernador de este castillo; ahora quedaos con Dios.

—¡Eh, vizconde! Os sigo, exclamó Pampelonne... Diablo, yo tambien necesito rebuscar en el guarda-ropa del griego: ya es tiempo de arrojar esta sotana y estas infernales botas.

—Ven.

—Y yo, dijo Rochemorte, voy á recorrer nuestra ciudadela, y hacer arrojar al cuerpo del griego por una ventana.

—Y con él la comida que nos preparaba.... Y á propósito, no olvideis en vuestra visita

las municiones de boca: el hambre me tiene desfallecido.

—¿Y quién nos conducirá á las habitaciones del gobernador? dijo el vizconde.

—Yo, repuso el caballero.

—¿Conoces estos sitios?

—Como mi propio bolsillo.

—¿Eres hechicero?

—¡Bah! si hubiera yo construido esta ciudadela piedra sobre piedra, no la conocería mejor.

El vizconde miró á su amigo con asombro y repuso:

—Nunca.

—¡Pues no lo entiendo!

—Ni es preciso.

—Pero en fin, ¿cómo se explica que estés al corriente de todo este laberinto interior?

—Ese es mi secreto. Hémos aquí ya en las habitaciones del sub-gobernador, y si quereis erirme, aquí nos aviaremos ántes y mejor que en las de Mr. Brissac, porque este era más abandonado, y Ancyre vestía como un príncipe.

—Como tú quieras.

El vizconde y Pampelonne entraron en una galería que conducía á un pabellon adornado de arbustos, de flores y pinturas. En esta pie-

za encontraron al paje del griego que se arrojó á sus piés implorando clemencia.

—¿Cómo te llamas? preguntó el vizconde.

—Pablo.

—¿Tu señor, estaba contento de tí?

—Así lo decía.

—Pues bien, trata tambien de darme gusto y nada tendrás que temer; para empezar, visteme, es decir, vistenos.

El niño contempló aquellos dos personajes vestidos como dos máscaras y permaneció estático.

—¿Te sorprendes! repuso riendo el gascon; tranquilízate, muchacho: «el hábito no hace al monje,» y jamás ropas más humildes han cubierto hombros más nobles que los nuestros. ¡Magnífica estancia! el griego sabia vivir. Pablo, hijo mío, abre esos armarios, esas cajas, moéstranos los encajes, los brillantes, queremos estar muy bellos; ¿comprendes? Vistenos como verdaderos cortesanos.

El paje se apresuró á obedecer, y como el día empezaba á morir, encendió dos bugias que habia sobre la chimenea.

—¿Paréceme que el griego te ha enseñado á ser avaro! ¿Nos tomas por murciélagos y temes desvanecernos? Enciende esas antor-

chas, esos reverberos... Así; ahora veamos esos magníficos trajes de Mr. Ancyre.

Gourdon, á pesar de la idea que le preocupaba, no podia contemplar á Pampelonne sin reír; su franca alegría, su aire de conquistador, formaban un extraño contraste con su peluca, su barba roja y sus hábitos clericales; el cuarto del griego, iluminado como para una fiesta, parecia avergonzado de sus nuevos señores, que le trataban con tan humillante desden.

—¿Qué se encierra ahí?

—Alhajas y encajes.

—Muéstralo al vizconde, á vos os toca la primera eleccion; ve á buscar calzones, ropillas y capas.

Ninguno de los trajes pudo acomodarse á la estatura colosal del vizconde; por el contrario, Pampelonne fué ataviado de piés á cabeza, y ya comprenderá el lector cuánto ganó.

—Nada de eso me sirve, repuso el vizconde.

—Creo que en el guardapropia de monseñor de Brissac habrá algo que os conviniese.

—¿Dónde está ese guardarropa?

—Al otro lado del patio principal.

—Condúceme.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—Porque...

—Acaba.

—Porque esas habitaciones están ocupadas...

—¿Por quién?

—Por la signora.

—¿Qué signora?

—Ignoro su nombre. Mi señor solo lo sabía.

—Pues bien, conduceme ante esa bella dama: por poco daña que sea á aventuras, le agradará mas mi librea que un vestido prestado. Toma una antorcha, y guia. Adios, Pamponne; déjame volver en esa capa del difunto griego, que cubrirá mi horrible traje dándome un aspecto más galan á primera vista.

—Sí, si, embozaos, no mostreis más que esa hermosa frente y esos ojos, que envidiarían el dios Marte y el águila de Júpiter, y lograreis maravillas...

—¡Adios!

—Buena suerte, mi querido vizconde; que Dios nos conserve mucho tiempo esta ciudadela, en la que no se pasa mal.

Y ambos amigos se separaron, el uno para

ir en busca de Rochemorte, el otro de la hermosa veneciana.

—Emplezo á no entender la conducta de mi querido gascon, pensó el vizconde; juzgaría que tiene algun otro proyecto en su cabeza.

—Emplezo á no ver gota en los asuntos del vizconde, pensó Pampelonne; su amor tiene mucho de estúpido.

Pampelonne encontró á Rochemorte en el comedor, dispuesto á sentarse á la mesa.

—Llegad, caballero, pareceis otro; estais hecho un verdadero favorito.

—Decid: ¡vamos á cenar con las provisiones del griego?

—No tengais miedo, ya supondreis que yo no tengo mas gana que vos de morir envenenado... Pero ahora que hablo de morir, un soldado de la guardia provincial ha traído este billete para vos.

Pampelonne rompió el sello del billete que le presentaban, y leyó en alta voz:

«Mi proceso está terminado: estad satisfecho. Mañana á las ocho me atarán á la rueda en la esplanada que hay delante del castillo. A vos os deberé este suplicio y esta ignominia: habeis querido vengar á vuestro hermano, y Dios os ha favorecido: no me quejo; pe-

ro os advierto que dejaré encargada mi venganza al confesor mismo, si es preciso, y el cielo la permita tan completa como lo son hoy el odio que os profeso, la maldición que os envío y la energía que me alienta.

HALOT. »

—¡Bueno! dijo Rochemorte; ya estais excomulgado y en guerra personal con la Iglesia: si su confesor es jacobino no os doy de vida un año.

—¡Bah! cenemos: á jacobino, gascon... decidme de parte de quien está la ventaja.

—A la verdad no sé qué deciros; todos los jacobinos son gascones de algun tiempo acá; pero como vos decís, cenemos á costa del enemigo.

Despues de la cena, Pampelonne dijo á Rochemorte:

—Quisiera bajar al foso del castillo: ¿queríais acompañarme?

—Si tal; ¿pero á qué ese singular paseo?

—Tengo que decir dos palabras al capitán Fresne.

—¿Y pensais encontrarle vivo? Considerad que ha caído de cien piés de altura y golpeándose en los muros y en las rocas.

—¡Quién sabe! Hay á veces casualidades que parecen providencias.

—Sea; ¿pero cómo bajar hasta el foso? No conocemos las salidas escusadas.

—Yo sí.

—¿Vos?

—Yo.

—¿Y quién os ha instruido?

—Es mi secreto.

—¿Me asombráis!

—¿Por qué? ¿Olvidáis que he tenido por dama á una hermosa de esta ciudad? Las mujeres lo saben todo, querido amigo.

Dichas estas palabras, tomó una antorcha y salió del comedor seguido de su amigo.

XII.

La moral de la historia de los cuchillos.

Pampelonne, seguido de Rochemorte, bajó al patio, se internó en una galería, después en un estrecho subterráneo, y llegó después de bajar diez á doce escalones á una puertecilla abierta en el espesor del muro. Descorrió sus cerrojos, la abrió y el viento que reinaba en el foso apagó la luz que el gascon llevaba en la mano.

—No importa; dijo, ya no nos hace falta.

Y se adelantó hácia el sitio en que había caído el capitán Fresne; á los pocos pasos detuvo á Rochemorte y le dijo:

—¿No ois?

—Son gemidos.

—¡El cielo es justo! Nuestro hombre vive aun.

Y los dos avanzaron guiados por el acento que resonaba en las tinieblas.

—¡Socorro! ¡socorro! murmuraba la voz con angustia.

—¡Hola! mi pobre capitán: ¿Cómo hicisteis para caer? exclamó Pampelonne con aire compasivo.

—¡Ah! ¡sois vos, caballero! Dios sea loado. ¡Acabadme de matar de un solo golpe, porque sufro horriblemente!

—¿Y por qué diablo os agarrásteis al rastrollo á tiempo que el bárbaro de Geromo le levantaba desobedeciéndome?

—Había caído en una emboscada; bien lo sabeis.

—Sí; pero debisteis aguardar á que volviera á bajar el puente; en fin, ¿cómo estais? ¿os habeis roto algun miembro?

—Mi cabeza, que ha pegado al caer contra las rocas, debe tener infinitas heridas; además, esta muñeca está desconcertada, esta pierna debe de estar rota... ¡Gran Dios, qué caída!

—¡Paciencia! ¡paciencia! Todo cuesta al.

gonas amarguras. Preguntad á Mr. de Chinon, y os dirá que para todo hay remedio en el mundo, menos para la conciencia, cuando está enferma; creo que ese mal es el que os aflige á vos.

— ¡Oh! perdonadme, padre, y puesto que voy a morir, escuchad mi confesion!

— Divagais, amigo; ¿quién trata aqui de confesaros? ¿olvidais que yo soy tan abate como vo?

— Es verdad, mi cabeza se trastorna... pero no importa; abate ó no os tengo por un hombre honrado y excelente católico, y os confesaré mis pecados con la misma unción que se los confesaría á un sacerdote.

— Como gustéis, pero «non sum dignus,» hermano.

— Mr. de Rayard se confesó á su propia espada cuando en Romagnano recibió el golpe mortal.

Entonces yo puedo escucharos tambien; hablad.

— Vais á oír mis culpas, Mr. de Pampelonne, y ¡ojalá sea mi humildad agradable á los ojos de Dios! Despues estranguladme lo más pronto posible.

— Volvamos á la confesion, dijo con severidad Pampelonne.

—Caballero, ¿os acordais de haberme visto palidecer cuando contábais aquella horrible historia de los cuchillos de vuestro tío?

—Sí.

—¿Sabeis por qué palidecia?

—Sí.

El moribundo hizo un movimiento involuntario que le arrancó un grito de dolor.

—¿Sabeis? mormuró con terror.

—Que la historia de los cuchillos no pertenece á Halot sino á vos.

—¡Gran Dios! ¿v quien os ha dicho...

—Sé tambien, que desde aquella terrible noche habeis sido perseguido sin cesar por vuestros remordimientos, que vuestras noches han pasado en el insomnio.

—¡Cómo! ¿sabeis...

—Os lo diré cuando acabe de hacer vuestra confesion. Moribundo como estais, vos no podríais hablar tanto.

—¡Acabad!

—El nombre del tercer calvinista que yo olvidé, os le podré decir ahora unido al de su mujer: eran Mr. el caballero de Faillac, ó por más señas, mi padre y mi madre.

—¡Misericordia, misericordia!

—Mi padre y mi madre, cobardemente asesinados por vos en la noche del 24 de agosto

de 1572. Sus dos hijos sobrevivieron á tan horrible crimen, cambiando de nombre para conducir mejor su venganza: el mayor murió envenenado por Halot ante los muros de Beauvoir; el menor lo teneis presente...

—¡Perdon, perdon!!

—Ahora os diré, que soy tambien calvinista como lo eran mi padre y mi hermano; que he querido apoderarme del castillo de Angeres por cuenta del rey de Navarra á quien sirvo, asociándome al efecto con el vizconde de Gourdon y el baron de Rochemorte: el primero, fingido criado de Halot; y el segundo, Mr. de Chinon que nos escucha. Necesitaba además un espía, un agente fiel y seguro en la ciudad, y pensé en vuestra esposa.

—¡Cobarde, traidor! murmuró el moribundo: ¡ultrajais á una mujer! atacais su reputacion.

—No tengais cuidado: léjos de comprometerla con mi cariño, la odio tanto como á vos,

—¡Ah, comprendo! murmuró el capitán: y un rayo de esperanza brilló en sus ojos.

—Ya presumo lo que os regocija; pero voy á acabar mi relato por compasion á vos. Por vuestra esposa he sabido el santo y seña que me sirvió para salir y entrar anoche de la ciu-

y avisar á los emisarios del príncipe de Condé: cierto es que estuve á punto de perecer de un balazo que me disparásteis cuando salvaba las tapias de vuestro jardín; pero estaba de Dios que no muriese yo á vuestras manos, sino vos á las mías.

—¡Ah, miserable!

—Reflexionad lo que decís: mi padre fué asesinado por vos, porque esta proeza debía alcanzaros valimiento en la corte; mi madre fué asesinada por vuestra primera mujer, porque no habia podido usurparle el corazón de su marido; mi hermano fué envenenado por Halot.... ahora comprendereis por qué he querido apoderarme de esta fortaleza, vengándome á la vez de mis dos enemigos mortales. ¿Vos, en mi caso, hublérais desperdiciado tan buena ocasión?

—No.

—¡Sois franco al ménos! Alguna virtud habíais de tener á la hora de la muerte. Halot está en poder de las autoridades, que le darán su merecido: en cuanto á vos, el príncipe de Condé con sus tropas, llegará dentro de algunas horas y entonces os prometo haceros enterrar junto á vuestro amigo.

—¿Habeis acabado?

—Sí.

—¿Decís que no amais á mi mujer?

—La detesto.

—¿Y ello os ama?

—¡Sols muy curioso!

—¡Acabemos! atravesadme el corazon: ya debéis estar satisfecho.

—He jurado no deshorrar mis manos manchándolas con vuestra sangre: ¡los verdugos de mi familia deben perecer en el cadalso! Sin ese juramento, hace mucho tiempo que Hamolot y vos no viviríais: morid, pues, en esta silla por lo voluntad de Dios, que así lo dispuso.

—¡Oh! no ¡por caridad! ¡por la memoria de aquellos que desde el cielo me acusan! ¡En nombre de Cristo, que perdonaba á sus enemigos, matadme!

El capitán pronunció esta súplica con acento tan deegarrador, que Pampelonne, volviéndose á Rochemorte, dijo:

—Si el baron no repugna tocaros, que él realice tan buena obra.

—¡Dios nos manda ser misericordiosos! dijo el baron; ¿quién sabe si un dia me encontraré yo en la posicion desesperada de ese infeliz?

—Entonces acabad, dijo Pampelonne alejándose algunos pasos.

Rochemorte se acercó al herido, y á la dudosa claridad de la luna que asomaba entre cenicientas nubes, contempló al capitán desfigurado por el dolor que fijaba en él una mirada de angustia.

— ¡Exigís de mí un servicio muy triste, caballero!

— Es para mí el más precioso en este momento.

— Dios contará vuestros sufrimientos en descargo de vuestras culpas: solo podeis sufrir una hora más.

— ¡Las horas son siglos para mí! sed pláido.

— No tengo ni espada ni puñal.

— Ni yo tampoco, repuso Pampelonne sin moverse de su sitio.

— ¡Tomad la mía! murmuró el capitán.

Cuando el barón de Rochemorte se acercó á sacar la espada del moribundo, este murmuró:

— Por última vez pido á Dios perdon de mis culpas; pero lego al caballero de Pampelonne un enemigo implacable que me vengará.

— ¿Quién? murmuró con desden el caballero.

— Mi mujer.

—¡Acaba con esa víbora! gritó Pampe-
lonne.

—¡Está hecho! murmuró Rochemorte; pe-
ro por el diablo, amigo mío, que no quisiera
yo encontrarme en vuestro pellejo.

—¿Por qué?

— Porque teneis sobre vuestra cabeza le-
vantado el brazo de una mujer y de un jaco-
bino: es demasiado para un hombre solo.

—El tiempo dirá: vámonos á dormir.

Rochemorte y Pampe-lonne siguieron el
mismo camino que les habia conducido hasta
el foso, encontrándose en el patio principal.
Dos ventanas del piso principal aparecian ilu-
minadas á pesar de lo avanzado de la hora.

—¡Calle! dijo el baron: ¿qué significa eso?

—No hagais caso: son las habitaciones de
Mr. de Brissac.

—Pero aunque sean, estando su dueño au-
sente, no me esplico esa claridad.

—Ese es el secreto de Gourdon.

—¿Estamos en un castillo encantado? No
tropiezo más que con misterios y secretos.

—Cada uno tiene sus negocios, ó sus pla-
ceres: buscad los vuestros, baron.

—Empiezo á creer que el vizconde es el
más afortunado de los tres.

—¡Quizá! repuso Pampelonne. ¿Dónde os parece que nos acostemos?

—¿Dónde mejor que en las habitaciones del griego?

—Esa es mi opinion. Vamos á descansar: tengo la cabeza muy pesada.

—Yo, antes de recogerme, visitaré nuestros centinelas.

—Como gustéis: yo abandono el servicio hasta mañana. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches!

Pampelonne se dirigió hácia las habitaciones de Ancyre; Rochemorte hácia el cuerpo de guardia y demas puntos donde habia centinelas.

Instalado en el cuarto donde habia de dormir el gascon, arrojó su capa, desabrochó su ropilla, y sacó una bolsita pendiente de su cuello por un cordon, tomando un papel doblado en cuatro dobleces que llevaba dentro.

—¡Esto es! dijo despues de haber leído parte del papel, y comenzándole de nuevo, dijo así:

«A diez pasos de la tercera bóveda que conduce del patio principal á las cisternas, se encuentra una puerta forrada de hierro sin cerradura aparente: es necesario quitar una de las barras que atrancan la puerta: la tercera con-

tando desde arriba, descubriéndose entonces un agujero triangular. Bastará una leve presión en ese agujero con la adjunta llave para hacer girar la puerta.

»Ya abierta, se darán algunos pasos adelante y se tomará á la derecha andando cien pasos por una galería ó subterráneo, practicada en el espesor de la bóveda. Al concluir los cien pasos, se encontrará una nueva puerta que se abrirá del mismo modo que la primera; solo que en lugar de quitar la tercera barra contando desde arriba, se quita la cuarta contando desde abajo.

»Se encontrará entonces una escalerilla construida en zis-zas que tiene doscientos escalones: desde el ciento veinte se advertirá á mano derecha una plancha de hierro fija en la pared por enormes cerrojos. Esta plancha oculta una abertura abierta á manera de balcon sobre el foso, cuya abertura puede en caso de necesidad favorecer la evasión del que quiera huir de la ciudadela.

»Al terminar los doscientos escalones, se encuentra una cueva: en el fondo de ella, en frente de la escalera hay una puertecilla baja que se abrirá oprimiendo un hacha de plomo que hay en el tercer pié derecho de la pared; entonces se penetra en una pieza espaciosa y

enlosada de mármol: todas las baldosas son completamente iguales; se contarán las baldosas desde la mano...»

Aquí había un agujero redondo en el papel: de suerte, que era imposible adivinar si debía empezarse á contar por la derecha ó por la izquierda.

El caballero continuó:

«Se cuenta hasta la...»

La misma interrupcion: el papel, en cuatro dobleces, había recibido cuatro agujeros de un mismo golpe.

—¡Maldito contratiempo! exclamó el gascon. Tendré que desembaldosar toda la pieza, lo que no es divertido. No importa, daré con él ó perderé mi nombre.

Y continuó su lectura:

«Se cuenta hasta la... baldosa, la cual se moverá de derecha á izquierda como un tornillo para levantarla, y se descenderá á otra cueva poco profunda, y removiéndola tierra en el ángulo izquierdo se encontrará...»

—¡Bravo! exclamó Pampelonne guardando de nuevo el papel y desatando del mismo cordón una llavecita; el resto lo sé de memoria. Ahora, manos á la obra; ¿pero cómo voy á guiarme ahora en ese oscuro laberinto?... Mis ojos, aunque buenos, no son ojos de gato...

Diantre, ya di con lo que buscaba... parece que la Providencia secunda todos mis deseos.

El gascon había apercibido en un rincón de la estancia una linterna sorda, que servía sin duda al gobernador cuando hacía sus rondas.

Pampelonne encendió la linterna, la escondió debajo de su capa, ciñó un puñal á su cintura y salió de la estancia.

El gascon atravesó el patio principal, encaminándose derecho hácia las cisternas. Tres bóvedas sostenían hácia aquella parte una enorme torre, bajo la cual se encontraban las cisternas de la fortaleza. Una verja sólida defendía casi siempre el paso hácia las cisternas: aquella verja se encontraba abierta aquella noche, á consecuencia sin duda del desorden que la reciente pelea había introducido en el castillo. Pampelonne siguió la bóveda, contó diez pasos y se encontró junto á la puerta defendida por barras de hierro; alzó la linterna y llevó su mano á la tercera barra.

—¿Quién va? esclamo una voz á su espalda.

El gascon se estremeció; volvióse y dijo:

—¡Qué diablo! Rochemorte, no me deis esos sustos.

—¿Asustar á Pampelonne? Eso parece imposible, repuso el baron riendo.

—¡Pardiez! Bien puede un hombre asustarse cuando se cuentan entre sus enemigos un jacobino y una mujer.

—¡Ja, ja! Teneis razon.

—Y por la noche sobre todo...

—¿Por qué?

—Porque uno de mis enemigos debe tener tan negra el alma como el otro la ropa.

—Veo con gusto que tomais el asunto por el lado mas agradable..., ¿pero qué diablos haceis reconociendo las paredes?

—Yo os creia entre la pluma.

—¿Yo?

—¡Claro está!

—Tomo el fresco.

—¿Con una linterna sorda?... Convid, caballero, en que este castillo es un nido de aventuras.

—Yo, como vos, verificaba una ronda: esto indica celo en el servicio, señor gobernador?

—No tal.

—Os haria decapitar.

—Muchas gracias, y la causa...

—Teneis todas las apariencias de un conspirador. |

—Lo he sido hasta mediodía, y no es extraño que me haya quedado algo de aire.

—Si tal, teneis traza de no estar satisfecho con vuestra proeza y meditar un nuevo golpe: vos sin duda teneis parte con el diablo, y esta noche más que nunca os encuentro espresion diabólica.

—¡No es culpa mia! Todos los de mi pais tenemos siempre un proyecto en la cabeza y una mentira en la lengua. Así pues, no me interrogueis, porque no sabreis nada: ved esta plancha de hierro... ¿para que podrá servir? La he tomado por una puerta, pero no debe serlo porque no tiene cerradura.

—Me contais tonterías en lugar de decirme formalmente á dónde os dirigiais.

—Pues bien, voy á hablaros con formalidad. He dejado mi habitacion por un motivo grave.

—Ya lo sospechaba: y ese motivo...

—¡Ese es mi secreto y el secreto de otro!

—Id al diablo con vuestros secretos: apuesto á que como Gourdon no habeis tomado el castillo por el rey de Navarra.

—Para ser franco, contra mi costumbre, creo que solo vos ha servido aqui al rey por el rey. Gourdon y yo hemos servido á S. M. por carambola... ¿vais viendo mas claro?

—;Ménos que nunca! Obrad á vuestro antojo, no quiero meterme en vuestros misterios; pero al ménos, si nos vemos atacados acudiréis á vuestro puesto.

—Me llamo Pampelonne.

—Está bien: buenas noches.

—Buenas noches: continuó mi ronda, ¿y vos?

—Yo me voy á dormir; ya es tiempo.

Rochemorte se alejó, y Pampelonne, cuando le hubo perdido de vista, volvió á la puerta de hierro, quitó la barra, oprimió con la llave el agujero triangular y penetró en la galería, cerrando la puerta tras sí.

Siguiendo exactamente los detalles del escrito, el caballero anduvo cien pasos, abrió una segunda puerta, bajó la escalera, reconociendo en el 120 escalon la plancha de hierro mencionada: descorrió los cerrojos, y empleó todas sus fuerzas para mover la plancha, sacando despues la cabeza y casi medio cuerpo por la abertura que descubrió.

—;Bueno! dijo; la huida por aqui es fácil.

Y volviendo á cerrar, continuó bajando la escalera, encontrándose en la cueva.

—;Qué viaje tan siniestro! pensó el gascon.

Vió la puertecilla indicada, oprimió la plan-

cha de plomo, y la puerta giró silenciosamente sobre sus goznes, encontrándose el gascon en una sala octógona enlosada por mármol blanco y negro, formando tablero: reconoció con su linterna todas las losas que contenian inscripciones funerarias.

—¡Cuando yo dije, murmuró, que este viaje era siniestro! He venido á dar á un cementerio: en fin, lo principal ya está hecho, y basta por hoy.

Despues, despidiéndose de las losas con el gesto que le era familiar, exclamó con aplomo:

—Hasta mañana, querido: por escondido que estés, te descubriré.

Y se retiró con las mismas precauciones que habia empleado para penetrar en aquel subterráneo.

XII.

Venecia.

El vizconde de Gourdon, precedido de su nuevo paje, se dirigió á las habitaciones del gobernador cuando se separó de sus amigos.

Llegaba al vestibulo donde ya hemos visto penetrar al albanes Ancyre, y el paje se volvió al vizconde y le dijo:

—¡Aquí es!

—Pues bien, entra; repuso el vizconde con naturalidad.

Entre tanto, recorrió el desorden de su traje y sus cabellos, envolviéndose en la capa del griego con aire distinguido. El paje obedeció,

entró en el vestíbulo, penetró seguido de su señor en la segunda pieza, y no encontrando á nadie, se adelantó hacia una puerta que ocultaban ricas tapicerías.

—Aquí es, volvió á decir.

—Pues bien, llama; ¿qué aguardas?

—Es el cuarto de la señora, replicó el niño con timidez, asombrado quizá de la osadía de aquel hombre envuelto en tan malas ropas, cuando su antiguo señor no había osado llegar á aquella puerta sin estarse dos horas al tocador.

—¡Llama y anuncia al vizconde de Gourdon! dijo el noble sin ocuparse del asombro del niño, que llamó á la puerta con la misma timidez que si se hubiera tratado de penetrar ante una Reina.

Nuestras licencias nos permiten entrar antes que al vizconde en las habitaciones de la signora, y nos aprovecharemos para sorprender á una mujer hermosa en el abandono de la soledad.

El lujo que reinaba en la habitación de la veneciana era digno de un rey. El mariscal de Cossé se había apropiado infinitas riquezas del castillo de Verceill, según hemos dicho, en el Piamonte, y su hijo el conde de Brissac había hecho trasportar todas estas riquezas á

sus castillo, Los espejos, las alfombras, las esculturas, los lienzos, el oro, el terciopelo y la plata, se unían con suntuosidad para deslumbrar la vista y hacer olvidar el Louvre al joven cortesano, que se encerraba en su fortaleza lamentando los encantos abandonados en Paris.

Una luz débil, aunque suave, vacilaba al soplo de la brisa que penetraba por las ventanas entreabiertas. Contiguo á una grande alcoba, donde había un lecho cuadrado cubierto con una colcha de brocado y grandes flecos, la signora Fabiani, que hemos visto tan altanera ante el libertino Ancyre, estaba arrodillada ante un Santo Cristo, magnífica obra del arte, apoyando su frente en sus manos cruzadas.

A dos pasos de la hermosa veneciana, la misma jóven que había recibido tan bruscamente al albanes aquella misma mañana, estaba arrodillada sobre la alfombra, cruzadas también sus manos, con la mirada elevada al cielo y el rostro animado de un extraño fuego que luchaba bajo su cútis con la palidez habitual de su frente y sus mejillas.

No se veían las facciones de la dama, porque su frente, según hemos indicado, se apoyaba en sus manos; pero se leía en la mirada de la jóven, comprendiendo en la contracción

de sus músculos las palabras que jugueteaban en sus labios trémulos.

Aquellas dos mujeres oraban.

La dama levantó de repente la cabeza, besó los plés del Salvador y se levantó: la jóven se santiguó igualmente, tomó el extremo de la falda de su señora y depositó en su orla otro beso respetuoso.

—Dios nos habrá escuchado esta noche, señora.

—¡Dios escucha siempre, niña.

—¿Y cuándo nos responderá?

La veneciana levantó al cielo los ojos y guardó silencio: una nube pasó por su frente y sus párpados cayeron para ocultar el fuego sombrío que animaba su pupila.

—¡Pobre señora! dijo la jóven con acento compasivo. Temeis levantar vuestra oracion á un Dios despiadado.

—¡Blasfemas, desdichada! exclamó bruscamente la dama: ¿quieres llamar sobre nosotras su justo castigo? ¡Si otra impiedad semejante pronuncia tu boca, te separo de mí!

—¡Y qué sería de vos sin mí! ¡Qué sería de mí sin vos! murmuró la jóven con ternura. No, nuestras dos almas están ligadas: es preciso que yo os siga; pero es preciso que vos

camineis: el descanso es enemigo de vuestra gloria y de mi dicha.

—¿Y qué quieres tú que haga cerrada en esta fortaleza, privada de mi guía?... ¡Dónde quieres tú que vaya, pobre loca!

—Escuchadme, señora; quiero contaros una historia muy parecida á la vuestra: ¿quereis?

—Habla, hija mia; sabes que son mi encanto tu dulce voz, tu imaginacion ardiente y tu leal corazon.

Venecia bajó la cabeza como en signo de gratitud, y despues alzándola de nuevo y fijando una mirada ardiente en su señora que habia tomado asiento, fué á buscar un almohadon, que colocó á los piés de la dama: sentóse en él, tomó las manos de aquella, y con sonrisa cariñosa empezó así:

—«Voy á hablaros de una ilustre peruana. Allá muy léjos, bajo un cielo siempre azul, pasaron los hechos que voy á referiros. La peruana de quien voy á hablaros era hija del sol (1). El poder del gran Inca, su padre, se estendia en la más fértil provincia del imperio, y el oro se empleaba en su palacio para los usos más groseros.

(1) Los Incas ó príncipes del Perú se creian hijos del sol.

»Cuando el conquistador Pizarro se propuso terminar la conquista del Perú, el Inca se rodeó de sus guerreros y sostuvo sangrientas batallas, donde los genios que peleaban de parte de los españoles le vencieron. Muerto á las puertas mismas de su ciudad, no tuvo el dolor de ver posesionarse á los españoles de su palacio y saquearle.

»La codicia animaba á aquellos conquistadores: sabian que los incas poseian grandes tesoros y la esperanza de arrebatárselos los arrastró hasta su misma morada, y Pizarro aprisionó á los servidores del principe, esperando de ellos confesiones beneficiosas. La hermosa hija del principe se habia refugiado en un templo para esquivarse á los atropellos del vencedor, y alli, informada de los suplicios que sufrían sus defensores, se envolvió en un largo velo y se adelantó al sitio en que el gefe español dictaba las sentencias de los martires peruanos. Acercóse, pues, á aquel temible jefe, y le dijo, siempre envuelta en su velo, que ella descubriria los tesoros que buscaba, si le hacia juramento de respetar á aquellos infelices. Pizarro juró, y la jóven se dirigió seguida de algunos de los oficiales hácia el palacio. En él atravesó diferentes patios y mandó abrir la puerta de una cueva, penetran-

do por ella en unos subterráneos hasta llegar á otra puerta que la generosa princesa abrió por sí misma.

»Un espectáculo asombroso se ofreció entonces á la vista de todos. En canastillos más finas que el tisú, y dispuestos en forma circular, se veían pirámides de esmeraldas, de rubies y diamantes. Veíanse además diseminadas por la estancia barras y pedruscos de plata y de oro, y todo esto iluminado por lámparas que no se apagaban nunca; despedía unos cambiantes que deslumbraban.

»Un anciano, amigo y servidor del príncipe, después de haber peleado á su lado como un valiente, tomó á su cargo la guarda de los tesoros encerrados con ellos, dispuesto á morir allí. Este anciano, sorprendido al ver entrar á la princesa en compañía de los cristianos; le preguntó qué órdenes tenía que darle.

—El Inca ha muerto, reposo la joven: vengo á relevarte de tu fidelidad. Abandona esas riquezas á los enemigos, y sígueme.»

»El anciano, sin alzar una última mirada á las riquezas, se colocó detrás de su señora.

»La hija de los Incas contemplaba aquellos hombres repartiéndose las riquezas con insensata alegría, y no sabía á cuál de ellos despreciar más, cuando oyó murmurar á su oído en

acento extranjero, pero en idioma de su país, estas raras palabras:

—«¿Vas á despreciar á todos los cristianos al ver la avaricia de esos?»

»La peruana volvió el rostro, y se encontró con un gallardo oficial español.

»Vé á tomar tu parte en el botín, murmuró la jóven: estás perdiendo un tiempo precioso.

—«El tesoro que yo busco vale más que el oro y los diamantes.

—«¿Qué buscas?

—«Una mirada de tus ojos, hermosa hija del sol; que tus negros ojos se fijen otra vez en mí, y me creeré más rico que todos mis compañeros.

—»No te conozco.

—»Yo á ti, sí.

—»¿Dónde me has visto?

—»Esta mañana en el templo, mientras tú orabas.»

»La jóven se estremeció: la mirada del cristiano la fascinaba; su desinterés, sus frases galantes en aquellos tiempos de conquistas y atropellos, le parecían una antorcha brillando en medio de las tinieblas de la noche.

—«¿Has manchado tus manos con la sangre del Inca? preguntó la jóven conmovida.

—»He combatido contra él ignorando que

fuese tu padre, pero la suerte de las armas me ha sido contraria, y ha sido él quién me ha herido á mí.

—»¿Y maldecís su memoria?

—»La venero.

—»¿Protegerías á su hija?

—»A costa de mi vida.

—»¿Renunciarias tu parte en el botín por seguirme?

—»La renuncio.

—»¿Vivirías contento en nuestras montañas, pobre y sin ambicion de ninguna clase?

—»Tu amor constituiria mi tesoro.

—»Ven, pues; murmuró la peruana dominada por aquel acento franco y aquella mirada que tenia la altivez del águila y la ternura de la paloma.

»Y tendió su mano al cristiano, que la arrastró fuera de la cueva.

«Aquel mismo dia D. Luis y la de los Incas ganaban las montañas del pais acompañados de un solo servidor: el anciano guardador de los tesoros.

»Durante dos años los amantes vivieron dichosos y olvidados. D. Luis, valiente y atrevido recorría los bosques, y volvía cargado de caza á la cabaña donde le aguardaba su amante compañera. Sus ausencias eran siem-

en prede las mismas horas, su acento era igual
y cariñoso: el árbol de la hermosa primavera
que se llama amor, cobijaba siempre dozano á
la dichosa pareja.

»La peruana, instruida en la religion cris-
tiana por D. Luis, no quiso rogar más que al
Dios de su amante, á fin de que arrodillados
los dos subiese junta al cielo la oracion de
gracias que se elevaba de ambos corazones.»

»Pero ¡ah! ¡Todo pasa, todo muere en este
mundo! La peruana no tardó en advertir que
su amante volvía á su lado con la mirada som-
bria, y poco despues de esta penosa observa-
cion, pudo advertir que D. Luis prolongaba
más sus ausencias, siempre con algun pretesto
ingenioso. Confló sus pesares la jóven al an-
ciano que la habia seguido en su desgracia;
el anciano, por toda respuesta, movió triste-
mente la cabeza.

»Aquel mismo dia, D. Luis volvió mucho
más temprano, pero sin botin; harto orgullo-
so para quejarse á su amante, propúsose se-
guirle y no perderle esplicaciones de su con-
ducta. Al dia siguiente, D. Luis, observado de
cerca por su amante, descendió á los valles;
encontró un grupo de españoles que parecian
consagrados á la caza como él, y con ellos pa-
sá alegremente el dia.

La peruana volvió avergonzada de sus celos, y confió al anciano su venturosa observación. El anciano movió de nuevo la cabeza.

—¿No estás satisfecho? preguntó la hija de los incas.

—No; por el contrario, la desgracia que yo temía se va realizando; el amor te ciega, creías sorprender á tu amante en brazos de una rival, y yo, que con los ojos de la experiencia veo mucho más que tú, afirmo que le has encontrado.

—¿Dónde está entonces esa rival? ¿Quién es?

—La que te ha destronado, hija del sol; la que te ha echado del palacio de los Incas y te arrojará del corazón de tu esposo.

—Su nombre.

—¡España! ¿Has pensado que ese joven guerrero que atravesaba los mares por ambición, se iba á contentar con tu amor y tu cabaña? ¿Creías que la cadena de tus brazos bastaría á retener prisionero al que viene de tan lejos en busca de la fortuna? No, D. Luis piensa en su patria, en la gloria de sus compañeros, en la fortuna que no ha sabido alcanzar, y en breve te dejará por correr tras ella.

—¡Imposible! Voy á ser madre, y si es

bastante criminal para abandonarme á mí, no será capaz de abandonar á su hijo.

— Ya lo veremos: implora á tu Dios, yo rogaré al mio.

» Aquella misma noche D. Luis no volvió á la cabaña. El día siguiente pasó tambien; pasó una semana, y la peruana lloró la fuga de su amante.

— Si sospechabas esta odiosa traicion, dijo á su único amigo, ¿por qué no has combado mi loca pasion?

— Porque te veia dominada por ella y consideraba inútiles mis consejos; porque queria además que tu alma herida en lo más vivo fuese el instrumento de nuestra venganza. Cesa de invocar, niña, al Dios de los cristianos, que enseña lahumildad y el perdon de las injurias: despierta, hija del sol, y vengándote á tí, vengamos á todos.

— ¿Qué puede hacer una pobre mujer sin apoyo en la tierra?

— Escucha y recoge mis palabras, que quizá mañana mis lábios estarán cerrados por la muerte. ¿Te acuerdas del jardin que rodeaba mi casa y que quizá los tiranos han devastado? Irás durante la noche á ese jardin, te dirigirás al plátano que sombrea la fuente don-

de mil veces cuando niña te lavaste las manos. ¿Te acuerdas?

— »¡Sí!

— »Si el plátano está cortado, te será fácil encontrar el sitio, contando diez pasos desde el ángulo izquierdo de la fuente.

— »Seguid.

— »Llevarás un hacha y removerás la tierra en torno del tronco del plátano. Cuando la hayas removido, tu hacha tropezará en un cofrecillo del tamaño de tus dos pies unidos: ese cofre, lleno de oro, de esmeraldas y diamantes, que haría poderoso á un príncipe cristiano, es tuyo.

— »¡Mio!

— »Si; previendo el resultado de la guerra, he sustraído algunas piedras preciosas del tesoro, por si tu padre ó tú los necesitábais. Te le devuelvo, pues, y que él sirva á tu gloria.

— »¿Y por qué me has ocultado ese secreto hasta hoy? D. Luis es ambicioso, y rica no me hubiera abandonado.

— »¿Y te hubiera halagado ser querida por tu riqueza?

— »¡Oh, no! exclamó la peruana con un orgullo digno de su raza. Acaba de darme tus consejos: cuando tenga en mi poder ese cofre,

¿qué debo hacer? ¿Conquistaré por él al padre del hijo que levo en mis entrañas?

— »;Infeliz! No se agita tu corazón más que con la esperanza de recobrar al que te ha engañado.

— »;Le he querido tanto!

— »Día llegará en que le encuentres arrojado á los piés de otra mujer.

— »;Oh, calla! Me inspiras al fin ideas de venganza.

— »Hé aquí lo que debes hacer con ese cofrecillo: irás á Lima, le guardarás en sitio seguro, y despues te informarás del paradero de tu amante. Si no ha partido para España, espia su conducta; si solo la ambicion le impulsa, libre eres de enriquecerle y vivir en paz á su lado; si ha partido ya á su país, ajusta tu pase en un navío y sigue á tu verdugo á España: allí le vigilarás. El tesoro que llevas sostendria con desahogo el lujo de cuatro hombres por espacio de cien años. Así, pues, con él podrás comprar tu venganza, dejando un patrimonio al hijo que Dios te dé: ¿me has comprendido?

— »Sí.

— »Parte esta tarde: el tiempo es una de nuestras riquezas.

— »¿Y quiéa cuidará de tí?

— »Nadle: harto he vivido,

— »No at andaré esta cabaña hasta verte exhalar el último suspiro.

— »Esta bien, murmuró el anciano.

»Y despidiéndose de la joven, la besó en la frente con ternura.

»Al día siguiente, el anciano apareció muerto: la hija de los Incas, adivinó que su fiel servidor había puesto fin a sus días por no ser un obstáculo a sus planes.

»La peruana colocó el cuerpo del anciano en un lecho de ramas secas, le prendió fuego, y creyó ver en el humo que elevaba el alma de su amigo á la mansión celeste, una mano armada y vuelta hacia la España.

»Cuando llegó la noche, se envolvió en su velo, corrió á Lima, rebuscó entre la arena del jardín, y encontró el cofrecillo indicado: le abrió para reconocer lo que contenía: el anciano había dicho la verdad. Tomó algunas de las piedras más pequeñas, ocultó el cofrecillo, y salió á averiguar el paradero de su amante. En breve supo que el caballero se había embarcado para España: poco tiempo después la hija de los Incas desembarcaba en Cadiz y emprendía su viaje á Madrid.

— »No es esta vuestra propia historia, señora? repuso la joven después de una pausa.

— Si no te creyera sincera, sospecharia que inventas aventuras para apropiármelas.

— ¡Ah! por desgracia lo que digo no es un cuento. Escuchad hasta el fin, y ojalá tengais vos el mismo que tuvo la hija de los Incas mi ilustre abuela.

— ¿Tu abuela?

— La misma.

— ¿No eres, pues, hija de una gitana?

— Soy hija del sol, repuso Venecia con expresion altanera y dolorosa.

Y despues dejó caer la cabeza sobre el pecho, del que se escapaban suspiros comprimidos: pasado un rato continuó:

— Llegada á Madrid mi abuela, se creyó perdida en aquella ciudad populosa, ignorándolo todo y de todos ignorada. Pasados algunos dias, la peruana, que en compañía de su amante habia aprendido algo de la lengua española, empezó á preguntar, sabiendo en breve que D. Luis gozaba gran favor en la corte, y que el rey acababa de confiarle un puesto militar importante que le llamaba inmediatamente á Italia. Esta noticia hizo correr un bálsamo divino por las venas de la princesa, y el aguijon de los celos dejó de torturarla. ¡Pobre madre! ¡ella ignoraba que el guerrero lo sacrifica todo á su ambicion, á su gloria!

»Resolvió aguardar la vuelta de su amante: creía que al volver glorioso, pero pobre quizá, acogería con júbilo á su hija y su fortuna: desde entonces vivió en una clase humilde, adoptó el traje de las mujeres del pueblo, gastó únicamente lo necesario, y rezando al Dios de los cristianos, el que no había cesado de adorar, aguardó al día supremo de poner su hija entre los brazos de su amante, y á sus piés las riquezas de un rey.

»Dos años corrieron así: la hija de la peruana era tan hermosa como su madre, y en ella fundaba esta sus más legítimas esperanzas,

»Dos años despues del nacimiento de esta hija, la peruana acudió con la multitud á una corrida de toros que hacia gran ruido en la corte: la casualidad quiso que ocupase un sitio cerca del estrado levantado para la corte. El rey tomó asiento, y tras él las damas y caballeros.

»La princesa ahogó un grito de sorpresa y de alegría al reconocer en la primera fila, detrás del asiento real, á D. Luis ricamente vestido: en breve una nube oscureció su vista, viéndole inclinar galante y apasionado al oído de una dama sentada junto á él.

—»¿Cómo se llama ese hidalgo? preguntó
PAMPLOUNE.—Tomo I.

á un hombre que la casualidad sin duda habia puesto á su lado.

—«Es el señor D. Luis de N. que vuelve triunfante del ejército de Italia.»

—«¿Y quién es esa mujer con quien se habla?»

«El hombre á quien se dirigia la peruana fijó en ella una mirada penetrante, y repuso:

—«Es una rica heredera con quien se casará dentro de ocho dias.»

«Mi abuela no quiso oír mas; abandonó la plaza y volvió á su morada acariciando en su mente mil ideas de venganza. Aquel á misma noche llamaron á su puerta y quedó sorprendida al ver en su presencia á su interlocutor de la plaza; era un caballero alto y de noble aspecto.

—«Señora, dijo, vengo á hablaros de asuntos que os interesan; si no teneis confianza en mí, no me hagais entrar; pero oídme en el dintel de esta puerta.

—«No nos conocemos el uno á otro.

—«Cierto; pero los dos conocemos á don Luis.»

«Una sonrisa amarga entreabrió los labios del anciano: la peruana, estremecida ante aquel nombre, hizo al desconocido seña de que la siguiera, y cerró la puerta.

—» ¡Contadme vuestra historia, pobre niña! dijo el desconocido.»

»Mi madre le miró con asombro, y guardó silencio.

—»Entonces yo mismo la contaré: venís del Nuevo-Mundo, sois madre de una niña hermosa como un ángel, y buscáis aquí al padre de vuestra hija.

»El caballero hizo una pausa para estudiar el efecto que sus palabras habían hecho en la jóven: la desgraciada madre inclinó la frente y lanzó un suspiro.

—»El padre de la niña es el noble á quien habeis visto esta tarde en la plaza; es D. Luis, ¿no es verdad?

—»Sí, repuso la peruana con energía.

—»¿Vos venis buscando una venganza ó una reparacion?

—»Sí, sí.

—»D. Luis debe casarse dentro de ocho dias con la jóven que habeis visto; es de ilustre raza, y se cree muy enamorado al caballero.»

»La peruana se levantó rígida, con los puños crispados y los labios pálidos.

—»Se dice... pero podrian engañarse. Lo que importa es que vos misma os asegureis de los hechos.

—«¿No es harto culpable el haberse olvidado de mí? ¿Qué más he de ver?

—»Es preciso, os digo, que no creais más que á vuestros propios ojos para que obreis, sin arrepentiros luego.

—»Iré, pues: me verá, le hablaré...

—»Eso es lo que intento: si os reconoce, si os estrecha contra su corazón, debéis perdonarle: si os desconoce, si os arroja de su presencia...

—»¡Oh! Entonces yo misma me haré justicia.

—»Guardaos de ello; no sacrificueis á una venganza, por legítima que sea, la vida de vuestra hija: ¡buena venganza la que recayese en perjuicio del vengado! Si os rechaza, volved á mí y nos entenderemos.

—»¿Dónde os hallaré?

—»En todas partes.

—»¿Sois un genio?

—»Soy vuestro buen ángel.

—»Entonces decidme dónde vive D. Luis, y qué he de hacer para verle y hablarle.

—»En cuanto cierre la noche vendré á llamar á vuestra puerta: estad pronta.

—»Estaré.»

»A la hora convenida, un hombre llamó con el pomo de la espada á la puerta de la pe-

ruana, que corrió á la cuna de su hija; la abrazó tiernamente y salió á la calle.

—»Id á buscar á vuestra hija, repuso el desconocido: es preciso que su padre la conozca.»

»Cuando mi madre volvió llevando en los brazos á su hija dormida, el desconocido murmuró:

—«Marchemos.»

»Los dos caminaron en silencio: al cabo de media hora, viendo la peruana que se la conducía por un laberinto de calles tortuosas é inundadas, manifestó su asombro de que un caballero como D. Luis viviese en un barrio tan apartado y tan sucio.

—»Echad vuestro velo, le dijo el desconocido: hemos llegado.»

»Y sacando una llave del bolsillo abrió una puertecilla mezquina.

—»¡Cómo! ¿Vive aquí D. Luis?

—»No.

—»¿Quién vive entonces?

—»Yo.

—»¡Vos! dijo mi madre retrocediendo.

—»Entrad.

—»Pero...

—»¿No quereis ver á D. Luis?

—»Sí.

—»Pues entonces, ¿qué os importa el lugar donde le encontréis? Yo no voy á su casa: él viene á la mía.»

»La peruana entró. Un presentimiento secreto la impulsaba á obedecer ciegamente á aquel hombre que parecia mandar cuando rogaba.

»Introducida en una sala baja, mi abuela tendió la vista en torno suyo y se estremeció: los muros de aquella habitacion estaban desnudos y ennegrecidos; en aquella singular morada no habia más muebles que un brasero, un baul, y en un rincon un lecho miserable sobre el que mi madre vió con asombro un rico traje de maja.

—»Oigo las espuelas de D. Luis, dijo el desconocido; sentaos sobre ese lecho, ocultad vuestro rostro, y no le mostreis hasta que yo diga: ¡en pié!»

»La peruana estrechó á su hija contra el seno, y obedeció.

—»No perdais una palabra de nuestro diálogo, y conteneos.

»A los pocos instantes entró D. Luis con aire risueño, y echando abajo el embozo de su capa, descubrió en parte el rico traje que realzaba su hermosa figura.

—«Hola, Boh-mil, ¿cuándo te mudarás de

agui? Hay tanta distancia de mi casa á la tuya, como desde España al Perú.»

—»La peruana, al escuchar aquel acento querido, creyó que iban á «hogarla los latidos de su corazón, y tuvo impulsos de incorporarse: una mirada de Boh-mil la detuvo. ¡Cosa extraña! Aquel hombre que le había servido de consejero había cambiado de aspecto repentinamente; su estatura había disminuido, encorvándose su espalda; su espresion altanera, casi ruda, había desaparecido también bajo una máscara de hipócrita dulzura.

—»¡Ah, señor! murmuró con humildad, ¡se necesita tanto dinero para vivir como vos en la calle Mayor!

—»Lástima que me vengas ahora con lloros, tú que prestas á toda la corte!

—»Pero ya sabeis, señor, que no es mio el dinero que presto; es de otros que tienen confianza en mí... ¡Ah! yo, señor, no tengo ni aun con qué habilitar esta humilde choza; pero no nos ocupemos de mí: hablemos de vos, señor.

—»He recibido tu aviso hace una hora.

—»Enhorabuna; dadme vuestras órdenes.

—»Dentro de ocho dias quiero casarme con la hija del marqués.

—»Lo sé.

—»El marqués es muy rico: ha sido embajador, será en breve primer ministro, y voy por consecuencia á alcanzar todos los honores.

—»¿Es decir, que os arrastra á ese matrimonio la ambicion?

—»¡La ambicion y el amor! Mi prometida es hermosa; tanto, que me ha hecho olvidar á todas las mujeres que he amado. La más bella de todas ellas no seria digna de besar el polvo de sus plantas.»

»Los ojos de la peruana despidieron rayos de cólera, y no pudo contener un movimiento. Boh-mil la miró y aguardó de nuevo.

—«Entonces, dijo el usurero, saludo al mas dichoso de los mortales; amor y gloria es el triunfo del orgullo humano. Dios os da más de lo que podiais esperar.

—»Sí, pero si tú no vienes en mi auxilio, todo desaparecerá como el humo.

—»¿Tengo yo entre mis pobres manos alguna varilla mágica?

—»Sí, escúchame: he conocido á la hija del marqués en Milan; en aquella época yo habia ganado al juego sumas enormes, y vivia con la ostentacion de un príncipe, haciendo creer á todo el mundo que mis gastos dimanaban de los tesoros que habia traído del Perú.

Mi lujo y mi aspecto me conquistaron el favor del marqués y el carido de su hija; pretendí la mano de la hermosa María, y me fué otorgada: considera ahora el apuro en que me encuentro. Dentro de ocho días se efectuará la boda, y no tengo en mi poder cien doblones; vengo, pues, á ti para que me prestes lo que necesito para estos gastos.

—»¿Y necesitais mucho?

—»Mucho:

—»Fijad vuestra suma.

—»Necesito alhajar mi palacio y montar mi caballeriza, hoy casi nula: con quince mulas de Navarra, y quince caballos andaluces, podré pasarlo: cuatro mil doblones me bastarán para atender á estas dos necesidades.»

—»Su interlocutor, aunque ataviado tan pobremente, no pareció asombrado por esta suma.

—»¿Y las vistas de la boda? continuó don Luis. Esto es lo más importante. ¡Es una desgracia tener fama de hacer bien las cosas!

—»Ese es negocio de tres mil doblones, murmuró Boh-mil.

—»Eso no es nada.

—»Pongamos cuatro mil.

—»Pasen ya los cuatro mil.

—»Y añadiendo á eso las carrozas, los re-

galos de la servidumbre y demás zarandajas de quien quiere pasar por gran señor, veo que lo que necesitáis son unos quince mil doblones.

—»Estamos de acuerdo.

—»Después de todo eso equivale a doscientos mil escudos de Francia, justamente la mitad de la suma que he prestado al rey Francisco I para volver de aquí á su reino.

—»Y bien.

—»El señor marqués es bastante rico para que yo abrigue temor por mi dinero; vuestra palabra además vale oro... Tendreis los quince mil doblones, y me firmareis un recibo de diez y seis, que recobraré á los ocho dias de vuestro matrimonio; ¿os conviene, monseñor?

—»Sí: ¿cuándo recibiré esa cantidad?

—»No puedo deciros de cierto: necesito consultar á todos mis compañeros, y rebuscar en todos sus bolsillos. Contad conmigo y haced vuestros encargos de príncipe, que á fé mía no entrareis en la alcoba nupcial sin haber pagado todas vuestras deudas.

—»¿Y quién querrá vender á crédito?

—»Dirigíos de mi parte á Perez para los caballos y las mulas, es mi sobrino, y os servirá; Ruiz os proporcionará las vistas de la

novia: Fernandez alhajará vuestro palacio, que es amigo... con que deis mi nombre, todos os servirán como á un emperador.

— »Corriente; ahora te dejo, la noche está óscura y no me inspiran confianza estas callejuelas.

— »Que Dios os acompañe... ¡Ah, señor!

— »¿Qué quieres?

— »Hemos omitido un artículo importante en vuestros gastos.

— »¿Cuál?

— »No hemos hablado de vuestros recreos.

— »¡Ah! ¿El juego?

— »No.

— »¿La mesa?

— »Tampoco.

— »¿El baile, el torneo?

— »Menos.

— »¿Qué entonces?

— »¡Pardiez que estais torpe ó quereis haceros el desentendido! Una dama; ¡qué cortesano no tiene la suya!

— »¡Sois un hombre original! repuso don Luis sonriendo. ¿No os he dicho que estoy enamorado de mi mujer?

— »¿De veras?

— »De veras: la quiero con toda mi alma.

—» En breve esa pasion pasará como las otras.

—» Acaso no: hace ocho ó diez años un amor vivia dos dias en mi corazon y en mi cabeza; despues otro duró quince dias, luego un mes... En el Perú vivi por espacio de dos años como un oso, entre bosques y montañas, con la hija de un Incas, que sin duda me habia hechizado. Cierto es que habia razones para ello: figuraos una especie de Minerva por el corazon y por el rostro... la amé dos años; ¡con rubor lo confieso! Ella exigió que no volviera más á Europa, creyendo sin duda que yo iba á gastar mi juventud en matar búfalos y en mecer algun recién nacido, hijo del sol por su madre y de un hidalgo español por mí. De la noche á la mañana desaparecí, y héme encadenado en los lazos de mi hermosa María. Ahora tengo lo ménos para cuatro años: cuando pase ese tiempo, vendré á veros.

—» ¡Mucho es eso! Entre tanto hablad á vuestros amigos de una alhaja soberbia que he descubierto: dentro de algunos dias la habré trasformado en una maja incomparable. ¿Queréis verla?

—» ¡Para qué?

—» ¡Es bocado destinado á un gran señor! Es una verdadera perla del Nuevo-Mundo.

—» ¡Ah! Es del Nuevo-Mundo.

—» Así lo dice al menos: vos os convenceis, vos que conocéis á las peruanas... ¡Vamos, en pié! repuso con acento imperioso.»

» Mi abuela se levantó majestuosamente, levantó el velo que cubria su rostro, y mostró á la par el suyo y el de su hija, dormida en sus brazos.

» D. Luis se adelantó: Boh-mil alzó la lámpara á la altura del rostro de la peruana, animado en aquel momento por el orgullo, los celos, el desprecio y el odio, dándole tan contrarios sentimientos una espresion terrible y majestuosa á la vez.»

—» ¿Y entonces? murmuró la marquesa, que escuchaba con avidez el relato de la jóven.

—» Entonces, continuó Venecia, Boh-mil dijo á D. Luis, que estaba turbado, pálido como un muerto:

—» ¿Cuál es la opinion de su escelencia?»

» D. Luis levantó con arrogancia la cabeza, y dirigiéndose hácia la puerta, exclamó:

—» Esa mujer hará vuestra fortuna, mi querido Boh-mil: el duque de Oviedo ó el marqués de Santaren os darán por ella un potosí.

—» Gracias por el consejo. ¿No es verdad

que es una hermosa criatura del Nuevo-Mundo?

—»Cierto, cierto, murmuró D. Luis saliendo precipitadamente á la calle.»

»Cuando Boh-mil volvió á la estancia encontró á mi abuela en el mismo sitio y en la misma postura.

—»Y bien, dijo: ¿habeis visto y oído?»

»Mi abuela no contestó.

»Boh-mil acercó su lámpara contemplando á la desdichada con piedad: el rostro de aquel hombre habia recobrado ya su espresion sombría y altanera... el de la peruana estaba pálido como el mármol y lágrimas silenciosas surcaban sus mejillas.»

—¿El Criador, pues, deja vivir villanos semejante á D. Luis? murmuró la marquesa teniendo una mano á Venecia que la llevó apasionadamente á sus lábios.

—Sí señora: han vivido en todas las épocas, y su raza no se ha estinguido: ¿quién sabe lo que á vos os queda que pasar?

—¡Oh! mil veces antes la muerte que pasar lo que acabas de contarme.

—La muerte viene cuando no se la llama; pero escuchad hasta el fin mi historia y la de mi familia.

—Sigue.

—«Mi abuela no respondió, porque el llanto embargaba su voz, pero no era una débil mujer llorando de despecho y de celos; era una leona aturdida un instante por el golpe del cazador, y rehaciendo de nuevo sus fuerzas para luchar con nueva energía.

—»¿Le amais aun?

—»¿Le aborrezco! Le querria muerto á mis piés; ¡oh, hija mia! repuso estrechando á su hija contra su corazon; necesitamos una venganza, y la tendremos.

—»¿Qué pensais hacer? repuso él embozándose en su capa.

—»¿Matarle!

—»Enhorabuena; pero vos sola no podéis llevar á cabo vuestro proyecto.

—»¿Por qué?

—»Porque D. Luis vive rodeado de criados, y os será difícil llegar hasta él ántes de su casamiento: tendreis que esperar.

—»Nunca; yo llegaré hasta él.

—»Con el auxilio de un amigo, puede.

—»Entonces buscaré á ese amigo.

—»¿Dónde?

—»En Madrid.

—»¿Su nombre?

—»Boh-mil.

—»¿Yo!

—»¿Vo?

—»Gracias; contad conmigo,

—»Cuento.

—»Yo os entregaré á vuestro enemigo;
¿pero qué hareis en cambio ¡or mi?

—»Os guardaré eterna gratitud ú os daré
mucho oro: escoged.

—»¿Tan rica sois?

—»Sí.

—»¡Inútil oferta! ¿Qué significa el agua de
un rio en el mar!

—»¿No sois pobre?

—»No.

—»Sin embargo, esta casa que habitais es
miserable.

—»¿La miseria es mi lujo! Cada uno tiene
su locura en la tierra. ¿No me habeis oido ha-
blar hace un instante de doblones con la mis-
ma indiferencia que si se tratare de las arenas
de un rio?

—»Deciais que pertenecian á ajenas manos.

—»¿Qué importa, si estan á mi servicio?

—»Entonces, contentaos con mi graitud.

—»No.

—»¿Qué exigis, pues?

—»Vuestro amor.»

»La peruana retrocedió con un gesto de
horror, y dijo con altivez:

—«No pronuncieis esa palabra delante de mí: no la comprendo.

—»¡Es preciso que la comprendais! Hace un año que soy vuestra sombra: hace un año que os sigo como sigue un perro á su amo; que paso las noches bajo vuestra ventana; que vivo á vuestro lado como si de vos exhalase el aire que necesito para respirar, como si fuérais el perfume que me embriaga, el sueño que me alimenta, la cancion que me distrae ó la melancolía que me entristece! Vos sois mi alegría y mi dolor; mi trabajo y mi reposo; mi corazón y mi cabeza... Vos lo sois todo para mí.

—»Adios, dijo la peruana disponiéndose á salir.

—»Os seguiré.

—»¿Con qué derecho?

—»Con el que he comprado al precio de un año de pruebas, y que acabaré de pagar entregándoos á D. Luis.

—»No necesito á nadie: yo sola me basto.

—»Una mano más fuerte que la vuestra os detendrá.

—»¿Cuál?

—»La mia.

—»¿Os atreveríais?...

—»D. Luis es mi cliente; vigilándoos á vos

le vigilo á él; cuando le creais más seguro, yo evitaré el golpe.

—>Es entonces un lazo el que me habeis tendido.

—>No; es un pacto el que os propongo.

—>¿Y si mi venganza se volviese contra vos?

—>Imposible.

—>¿Me desafiáis?

—>Tomadlo como os plazca. Teneis ocho días para deci liros. Si en ellos no acogéis mi amor, D. Luis se unirá á la mujer que ama; yo pagaré sus deudas y disfrutará una existencia feliz bajo mi vigilante proteccion.

—>¡Miserable! exclamó la peruana. ¡Te atreves á alzar los ojos hasta mí! ¿Ignoras quién soy?

—>Una mujer.

—>Hija de un príncipe.

—>Somos iguales: yo soy hijo de un rey, y rey.

—>¿Tú?

—>Yo.

—>Los incas son hijos del sol.

—>Mi raza es hija de Dios.

—>¿Cuál es tu religion?

—>Ninguna.

—>¿Quién eres, pues?

—» ¡El rey de mi raza, el rey de los bohemios! ¡Hija de los Incas, tu trono está derribado; el mio, aunque vacila, está en pié: ¡mi pueblo no ha muerto!»

»La peruana, vencida por tan extraño lenguaje, inclinó la cabeza sobre el pecho; de repente, haciendo un esfuerzo sobre sí misma, se dirigió á la puerta y salió.

»El bohemio salió en pos de ella, y cuando llegó á su morada, él se sentó en el dintel de su puerta: allí le encontró el día.

»Al siguiente, mi madre corrió infinitas calles preguntando por la morada de D. Luis: cada vez que volvía el rostro iba en pos de él su sombra.

»Aquella noche, al entrar en su morada, un acento conocido murmuró á su lado:

—» ¡Aun tienes siete días hija del sol!»

»Así pasó toda la semana, y todas las noches, la misma voz repetía los días que aun quedaban del plazo.

»El día fijado para el matrimonio llegó por fin. Mi madre escondió un puñal entre sus ropas, cubrió de besos á su hija, y se dirigió á la iglesia de Santa Maria, donde debía celebrarse el desposorio. Al salir á la calle se estremeció de alegría: su sombra no estaba allí.

»Los alrededores del templo estaban poblados de curiosos por el esplendor de la ceremonia: infinitas literas, ocupadas por damas y caballeros de la corte, iban llegando al templo, cuyas campanas daban al viento tañidos de júbilo: de repente un murmullo circuló por la multitud, y todas las cabezas se agitaron como las espigas impulsadas por el viento: los novios se aproximaban.

»La hija de los incas se abrió paso con una energía que pueden dar solo la desesperación ó el odio, y se colocó en primera fila.

»D. Luis, llevando á su jóven prometida de la mano, se adelantó con la cabeza descubierta y la mirada tranquila.

»La peruana sintió correr un estremecimiento por todas sus venas, y su mano buscó rápida entre sus ropas... En el mismo instante, una mano de hierro asió su muñeca. Mi abuela volvió el rostro y vió á su lado á su incansable perseguidor.

»Aquel momento había bastado para que entrase en el templo la dichosa pareja. ¡Don Luis se había salvado!

»La hija del sol lanzó un sordo rugido y vaciló... Boh mil la sostuvo, y como si hubiera conducido á su propia hija, la sacó de entre

la multitud conduciéndola á su casa: en el dintel de su puerta le dijo dulcemente:

—»¡Aun tenéis medio día para resolveros!»

»La peruana se lanzó en su morada loca de rabia, de vergüenza y de dolor.

»La puerta quedó entreabierta: el bohemio la contempló con calma un instante, cerró la puerta y se sentó en su dintel.

»Cuando la noche empezaba á cerrar, cuando las sombras empezaban á envolver á Madrid, mi abuela, ciega, extraviada, abrió la puerta y murmuró con ronco acento:

—»¡Boh-mil!

—»Aquí estoy.

—»¿Es tiempo aun?

—»Sí.

—»¿Cómo llegaré hasta D. Luis?

—Muy fácilmente; yo te conduciré.

—»Quisiera herirle á los ojos mismos de su

amada en medio de la fiesta.

—»Imposible.

—»¿Por qué?

—»Porque morirías tú á manos de sus amigos y su familia, y tu muerte me matará á mí.

—»¿Tanto me amas?

—»¡Mas que á la fé de mis padres, mas que á mi sangre, más que has amado tú al hombre

de tu amor, y más que amarás nunca á tu hija!

—»Esplicame de qué medios te valdrás para hacerme llegar hasta D. Luis.

—»Debo llevarle, segun nuestro convenio, antes de media noche la lista de sus deudas y una suma que me ha mandado á pedir esta mañana misma: iré, pues, á su palacio, le haré llamar; á mi nombre bajará al jardín, y allí solo con él, te vengaré de un solo golpe.

—»¿No se hará acompañar de nadie?

—»Así está convenido: él no confía á nadie sus secretos.

—»Partamos, pues: mi mano será quien le hiera.

—»Tu mano no es bastante fuerte, rápida, ni segura.

—»Se ha posado muchas veces sobre su corazón para equivocarse el sitio en que se calla: marchemos.»

»La hija de los incas pronunció estas palabras con salvaje exaltacion, y sus ojos parecían armados por el rayo.

»La peruana se había dirigido á la puerta entreabierta, volvióse hácia el bohemio, que había quedado á su espalda, mudo é inmóvil.

—»Vacilas, murmuró.

—»No.

—»¿Qué aguardas?

—»Mi recompensa.

—»Aun no la has merecido.

—»Mi palabra es segura.

—»También la mía.

—»¿Seré, pues, tu esclavo?

—»¡Serás mi señor!»

»La peruana, al decir estas palabras, se parecía á la estatua de Judit que hay en vuestro palacio de Malamocco.

—»Manda, pues, murmuró Boh-mil; cien hombres aguardan tus órdenes.»

»La peruana y su guía caminaron en silencio en medio de las tinieblas: al cabo de un rato, él llamó á una puerta.

—»¿Es aquí? preguntó mi abuela.

—»No; pero es preciso que cambies de traje para evitar toda sospecha; esta es la casa de uno de tus súbditos.»

»Esta casa era muy semejante á la que ya habia visto como morada de Boh mil: una mujer vieja, de horrible faz y miserables ropas, abrió la puerta: la hija del Nuevo-Mundo no pudo contener un movimiento de disgusto.

—»Dame el traje que guarda tu hijo para los dias festivos, dijo su guía con acento de autoridad paternal.»

»La anciana se alejó, volviendo en breve con un envoltorio, que abrió á los piés de la peruana: en él se encerraba un traje completo de gitano de la época, hecho al talle de un niño de quince años.

—»¡Cómo! dijo la hija del sol; habitais en chozas y poseeis tesoros! ¡Vestís harapos y guardais vestidos de terciopelo! ¡Pareceis mendigos y prestais á reyes!

—»Esa es entre nosotros la ventaja sobre los ricos: sabemos gozar á la vez de la opulencia y de la miseria. Vístete.»

»Boh-mil se aiejó y la peruana cambió rápidamente de traje, envolviéndose para completarle en una larga capa.

»Un cuarto de hora despues, la hija de los Incas y el bohemio entraban en el palacio de D. Luis, del que se escapaban torrentes de luz y de armonía.

»Penetraron en un jardín al cual daban las ventanas del palacio, colocáronse bajo un granado con flores del color de la sangre, y desde allí veían pasar damas y caballeros pertenecientes á la fiesta.

»De repente oyeron pasos á su espalda y llegó hasta ellos D. Luis: Boh-mil hizo seña á la hija del sol de no moverse, y avanzó él algunos pasos.

— «¿Tanto os ha costado, señor usurero, reunir vuestro dinero? murmuró D. Luis. Ya desconfiaba de tenerle.

— »Aun no son las doce, señor.

— »Poco falta.

— »¡Ah! Vuestras deudas quedan pagadas hoy.

— »Corriente; pero la suma que os he pedido...

— »Mi sobrino trae un saco con dinero bajo su capa.»

»Y diciendo esto el bohemio, que había retirado convenientemente á don Luis, se volvió á la peruana y dijo:

— «Acércate, muchacho.»

»Acercóse mi abuela, entreabrió su capa, y con la agilidad del tigre hundió su puñal hasta el mango en el corazón de D. Luis, que cayó sin lanzar un gemido.

»Bohemil empujó el cadáver con el pié, y dijo friamente:

— «Ha sufrido poco: la venganza ha sido noble.»

»La peruana se inclinó sobre el cadáver y cortó con el mismo puñal un mechón de sus cabellos: el bohemio la miró y dijo con amargura:

—«¿Será más querido que el vivo el recuerdo del muerto?

—»Este recuerdo es para mi hija, repuso la peruana con entereza: le debo cuenta de su padre.»

»Dichas estas palabras, ambos se envolvieron en sus capas y salieron del palacio, sin que los criados que habían recibido orden de dejarlos entrar, los detuviesen al salir.

»El bohemio condujo á mi abuela á su casa, le dijo que tomase su hija y los objetos más preciosos porque era preciso salir al punto de Madrid.

»La orgullosa hija de los Incas obedeció como un esclavo á su señor.

»Tomó á su hija, entregó á Boh-mil para que llevase el cofre del tesoro, y se dispuso á partir: el bohemio ni aun preguntó lo que encerraba aquella caja.

»A dos leguas de Madrid hay una espesa selva; en ella se internaron nuestros fugitivos: él salvó de un modo misterioso, y por todas las avenidas aparecieron hombres, mujeres y niños, formando una verdadera tribu en torno de su rey. Encendieron hoguetas: Boh-mil les presentó á la peruana como su esposa; y todos la proclamaron por su reina.

»En aquella selva pasó mi madre la pri-

mera noche de sus bodas! [Los albores de la mañana llegaron á despertar á la nupcial pareja acariciando á mi abuela viuda y casada el mismo día de su viudez.]

¡Hé aquí la historia de mi abuela, señora; historia que yo no os habia contado aun, porque des arra mi corazon! En cuanto á lo que me es personal, no ignorais nada: yo no os hubiera hablado jamás de mis antecesores si la fatalidad no os hubiese colocado en una posicion análoga á la de la hija de los Incas. Mi madre se unió al sucesor de Boh-mil, y de estos nació yo: mi abuela vivió muchos años mas feliz entre esas hordas errantes que lo son los reyes en su trono; prueba evidente de que vivió en la abundancia, fué que legó á su hija el tesoro intacto respetado siempre por el noble Boh-mil. Intacto, pues, hubiera llegado á mis manos, si los edictos reales no hubieran esterminado mi tribu. Embarcada con mi madre en un navío que hacia rumbo para Italia: ese navío fué atacado por los argelinos, mi madre muerta en el combate, robado nuestro tesoro, y yo salvada felizmente por la tripulacion de una galera veneciana que nos arrancó á nuestros raptos.

¡Hé aquí cómo la Providencia me ha conducido hasta vos que me recogisteis muerta

de hambre y de frío: vos habeis sido mi ángel guardian, á vos os lo debo todo! Por eso os amo como á mi Providencia, como al Dios á quien me mandais servir!

—¿Y no has vuelto á oír hablar del cofrecillo robado?

—Nunca, ni me importa; vuestra sonrisa es mi mayor riqueza.

—¡Pobre niña!

—Pues bien; la historia de la hija de los incas os dictará lo que debeis hacer.

La veneciana dejó caer con abatimiento la cabeza sobre el pecho.

—Habeis amado, continuó la gitana, á un noble caballero que no era de vuestro pais: os ha vendido, os ha olvidado: le perseguís, y acaso le vereis en breve .. si os rechaza, acordaos de la hija del Perú.

La marquesa movió tristemente la cabeza, y dijo:

—Yo no tengo un amigo, nadie viene á llamar á mi puerta.

En aquel momento, el paje del vizconde de Gourdon llamó tímidamente á la puerta de la veneciana.

XII.

Esplicaciones.

— ¡Qué ruido es ese? preguntó la dama á su protegida, que con la mirada fija y el cuello tendido como la tórtola que saca la cabeza fuera de su nido, miraba á la puerta.

El paje volvió á llamar.

— ¡Hé aquí una visita que llega con una oportunidad siniestra! repuso la jóven.

— No abras sin saber quién es, murmuró la italiana, acometida de vagos presentimientos.

— Acaso es nuestro pobre compañero de viaje que está ya en libertad.

— No lo espero; ese albanes tiene un cora-

zon de hierro: el desgraciado capitán expiará en lenta agonía el crimen de haberme protegido.

Un tercer golpe sonó en la puerta, pero más fuerte, y al parecer como de un dueño que se impacienta.

—¿Quién se permite venir alborotando á estas horas? repuso la jóven con acento imperioso.

—¡Abrid á su señoría el vizconde de Gourdon! repuso el paje con timidez.

—¿El vizconde de Gourdon? murmuró la dama: no conozco ese nombre: no abras, sin duda es un lazo que nos tienden.

En lugar de obedecer, la gitana se adelantó á descorrer los cerrojos, exclamando.

—¡Ah! ¡qué necia soy!

Y despues de abrir, fué á recostarse con abandono en el respaldo del sillón de su señora murmurando á su oído:

—Me ocurre una buena idea respecto al vizconde.

La marquesa se estremeció en su sillón: conmovida aun por la historia que acababa de escuchar, no pudo menos de impresionarse con la aparición súbita de un hombre desconocido y embozado con arrogancia.

— ¡Boh-mil! ¡Boh-mil! murmuró Venecia al oído de su señora.

— ¿Qué me quereis? murmuró la dama: ¿Qué venis á buscar?

— Vengo á tomar vuestras órdenes, replicó el vizconde dulcemente.

— ¿Mis órdenes?

— Sin duda: ¿no estais prisionera en este castillo?

— ¿Quién os lo ha dicho?

— Vos misma.

— ¡Yo! ¿Cuándo?

— Todas las noches, desde hace tres semanas.

— ¿Todas las noches? murmuró la dama dirigiendo una mirada interrogadora á Venecia.

— No interrogueis á esa niña, interrogad mas bien á esa ventana.

— ¡Ya estoy! exclamó la jóven. Este noble señor habrá escuchado vuestra cancion favorita.

— «¿La Esperanza?»

— «La Esperanza:» repitió el vizconde.

— ¿Y la casualidad ha hecho que me escuchéis alguna noche?

— Os escuchaba todas, y ninguna por casualidad.

—Sentaos, caballero, y principiad vuestro relato; esta jóven es mi compañera, mi amiga, y podreis hablar delante de ella.

Veneia fué á colocar un asiento para el vizconde, ocupando ella el que ántes habia tenido á los piés de su señora.

—Señora, dijo el noble, sentándose y paseando una de sus manos por sus ensortijados cabellos, movimiento que descubrió una frente noble y altanera; soy el vizconde Alberto de Gourdon, señor de cuatro ó cinco villas; hugonote por la gracia de Dios, capitán de arcabuceros del rey de Navarra, y he cumplido ayer veintiun años.

Veneia hizo un signo de aprobacion; su señora permaneció impassible.

—Hace un mes, prosiguió el vizconde, habia obtenido permiso del rey para ir á visitar mis tierras, en poder de arrendatarios; y como me detuviera á dar reposo á mis caballos en Burdeos en la hostería de las Dos Coronas, tuve en ella un encuentro que influirá en mi suerte futura. Una noble dama que habia llegado al puerto en un bajel que venia de Veneia, entró al mismo tiempo que yo en la hostería de las Dos Coronas, alquilando la habitacion más cara, lo que contrastaba con su mezquino acompañamiento. La noble vene-

ciana salía siempre apoyada en el brazo de un caballero de talle elevado, de rostro tan pronto risueño como taciturno, y cuyas maneras parecían más de soldado que de cortesano; era imposible suponer á aquel quidam pariente de la distinguida dama. Cuando ella salía, solía quedarse en su habitacion una jóven, mas bien protegida que camarera, y cuyo cutis bronceado y mirada ardiente parecían naturales del suelo africano.

Venecia y su señora bajaron los ojos á un mismo tiempo: la jóven fué la primera que volvió á levantarlos con osadía.

—Ya comprendéis, señora, que las gentes de mi edad y de mi condicion son dadas á aventuras: interesado por la singularidad de aquellos tres tipos tan distintos, sentí un amor violento por la dama y una aversion justificada por el caballero.

La gitana se sonrió maliciosamente: la blancura de sus dientes resplandeció entre el coral de sus labios, y mirando á su señora, murmuró:

—«¡Boh-mil!».

La marquesa dejó caer la mano con abandono sobre las mejillas de Venecia, que la besó con cariño.

El vizconde pareció no fijarse en aquellas demostraciones, y continuó:

—Interrogando al hostelero, supe que la extranjera era una veneciana conducida á Paris por su padre y detenida por quince dias en Burdeos. No pudiendo obtener más amplias noticias porque la hermosa extranjera ocultaba su nombre, haciéndose llamar señora á secas, alquilé una habitacion contigua á la suya, y olvidando mis propios negocios me consagré á observar la conducta de mis vecinos: mirando por el agujero de la llave, que los enamorados no desdeñan ningun medio que les acerque al objeto de su amor, me apercibi una noche de que la señora cenaba sola en la mesa con su camarera, sirviéndolas á las dos el supuesto padre, más en carácter para este papel que para el anterior.

—«¡Es ingenioso! exclamó la gitana mirando maliciosamente á su señora.»

El vizconde no se picó de esta familiaridad y prosiguió:

—Como mi imaginacion no para, empecé á formar comentarios sobre mi descubrimiento, suponiendo que la hermosura veneciana era alguna gran señora que viajaba de incógnito, llevando para su defensa aquel hombre, padre en público, pero criado en secreto. Propúseme

seguir de léjos ó de cerca, segun me fuera dado á mi hermosa desconocida, cuando una mañana supe con asombro que mis tres vecinos habian abandonado su hospedaje, tomando el camino de Paris: inmediatamente me puse en su persecucion, y como entrábamos en pleno pais católico, pais muy mal sano para los súbditos del rey de Navarra, tomé un disfraz grosero y despedí á mi lacayo, quedándome solo con mi caballo para mi uso, y más resuelto que nunca á seguir hasta el Paraiso ó el Infierno á la señora de mis pensamientos.

La gitana lanzó una mirada á su señora; esta como para cortar sus reflexiones, murmuró:

—Seguid, caballero.

—Así caminamos algunas jornadas, sin que los tres viajeros se fijasen en mí, humilde plebeyo que caminaba al acaso, y al quinto dia penetramos en la ciudad de Angeres, entrando la dama y sus compañeros en este castillo, de donde no han salido hasta hoy. Esta ciudad era para mí un verdadero peligro porque sus habitantes pertenecerian ó á la liga ó al rey; de todos modos, eran enemigos de un calvinista como yo. Mi falsa posicion me hizo comprender que mi aventura tocaba á su término. No obstante, esperé un dia, dos, tres,

creyendo ver salir de la ciudadela á la hermosa dama que habia visto entrar. A la segunda noche, mientras rondaba en torno de la ciudadela, un acento plañidero llegó hasta mí, recordándome las coplas que en mi niñez habia oido en los canales de Venecia y en las lagunas del Adriático. Guiado por la voz melodiosa, descendí cuidadosamente al fondo del foso, comprendiendo entonces que aquella voz armoniosa era la vuestra.

—¿Y qué comprendisteis por mi cancion?

—¿Para qué serviría estar enamorado si no se estableciese una inteligencia simpática entre los corazones? Por vuestro canto comprendí el misterio de vuestra vida en este castillo; adiviné que os tendria prisionera algun encantador malsin, y nuevo caballero andante juré libraros de vuestro tirano. Desde este momento los proyectos se sucedian en mi cabeza, y ni Orlando furioso, ni Rolando mismo, ni aun el héroe de la Mancha, me parecian dignos de ser imitados en mi amorosa empresa. Entonces, considerando que yo solo no podría asaltar esta fortaleza, me ocurrió proponer al rey de Navarra que enviase fuerzas para tomarla, y escribí á un amigo, á un valiente gascon, á quien amo como á un hermano, para que viniese á darme auxilio en mi empresa;

¡cosa estraña! El gascon hacia tres meses que soñaba con tomar la ciudadela, yo no sé por qué; pero es lo cierto, que con mucho entusiasmo sometió el proyecto al príncipe de Condé, conviniendo entonces en que yo, para guardar con más seguridad, me haria mozo de cuadra de casa de Halot, sirviendo así de un agente seguro: ayer llegó mi gascon disfrazado de abate, y entre él, otro amigo y yo, hemos dado muerte al griego, plantando sobre nuestros torreones la bandera del rey de Navarra.

—Es decir, que esos tiros que hemos oído...

—Eran una salva en honor vuestro.

—Yo creia que el gobernador hacia repetir á sus tropas algun ejercicio de fuego: de todos modos, señor vizconde, añadió la veneciana tendiéndole su mano blanca como las alas del cisne; me habeis hecho un señalado servicio, y podeis contarme por amiga.

—En ese caso, señpra, la amistad se prueba con la confianza; decidme en qué puedo seros útil, porque aun no estais libre de todo peligro.

—¿Qué tengo que temer, si vos sois el dueño aquí?

—Mi autoridad aquí será efímera, y no os

responderé de que no la termine algún suplicio espantoso.

— ¡Cómo!

— En estos tiempos de sorpresas y escaramuzas, los caballeros duran poco cuando tienen la sangre un poco ardiente. En una palabra; somos un puñado de valientes, que lo mismo podemos encontrar la gloria que la horca, según vengan ó no vengan pronto las tropas de Mr. de Condé.

— ¡Gran Dios!

— Los realistas y los ligueros estarán mañana á las puertas de la ciudadela, y si Mr. de Condé no los precede, seremos ahorcados por traidores.

— ¿Y por mí habeis arrostrado tales peligros?

— No señora; no es por vos, es por mí, porque ya os he dicho lo que pasa en mi alma.

La veneciana levantó sus hermosos ojos sobre el vizconde, contemplando sin turbación aquel rostro noble y sereno; la gitana le miraba también, y su rostro revelaba la secreta alegría que sentía su corazón.

— Señora, murmuró el vizconde, yo os he contado mi historia: ¿me dejareis ignorar la vuestra?

— 356 —

XV.

Confidencias.

—Soy de una familia noble de Venecia: el nombre de mis padres está escrito en el libro de oro... pero permitidme que os calle ese nombre. He sido cruelmente vendida por el gobernador de esta fortaleza, en cuya lealtad fiaba. He dejado mi pais dirigiéndome á la corte de Francia, donde debe desenlazarse el drama de mi vida, conduciéndome ó al paraíso ó á la tumba. No atreviéndome á confiar á ninguno de mis parientes el proyecto de mi viaje, tomé por guía un soldado valiente y á propósito para hacerme respetar durante el ca-

mino. Siguiendo sus indicaciones, vinimos á esta fortaleza donde él aguardaba hospitalidad y amparo de su gobernador Mr. de Brissac; pero apenas entramos, el subgobernador, porque Mr. de Brissac estaba en la corte, me declaró formalmente que para salir de aquí era preciso aceptarle por marido. El misterio que me rodea el rango en que sin duda me creyó colocada, interesaban á ese miserable: yo le rechacé con horror, y desde entonces me tenéis separada de mi guía que gime sin duda prisionero en alguno de los calabozos del castillo. ¡Vos venís en mi socorro! Dios os bendiga. Me preguntais si podeis servirme en algo mas, y yo, francamente os responderé que sí.

—Mandad, señora.

—En primer lugar, deseo que aprovecheis vuestra autoridad en el castillo para poner en libertad á mi servidor, que no puedo deciros donde se encuentra.

—Pondremos en su pista á Pampelonne; ¿qué más?

—Cuando esté libre, nos hareis salir de aquí á los tres; dijo la dama tomando la mano de la jóven.

—¿Y me permitireis acompañaros?

—Por el contrario, dejareis de seguirnos: quizá un día nos veremos.

—¡Quizá!

—¡Sí, quizá; si entonces soy más dichosa que ahora será recompensada como merece vuestra abnegacion.

—¿Como merece?

—Me dais vuestra palabra, ¿no es verdad, caballero? repuso la veneciana.

—Os la doy; murmuró el vizconde subyugado por el acento dulce y severo continente de la dama.

—Os suplico ademas que dejéis creer á vuestros amigos que mi guia es mi padre.

—Lo prometo.

—¡Gracias! Tomad esta sortija; llevadla en recuerdo de una amiga que odia la ingratitude.

El vizconde tendió su mano y dejó pasar á su dedo un anillo.

—¡Y estas son todas vuestras confianzas? Me pedís dos servicios sin importancia y rehusáis decirme qué pesares os han arrancado de vuestra pátria y conducido á nuestro pobre pais devastado por la guerra civil. Rehusáis además que os acompañe.

—Espero mucho de vuestro porvenir para esponeros á los peligros que conmigo os cer-

carian. Hablais de que distintos partidos desgarran las entrañas de la Francia, y justo es advertiros que no pertenecemos á uno mismo.

—¡Cómo! ¡Estranjera y tenéis bandera entre nosotros?

—Vos estais al lado del rey de Navarra; yo... al lado del rey de Francia.

La veneciana acabó su frase con un violento esfuerzo que no pasó desapercibido para el vizconde.

—¡Ah, señora! exclamó: esos dos partidos formarán en breve uno solo para gloria de la Francia.

—Aquel día seré vuestra amiga como hoy. Ahora, vizconde, hasta mañana ó hasta nunca.

El vizconde se levantó, saludó profundamente y se dirigió á la puerta; en ella se paró, hizo un movimiento para volver, y como dominándose con su voluntad de hierro, salió violentamente.

La gitana le siguió con una luz en la mano, y al abrirle la última puerta ya del vestíbulo, murmuró fijando una mirada significativa en el caballero:

—«Muy valiente debéis ser para haber arriesgado tanto por libertarnos; pero si ahora

nos dejais partir solas, sereis bien tímido á fé mia.»

Y desapareció.

El vizconde, aturdido por tan estrañas palabras, discurrió largo rato, seguido del paje por las galerías del castillo y por el patio principal, hasta que al fin el paje exclamó:

—Esta es la sexta vez, monseñor, que andais el mismo camino: es que quizá no encontráis vuestra habitación?

—Sí, eso es; conduceme tú.

—¿Dónde quiere dormir S. E.?

—A fé mia que no lo sé: llévame al cuarto de mi amigo el caballero.

—¿Al pabellon de mi antiguo amo?

—Sí, al pabellon.

El vizconde entró en el cuarto de Pampe-lonne en el instante en que éste se acababa de dormir.

—¿Quién va? exclamó el caballero saltando del lecho.

—¡Válgate el diablo! Cualquiera diria que tienes miedo de tu sombra.

—¡Ay, querido! Bien puede un hombre tener miedo cuando cuenta entre sus enemigos á un jacobino y una mujer.

—¡Sueña despierto!

—Por desgracia no sueño; pero la historia

es demasiado larga para contárosla ahora. ¿De dónde venís?

—Es mi secreto.

—¿Y habéis cenado con vuestro secreto?

—No.

—¡Ay! mi querido amigo: ¡qué vida os dais! Nos decís que vuestro cubierto está puesto en otra parte, que vuestro lecho está preparado y volveis á dormir aquí y con el estómago vacío: ¿os han despedido quizá?

—Mi querido Pampelonne, necesitaría dos horas para contarte todo lo ocurrido.

—Muchas gracias, entonces mañana os escucharé; decidme solamente: ¿tendréis hambre y sed no habiendo comido hace veinticuatro horas?

—No.

—Que desmientan luego los milagros del amor: ¿quereis la mitad de mi lecho?

—Si.

—Pues bien, acostaos y apagad esa luz; yo ya estoy muerto hasta que venga á visitarme el sol.

El gascon se volvió hácia la pared, y aunque el vizconde trató dos ó tres veces de hacerle hablar, Pampelonne dormía como quien no tiene nada mejor que hacer.

Ya el sol doraba hacia más de una hora las

ventanas del pabellon del sub gobernador, y Pampelonne y el vizconde dormian. El caballero, que habia pasado la noche anterior corriendo los campos y escalando muros, estaba aun en su primer sueño. El visconde, que habia empleado su primera hora de reposo en tristes meditaciones, gracias á su naturaleza vigorosa, acabó por imitar á su amigo.

Ambos estaban en ese delicioso estado que todas las noches prueba á la humanidad que la muerte no es tan fea como se imagina.

Gourdon fué el primero que se despertó empujando violentamente á su compañero.

—¡Por amor de Dios, vizconde, dejadme dormir! Estoy en el primer sueño.

—Estais gracioso desde anoche.

—Vamos, señor Gourdon, veo que estais rabiando por hablarme de vuestra princesa encantada: hablad; cuando hayais acabado, continuaré mi sueño.

—¡Si ya ha salido el sol!

—¿Y eso qué importa? ¿No estamos en pais conquistado? ¿No tengo el derecho de prolongar la mañana? Vamos, ¿cómo están esos amores; quién es en fin la que os inspira esa romántica pasion? ¿Es quizá para dormir conmigo y tenerme despierto para lo que habeis tomado este castillo?

Gourdon, ante este apóstrofe pronunciado con gravedad cómica, acompañado de esos gestos característicos de todo el que se ve violentamente despertado, respondió con una carcajada.

—Amigo mio, me engañé de medio á medio al emprender la conquista de la dama en cuestion: no es lo que yo me figuro.

—¿Es vieja, fea?

—¿Qué loco eres! No en verdad.

—Pues si es una mujer jóven y bonita, ¿por qué os llamais engañado?

—Porque yo creí amarla...

—¿Y no la amais? ¿No amais á una mujer por quien habeis corrido veinticuatro leguas de un pais enemigo, reventado algunos caballos y tomado una fortaleza casi sin auxilio de nadie? Decidme: ¿qué hariais si la amárais?

—Pues no la amo: adoro á esa divinidad.

—¡Ay, vizconde! por favor, dejadme volver á dormir.

—Creia, continuó el vizconde, sin pararse en aquella exclamacion de su amigo. Creia correr en pos de un capricho, una de esas aventuras que no tienen abrigo en el corazon, sino en la cabeza; creí penetrar en su estancia como habia penetrado en la fortaleza; ven-

odor: y creí que no tendría más que presentarme ante ella para sentarme á su mesa. Figúrate mi asombro al encontrarme con una noble dama que ha debido llevar corona real en su frente alguna vez.

—¡Bah! ¡bah!

—Figúrate dos ojos negros y espresivos, tan pronto de mirada dulce y voluptuosa como altanera y enérgica, un gesto grave, un porte majestuoso, un atavío de reina y una frente digna de llevar corona.

—¡Diablo! empiezo á despertarme de veras: ¿será quizá la reina de las Españas?

—No te he dicho aun que es italiana.

—Entonces es una Médicis.

—Es natural de Venecia.

—No sabia yo que las repúblicas tuviesen reina. En fin, ¿le habeis declarado vuestro amor?

—Le he declarado.

—Enhorabuena: ¿y es ha respondido?

—A mi declaracion, ni una palabra.

—Habeis adelantado: ¿insistiréis?

—No me atreví, estaba dominado, desvanecido. Esa mujer hace de mí lo que quiere. He cambiado el papel de amante por el de súbdito, y toda mi pasion se ha trasformado en respetuosa obediencia.

—Decid mas bien que esa sirena os ha hechizado: ¡triste papel habeis hecho, amigo mio!

—¡Hechizado! quizá. Es lo cierto que á mi ardiente pasión ha sucedido el respeto más profundo y que ha hecho de mí cuanto ha querido: primero me ha exigido la libertad de... su padre.

—¿Dónde está su señor padre?

—En una prision, donde le ha encerrado el griego Ancyre.

—¡En prision una testa coronada! ¿En Vincennes sin duda?

—Aqui mismo: lo difícil es saber dónde se encuentra, y para esto cuento contigo.

—¡Conmigo! ¿conozco yo acaso los escondites donde guarda sus presos el gobernador?

—Tú me has dicho que conocias esta fortaleza como si la hubieras construido piedra á piedra.

—Cierto: pero mis conocimientos no van tan léjos. Mme. de Fresne me ha iniciado en algunos secretos que ella conocia... En fin, buscaremos: ¿y qué más?

—Puesto el padre en libertad, he jurado hacer salir á toda la familia.

—Comprendo vais á seguir de guia ó de escolta á esa archiduquesa, dejándonos arcabu-

cear por los católicos. La acción es galante, pero no amistosa.

—Yo me quedaré con vosotros para hacerme matar.

—¡Adios, otro misterio! Pero querido vizconde, ¿teneis el diablo en el cuerpo. Creedme mandad á paseo á vuestra heroína y vivid para hacer la guerra á los Guisa: ahora, como sois un camarada insoportable y no hay medio de dormir al lado vuestro, levantémonos y vamos á ver si encontramos á vuestro futuro suegro. A propósito; ¿cuál es el nombre de ese valiente?

—Le ignoro.

—¡Qué!

—Que le ignoro.

—¡Calle! ¿no habeis sabido ni aun el nombre de esa mujer adorada?

—Razones de Estado sin duda le imponen absoluta discrecion.

—¡Ay, pobre vizconde! quisiera mejor veros atacado de ictericia que metido en tan dolorosa aventura.

Apenas el gascon acababa su frase, cuando el baron de Rochemorte entraba en la estancia. Iba precedido del paje, que llevaba un envoltorio.

—Caballero, exclamó Rochemorte, vestios

y salid á ver á uno de vuestros enemigos que os busca.

—¿Cuál de ellos?

—El jacobino.

—¡Bah! ¿por qué no le habeis hecho colgar?

El gascon saltó del lecho empezando á vestirse.

—¿Qué traes ahí? preguntó al paje.

—La señora me ha entregado esto para el señor vizconde de Gourdon.

El vizconde tomó el envoltorio, le abrió, y encontró un traje completo elegido entre los de más lujo del conde de Brissac. Advirtió con gusto que la capilla era de terciopelo verde; verdes todas las cintas, y en el lazo de la espada encontró un billete que contenía esta sola palabra: «Esperanza.»

Vistióse con el alma henchida de placer, y en lugar de poner el lazo en la espada, abrió su ropilla y le guardó en su corazón.

Entonces los tres nobles salieron del pabellon, dirigiéndose hácia las trincheras, donde les aguardaba un espectáculo repugnante.

XVI.

El monje.

Fuerza es retroceder en nuestra historia para la mejor inteligencia del relato.

Cuando el populacho de Angeres condujo á su prisionero Halot ante el gobernador de la ciudad, este, intimidado por los gritos de los ligueros, se vió obligado á presidir un consejo que condenó al desgraciado Halot á morir en la rueda.

Hasta aquí sabemos.

Cuando se conducía el sentenciado á su prision, un monje, que pasaba por casualidad, se encontró á la siniestra comitiva, y preguntó qué habia hecho aquel desgraciado.

—¿No sois del país? le preguntó uno.

—Salgo del claustro de Dominicos de la ciudad del Sena, y entro en Angeres en este momento.

—¡Ah! Si sois dominico debéis regocijaros con nosotros, porque este hombre está condenado por enemigo de la liga.

—¡Buena presa! Y le llamais...

—Miguel Bourronge de Halot, antiguo gobernador de la ciudadela.

El monje entonces se abrió paso entre el populacho, y llegando al prisionero, dijo rápidamente á su oído:

—Veo que llego un poco tarde á pedir os hospitalidad, tío.

Halot levantó la cabeza, se estremeció á la vista de aquellas ropas, recordando acaso las de Pampelonne, y murmuró:

—¿Quién sois?

—¡Calle! ¿Tan mala memoria teneis que no recordais á vuestro querido Jacobo?

—¡El hijo de mi hermana!

—A quien habeis dado tan sendos cachetes. ¡Segun veo, Dios os los devuelve todos juntos! Pero no se trata de eso. ¿Habeis elegido confesor?

—No.

—¿Quereis que ejerza con vos mi ministerio?

—Sí; dijo Halot despues de una breve reflexion.

—Llamadme; me hospedo en la posada de la Mula coja.

—¿Con qué nombre?

—Matias el Dominicó; no olvidels este nombre; alcanza gran favor en estos tiempos de santa liga.

Diciendo esto, el monje se ale ó.

Cuando el carcelero corrió los cerrojos del calabozo del nuevo prisionero, le dijo desde afuera:

—¿Necesitais alguna cosa?

—Dadme recado de escribir, en cambio de esa moneda que deslizo por debajo de la puerta.

—Al instante, al instante, noble caballero.

Halot escribió dos cartas; la una al caballero de Pampelonne. Ya la conocemos: la otra á su sobrino, concebida en estos términos:

«Mi querido Jacobo: Espero de ti el importante servicio de que lleves esta carta á su destino. Si el caballero de Pampelonne se presenta coan lo le hagas llamar á las trincheras de la fortaleza, le examinarás de modo que te sea fácil reconocerle en cualquier ocasion.

Cumplido mi encargo, ven á traerme los consuelos de tu ministerio, y serás espléndidamente recompensado. Tu desgraciado tío,

HALOT.

En el instante en que la noche sucedía á las últimas luces del crepúsculo, el carcelero introdujo al confesor que Halot había pedido, volviendo á cerrar la puerta con doble llave.

—¡Cuánto has tardado! dijo Halot, antes que la puerta del calabozo estuviera cerrada.

—He llevado vuestra carta al castillo, se me ha hecho esperar mucho, y lo que es peor, en vano.

—¿No has visto al caballero?

—No: en vano le han buscado por todos los rincones del castillo.

—¿Y mi carta?

—Se la he dado á un tal Mr. Chinon, que parece representar gran papel entre esos herejes.

—Está bien: llegará á su destino y basta.

El monje depositó sobre la mesa una luz, que el carcelero le habla prestado, y despues vino á sentarse junto á su tío, se persignó, y viendo que Halot permanecía inmóvil, murmuró:

—Y bien tío, ¿no os preparais?

—¿Para qué?

—Para la confesion: ¿no os habeis confesado nunca?

—Sí, hace mucho tiempo.

—Entonces yo os guiaré: empezad.

—Luego; tenemos ahora otras cosas de que tratar. Al entrar aquí, ¿no has concebido el proyecto de salvarme?

—De salvar vuestra alma, sí.

—Empieza antes por el cuerpo.

—Imposible: salvemos antes el alma por lo que pudiera ocurrir: despues pensaremos en lo demás.

—Te encuentro muy timorato.

El monje por toda respuesta señaló su hábito y se dió algunos golpes de pecho.

—¿Sabes, exclamó el prisionero, que si yo hago caso de conciencia, mi confesor no me creerá limpio de mis pecados al confesarme contigo?

El jóven levantó al cielo sus ojos con resignacion, como si creciera á Dios esta injuria en descargo de sus pecados.

—Ante todo, dijo Halot, ¿á qué has venido á Angeres?

—A veros.

—No lo creo, sabes que te recibiria mal: además, por qué has cambiado de nombre? ¿Por qué Jacobo Clemente se llama Matías el

Dominico? Puesto que me exhortas á la confesion, sé franco, dame el ejemplo.

—He cambiado de nombre por orden superior; el griego Ancyre ha pedido á mi convento un religioso para dirigir la conciencia de una dama que habita de paso en el castillo.

—Ba-ta, interrumpió Halot; adivino el resto. Ancyre tenia en efecto en su castillo una hermosa italiana prisionera: habrá pedido quien sepa guiarla por el camino que á él le conviniera y te se habrá enviado á tí como el mas hábil: te reconozco.

—¿Os confesareis? murmuró el monje amostazado.

Principió entonces Halot á referir una serie de aventuras que el dominico escuchaba atentamente: al acabar su confesion por uno de los actos más punibles de su vida, apercibió en su sobrino un movimiento involuntario.

—¿Te interesa esto acaso?

—Continuad, repuso su sobrino reponiéndose al punto.

—Halot acabó de decir sus pecados y recibió la absolucion.

—Ahora, dijo el jacobino, que habeis cumplido con los preceptos de la religion, hablemos de las cosas de la tierra; os compadezco

de veras, mi querido tío, porque el rey, en nombre del cual habeis sido condenado, es un nuevo Herodes, un apóstata (1).

Un cambio rápido se habia operado en el aspecto del jacobino: su frente pálida se habia enrojecido, sus ojos velados por la espresion del éxtasis perdieron su dulce melancolia y hasta su acerto mismo tomó una energia hasta entonces disimulada.

—Ya te voy reconociendo: ¿qué idea diabólica te dió para presentarte á mí con tan evangélica uncion?

—¡No habéis nunca del diablo: es una evocacion fatal! Me habeis dicho hace un instante que aquel cofrecillo de que os apoderásteis, contenia millares de piedras preciosas.

—¡llola! parece que no quieres hablar del diablo, pero lo escuchas.

—Proseguid, contadme...

—Te contaré todo lo que tú quieras, te daré los medios de llegar á ese tesoro; pero será cuando te vea propicio á cumplir mi última voluntad.

—Hablad: os obedeceré.

(1) Los más ardientes ligueros no designaban á Enrique III más que con los nombres de Herodes y Julian el Apóstata.

—Principiemos por lo más importante: hazme salir de aquí.

—Eso es imposible: os guarda un carcelero que se dejaría matar por la liga, y al que ningún tesoro lograría seducir.

—Es decir que voy á ser asesinado.

—A menos que Dios no haga un milagro, morireis en la rueda mañana.

—¡Sea! murmuró el prisionero con acento sombrío; pero necesito un vengador, y sabré recompensarla con el desprendimiento de un rey.

—¿Habeis conservado acaso el cofrecillo de que me hablásteis?

—¿Conservas tú bajo tu sotana el corazón intrépido que en otro tiempo tenias?

—Sí.

—¿Eres aun capaz de proseguir incansable un plan ó un pensamiento?

—Sí.

—Recuerdo que en otro tiempo tenias los peores instintos, y tu carácter sombrío, tus malos sentimientos, hicieron morir á mi pobre hermana de pesar. ¡Siempre creia que acabarías en un suplicio!

—¡Pues ved lo que son las cosas del mundo! Por el contrario, yo seré quien os auxilie mañana en el vuestro.

—¿Tienes algun amigo sobre la tierra?

—Sí; tengo en este instante cien mil, por los cuales me dejaria matar.

—¿Cuentas tus enemigos tambien por millares?

—Sí; todos los que no pertenecen á Guisa y á la liga, son enemigos mortales.

—¿Entonces serás mi vengador! El hombre á quien es preciso que hieras, es hereje, hugonote.

—Su nombre.

—El caballero de Pampelonne.

—¿Y está?...

—En la ciudadela, que ha sorprendido conmigo por traicion.

Halot entonces refirió á su sobrino todas las astucias de que se habia valido Pampelonne. Jacobo escuchó con la mayor atencion, y concluyó diciendo:

«¡Sereis vengado!»

—Está bien, hijo mio; ahora voy á recompensarte el inmenso servicio que me vas á hacer; pero es preciso que mi venganza sea completa; que por cada uno de mis huesos tronizados por el verdugo le arranques un suspiro de dolor, de desesperacion.

Su sobrino no contestó.

—Cuando hace tres años abandonaste el

techo paterno, tu alma era perversa, y tu entrada en una casa de religion es todavía para mí un problema; sin duda aquellos santos padres ignoran la alhaja que tienen en su seno.

El monje no contestó.

—Bravo; veo que ahora, sobre tus anteriores faltas, has adquirido la de la hipocresía. ¿Tienes buena memoria?

—No; pero escribo lo que necesito conservar.

Y al decir esto, Jacobo sacó de entre sus ropas tintero, papel y pluma.

—¡Magnífico! exclamó Halot; ahora principio: sabes por mi confesion que el pirata que habia capturado hace diez años el navio español, en el que iban los gitanos, fué atacado á su vez por una galera veneciana, sobre la cual yo servia entonces asalariado por el Dux. Sabes tambien que al entrar en el camarote del jefe de los corsarios encontré una hermosa niña, encontré una hermosa niña llorando sobre el cuerpo inanimado de una mujer bañada en su sangre. Sabes tambien que guiado por las indicaciones de esa niña, encontré un cofrecito de ébano con chapas de oro, y forzando la cerradura vi que estaba lleno de esmeraldas, de diamantes y rubies, formando todo el tesoro de un rey. Asombrado, pero

rápido en mi resolución, pregunté á la niña si sabia lo que aquella caja encerraba: díjome que no, y la tomé bajo mi protección. Nuestra galera entró en el puerto de Venecia, y como yo tenia prisa por volver á Francia á disfrutar de mis riquezas, conduje á la niña en casa de una noble patricia que pasaba por la Providencia de los pobres: en el dintel de aquella puerta la abandoné, uniéndome á la comitiva del joven rey de Polonia, que dejaba su trono para venir á suceder á su hermano en el de Valois. ¿Has retenido bien esta parte de mi historia?

—No he perdido ni una sílaba.

—Hé aquí lo que importa más.

—¿Escribo?

—Todavía no: desplegando un lujo de príncipe, me confundí entre los cortesanos del duque de Alenzon, y fui su favorito, obteniendo por él la comandancia del castillo de Angeres y la promesa de darme también la de la ciudad. Instalado en el castillo empecé á pensar en un sitio seguro donde esconder mi tesoro, porque desconfiaba de todo el mundo, y en particular del griego Ancyre, mi segundo, hombre astuto y ambicioso. Había corrido todos los rincones que yo conocía en el castillo, sin atreverme á llamar en mi auxilio obreiro ni criado que me ayudase á abrir un escond

dite: en una palabra, mi inquietud me hacia el más desgraciado de los hombres; prueba evidente de que los bienes mal adquiridos no nos sirven de satisfaccion. Un dia que yo leia por casualidad un manuscrito medio carcomido por el tiempo y los gusanos, hallado en la biblioteca de mis antecesores, lei con gusto que en 1280 un baron de Angeres habia practicado en el espesor de las bóvedas del castillo una galeria subterránea que conducia á una cueva, donde encerraba prisioneros de guerra de gran importancia. Recorri, ó mas bien devoré aquel manuscrito, encontrando un poco mas allá la descripcion para dar con el famoso subterráneo.

—¿Escribo ya? repuso el monje con impaciencia.

—Todavía no. Llegada la noche... pero si, escribe; ¿quién sabe el tiempo de que podremos disponer?

—Dictad.

—¿Qué impaciencia tienes! Júrame de nuevo que al tocar ese tesoro no olvidarás mi venganza.

—Lo juro.

—¿Por quién?

—Por la santa liga.

—Está bien: escribe.

XV.

El suplicio.

—Llegada la noche me armé de una linterna y me puse á descubrir aquella misteriosa galería: llegué bajo la bóveda que sirve de comunicacion desde el patio de las cisternas, y á los diez pasos vi una plancha de hierro á la izquierda del muro, sostenida por barras de hierro: conté la tercera empezando por arriba, y despues de algunos esfuerzos logré quitarla. Examinando entonces la plancha á a luz de mi linterna, vi en el mismo sitio que ocultaba la barra quitada por mí, un agujero triangular. Tomé su forma con cera, y al

dia siguiente mandé hacer una llave para él á un cerrajero. Cuando la tuve abrí sin dificultad aquella puerta misteriosa. ¿Escribes?

—Sí; repuso el monje, cuya pluma corría rápidamente sobre el papel.

—Dí algunos pasos en la galería que se mostró á mi vista, y despues de haber andado ciento, me encontré hácia una puerta en un todo igual á la primera, solamente que en lugar de quitar la tercera barra empezando por arriba, era preciso quitar la cuarta contando por abajo: márcalo bien.

—Ya está: dijo el monje subrayando la frase.

—Descendí por una escalera tortuosa, encontrando á los cien escalones otra plancha de hierro sujeta al muro con enormes cerrojos: al terminar la escalera, vi una puerta que se abrió oprimiendo un resorte que se ve en el tercer pié derecho de la pared. Abierta aquella puerta, penetré en otra cueva aún más espaciosa y enlosada de mármol blanco y negro; conté hasta la sexta haldosa empezando por la mano izquierda, empleando todas mis fuerzas para hacerla girar como á una llave en una cerradura: entonces me encontré en una pieza reducida y oscura, enterrando mi tesoro en el ángulo izquierdo del aposento, no sin haberme

quedado con algunas piedras que bastarian á mis prodigalidades durante algunos años. Ocho dias haria que mis riquezas estaban enterradas, cuando la muerte del duque de Alenzon y las intrigas de la liga me arrojaron de mi puesto tan inesperadamente, que ni aun pude hacer una última visita al subterráneo y sacar mi tesoro. Esto me contrarió; pero poco á poco me fui tranquilizando, seguro de que el cofrecito estaba mejor en el subterráneo que en mi casa, quedándome sin embargo á vivir en esta poblacion para estar á la vista de lo que pudiera ocurrir.

El monje ya no escribia: fijaba en su tiouna mirada de águila, y escuchaba con avidez.

—Hace de esto cuatro años, y á poco tuve una enfermedad, y en mi estado desesperado hice á la Virgen un voto de devolver ese tesoro á su dueño si me restablecia. Como por milagro, desde aquel dia empecé á mejorar, y temiendo que la avaricia volviese á dominarme cuando me encontrase bueno, escribí aun convaleciente á la noble dama de Venecia haciéndole mi revelacion, y rogándole entregase á su protegida un papel adjunto que contenia el itinerario, seguro para llegar á la cueva, y una llave con la cual se abririan las dos puertas primeras, confiándolo todo á un amigo

que iba á Venecia y que para mayor seguridad ignoraba la importancia del mensaje que conducia

—¡Imprudente! ¿Y en aquel papel deciais á la gitana?...

—Ya te he dicho que daba el itinerario perfecto para llegar á la cueva.

—¿Y en esa nota haciais mencion del tesoro? ¿Deciais á quien perteneia?

—Hablabo solamente de un caudal en piedras preciosas, callándome el nombre del propietario. Eso no lo decia más que la carta.

Jacobo Clemente pareció aliviado de un gran peso.

—¡No critiques la única buena accion que he tenido en mi vida; por desgracia no ha dado fruto!

—¿Es decir que nadie ha venido en busca del tesoro?

—Nadie.

El mozo respiró.

—Yo me conocia bien al apresurarme á dar aquel paso, porque en efecto al poco tiempo ya estaba arrepentido de mi generosidad: un incidente sobre todo me causó serios temores. El albanes Ancyre, que conservó su puesto al lado de Mr. de Brissac, me dijo una noche que vino á cenar conmigo:

—«Mi querido comandante, nunca me habeis hablado de vuestros viajes nocturnos; ¿qué diablos íbais á hacer por aquellas catacumbas?»

—Mis cabellos se erizaron y debí palidecer horriblemente.

—«De qué me queréis hablar? dije.

—«Par diez, de aquella plancha de hierro del patio de las cisternas de aquella galería de la coeva enlosada de blanco y negro.

—«Vamos, ¿habeis tropezado con mi escondite?»

—«Decid con vuestro espantoso calabozo. ¿Para qué pensais aprovecharle?»

—«Para la defensa de la plaza.

—«Y nada me habíais dicho.

—«Qué queréis, un gobernador debe tener siempre recursos ignorados.

—«¡Bravo! Veo que en esto somos de la misma opinion. Tanto, que me he guardado muy bien de hablar al nuevo gobernador de esto; he reservado este secreto solo para mí. ¿Sabéis que en caso de rendicion de la plaza se pueden encerrar allí veinte ó treinta hombres con víveres necesarios, que luego podrán ahogar cómodamente á todos sus vencedores?»

—«¿Y cómo habeis hecho ese descubrimiento?»

— «Os he visto salir muchas noches de vuestro cuarto con una linterna, os he seguido, he mandado hacer una llave triangular, y he llegado hasta la famosa pieza blanca y negra: he visto que una de las losas estaba levantada, he bajado hasta el chiribitil donde creí que habriais encerrado alguna rareza, no encontré nada y me volví á subir.»

Nos separamos y nunca más volvimos á tocar esta cuestion; pero yo perdí el sueño y el apetito: resuelto á volver á ser dueño de la fortaleza, entablé la conspiracion que hoy ha tenido tan triste desenlace, gracias á la traicion de Pampelonne y del vizconde de Gourdon. Escribe esos dos nombres. Jacobo, escríbelos en letras muy gordas.

Jacobo Clemente escribió.

—Y piensa que si te hago más rico que á un rey, es al precio de la sangre de esos dos traidores.

—Está bien: ¿en cuánto estimais lo que resta en el cofre, tío?

—En unos diez millones.

—Y el albanes ¿está bien muerto?

—He visto su cadáver.

—¿Tenéis algo más que revelarme?

—Nada.

—Entonces hemos terminado por hoy.

Jacobo Clemente se levantó, tocó á la puerta, dió á su tio un ósculo en la frente y salió del calabozo.

—Lo que me consuela despues de todo es que ese bribon no gozará mucho tiempo de mis riquezas: enrodado y todo como voy á ser mañana, aun tengo en más mi piel que la suya.

Halot tenia el alma de un soldado: habia arrostrado la muerte en veinte combates y esperaba la que le aguardaba con valor.

Al dia siguiente, á las ocho de la mañana, un plquete de la Guardia urbana fué á buscarle, apareciendo el preso con la cabeza altanera en el dintel de la puerta donde su confesor le aguardaba.

Jacobo Clemente habia recobrado su carácter oficial de dominicano y de liguero: su mirada era severa, su rostro pálido, mesurado su andar, y parecia auxiliando al acusado en aquella hora suprema, cumplir un deber penoso para su alma cristiana.

El desenfreno de la guerra era tal aun en estos principios de la liga; que los que sostenian el trono contra los Guisa combatiendo contra los calvinistas, eran envueltos en el anatema común, pudiendo decirse que la liga

era el único refugio de los defensores de la Iglesia.

Todo el populacho de Angeres formaba una apiñada columna desde la puerta de la prision hasta la esplanada donde iba á tener lugar el suplicio. Aquella cadena interminable, compuesta de hombres y mujeres, de plebeyos y señores, estaba soldada por un extremo al paciente y por el otro al verdugo que le aguardaba.

No era para la ciudad un espectáculo como otro cualquiera el que iba á presenciar. En aquellos tiempos de desórdenes y violencias, todo el mundo estaba familiarizado con las catástrofes, y la vista de un cadáver más ó ménos les impresionaba poco. Un soldado acribillado á balazos, un ladron ó un noble decapitado, se veia dos ó tres veces por semana, y á nadie interesaba; pero un noble tendido en los cuatro maderos infames que inventó el hijo de Marco Aurelio; este emperador, más loco que Eliogábalo, mas sanguinario que el mismo Neron (1) era cosa más estraña hasta

(1) El emperador Cómodo, hijo de Marco Aurelio y nieto de Trajano por su madre Faustina, envenenado por una de sus seiscientas concubinas y estrangulado por una atleta en 192. Este fué el que ic-

1534, época en que el suplicio de la rueda fué legalmente introducido, viéndose reemplazado por otro, gracias á los deseos de un rey Augusto, al cual el pueblo reconocido cortó la cabeza en 1789, haciéndole estrenar su mismo invento.

El espíritu popular dominó de tal suerte y ganó en un momento tantos prosélitos, que Halot, que creía tener en la ciudad gran número de amigos y partidarios, se sorprendió dolorosamente al ver en torno suyo solo rostros animados por el odio. Entonces sintió su corazón henchido de desprecio, y lanzando una mirada desdeñosa á la multitud que esclamaba:

— ¡Muera el hereje! ¡muera el asesino!

Volvió la cabeza hácia su sobrino que caminaba á su lado murmurando oraciones, y exclamó:

— Vamos pronto, no hagamos esperar á esta canalla.

El cortejo anduvo su carrera acompañado de aclamaciones impías en frente de la ciudadela y de modo que su guarnición no perdiese

ventó el suplicio de la rueda adoptado en la Edad media por los reyes de Francia y los duques de Austria.

ninguno de los detalles del suplicio: se había levantado un tablado, y en el centro un enorme tajo, en el que estaban fijos los cuatro maderos en forma de X. A su lado con los brazos desnudos y nerviosos y apoyado en una barra de hierro, aguardaba el verdugo á su víctima.

Halot levantó los ojos hácia el castillo, y tocando vivamente á su confesor en el brazo, murmuró á su oído:

—¿Ves allí sobre las trincheras aquellos tres hombres ricamente vestidos que nos miran?

—Sí; parecen regocijarse mucho por vuestra muerte.

—Esos son mis asesinos: ¡perdono á ese populacho que pide mi muerte; perdono al verdugo que me la va á dar; pero á esos tres, nunca!

—¡A la rueda, á la rueda! gritaba el populacho.

—El más bajo de los tres es Pampelonne, ya sabes, el de la capa encarnada... El más alto, el de la capa verde, es el vizconde de Gourdon, que durante tres semanas ha comido mi pan; el tercero es su cómplice. Piensa en mí.

—No os olvidaré.

— ¡A la rueda, á la rueda! gritaba el populacho; maese Coqueluche, cogedle; ¿no veis que el hereje tiene miedo?

El verdugo llamado Coqueluche por alusion á esta epidemia que, nueva entonces, desolaba el pais, hizo una seña á sus ayudantes que esperaban al pié del tablado.

Los ayudantes del verdugo, ansiosos por satisfacer al numeroso público, desnudaron rápidamente á Halot, dejándole solo su ropa interior y sujetándole á las cuatro vigas por los cuatro miembros.

Jacobo Clemente se arrodilló sosteniendo con sus propias manos la cabeza de su tío.

Halot, con la mirada fija, la frente pálida, contemplaba las trincheras de la ciudadela sobre las cuales asomaban los tres caballeros.

El jacobino empezó la oracion de los agonizantes; el verdugo con su barra de hierro hizo dar dos ó tres molinetes en el aire; el pueblo aplaudió con desenfreno.

— ¿Se ha concluido? preguntó el verdugo al confesor.

— Sí, acabad, murmuró Halot.

— No es á vos á quien hablo, noble caballero.

— Pero como es de mi de quien se trata, te ruego que acabes, tengo frio.

—Eso es otra cosa; tomad para entrar en calor.

Y con la barra, descargándola sobre uno de los brazos del paciente, le trochó en dos pedazos.

Los espectadores se empinaban en ruidoso tumulto.

El verdugo, orgulloso por los aplausos que merecía, y queriendo sin duda prolongar el espectáculo, hizo girar otras dos ó tres veces la rueda, describiendo sobre la cabeza del paciente giros y molinetes airoso con su barra en muestra de su agilidad.

—Hé ahí una canalla repugnante, decía entre tanto Pampelonne á sus amigos: ese suplicio oprime mi corazón.

—También el mio: de buena gana caería sobre esa canalla y armaría en ella un zanfarrancho, murmuró Gourdon.

—Ocupémonos de lo que nos importa, y dejemos á esos lobos devorar su presa, dijo Rochemorte.

—Halot me da lástima, murmuró Pampelonne, siquiera por el valor que ha demostrado á la vista del suplicio: un soldado no puede asistir así á sangre fría á ver matar á un hombre.

Y el valiente gascon se retiró.

— ¡Escelente corazón! dijo el vizconde. ¡Le quiero como si fuera mi hijo! escuchad, escuchad esa algazara; sin duda acaban ya con el pobre diablo.

Maese Coqueluche, satisfecho ya de sus preliminares, levantaba ambos brazos para asestar un gran golpe al paciente, cuando vacilando sobre sus piernas, cayó rodando de su tablado al polvo.

Una lluvia de metralla acababa de atravesar los aires sobre las cabezas de los espectadores reunidos en torno del cadalso. Jacobo Clemente cayó boca abajo en tierra y permaneció como muerto. La ciudadela aparecía á la vista de los atónitos espectadores envuelta en una nube de humo, y el olor á la pólvora se difundió por los aires.

La multitud gritando, gimiendo, se dispersó por todas las avenidas, y mientras la voz majestuosa del cañon se sucedía.

En breve la esplanada estuvo libre de curiosos: Halot permanecía siempre sobre la rueda. Cuando la esplanada estuvo libre, cuando la voz del cañon calló, Jacobo Clemente se levantó poco á poco, examinó á su tío y vió que estaba muerto.

—¡Ahora nos veremos! dijo levantando su vista hácia la ciudadela: el cuchillo y el mosquete responderán á vuestros cañones.

Dicho esto, el sobrino de Halot se dirigió rápidamente á la ciudad.

XVI.

Gourdon se apasiona más y más.

—¡Desgraciado! exclamó Rochemorte corriendo hácia Pampelonne á la primera descarga de artillería. Desgraciado, ¿qué habeis hecho?

—¡A fé mia la ocasion era de perlas y no he podido resistir! Fuego, hijos míos, fuego. Una nueva detonacion sucedió á la primera. Pampelonne reia con toda su alma al ver el espanto de los ciudadanos.

—Siquiera ya que el mal está hecho, dijo Gourdon, suspende y economicemos pólvora, que quizá en breve nos hará falta.

—¡Ay, mi querido baron! dijo el caballero dirigiéndose á Rochemorte. ¡Creo, Dios me perdone, que compadeceis á esos miserables! ¡No era justo darles una leccion y tratar á ese pobre comandante con un poco de humanidad?

—Esa correccion nos costará cara.

—Porque hasta ahora no habiamos tenido nada que ver con la ciudad, y hasta hubiéramos podido vivir en buenas relaciones con ella.

—¡Mala bomba! ¿no visteis cómo trataban á ese pobre Halot? ¿Habla paciencia para verlo?

—Dejadme acabar mi pensamiento; hubiéramos vivido en buena inteligencia y hasta entablado alguna negociacion hasta la llegada del principe de Condé.

—¿Y qué falta nos hace? ¿no ha de llegar el principe hoy?

—Pudiera retardarse.

—Entonces será Joyeuse el primero que llegue; hé aquí todo. Tenemos veinticuatro horas todavia, y nos bastan.

—Cierto, dijo el vizconde; esos ciudadanos van á tenernos ahora estrechamente bloqueados, van á despachar correos á los realistas, el enemigo forzará sus marchas, y el principe,

si no está ya delante de ellos, no podrá enviarnos ni hombres ni viveres. Si tú no hubieras roto las hostilidades, mi querido Pampelonne, hubiéramos entretenido á esas pobres gentes, les hubiéramos regalado parte del mobiliario de Mr. de Brissac, y hubiéramos ganado tiempo. Si el príncipe de Condé no escuchase más que á su corazón, estaría esta tarde al pie de nuestras murallas; pero sabes que en su campo se discute, se le extravía, y temo ver llegar antes á los católicos que á los nuestros. En fin, has hecho una tontería, y tenemos que sostenerla hasta el fin.

—¿Por qué no os habeis reservado el mando?

—No hay duda que es lisonjero mandar á una cabeza sin seso como la tuya.

—Propongo, dijo el gascon mirando al vizconde con aire maligno, disculparnos con la ciudad de Angeres, abrasándoles hasta el último piñon.

—De todos modos, murmuró Rochemorte, no hemos de salir de aquí vivos, si toman la ciudadela: con que habremos pagado nuestras deudas por anticipado. Señores, os dejo por un momento.

—¿Y bien? dijo Pampelonne al vizconde cuando estuvieron solos. Parece que esos in-

significantes cañonazos han desbaratado vuestros proyectos.

—¿Cómo?

—Antes de dejar silbar nuestras balas, ¿hubiera debido pedir permiso á la dama de vuestros pensamientos?

—No serás nunca más que un loco.

—Hé aquí el mal de tener misterios para con sus amigos: nos habeis dado una porcion de razones que no me han convencido? he comprendido únicamente que vais á estar un poco embarazado para hacer salir á vuestra reina, perseguida del castillo; ¡qué tal! ¿me equivoco?

—A fé mis, que has errado la vocacion: si el rey quiere creerme, no te emplearé nunca más que en embajadas.

—¿Con que es cierto lo que digo?

—Sí, esa canalla nos rodeará de barricadas, y la huida será peligrosa y difícil.

—Tranquilizaos, yo me encargo de hacerlos salir cuando sea tiempo.

—¿Cómo lo conseguirás?

—Eso corre de mí cuenta.

—¿Otro secreto?

—¡Y gordo!

—Renuncio á interrogarte.

—Es lo mejor que podeis hacer. Me deciais

esta mañana que urgía buscar al padre de la Veneciana que el griego ha hecho aprisionar.

—Sí, y para ello contamos contigo.

—Vamos, pues.

El caballero y el vizconde, ayudados de algunos soldados que habían servido á las órdenes del albanes, recorrieron todas las prisiones que se conocían en el castillo, registraron las cuevas, sondearon los muros... En vano; las prisiones estaban vacías, los ratones vivían tranquilamente en las bóvedas y las cuevas y los muros no mostraban ni rendijas, ni puertas desconocidas.

—Mañana seremos más afortunados, dijo Pampelonne á su amigo.

—¡Mañana! ¡mañana! ¿acaso será nuestro el mañana?

—¡Mañana ó pasado! tenemos tiempo delante de nosotros, y cuando se tiene empeño en buscar una cosa se encuentra tarde ó temprano.

—Pero desgraciado, ese prisionero ¿morirá de hambre?

—¡Qué aturdido soy! es verdad; pero qué diablo, cinco ó seis días se pueden pasar sin comer. Por eso no se muere nadie, y de aquí á entonces yo daré con uestro hombre.

—El vizconde hizo una demostracion de incredulidad.

—¿No lo creéis? peor para vos; mis presentimientos no me engañan jamás, y apostaría todo el dinero que yo no tengo contra el que quisiera tener á que vuestro hombre muerto ó vivo nos viene á las manos el dia menos pensado.

—Pero condenado; como lo necesito es vivo.

—Lo procuraremos; vamos ahora á comer.

El vizconde y el gascon se reunieron á Rochemorte que los aguardaba ya para sentarse á la mesa. Gourdon se dirigió á la cocina llamando aparte al repostero que habia sido de Ancyre, quedando al servicio de los nuevos dueños del castillo.

—¿Estais encargado, le dijo, de servir la comida de la dama que ocupa las habitaciones principales?

—Sí, monseñor.

—Continuad lo mismo.

—Sí, monseñor; pero el subgobernador exigia que la comida fuese suntuosa, y no tenemos viveres frescos.

—Destinareis lo mejor de lo que haya.

—Monseñor será obedecido.

—¿No tenéis también un prisionero á quien servir?

—Sí monseñor, un prisionero de excelente apetito y de alta condicion segun parece. Todos los platos volvian vacios.

—¿Y á dónde llevaban esos platos?

—Ese era un misterio para todo el castillo. El gobernador y el sargento, su intendente, eran los únicos que lo sabian.

—Desde cuando habeis cesado de llevarle el alimento.

—Desde anteayer.

El vizconde volvió al comedor, donde los tres amigos hicieron una comida bastante frugal á fin de conservar las provisiones: despues de comer, cada uno echó por su lado. Pampelonne hizo llamar al repostero, diciéndole:

—Nos habeis tratado malamente: ¿no sabeis hacer mejor las cosas?

—¡Ah, monseñor! nuestras provisiones no son grandes, y considerad que si llegaran á sitiarnos no encontraríamos por cien doblones una gallina aunque hubiera muerto de coqueluche.

—Comprendo que no tengais carnes frescas, pero ¿y las conservas?

—¡Escelencia! en tiempos de guerra lo

esencial es no morir de hambre, y todos se contentan con poco.

—Dadme cuenta de vuestras provisiones.

—Tenemos pan y queso para un mes.

—Bueno.

—Carne salada de puerco para quince días.
Ostras en escabeche, salchichon.

—Todo eso abre el apetito.

—Sí señor; pero si nos damos mucha prisa á comerlo, las provisiones de un mes no bastarán para quince días.

—De aquí á quince días seremos socorridos ó ahorcados.

—Tenemos frutas secas.

—¿Y qué mas?

—Esto es todo, monseñor.

—¿Cómo todo?

—Absolutamente todo.

—¿Y el vino?

—¡Oh! en cuanto al vino estamos bien: Mr. de Brissac posee una excelente bodega.

—Entonces oid lo que voy á deciros, es de la más alta importancia.

—Escucho, monseñor.

—Voy á confiaros un secreto de Estado, ¿entendeis? ¡Todo un secreto de Estado!

—Lo entiendo, dijo el repostero abriendo desmesuradamente los ojos.

—Los secretos de Estado hacen rodar la cabeza de quien los publica, ¿entendeis?

—Sí, monseñor.

—Y si os elijo por confidente, es porque sois el único que aquí puede servirme.

—Monseñor, yo procuraré cumplir como corresponde.

—Vais á colocar en una cesta un buen jamon, el mejor de los que tengais; frutas, pan fresco, ¿me habeis entendido?

—Sí, monseñor, si; un jamon, fruta, pan tierno: ¿cuántas libras de pan?

—Diez libras; aprovechareis los huecos para colocar botellas de vino de Borgoña: ¿teneis vino de Arbois?

—Y del mejor.

—Pondreis tambien una pequeña provision: mañana hablaremos del resto. ¡Ah! No olvideis poner tambien un queso, un barrillito de ostras; en fin, llenad la cesta de lo mejor que se encuentre en vuestra reposteria, y á la noche vendreis a traerme vos mismo esas provisiones á mi cuarto.

—Está bien.

—Si hablais alguna vez de las órdenes que acabo de daros, sois hombre perdido.

—Estad tranquilo, monseñor.

—Ahora volved á vuestros quehaceres.

El repostero se retiró muy sorprendido al saber que un jamon, un queso, pan y vino, podian constituir un secreto de Estado.

Durante el resto del dia, Pampelonne, Rochemorte y el vizconde se ocuparon activamente de los preparativos de defensa.

Gourdon fué á dar cuenta á la noble Veneciana de las indagaciones infructuosas para descubrir á su servidor, logrando vencer la resistencia de la noble dama, que no queriendo confiarse á la salvaguardia del vizconde, habia resuelto no partir sin su compañero.

A la caida de la tarde los centinelas se apercibieron de que los ciudadanos discurrían en patrullas por los contornos de la ciudadela; habiendo visto llegar en direccion de Tours algunos correos realistas, despachados sin duda por Joyeuse anunciando su próxima llegada; en cambio el príncipe de Condé no daba señales de parecer.

Gourdon habia hecho valer todas sus razones para decidir á la Veneciana á que huyese aprovechando la noche, plan que merecia tambien la aprobacion de Venecia.

La hora de la evasion se fijó por fin para las doce de la noche. Gourdon, loco de alegría, pensando en el papel que iba á desempeñar junto á su dama, ofreció á sus amigos di-

rigirse inmediatamente hácia el ejército del príncipe para precipitar su marcha.

Entre diez y once, mientras Rochemorte hacia reparar las trincheras que le parecian más débiles, Pampelonne encendió su linterna sorda, y cargado con su cesta de provisiones se dirigió al subterráneo, donde ya le hemos seguido una vez: dejó la cesta en el suelo y se apresuró á volver á las habitaciones donde su ausencia no debía ser notada.

A las doce, la marquesa, seguida de su protegida y apoyada en el brazo del vizconde, salia del castillo por una puerta escusada; pero no habian andado veinte pasos los fugitivos cuando tuvieron que volver precipitadamente al castillo para evitar una emboscada de la Guardia nacional.

Todos los contornos de la ciudadela estaban poblados de hombres armados: en vista de esto resolvieron los fugitivos dilatar su proyecto para el dia siguiente.

Al siguiente, la ciudadela estaba rodeada de barricadas que ponía á los sitiadores al abrigo de toda ofensa por parte de los del castillo.

Entre tanto las tropas del duque de Joyeuse iban llegando sucesivamente por escuadrones y pelotones; el duque mismo estaba

acampado cerca de la ciudad desde las ocho de la mañana, y hasta hubo quien afirmó que el conde de Brissac se acercaba también á la cabeza de trescientos ginetes escogidos: entonces Pampelonne aconsejó á Gourdon que convenciese á la Veneciana saliese sola y sin escolta del castillo, dirigiéndose al campamento del duque de Joyeuse, donde á no dudar sería perfectamente recibida. Gourdon hizo un violento esfuerzo sobre sí mismo, y fué á llevar este consejo á la marquesa.

—¿Qué será de vos? preguntó esta con interés.

El vizconde mostró las trincheras medio destruidas, y repuso con un gesto enérgico:

—Yo moriré entre las ruinas de este castillo, señora.

—Entonces yo moriré también: me quedo.

Venecia, que aguardaba esta respuesta con ansiedad, corrió á besar las manos de su señora dirigiendo al conde una mirada capaz de animar al hombre mas tímido. El vizconde se estremeció al escuchar aquellas palabras que cayeron como un bálsamo sobre su alma.

—¿Olvidais, señora, murmuró con doloroso acento, que no somos del mismo partido? Vos sois católica; yo calvinista: vuestro sitio está fuera de la ciudadela.

— Mi deber está aquí! Mr. de Gourdon, vos os habéis espuesto por salvarme, vuestra vida está hoy comprometida por mi causa, y es deber mío participar de vuestra suerte. Vos no hareis á los católicos la afrenta de creerlos menos generosos que á los calvinistas.

— ¡Ah, señora! los católicos de Francia nos han dejado crueles recuerdos.

— Los de Venecia los borrarán: cumplid vuestro deber de guerrero; yo aguardo aquí la voluntad del Señor.

— ¡Eso es imposible! exclamó el vizconde; pensad que sereis acogida con respeto y atención por el enemigo, que si hois de castillo sin mí, si correis á poneros bajo la protección del duque, os habeis salvado; mientras que si aguardais el ataque del castillo, caereis entre las manos de ese populacho furioso, y nada será bastante á salvaros. ¡Vos no sabeis lo que es el asalto de una ciudadela!

— Con eso lo sabré.

— Pero yo puedo morir dentro de una hora... ¿qué será entonces de vos?

— ¡Lo que Dios quiera!

El vizconde se inclinó, y tomando la mano que le tendia la Veneciana, la llevó trémulo á sus labios.

—¿Me amais, pues? murmuró el vizconde con voz apenas inteligible.

—No tal, os estimo.

Dos golpes violentos que resonaron en la puerta, impidieron al conde caer de rodillas y obtener una confesion más completa.

XIX.

La mano.

La gitana corrió á preguntar quién llamaba á la puerta, interrogando al recién llegado por la cerradura.

—¡Eh, diablo! exclamaba Pampelonne desde afuera; no vengo de visita, no tengo tiempo para perderle en eso: llamad al punto al vizconde de Gourdon.

Gourdon besó de nuevo la mano de la dama y se dirigió á la puerta: la gitana murmuró al pasar:

—¡Valor, capitán! si perdeis la ciudadela ganareis en cambio...

El vizconde contempló á Venecia dulcemente; era la segunda vez que esta jóven le ofrecia su consuelo!

—¡Vamos! esclamaba entre tanto el gascon con impaciencia. ¿Está el vizconde ó no está?

—Héme aquí: ¿qué traes con tanta prisa? ¿Llega el príncipe?

—Sí ¡del príncipe se trata! Rochemorte acaba de morir.

—¿Qué dices?

—¡La verdad! El baron recorria conmigo las trincheras, y al mirar por una tronera á un monje que hacia fuego por encima de una de las barricadas, la bala de este le deshizo el cráneo. El monje, que sin duda me habia visto, hizo fuego y ha pagado él. No obstante, le he oido reir esclamando con aire satisfecho: «Ya cayó uno.»

—Y no le has devuelto...

—¿Y cómo? yo no tenia más que una espada. ¿Cosa estraña! ¿quereis creer que ese monje se parecia al confesor que auxiliaba á Halot en el suplicio? Este sería para mí un fatal agüero.

—¿Por qué?

—¡Porque ese monje es mi enemigo mortal! ya os contaré esa historia otro día.

—¡Diablo! ¡diablo! Nuestros asuntos van de mal en peor. En fin, vamos a enterrar á Rochemorte; es una verdadera pérdida para el castillo. A la verdad, había jurado que no saldría vivo de aquí.

—Cierto; pero yo he jurado todo lo contrario.

—¿Qué!

—Pensals que yo cuento dejarme la piel en este castillo?

—Tampoco á mi me haría gracia; pero es pero que no contarás rendirte.

—No por cierto.

—Entonces es evidente que nos haremos matar como leales.

—Eso es absurdo.

—¿Entonces qué hacer, huir? ¡qué vergüenza!

—Huir mientras podamos defender el puesto, sería vergonzoso; pero huir cuando Brisac se haya posesionado del castillo y los católicos reinen aquí como absolutos dueños, no me parece tan falto de sentido común.

—¿Y entonces cómo lo vamos á conseguir? Tienes á veces unas ideas que no parecen de este mundo.

—Ese es mi secreto.

—¡Llévete el diablo con tus secretos!

—Vamos á ver á Rochemorte, repuso Pampelonne.

Los sitiadores dieron aquel día un asalto vigoroso al castillo; Pampelonne y Gourdon hicieron mil maravillas, no abandonando las armas sino despues de cubrirse de gloria y de sangre.

Entonces Joyeuse y Brissac se contentaron con cañonear el castillo desde las trincheras, para evitar la mortandad de sus tropas que habian tenido pérdidas considerables.

Gourdon, atento á sus deberes de jefe y de soldado, no abandonó su puesto militar, enviando, no obstante, su paje á la marquesa de hora en hora, y suplicándola por él que abandonase el castillo que difícilmente podría resistir tres dias.

La Veneciana no cedia en su resolucion, contestando á cada una de las súplicas del vizconde con frases animosas que sostenian el valor de este.

—Por fin, despues de tres dias de lucha desesperada, la guarnicion se vió reducida á diez hombres y nuestros dos caballeros: los soldados hablaban de capitular, y era hasta inhumano esponerlos más tiempo al furor de los católicos.

Pampelonne, que habia aprovechado to-

das las noches para trasportar á su subterráneo viveres en abundancia y una buena provision de agua, habia añadido á todo esto algunas herramientas, como martillo, sierra, alicates y demás. Como se ve, habia trasformado la cueva en arsenal y fonda.

Cuando el gascon vió que los diez soldados hablaban de rendirse, tuvo consejo con su amigo, siendo este de parecer de dar salida á los soldados que podrian pasarse al campo enemigo, quedándose ellos á morir.

Pampelonne encontró el remedio brutal haciendo valer su opinion y la situacion en que se encontraba con ellos la hermosa prisionera de tal modo, que consiguió al fin que el vizconde consintiese en capitular: se puso, pues, bandera blanca, y el duque de Joyeuse envió un parlamentario con sus condiciones. Segun estas, la guarnicion tenia asegurada la vida, entregándose los jefes á discrecion.

Gourdon miró á Pampelonne, y este respondió que por su parte aceptaba la capitulacion por poco lisonjera que pareciese.

¡Un romano no hubiera tenido más abnegacion!

Gourdon no quiso ser menos magnánimo que su amigo, y suscribió á las mismas condiciones.

Las hostilidades cesaron desde entonces, y la guarnición quiso llevar en triunfo á los dos nobles, que se esquilvaron á toda ovación.

—Ahora, dijo Pampelonne á su amigo, id á prevenir á vuestra princesa que esté pronta para huir á la primera seña que yo haga bajo sus ventanas: se trata de escapar todos de esta emboscada... Sobre todo, nada de paquetes, nada de estorbos: vos ceñid únicamente vuestras pistolas al cinto y envolvedos bien en una capa.

El vizconde se dirigió rápidamente á las habitaciones de la Veneciana: al ser introducido por la gitana tomó la mano de esta, y le dijo rápidamente:

—¡Hija mía, una capa y unas pistolas!

Venecia corrió al guardarropa y armería de Mr. de Brissac.

—Señora, murmuró el vizconde dirigiéndose á la dama: cubrid bien y tomad solo las alhajas más precisas; seguidnos, partimos todos.

—¿Dónde me vais á conducir?

—No lo sé; pero quiero á todo trance sacaros de este castillo que ya no es nuestro: hemos capitulado.

—¿Con qué condiciones?

—La vida para nuestros soldados: la muerte para Mr. Pampelonne y para mí.

—¡Desgraciado! ¿Y decís que me amais?

—Os lo pruebo intentando huir.

—¿Huir?

—Sí señora; es la primera vez que semejante desgracia me sucede.

—Os comprendo, amigo leal, y este será un nuevo derecho á mi estimación.

—Gracias, señora; pero despachaos, por piedad.

—Partid solo: mi compañía embarazaría vuestra fuga: yo me quedo aquí.

—Entonces me quedo también; dijo el vizconde arrojando la capa que había tomado de manos de la gitana.

En aquel momento, una piedra arrojada desde el patio rompió dos cristales de la ventana.

—¡Qué es esto! exclamó la Veneciana.

—No os asustéis; es mi amigo leal que nos avisa; voy á decirle que parta solo.

—¡Niño! murmuró la veneciana interponiéndose al paso del vizconde: pasad á la habitación inmediata; al instante me reuniré con vos.

Gourdon cubrió de besos la mano de la veneciana y obedeció.

Pampelonne, impacientado, proseguia mandando proyectiles contra la ventana.

—¡Arreglas bien el mobiliario de Mr. de Brissac! exclamó el vizconde asomándose por otra ventana. Esos cristales valen lo ménos veinte escudos cada uno.

—No lo niego, pero con todo eso, valen ménos que mi dedo meñique, y no olvidareis que el verdugo nos viene pisando los talones. ¡Pero con mil demonios! ¿Esté preparándose vuestra dama para algun baile?

Al ir á responder el vizconde, la mano de la veneciana le tocó en el hombro; él se volvió: la marquesa y su protegida estaban cubiertas con el manto que usaban las damas en aquella época.

—¿Habeis tomado vuestras alhajas, señora?

—Hemos tomado cuanto podemos llevar.

—Partamos, pues.

Pampelonne seguia hiriendo el piso con sus talones, envuelto tambien como su amigo en una larga capa; al apercibir al vizconde y las dos damas, murmuró:

—Seguidme.

Y se dirigió rápidamente á la galería que conducia á las cisternas. Llegados ante la puerta secreta, la abrió con gran asombro de

Gourdon, haciéndolos á todos pasar por ella. Entonces dió una linterna que llevaba al vizconde, colocó la barra de nuevo en su sitio, entró á su vez y tiró de la puerta tras sí.

—Ahora, dijo, ya estamos en nuestra casa.

—¿Estás seguro que nadie nos ha observado? repuso Gourdon que creia soñar.

—Nuestros diez soldados están en este momento haciendo entrega del castillo á los católicos. ¿Oís? ¿Oís esas aclamaciones?

—Sí, sí; dijo la gitana.

—Sin duda son de nuestros enemigos que nos buscan; van á tener un sentimiento al no podernos esponer colgados de la horca; ¡bribones! Que busquen, que busquen, que contrariamente á lo que reza el Evangelio no encontrarán.

—¿Es seguro este escondite? murmuró la veneciana con acento trémulo.

—Tanto, señora, que no es conocido más que de mí.

—¡Ah! ¿por qué mi pobre padre no estará con nosotros? ¡qué horrible agonía la suya!

Pampelonne no supo qué responder que sirviese de consuelo á este legítimo dolor; él, que estaba convencido de que aquel prisionero abandonado por tantos dias debia haber perecido de necesidad, guardó silencio.

—¿Y dónde has adquirido todas estas noticias? exclamó el vizconde.

—Es preciso confesar que teneis una ansiedad estraña por conocer los secretos que no os importan; silencio, pasan por aquí.

En efecto, oyeron todos, pasos y juramentos por la inmediata galería.

—A fé mia, mi querido conde, los mirlos han escapado de la jaula.

—Es la voz de Joyeusse, murmuró Gourdon al oído del caballero.

—Han hecho bien de no esperarse, murmuró otro acento; sin duda el del conde de Brissac, porque su proceso no hubiera sido largo. El padre Jacobo, como buen jacobino, los hubiera auxiliado con la misma unción que lo ha hecho al comandante Halot, ¿no es verdad, padre?

—¡Cierto, cierto! murmuró el jacobino que involuntariamente examinaba la plancha de hierro.

—¡Ese es Brissac! habia murmurado el vizconde.

—¡Ese es mi enemigo mortal! le contestó Pampelonne al oír hablar al monge, y prosiguió:

—Señora, seguidme; aquí estamos demasiado cerca de la eternidad.

Y condujo á los fugitivos hasta la segunda puerta: despues de salvada, se detuvo y dijo:

—Aquí no tenemos cosa mejor que hacer que sentarnos y aguardar á que llegue la noche y con ella el sueño de nuestros ilustres vencedores.

El parecer fué adoptado, y los cuatro que tenían almas valerosas, encontraron medio de pasar aquellas horas en agradables pláticas. Pampelonne les hacia las proposiciones más absurdas; Gourdon les describia episodios de guerra y de torneo; la veneciana les referia tradiciones de su poético pais, y la gitana de su ardiente raza; por fin llegó el momento de la evasión.

Pampelonne condujo á sus amigos hácia la escalera despues de haber cerrado la segunda puerta como la primera. Los fugitivos bajaron ciento veinte escalones encontrándose con la plancha de hierro adherida al muro. Auxiliado por el brazo poderoso de Gourdon, Pampelonne separó la plancha de hierro sacando la cabeza fuera para ver y oír.

No oyó más que el silbido del viento que anunciaba próxima tempestad. La noche estaba oscura.

—Este es el camino, repuso Pampelonne:

pasad el primero para dar la mano á estas damas.

Gourdon se deslizó por la abertura que como sabemos daba al fondo del foso; despues dió la mano á la Veneciana que saltó á su vez seguida de la jóven.

—Ahora tú, dijo el vizconde á su amigo: nosotros ya estamos en salvo.

—¡Pues entonces bien viaje, amigos! que os vaya bien: yo tengo aun que arreglar algunos asuntos aquí dentro. Seguid á mano derecha, y en breve encontrareis un sendero algo pendiente, pero que podreis subir sin dificultad. Adios, mi querido Gourdon, cuando veais al principe de Condé, decidle que he hecho cuanto ha estado de mi mano para no entregar el castillo á los católicos.

—Pero aturdido, ¿qué vas á hacer ahí solo enterrado en ese subterráneo?

—¡Es mi secreto! ¡Idos con mil diablos! Sois el hombre mas curioso de Francia y de Navarra.

Y para evitar una nueva tentativa, el gascon cerró la plancha y corrió los cerrojos.

—¡Demonio! dijo, que mal se está en las tinieblas.

Una ráfaga de viento habia apagado la linterna de Pampelonne al cerrar la plancha.

—Por fortuna, continuó, traigo provision para encender luz en la cesta: á fé mia que voy á empezar por comer un pedazo de jamon con escelente apetito: los sitiados no están de todo mal, cuando tienen municiones de boca.

Sabemos que uno de los defectos del gascon era pensar en voz alta.

Guiándose por el tacto acabó de bajar la escalera, encontrándose en la primera cueva: buscó el resorte que debia hacerle pasar á la segunda, le encontró, y dijo:

—A fé mia, si Dios me hubiera hecho miedoso, ¿qué rato pasaria yo ahora en esta cueva, donde hay tantas piedras á manera de sepulturas? En fin, busquemos mis provisiones y echemos yescas.

Entonces fué buscando á gatas el rincón donde habia ido deprecitando las provisiones.

—Bien; por aqui está la cesta, por fortuna bien repleta.

Y tomando la cesta con ambas manos, la levantó con la misma facilidad que si hubiera estado vacia.

—¡Qué es esto, esclamó! ¿los ratones se han comido el jamon y bebido el vino?

Y buscando dentro de la cesta, la dejó caer

dando un suspiro de terror al encontrarla completamente vacía.

Los cabellos de Pampelonne se pusieron en pié sobre su cabeza; creyó haberse equivocado, y empezó á palpar por el suelo.

Valiente como era, esta vez lanzó un gemido de espanto... una mano larga, seca y nerviosa habia cogido la suya, estrechándola como la de un amigo.

XX.

El capitán La Gazette.

Las guerras de religion que destrozaron la Francia desde el reinado de Francisco II hasta Enrique IV, proporcionaron á los aventureros de todos los países ocasiones de distinguirse y hacer fortuna. Durante el reinado desastroso de Enrique III, estos aventureros caminaron viento en popa, agregándose al príncipe ó señor que más halagaba su vanidad ó su avaricia.

Bastaba entonces tener fama de valiente y arrojado, para verse disputado por los tres partidos que assolaban la Francia, la corte, los

PAMPLONNE.—Tomo I. 41

ligueros ó los hugonotes. Cierto es, que en aquellos tiempos de batallas, escaramuzas y duelos, los hombres valientes no morían viejos y dichosos, si el verdugo no los daba el pase á ese golfo inmenso que llamamos eternidad.

Al leer la historia de aquellos tiempos se contrista el ánimo ante la multitud de catástrofes que los escritores más verídicos reseñan en sus obras: se asombra uno del desden con que aquellos intrépidos caballeros, que con un pié en la sepultura, reían, conspiraban, cantaban y se batían, consagrando á la galantería y al amor todo el tiempo que podían robar á la guerra.

La nobleza vivía en los campos de batalla, y los campos ennoblecían á los que se habían adquirido un nombre: bastaba que un príncipe ó un personaje tuviese afecto á un soldado oscuro para que este saliese de la clase del pueblo y adquiriese un carácter ilustre. No siempre se le daban grandezas ni escudo, pero se le llamaba capitán, y este título, completamente honorífico entonces, le daba una importancia que aumentaba su aire de espadachín y jugador.

El capitán «La Gazette,» natural de Normandía, estaba salvo algunas particularidades,

cortado por este patron. Como todos los hijos de Adan, tenia infinitos defectos y ventajas: sus amigos que le trataban con benevolencia, le reconocian cinco pecados capitales, á saber: gloton, jugador, embustero, un poco amigo de lo ajeno y pendenciero. En cambio le reconocian dos cualidades á cual mejores: valiente hasta la temeridad y de una castidad que le hacian émulo de José.

Este feroz y púdico guerrero contaba unos cuarenta años sobre poco más ó ménos, era de elevada estatura, enjuto de carnes, de músculos pronunciados y franca mirada. Su cabeza altiva se pavoneaba con arrogancia sobre sus dos hombros, que parecian reclamar la coraza: cuidaba con predileccion su largo y poblado bigote que acariciaba con sus dedos descarnados. Su perfil tenia algo del pájaro de presa, y para concluir, mirado de frente su rostro tenia mas de feo que de hermoso.

En cuanto á su traje, le cambiaba segun la conveniencia, apoyado sin duda en aquel adagio vulgar de «el hábito no hace al monje.»

Desgraciadamente, nuestro capitán era más bien pobre que rico: de suerte que su ropilla solia tener señales nada aristocráticas.

En 1584, un año antes de los sucesos que

acabamos de reseñar, el capitán La Gazette estaba en Venecia atraído por las aventuras con que brindaba á los caballeros aquel poético país, y muy satisfecho de su mérito, no dudó de su rápido engrandecimiento en un país en que las estocadas se pagaban á peso de oro.

En breve sus ilusiones se desvanecieron, y lejos de vivir con engrandecimiento como esperaba, vivió durante tres meses con los mayores apuros. En vano armó diferentes peticiones para hacer ver lo terrible de su espada. Se habló de él como de un camarada peligroso; se evitó su compañía y nadie pensó en más.

Reducido á dar algunas lecciones de armas, ganando apenas con que sustentarse y con la ropilla agujereada ó punto ménos, pensaba seriamente en dejar la Italia y volver á Francia donde los apóstoles de la liga prometían á los espadachines tan gran porvenir, cuando su buena estrella le hizo tropezar con un lance inesperado. Una noche que acariciaba maquinalmente su bigote contemplando con aire sombrío el único escudo que le quedaba, un golpe seco dado en la puerta de su habitación legó á sacarle del abatimiento en que yacía.

La noche estaba oscura, y aunque es ca-

pitán se asomó á la ventana, no pudo distinguir quién era el que llamaba á su puerta.

—¿A quién buscáis? preguntó.

—Al capitán La Gazette.

—Yo soy.

—Entonces abrid; tengo prisa, respondió una voz con aire de autoridad.

Sin hacerse repetir la orden, el aventurero bajó de cuatro en cuatro los escalones, introduciendo hasta su cuarto á su inesperada visita.

El desconocido rehusó sentarse poniendo un cuidado especial en no descubrir su rostro que ocultaban el embozo de su capa y el ala caída de su sombrero.

De todas estas precauciones, el capitán sacó en limpio que se le preparaba un gran negocio.

—¿Habeis cruzado vuestras armas con Gallaccis? preguntó el embozado.

—Algunas veces, señor.

—Y con Pietri, con Bartonino, con...

—¡Con todo el mundo! exclamó el aventurero impaciente por llegar al fin.

—Y se dice que habeis salido siempre vencedor.

—¡Siempre he tocado á mi contrario!

—¿Conoceis el pase florentino, la parada calabresa, el ataque...

—Sí señor; conozco todo eso como el padre nuestro... es decir, mucho mejor.

—Muy bien: esta noche ántes que despunte el día dirigios á la ciudad Ruggierri y bajo la calle de Castaños de una casa que se distinga de las demás por su doble columnata; tened cuidado de que no os vean, y esperad á un hombre que baja por una de las ventanas de esa casa: en cuanto esté á vuestros alcances; acometedle y matadle.

—Comprendo; provocaré una querrela, y es hombre perdido.

—No; le matareis desde luego. ¿No hablo yo claro?

—Perfectamente; pero en Francia hacemos las cosas de otra manera: nunca nos falta algun pretesto para batirnos, mientras que para asesinar somos un poco torpes.

—Id entonces con cuidado; el caballero es valiente.

—¡Qué me place!

—Pudiera dejaros tendido á vos: es afortunado...

—¡Me haceis reir!

—Por último, hé aqui el precio que pongo á este servicio, dijo el desconocido dejando

caer un pesado bolsillo en manos del aventurero. Una vez enterrado nuestro hombre, recibireis el doble de este adelanto: ¿os conviene?

—Teneis mi palabra de que al menos que ese hombre sea el mismo diablo, tragará la tierra.

—Está bien, adios.

El embozado se dirigió lentamente hácia la puerta, y se alejó sin proferir una palabra más.

El capitán vació el bolsillo sobre la mesa, contó las monedas y las fué acomodando con delicia en sus profundos bolsillos; alcanzó una larga espada que pendia de la pared, se envolvió en su capa y salió á pasear por los canales la alegría que le embargaba. La imaginacion fogosa del normando, inspirada por los doblones que llevaba en el bolsillo, empezó á formar castillos en el aire.

Pasó por casualidad por delante de un garito, y por costumbre nuestro hombre entró: su estancia allí fué corta, pero tan desgraciada, que en menos de una hora, el oro del aventurero habia pasado de sus manos crispadas á las de sus dichosos adversarios.

No teniendo ya más que perder el capitán,

se caló el sombrero y jurando para consolarse la muerte del galan que le habian encomendado, tomó el camino de la aldea Ruggieri.

Costeando el canal principal, el normando se detuvo para ver deslizarse sobre el agua una góndola que impulsaban brazos vigorosos. De repente, la góndola se inclinó hácia la popa como un navío que se doblega al viento, despues vaciló sobre la quilla, y mientras un grito de terror salia de su fondo; la góndola se hundió en las aguas que volvieron á cerrarse sobre ella, trazando grandes círculos.

Tirar su capa, su espada y su sombrero y arrojar al agua, fué para el capitan negocio de un instante: nadó con arrojo y pudo coger á un hombre que luchaba contra la muerte y le sacó á la orilla arrojándose de nuevo en busca de sus compañeros. En breve en el fondo de las aguas, se sintió cogido por una pierna y por el pelo: desembarazóse con una patada del que sujetaba su pierna, y cogiendo entre sus brazos vigorosos al que se asia de su cabello, depositándole aun con vida al lado de su camarada. Despues, como no era hombre de hacer las cosas á medias, sacudió sus miembros que estaban algo entumecidos y se arrojó en busca del tercero. Despues de inau-

ditos esfuerzos le arrojó cayendo él mismo exánime sobre la ribera.

—¿Cuántos érais? preguntó despues de un momento de pausa el capitan al primero de los tres que habia sacado.

—Tres: nuestro señor que es este y nosotros dos sus criados; la góndola hacia agua sin duda sin que nosotros lo notáramos porque no somos marinos.

—¿Y decís que vuestro amo es ese pobre diablo á quien he pescado el último? Me parece que su negocio está malo. Veamos.

El normando reconoció al abogado, le agitó, llevó la mano á su corazon, á su aliento y le dejó caer, diciendo con tono doctoral:

—¡Está muerto!

—Al dar sus cuidados al abogado y reconocerle, La Gaze!te no habia olvidado sus costumbres, haciendo pasar á su bolsillo una especie de cartera de taflete que por el peso le habia parecido contener otra cosa que billetes de amor.

Terminada su inspeccion, el capitan dijo á los criados.

—Siento no haber sido bastante afortunado para salvaros á los tres; pero ya es tiempo de que vaya á mudarme: que Dios os ayude, y buenas noches.

Era un tipo original este normando humano y cruel, egoísta y generoso, que hacía el mal por costumbre y el bien por distracción.

Había de allí al sitio de Ruggieri un buen trozo que andar, y le urgía además saber el contenido de aquella cartera.

Renunciamos á describir el gesto que hizo nuestro aventurero al encontrarse con que el peso que motivaba su interés, le ocasionaba una llave de hierro. Su rostro, no obstante, cambió de aspecto al ver un billetito dirigido á la marquesa Fabiani en Venecia, cuyo contenido era el siguiente:

«Señora marquesa: Se dirige á vos un culpable arrepentido. La pobre niña que recogisteis hace algunos años, esa pobre gitana cuyas desgracias tanto os interesan, sería más rica que vos su bienhechora, si yo no la hubiera despojado de su tesoro. Sin contar detalladamente las circunstancias de mi usurpación os diré que la madre de vuestra protegida llevaba consigo en el navío donde fué muerta, un cofrecillo lleno de piedras de un valor incalculable; yo me apoderé de esas riquezas escondiéndolas en un sitio seguro, que hoy me apresuro á revelaros, con la esperanza de mitigar el castigo que sin duda me prepara la cólera de un Dios justiciero. Adjunto os envío

un itinerario, que si le exigís exactamente, encontrareis el cofrecillo, haciendo un acto de justicia y salvando á un alma del remordimiento.

Soy señora marquesa, con el mayor respeto vuestro humilde servidor,

HALOT.

Ex-gobernador de la ciudad de Angeres.»

El capitán desdobló con mano trémula el otro papel que acompañaba á la carta, repasando con ansiedad el itinerario de Halot: el precioso escrito fué leído hasta cuatro veces; la llave acariciada con ternura frenética y el normando, ébrio de ventura, se dijo que sería bien tonto al ir arriesgar su vida en un combate nocturno por algunos ducados, cuando tenía en sus manos un tesoro.

No obstante, el capitán se tenía por unpudonoroso, y se decidió á cumplir la palabra que tenía empeñada. Por otra parte, tenía tal confianza en su destreza, que no dudaba del resultado favorable para él. Rompió, pues, la carta dirigida á la marquesa, dobló despues de besarla la otra hoja que le haría llegar hasta el tesoro, la guardó en la cartera, y esta en el pecho, bajo su ropilla, tomando rápidamente el camino de la aldea Ruggieri.

— «Muerto mi hombre, se decía por el ca-

mino, y honradamente ganado mi dinero, emprenderé cómodamente el camino de Angeres donde me aguardan todas las delicias del paraíso, mientras que ahora si abandono á Venecia sin dar la estocada que me ha de valer tanto dinero, corro el riesgo de morir de hambre en el camino, llevando la llave de un tesoro en el bolsillo.»

Al acabar este razonamiento, se encontró bajo los castaños de la casa indicada, y apenas acababa de cerciorarse segun las señas de que era allí, una ventana se abrió sobre su cabeza, y un hombre se deslizó por ella hasta la arena.

—¡Pardiez, caballero! dijo el capitán acercándose al de la ventana; teneis mucha habilidad para hacer cabriolas.

—Me hareis un servicio si no os meteis en lo que no os importa.

—Teneis lindas despachaderas.

—Las que me convienen.

—¿Pero de dónde diablos venis por ahí?

A esta pregunta impertinente, su interlocutor retrocedió dos pasos, se puso en guardia, tiró de la espada, y dijo:

—Comprendo: me esperábais. Despachemos, pues, sin ruido y pronto; tergo prisa.

—Enhorabuena: bien se conoce que sois francés; los venecianos tienen por lo general

la sangre más tibia: pongámonos bajo este árbol y estaremos mejor.

—Como gustéis.

—Amigo, siento haberme comprometido á mataros: sin esa promesa no os hubiera hecho más que un rasguño.

—¡Muchas gracias! ganad vuestro salario; os habrán pagado bien.

—Ya lo creo; más de lo que valeis, de seguro.

El desconocido arrojó el sombrero á sus piés, y probó, apoyándola en el suelo, el temple de su espada.

—¡Gran Dios! Sois un niño, exclamó el capitán indeciso.

—¡Tanto peor para mí! ¡Tanto peor para vos!

El capitán dió al viento su larga tizona y principi6 el combate. Desde los primeros pases, el normando comprendió que su adversario era más temible de lo que él se había figurado, y á poco de esta reflexion sintió vacilar su pié y el frío acero de su adversario entrar en su pecho: lanzó un suspiro comprimido y cayó. El desconocido se inclinó sobre él, miró su rostro pálido y velado ya por la sangre que arrojaba por la boca y nariz, registrándole despues á ver si encontraba algun in-

dicio que le esplicase tan inesperado encuentro. La cartera del normando cayó así en manos del vencedor, que se alejó con ella no sin advertir que su estocada le habia atravesado de parte á parte.

Al día siguiente no se decia otra cosa en los salones de Venecia que...

—«¿Conoceis la aventura de la condesa Ruggieri?

—«No.

—»El anciano conde, ofendido por las visitas que hacia á su mujer el gentil mancebo Pampelonne, le ha preparado una emboscada.

—»¿Y ha muerto?

—»No; por el contrario, él ha puesto á las puertas de la muerte á ese aventurero que hacia temblar á todos nuestros valientes con su aire de maton: al capitán La Gazette.

—»¡Ah! ¡Pobre caballero!

—»Tranquillizaos: Pampelonne está en salvo; su contrario es el que...

—»Ha muerto?

—»Hay quien lo dice.

—»¿Y el caballero?

—»Ha partido para Francia dos horas despues de esta aventura: la condesa está desolada.

—>¿Y el conde?

—>Inconsolable.

—>¡Todos los maridos son lo mismo!»

Se habló mucho de esta aventura durante ocho días, y al cabo de ellos nadie se acordó de ella.

La Gazette luchó por espacio de quince días entre la vida y la muerte; por fin, su naturaleza robusta triunfó, y el normando tres meses después de su duelo, reapareció en la plaza de San Marcos como un nuevo Lázaro. A veces ¡de qué casualidades pende la vida! Si la estocada del mancebo Pampelonne, como se llamaba en Venecia al caballero, no hubiese tropezado con la cartera, la muerte del capitán hubiera sido inevitable. El aventurero tenía después de convaleciente la cara más sombría y la mirada más feroz: sus ropas revelaban miseria, y cualquiera que hubiese estado en el secreto hubiera comprendido que lo que sentía no era la sangre perdida ni su orgullo ofendido, sino la pérdida de su cartera, que su adversario le había robado. Gracias á que su memoria prodigiosa conservaba todos los detalles de la reseña; pero se aterraba ante la idea de que otro más afortunado pudiese anticipársele y aprovecharse de tan rico tesoro.

El desgraciado capitán no tenía ni un óbolo para ponerse en camino, y en este apuro acudió á la marquesa Fabiani, cuya generosidad era proverbial, á fin de implorar algun socorro que permitiese volver á su país natal á un pobre soldado.

La marquesa quiso verle por sí misma é interrogarle, y despues le dijo:

—Desde hoy os tomo á mi servicio y mañana partimos para Francia, en cuyo país me servireis de guía: hasta que toquemos en Francia sereis mi servidor, en cuanto pisemos el territorio francés pasareis por mi padre y no abandonareis este título sino por orden mia. Guardad el más profundo silencio de lo que os he confiado, y estad pronto para mañana la noche.

El aventurero creyó soñar al verse tan bien servido por la casualidad.

Dos días despues en navío de la orgullosa república tomaba el rumbo para Francia: dos mujeres enmascaradas iban sobre el puente, fijando la una tristes miradas en la ribera del Adriático, y la otra una mirada ardiente en el horizonte donde el sol declina.

Eran la marquesa Fabiani y su fiel Venecia; el capitán La Gazette envuelto con arrogancia en su capa, acariciaba su barba

rogancia en su capa, acariciaba su barba con una mano y con la otra el pomo de su espada.

Ya sabemos lo que sucedió á los viajeros. La Gazette despues de haber reflexionado mucho los medios de que se valdria para llegar al castillo de Angeres estaba casi en el camino de Bordeos á Paris. Llegados al castillo, fueron acogidos con agasajo por el griego Ancyre, y por la noche el sargento de que hemos hablado al principio de esta historia, se presentó á nuestro normando sombrero en mano y le dijo:

—Sírvasse su escelencia tomarse el trabajo de seguirme: estoy encargado de conducirlos á otras habitaciones.

—Con mucho gusto yo instruiré á su majestad el rey de la cortesía con que en este castillo se atiende á los extranjeros; os sigo.

El sargento, sin añadir una palabra más, se dirigió á la galeria que conducia á las cisternas; y cuál no fué el asombro del normando al verle detenerse y abrir la puerta sujeta con barras que él habia contemplado tantas veces en su imaginacion.

—¡Diablo! dijo La Gazette para sí, la fortuna me protege y la caza se me viene á las manos; yo no sabia cómo procurarme la llav

de esta puerta, y hé aquí que mi hombre me lleva derecho á mi asunto.

Hecha esta reflexion, el normando no se cuidó mas que de examinar con su mirada de águila todos los movimientos del sargento y el camino tortuoso por donde le conducia.

—Este viaje os parecerá estraño, dijo cuando llegaron á la pieza enlosada de blanco y negro.

—En efecto no me esplico...

Dos suposiciones asaltaron al punto la mente del normando. Trataban de reducirle á prision, y quien aquella prision habia descubierto, ¿no habia tropezado con el dinero de la gitana? Estos dos pensamientos, rápidos como el rayo, cruzaron por la mente del capitan; que calló decidido á seguir hasta el fin la aventura. No manifestó, pues, ningun asombro cuando vió al sargento levantar la losa con-sabida; no así cuando retrocedió dos pasos, y apuntándoles con una pistola le dijo:

—Monseñor, ese es el aposento que os destinan.

La Gazette tuvo impulsos de lanzarse sobre el que con tanta osadía le hablaba, porque como sabemos era hombre capaz de desembarazarse de tan singular maestro de ceremo-

nias; pero prefirió sondear su designio hasta el fin y murmuró con aire bonachon:

—¡Pardiez! qué oscuro está el aposento.

—Os dejaré mi linterna.

—Sois muy amable; pero supongo que no me tendrá aquí á pan y agua.

—Yo tendré el honor de venir todos los dias á la hora de vuestras comidas.

—¡Mil gracias! ¿Y decís que debo bajar por este agujero?

—Sí tal.

—Cúmplase vuestro deseo; yo soy de buen contento.

El capitán saltó á la otra cueva más profunda, y tomó de manos del sargento la linterna ofrecida.

—Buenas noches, monseñor, murmuró el sargento colocando de nuevo la piedra; con vuestra filosofía lo pasareis aquí tambien como en cualquier parte.

En cuanto el normando se creyó solo, paseó la luz de su linterna por los muros y el suelo de su prision y no encontrando señales de escavacion lanzó un suspiro de satisfaccion; despues, llevando la mano á la frente procuró conciliar sus recuerdos, y sacando su espada empezó á remover la tierra con infatigable ardor. Despues de una hora de trabajo y de rom-

per la hoja de su espada y sus propias uñas contra las piedras, tropezó con un objeto duro y arrancó de las entrañas de la tierra un cofrecillo perfectamente cerrado y sin lesion.

El capitán empleó aun una hora, que fué para él un siglo ántes de poder forzar el cofrecillo y cuando lo consiguió cerró súbitamente los ojos. ¡Los diamantes, los rubíes, las esmeraldas, le deslumbraban! El aventurero palpó todas aquellas riquezas con alegría delirante, sus ojos se llenaron de lágrimas de felicidad; estrechó convulsivamente el cofrecillo contra su corazón y dejó un momento la tierra para remontarse al paraíso.

A gascon, normando.

Repuesto de su impresion el capitan, tomó la linterna é inspeccionó minuciosamente todos los rincones de la cueva, los muros de piedra viva en que estaba labrada, golpeó el pavimento con su pié, y volvió á sentarse al lado del cofrecillo con esa sonrisa que la madre tiene para contemplar la cuna de su hijo.

¡Estraño efecto de la avaricia! Este hombre encerrado en una cueva sin salida, amenazado por un enemigo poderoso; este hombre próximo acaso á una muerte terrible, no sentia el menor pesar por su situacion, no tenia ni una

lágrima para su desgracia. Acariciaba con mano frenética las piedras que brillaban entre sus dedos, las acercaba á la pálida luz de su linterna, y no tenia más que un pesar, un temor... ¡el de ser espiado por alguno que estuviera escondido! Su propia sombra le daba miedo.

Empleó toda la noche el prisionero en contar, en comparar las piedras entre sí, y después enervado ya por aquella agitación de su espíritu, cayó sobre el mismo cofrecillo, rendido por el sueño.

Cuando despertó, su primer cuidado fué hacer desaparecer las señales del descubrimiento que habia hecho. Distribuyó, pues, todas las piedras en sus bolsillos, llenó un cinturón de cuero que llevaba ceñido al talle, y deslizó el resto del tesoro en las campanas de sus botas. Después echó algunas piedras preciosas en la caja vacía de las mismas que habia arrancado del pavimento, y le volvió á enterrar igualando la tierra encima.

Terminado apenas este trabajo, oyó pasos encima de su cabeza y arrancar la piedra que servia de paso á su lúgubre mansion.

—Y bien, monseñor, le preguntó la ruda voz del sargento: ¿habeis dormido bien?

—Perfectamente; ¿pero qué hora es? La hora del desayuno sin duda.

—Precisamente, monseñor.

—Pues echadme una escalera para salir de aquí.

—No hay necesidad; os desayunareis en vuestra misma habitación: si los manjares no son de vuestro agrado, me lo direis y se hará lo posible por satisfaceros.

Y al decir esto, el sargento descolgó una cesta que recibió el normando de muy buen grado.

—En esa cesta encontrareis vuestro desayuno, aceite con que reponer vuestra linterna, y un breviario con que entretener vuestros ocios: ¿teneis algo que mandarme?

—No tal; pero tengo una pregunta que haceros.

—Hablad.

—¿Sabríais vos, por casualidad, qué pecado estoy purgando aquí?

—No, monseñor; lo espiritual no me concierne.

—Una palabra; no me desagradaría que se hiciese algunas reparaciones en esta habitación si he de ocuparla mucho tiempo.

—Se os mandará un arquitecto: buen apetito, monseñor.

Este deseo era inútil; el prisionero hizo los honores al almuerzo en regla, despues se envolvió en su capa, y empezó á reflexionar sobre su situacion y sobre el empleo que debía dar en adelante á su fortuna.

—Esto no puede durar así, murmuraba: sin duda soy objeto de una equivocacion que se deshará en breve y me soltarán, porque yo no soy ni gran señor, ni conspirador, ni liguero, ni bearnés: de un momento á otro me soltarán, y entonces iré á comerme mis piedras al aire libre.

La Gazette, satisfecho con su lógica, lo esperó todo de su buena estrella, y comió con gran apetito, lo que verificó cuantas veces el sargento repuso la cesta.

Por desgracia el espíritu humano es poco paciente, y nuestro normando al cabo de cuatro dias se sublevó; sus pulmones reclamaron un poco de aire, sus piernas se quejaron de su inmovilidad, reconoció con enojo que millonario y todo le tenían enjaulado como á una fiera, y hombre de determinaciones prontas, resolvió acometer al sargento en su primera visita, y salir de allí por medios violentos.

La Gazette era de gran agilidad; sus músculos tenían el temple y la fortaleza del acero, y contaba con justicia con su fuerza para salir

de la cueva, dejando á su carcelero en su lugar: esto hecho, nada le era más fácil que seguir el camino que conocia, llegar á la plancha de hierro que daba al foso, y salir por ella. El normando se vió ya gozando del aire y del sol, y aguardó con impaciencia la llegada del sargento.

Aquel día el sargento no pareció: pasó la hora del almuerzo, pasó la hora de la comida, y el prisionero se vió obligado al ayuno, lo que le arrancó los gestos mas estraños y los mas terribles juramentos.

Toda la noche trascurrió en un silencio profundo; el hambre, sola un hambre estraordinaria gritaba en las entrañas del aventurero, que al cabo de treinta y seis horas de absoluta dieta, paseaba como un tigre en su jaula, buscando con desesperación un medio de escapar á la muerte que ya se mecía sobre él.

Su linterna no tenia aceite más que para cuatro ó cinco horas, y se estremeció al pensar en los horrores de las tinieblas que iban á envolverle.

Tanteó el muro de su calabozo con el pomo de su espada, esperando encontrar la juntura de alguna lca por donde él pudiese afianzar el arma y salir.

Este reconocimiento le condujo á descubrir

una abertura muy estrecha en uno de los ángulos del muro vertical y de la bóveda.

Al punto empezó á labrar por allí, y sin gran trabajo hizo dos hendiduras en las que se apoyó, subiendo como por una escalera para tratar de agujerear el techo.

La piedra era dura y necesitaba el infatigable La Gazette tanta energía como destreza para salir con su empresa.

El hambre, el dolor, el deseo de vivir, triplicaron sus fuerzas, y despues de seis horas de trabajo como el de la gota de agua, que á fuerza de tiempo agujerea el mármol, el prisionero, profundizando el agujero que habia practicado, sintió tocar su espada con las losas exteriores.

Mientras una ráfaga de alegría se deslizaba en su corazon por este descubrimiento, la luz de su linterna lanzó una viva claridad, y se estinguió.

El normando tenia ya el hilo salvador que debia sacarle de aquel laberinto; trató de separar con su espada la parte caliza que sujetaba la piedra, y despues, reuniendo todas sus fuerzas, le dió un golpe de titan que hizo saltar uno de sus pedazos.

Al ruido que hizo la losa rompiéndose,

respondió otro como el de dos botellas que se hubieran chocado.

El prisionero deslizó una de sus manos por la brecha y la halló obstruida por un cuerpo movible que creyó reconocer por una cesta.

Dióle este encuentro mucho en que pensar; pero como era hombre que pensaba y obraba á la par, fué desocupando lo primero, rompiéndola por el cuello, una botella de Arbois, vino al que nuestro aventurero hizo justicia. Despues fué reconociendo las demás provisiones, y exclamó:

— ¡Virgen Santa! preciso es que yo sea un santo para que así me proteja la Providencia.

Entonces, como el agujero practicado no era aun bastante grande para dar paso á la cesta, La Gazette se puso de nuevo á la obra con una energía que estimulaba el olor de las viandas.

Despues de una hora de trabajo, el agujero, que no era bastante grande para permitir el paso á la cesta entera, lo era para permitirle á todos los objetos que contenia, incluso las piedras para echar yescas, y las bugías.

La Gazette colocó despues la cesta de modo que cubriese el agujero abierto, y se refugió en un rincon de su cueva, encendió luz y

empezó á comer y beber sin dejar de dar gracias á Dios.

—¿Y qué hago yo ahora? se preguntó el normando despues que impuso silencio á las más feroces exigencias de su estómago. A juzgar por los gustos de su apetito, todo esto me viene de un gascon: ¿qué pueden hacer los gascones por aquí, y qué quieren decir estas provisiones que tan bien me han venido á mí? La Gazette dejó trabajar su ingenio en una multitud de suposiciones que no le dieron el menor resultado, y decidió en vista de que ya tenía víveres, aguardar otras veinticuatro horas con el objeto de profundizar aquella misteriosa intriga. Nuestro normando era curioso por inclinacion y por sistema: decia que puesto que Dios todo lo ve y todo lo oye, la perfectibilidad humana debia consistir en una vista penetrante y un oido atento.

Por firme que fuera su resolucion de observar, la comida abundante que habia hecho despues de un ayuno de dos dias, le produjo una digestion penosa, cerrando los ojos á pesar suyo, y durmiendo por espacio de cuatro horas.

Al despertar el prisionero, que por precaucion habia apagado su bugia, creyó oir pasos encima de su cabeza, subió hasta el agujero

practicado, palpando á ver si estaba siempre cubierto por la cesta, siendo en aquel instante cuando Pampelonne, despues de haber encontrado la cesta vacía, reconoció á gatas el suelo, encontrándose su mano con la mano del capitán.

—¡Gran Dios! exclamó Pampelonne con el cabello erizado.

—¡Buenos dias, signori! repuso el normando adoptando un acento italiano.

—¿Dónde estais? exclamó el caballero, que sorprendido con aquel encuentro no sabia si dormía ó si velaba.

—Amigo mio, estoy en un sitio donde no se está muy bien; creedme.

—¿Pero estais debajo de mí? repuso Pampelonne guiado por la posicion vertical del brazo de su interlocutor.

—Sí, debajo, un poco más debajo, y nada bien á fe de caballero.

—¡A fe de caballero! exclamó el gascon como asaltado de un súbito pensamiento: seriais acaso... ¿qué haceis aqui?

—Permitid que ántes de contestar os haga una pregunta.

—Hablád.

—Se me ha recibido de un modo extraño en este castillo, para que yo no tome precau-

ciones antes de hablar: en cuanto á lo que hago, fácilmente se adivina: aburrirme soberanamente y estar á dieta.

—Hablad sin temor, creo que seremos amigos.

—¡Ay querido! os abrazaría de buena gana si pudiera: ¿habeis oido hablar de la marquesa Fabiani?

—Mucho; el año pasado cuando yo estaba en Venecia, todo el mundo se ocupaba de ella por sus obras de caridad.

—¿Vuestra señoría ha estado en Venecia?

—Un poco de tiempo; pero continuad.

—Pues bien; si conociais á la marquesa, conoceriais á su respetable padre.

—No tal, ni he oido hablar de él.

—Pues tiene el honor de saludaros, carísimo.

—¡Calle! ¿Seriais vos á quien el griego ha encerrado en un calabozo?

—Sí, por desgracia.

—¿Y la marquesa de Fabiani la que tenia detenida en el castillo?

—La misma: ¿qué ha sido de mi pobre hija? No sé nada de ella, absolutamente nada.

—Tranquilizaos: la marquesa no está ya en el castillo, sino camino de Paris y escoltada por un valiente caballero. ¡A fé mia, señor

marqués, que habla dado mi palabra de ponerlos en libertad, encontrándoos cuando menos lo esperaba!

—Hay que hacerle al griego la justicia de que me había escondido muy bien.

—Todos os criamos ya muerto de hambre.

—Y no os habeis equivocado del todo, estoy desfallecido; pero ¿qué buenos aires os traen por aqui?

La Gazette hizo esta pregunta como indiferente, pero se preparó á no perder ni una sola sílaba de la respuesta.

Pampelonne, creyéndole de buena fe padre de la Veneciana, contó sucintamente los sucesos que habian ocurrido en el castillo, acabando su relato con estas palabras:

—Despues me he refugiado en estas cuevas que he descubierto por una milagrosa casualidad, á fin de jugar alguna mala pasada á la guarnicion que nos han suplantado.

—Perdonad, amigo, si os importuno; pero ¿por qué dichosa casualidad habeis tropezado con este escondite? Cuando me condujeron á él vi abrir y cerrar tantas puertas misteriosas que solo al diablo creí capaz de dar con mi pista.

El normando queria profundizar el secreto del caballero; el gascon por su parte no queria

despertar ninguna sospecha en el que creía de veras padre de la hermosa dama, y temía que una palabra indiscreta trastornase sus proyectos; dijo, pues, que había atacado y muerto al sargento en el momento en que abría la primera puerta del subterráneo y que había abierto las demás con auxilio de unos alicates.

La Gazette no creyó una palabra de todo esto; pero persuadido de que no sacaría más, dijo dando otro giro á la conversacion:

—Pues que las puertas están abiertas, mi querido libertador, apresurémonos á salir ántes que se presenten otros obstáculos.

—Tranquilizaos; la puerta primera del subterráneo está cerrada; no soy yo tan tonto.

—Os felicito; pero ¿querriais proporcionarme una bugía, una linterna, cualquier cosa?... Me canso de vivir á oscuras.

—¡Pardiez! ¿No habeis desocupado vos mi cesta?

—Es verdad, me ha hecho un gran servicio, y es lástima que estuviera poco provista.

—¿Poco?

—Sí tal; yo no he tenido más que para cuatro comidas, y las dos últimas han sido ya bien frugales.

—¡Diablo! ¿Os habeis comido un jamon de cinco libras, cuatro quesos, dos barriles de

ostras, pan y vino abundante en cuatro comidas? ¡Teneis un apetito descomunal, señor marqués!

—Qué quereis, estaba en el tercer dia de ayuno; además la cuenta es fácil de sacar, he comido el jamon en mi primera comida; he comido el pan y queso en la segunda.

—¿Y qué habeis comido en la tercera?

—Las ostras y el pan que quedaba; para la cuarta ha sido lo lastimoso.

—¿Qué habeis comido?

—A falta de viveres las bugias.

—¿Las bugias? esclamó Pampelonne soltando una carcajada.

—En la guerra como en la guerra, carisísimo; en el sitio de Piombino comimos cosas peores; pero es igual: yo tengo un estómago de buen contento.

—Ya lo veo, ya lo veo, ¿y todo ha pasado?

—Absolutamente todo; ¿traeriais vos por casualidad algunas provisiones? tengo una sed terrible.

—¡Dios me perdone! Apresurémonos á salir de aquí porque á ménos de comernos uno á otro no sé como viviremos.

—Estoy á vuestras órdenes, ayudadme á agrandar este agujero que me ha costado har-to trabajo hacer.

—Dadme el martillo que venia en la cesta.

—No le he visto; habrá caído por ahí.

—No importa, golpearé con los alicates.

—¿Y quién os ha inspirado la buena ocurrencia de traer hasta aquí una cesta tan bien preparada?

—Para ofrecérosla, dijo imperturbable el gascon.

Esta respuesta pareció estraña al normando, que asaltado por un recuerdo súbito al oír cierta inflexion de voz del caballero, sintió una consoladora alegría, se tomó algunos minutos para calcular sus preguntas y sus respuestas, empleando este tiempo en ayudar al gascon que iba haciendo saltar poco á poco la piedra. Por fin dijo:

—Siento no haberos conocido cuando estovisteis en Venecia; ¿por qué epoca estabais en nuestro país?

—Hace cuatro meses.

—Por ese tiempo no se hablaba de otra cosa que de cierta aventura de la condesa Ruggieri y de un qoldam gascon que tuvo allí un lance poco caballeroso.

—¡Cómo! explicaos.

—Era un mancebo que se habia apasionado de la bella condesa que en cambio le profesaba la más cordial aversion.

—¡Bah!

—¡Qué quereis! no se puede amar á todo el mundo á la vez; la condesa amaba á su marido en público y distingula en secreto á un valiente que llenaba toda la Italia con su fama: La Gazette era un rival de César ó de Alejandro.

—Un villano.

—¿Por qué, mi buen amigo?

—Por nada; continuad, señor marqués.

—La Gazette se cuenta que gozaba el favor de la condesa, y como una noche descendiese por su ventana, le salió al encuentro el tal gascon, que le dió una puñalada, de la cual murió. ¡Verdad que es lástima que el asesino escapara? Toda la ciudad le hubiera visto colgar con gusto.

—La lástima es que no sea verdad nada de lo que estais diciendo, replicó lentamente Pampelonne. El noble gascon á quien ultrajais...

—¡Madre de Dios! no soy yo; es la opinion pública.

—Pues la opinion pública es una embustera, y aunque no debiera volver á Venecia más que para hacerla callar, volveria.

—Ya siento haberos hablado de esa bagatela; es amigo vuestro el gascon.

—Ya lo creo, soy yo mismo el caballero de Pampelonne.

—¡Oh Dios mio! me felicito por semejante encuentro; á decir verdad yo tenia por vos una aficion secreta.

El rostro del normando habia tomado una expresion diabólica, sus ojos brillaban en las tinieblas, acarició sus lábios con el extremo de su lengua como el tigre en el instante de caer sobre su presa y sintió una agitacion nerviosa, al comprender el verdadero objeto que habia llevado allí á Pampelonne; el caballero iba tambien en busca del tesoro de la gitana.

—Este es el primer golpe, pensó el capitán que te devuelvo por tu estocada; mas adelante veremos.

En cuanto al caballero, como no abrigaba ninguna duda sobre la identidad del padre de la marquesa, su único afán era desembarazarse coanto ántes de aquel importuno.

—Creo que ya podreis pasar por esta abertura, señor marqués.

—Probemos: ¡oh sí! ya tengo la cabeza fuera; per Bacco ¡qué bien se respira aquí! á ver, cogedme por debajo de los brazos y tirad.. así, ya estamos; señor gascon, ¿me permitis que os abrace?

—Abrazadme.

—Y ahora qué camino tomaremos para salir al campo?

—Seguidme; es la mitad de la noche, todo el mundo duerme en el castillo y nos será fácil huir.

—Pues vamos, tengo una impaciencia por abrazar á mi pobre hija! ¿Decis que vá bien escoltada? ¿y dónde la encontraré?

—Eso no sé, me figuro que camino de Paris; pero seguidme, estamos perdiendo un tiempo precioso.

Pampelonne condujo al normando hasta la plancha de hierro, cuyos cerrojos descorrió.

—¡Per Dio! que estais bien al corriente de los misterios de estas cuevas.

—He registrado todos los rincones para buscaros.

—Nunca olvidaré vnestra abnegacion; si alguna vez necesitais al marqués de Fabiani, preguntad por él, y os servirá.

—No lo dudo, pasad sin miedo; esta abertura da al foso de la ciudadela.

—Gracias, ¿pero no venis conmigo?

—No; aun tengo un último deber que cumplir.

—¿Un deber?

—O un capricho: quiero colocar un petar-

do en la escalerilla para hacer volar una parte del castillo.

—¡Per Bacco? Hé ahí un capricho que me encanta. ¿Teneis la pólvora necesaria?

—Tengo cuanto me hace falta, y no saldré de aquí sin haberlo arreglado todo á mi gusto.

—Entonces, buena suerte, amigo mio. El príncipe á quien servís es muy dichoso... pero perdonad; aun tengo que pedir os un favor. El gobernador griego me dejó sin un escudo ántes de meterme en ese nicho: ¿seriais vos tan bueno que me prestáseis?...

—Yo no soy rico; pero sin embargo, ahí va mi bolsa.

La Gazette, que llevándose un tesoro habia pedido un préstamo al gascon por exceso de disimulo, saltó el foso y se perdió en breve en la oscuridad.

—¡Gracias á Dios! se dijo el caballero. Por fin estoy solo: ahora, manos á la obra.

Correr á la cueva, deslizarse como una anguila por el agujero que habia abierto para el capitan, y palpar con sus dos manos el suelo para reconocerle, fué obra de un instante para el intrépido gascon.

—¡Todo se vuelven obstáculos! murmuró: ahora voy á tardar dos dias en tropezar con mi tesoro, porque ese sardanápalo de marqués no

ha tenido bastante con mis provisiones de boca para apagar su hambre canina. ¡Qué cocina, Dios mio! ¡qué estómago! No hay como un italiano para comer cosas tan asquerosas.

Pampelonne se detuvo, cruzó los brazos y murmuró sonriendo:

—A la verdad, que en este momento trocaria mis ojos, que M.me. de Fresne encuentra tan bellos, por unos ojos de gato, y que compraría a peso de oro una cerilla. Están interesados en mi empresa mi fortuna y mi honor.

Apenas Pampelonne habia manifestado este pensamiento con un tono medio risueño y medio pesaroso, creyó oír pasos encima de su cabeza. La proximidad de un nuevo peligro le sacó súbitamente de su inaccion, y sacando del cinto una pistola se acurrucó en un rincón, adhiriéndose todo lo posible á la pared.

Entonces oyó distintamente estas palabras, pronunciadas á media voz:

—¡Aquí está el paraiso!

—¡Diablo! murmuró el gascon para si; pues es un paraiso bien fúnebre. ¿Con quién voy a entendérmelas ahora?

Los enemigos de Pampelonne.

Pampelonne en su escondite oyó mover la losa que debía dar paso á la cueva inferior.

—¡Hola! ¡hola! pensó el gascon; este entra aquí como por su casa. ¡Buen secreto estaba el mio!

Una forma negra cayó de repente desde el techo al suelo, tomando poco á poco forma humana, y despues el personaje misterioso sacó de debajo de sus vestidos, que el gascon tomó al pronto por una capa, una linterna sorda, dirigiendo su luz hácia el ángulo donde la Gazette habia enterrado de nuevo el cofrecillo.

—Esto es, dijo en voz baja Jacobo Clemente á quien el lector habrá ya reconocido. Esto es; el rincon del Norte, á mano izquierda, con solo remover la tierra...

—¡Bravo! pensó Pampelone. Este mozo va á evitar que me ensucie las manos; mas vale así.

El monje colocó en el suelo su linterna dejando la cueva casi entera sumida en la sombra é iluminado solo el rincon donde era preciso trabajar. El gascon, en el ángulo opuesto, inmóvil, silencioso, contenia su aliento fijando en aquel trabajador misterioso una mirada ardiente, devoradora. Entregado á su ambicion, á su deseo de poseer cuanto ártes el tesoro, el sobrino de Halot volvía al gascon la espalda y sin cuidarse de si alguien le observaba, cosa que por otra parte no le podia ocurrir, sacó una pequeña pala que llevaba, empezando con ella á remover la tierra. Cuando tropezó con el sólido cofrecillo, se arrodilló, empezó á separar la tierra con las manos y levantó trémulo de emocion el pesado objeto de sus deseos.

—¡Gracias, padre! dijo entonces á su espalda Pampelonne con acento dulcísimo. ¡Os portais á las mil maravillas para desnichar mirlos!

El monje se estremeció de piés á cabeza,
PAMPOLONNE.—Tomo I.

oprimió el cofrecillo contra su pecho y volvió el rostro hácia el gascon.

El caballero exclamó:

—¡Mi jacobino! ¡Vaya Vd. luego a no creer en milagros! ¿Qué diablos venís á hacer aquí?

—He venido á tomar lo que es mio: ¿y vos?

—Yo á tomar lo que me conviene: con qué derecho sosteneis que es vuestro ese cofrecillo?

—Por derecho de herencia; soy el heredero del Sr. de Halot; ¿cuáles son vuestros derechos?

—¡Los del rey! Habiendo sido decapitado Mr. de Halot no tiene más heredero que el rey, y represento aquí á S. M.

—¡Sois hugonote!

—Me glorio de ello.

—¿Entonces que hay de comun entre el rey y vos?

—Halot ha muerto por servir la causa de S. M. Bearnesa, y al rey de Navarra represento aquí.

—No conozco por rey más que á Enrique de Valois.

—Entonces elegiremos otro modo de entendernos.

—¡Como gustéis!

—¡Me agrada vuestra réplica! Ella termina pronto el asunto.

Pampelonne, al decir esto, sacó una de sus pistolas, apuntando con ella al monje.

—Un momento; repuso Jacobo Clemente, que viéndose desarmado trató de ganar tiempo. Si los abogados tratasen de ganar de esa manera sus causas, su oficio no valdria gran cosa; escuchad las razones que voy á daros. Esta caja pertenecia al señor de Halot.

—No es muy probable, pero es posible; continuad.

—El comandante Halot era mi tío.

—No os felicito por ello: ¿y qué más?

—Mi tío, al morir, me ha dejado una doble herencia.

—Ha sido un buen rasgo de su parte.

—Por ella debo poseer este cofrecillo y devolveros junto ó poco á poco el mal que le habeis hecho.

—Comprendo: habeis heredado sus escudos y su odio.

—Yo os prometo renunciar á una de ambas herencias si me dejais escoger.

—¿Y entonces?

—Entonces me llevaré este cofrecillo sin mirar lo que contiene, y os tenderé mi mano en señal de reconciliacion.

—No podeis ser mas generoso; pero oid ahora mis proposiciones.

—Escucho.

—Empezad por dejar ese cofrecillo en el suelo, que si no lo sabeis, contiene algunos millone en piedras preciosas. ¡Vamos, pronto!

El monje apretó convulsivamente el cofrecillo contra su pecho y retrocedió un paso: Pampelonne sacó una segunda pistola, y dijo:

—Aun suponiendo que no os acierte con la mano izquierda, confesad que no sucederá lo mismo con la derecha; así, pues, no formeis cálculos y obedeced.

Jacobo Clemente lanzó en torno suyo una mirada feroz, y comprendiendo que toda resistencia era inútil, fingió resignarse y depositó el cofre a sus piés.

—¡Muy bien! dijo Pampelonne: ahora desatad ese cordon que rodea vuestra cintura... Así... Muy bien; haced un nudo corredizo.

El monje miró al gascon con sorpresa mezclada de terror.

—No temais, añadió Pampelonne; os prometo no atentar contra vuestra vida si sois dócil y prudente. Muy bien; es nudo perfecto; tened la bondad de pasar vuestras dos muñecas dentro de ese anillo... Bien; sois un valiente. Ahora sentaos y arrojadme el otro es-

tremo del cordon. Muy bien: os prometo de nuevo ser generoso.

Diciendo esto Pampelonne, tiró rápidamente del cordon, y apoderándose de los piés de Jacobo Clemente, los ató sólidamente uno á otro. El monje, pues, quedó tendido en el pavimento, pálido de rabia y de desesperacion.

Si yo no hubiera tomado estas precauciones, dijo Pampelonne con flemma: ¿no hubiera podido llevarme con comodidad esos pobres millones de que tanta necesidad tengo?... Comprendéis, ¿no es preciso toda la habilidad de un gato, y cuando os hubiese vuelto la espalda me hubiérais descargado un golpe con vuestra pala de hierro y no hubiera necesitado más. Ahora estoy perfectamente tranquilo, y no me resta más que desearos una buena noche y pedir os un pequeño favor: vuestro hábito y vuestro sombrero voy á tomarlos por un exceso de prudencia. ¿Quién sabe lo que puede suceder? Permitid, pues, que os desnude.

Jacobo Clemente se dejó desnudar sin proferir una palabra; pero su mirada revelaba la sorda cólera que agitaba su pecho.

—Este traje, dijo Pampelonne cubriéndose con los hábitos del monje, me sienta bastante

mal; pero me ha servido ya muy bien, lo que prueba que el cielo favorece el éxito de mis empresas: hagamos ahora el inventario de este cofrecillo. Represento á un principe magnánimo y quiero recompensaros régiamente, pero con una condicion: vais á darme el santo y seña para entrar y salir en la ciudad.

— Vos lo sabeis, sin duda.

— ¡No!

— ¡Bah! recordad bien; todo consiste en un poco de buena voluntad. Considerad que es en vuestro provecho; ¿cómo quereis que os mande un libertador si no entro en la ciudad donde tengo algunos buenos amigos?

— Joyeuse, para entrar, dijo el jacobino.

— Gracias: ¿y para salir?

— Guisa.

— Muy bien; esto trasciende á lla desde una legua: veamos ahora el cofrecillo... ¡Eh! ¿qué es esto! me parece que esta cerradura... ¡maldicion! ¡Estoy deshonrado!

Pampelone, que habia introducido su mano en el fondo del cofrecillo, la retiró violentamente golpeando el suelo con el pié. El monje hizo un esfuerzo para incorporarse, y lanzó sobre las piedras que rodaban de la caja una mirada estraviada, en la cual no obstante brillaba una alegría feroz. Una risa satánica en-

treabrió sus lábios, la desesperacion de su enemigo le consolaba casi de la ruina de sus esperanzas, y sin poder contenerse, exclamó con acento sentencioso:

—«¡Dios venga al débil y al oprimido!»

Pampelonne contempló al monje con aire estúpido, y sin responderle se paseó por la cueva con agitacion febril; su audaz arrojo, su espíritu aventurero, su imaginacion ardiente é ingeniosa, estaban paralizados y confundidos: todas sus ilusiones habian desaparecido en un minuto, dejando á su corazon presa de la desesperacion y la vergüenza! Por fin, sus lábios trémulos pudieron articular una frase, y exclamó:

—No tengo más remedio que hacerme matar!

Y como arrastrado por un vértigo, el gascón se abalanzó á la abertura practicada en el techo, se afianzó en sus puños y salió de la cueva sin escuchar á Jacobo Clemente, que gritaba:

—¡Eh! caballero, ¡por favor! no me dejeis así: ya no teneis que temer, desatadme.

Pampelonne corrió á la escalerilla, á la plancha que se habria sobre el foso... poco tiempo despues llamaba á una de las puertas de Angeres, decia al sargento de guardia el

santo y seña, y se dirigia apresuradamente hácia la casa de Mad. de Fresne, donde nosotros le precederemos algunos instantes para asistir al tocado nocturno de la hermosa viuda.

Estaba Mad. de Fresne en la misma habitacion donde la hemos visto al principio de esta obra; sus largos cabellos destrenzados tienen á la luz de las bugias un reflejo de oro, y su traje de luto hace resaltar la blancura mate de su cuello. El rostro encantador de esta mujer jóven, rica y elegante, tiene el sello de un profundo pesar y como por complemento á su melancolía; complemento que buscan todos aquellos corazones que sienten cierta voluptuosidad al alimentar sus propios dolores, Mad. de Fresne ha hecho cubrir de crespon negro todos los objetos de su habitacion; y su frente inclinada, su lánguida apostura, su triste mirada, la harian pasar por una magnífica estatua de desolacion.

Y no obstante se advertia en el abandono del traje de la hermosa afligida el arte que las coquetas no abandonan en ninguna circunstancia de su vida; que tengan la sonrisa en los labios ó el llanto en los ojos, esas mujeres tienen el fatal privilegio de encontrar en su alegría ó su dolor armas para seducir. Mad de

Fresne tiene la frente pálida; pero su palidez le sienta y maravilla y armoniza con la mirada melancólica que dirige en torno suyo; sus blancos pié estan calzados con zapatillas de terciopelo negro; su traje medio desprendido está pronto á caer, y sus manos se cruzan como para una oracion que no pronuncia. Su pensamiento se pierde en sombrías reflexiones ó en éxtasis de ventura.

Al lado de Mad. de Fresne encontramos á Luisa, su linda camarera, cuyas facciones y miradas indican una preocupacion aun mas grave que la de su señora.

Apoyada en la chimenea, su boca parece llena de la hiel que su corazon destila. Permanece inmóvil, silenciosa, prestando atenta oído al menor ruido exterior.

La ventana que da sobre el jardin está abierta; una brisa suave y embalsamada penetra en la habitacion haciendo oscilar la llama de las bugias.

—¡No vendrá! murmuró Mad. de Fresne; la noche está ya muy avanzada... ¡Oh, Dios mio! ¡le habrán muerto!

—No digais eso, señora, exclamó Luisa estremeciéndose ante estas últimas palabras; podriais llamar sobre él la desgracia.

—¡Y cómo esperar! Si vive, si no está he-

rído, ¿cómo no está aquí? ¿No es esta casa su único asilo? ¿No soy yo su único amor? ¡Te han engañado, mi pobre Luisa: ha muerto!

—Os aseguro, señora, que he preguntado á los mismos soldados que han tomado el castillo y deben la vida á la capitulación. Todos aseguran que el caballero no había muerto cuando las tropas del rey entraron en el castillo: si estuviera prisionero, también lo sabríamos. No es tan insignificante persona que no se hubiera hablado de su cautividad.

—Entonces, ¿qué ha sido de él? ¡Hace veinticuatro horas que espero! Es demasiado hábil para haberse espuesto á atravesar el país que sabe está ocupado por las tropas reales; solo viniendo aquí podía encontrar un asilo seguro; por otra parte, me ama demasiado para huir sin darme el último adiós. ¡Oh! Si hubiera tenido la cobardía de partir sin verme; si hubiera olvidado todo lo que me debe; si hubiera despreciado hasta ese punto á la mujer que todo se lo ha sacrificado, ¡pobre de él! exclamó Mad de Fiesne, en cuya mirada brilló un rayo de cólera. Mi alma sería bastante fuerte para hacerle morir en el mismo instante.

—Sí, te reconozco; murmuró para sí la joven.

—Me dirás que al venir aquí, al entrar de

nuevo en la ciudad espone su cabeza: ¿no he espuesto yo la mia favoreciendo sus proyectos? ¿No soy yo quien por secundar su ambicion ha favorecido su audaz empresa? ¿No he sido bastante criminal para sacrificar á su gloria hasta á mi marido? Yo no he retrocedido ante ningun peligro para halagar á ese mancebo que ha sabido hacerse dueño de mi corazon; ¿y él retrocederia al venir á probarme su amor, su gratitud? ¡Oh, no! No hay hombres tan cobardes: si el caballero de Pampelonne me ama, vendrá; si no viene, es que no me ama.

Un ruido precipitado de pasos resonó en la antecámara: la puerta de la habitacion se abrió violentamente, y Pampelonne entró diciendo con aire brusco:

— ¡Un caballo, Luisa! ¡Un caballo, señora!

— ¡Ah! ¡Me ama, me ama! exclamó Mad. de Fresne adelantándose á recibir á su amante.

— ¡Cielos! Dijo Luisa con acento trémulo: ¿os perseguirian?

— ¡Oh, no!... digo, sí. En fin, ¿qué os importa? Un caballo: el vuestro, señora: le conozco, es rapido, seguro; ese es el que necesito.

Mme. de Fresne, trémula al oír aquellas frases, fijó en el caballero una mirada inquieta, tratando de averiguar la causa de su agitacion unida á su frialdad,

—Puesto que la señora parece no comprenderme, á tí me dirijo, Luisa: haz que me ensillen, sin pedirme esplicaciones, el caballo mismo de tu amo.

—Voy al punto.

—No os movais, Luisa, os lo prohibo; exclamó su jóven señora.

—Y yo, señora, os lo ordeno; interrumpió el caballero señalando á la camarera la puerta con ademan imperioso.

Luisa salió: Mme. de Fresne, aterrada por aquel tono de autoridad y aquel lenguaje, se apoyó en el respaldo de un sillón para no caer; balbuceó algunas frases ininteligibles, y despues, mas repuesta, murmuró:

—Creo, caballero, que me hareis el honor de esplicar vuestra conducta.

—He arriesgado mi cabeza para no privaros de esa satisfaccion; escúchame, pues. No seré largo, y sobre todo no me interrumpais: reservad vuestros reproches, vuestras quejas y vuestras lágrimas para mejor ocasion.

—Vuestras órdenes se están ejecutando, señor, dijo Luisa entrando; dentro de algunos minutos podreis montar á caballo.

—¡Salid! interrumpió severamente su señora.

—Quedaos, Luisa, repuso el caballero: no

me pesa que esta jóven se entere de que nunca os he amado, nunca; ¿lo entendeis?

Mme. de Fresne se estremeció; sus rodillas temblaron, sus labios se movieron con agitación; su mirada penetró como un hierro ardiente en el corazón de Luisa, cuyo rostro se dilató con alegría.

—Yo era el enemigo mortal de vuestro esposo, y le he dado la muerte: no he sido vuestro amante más que por vengarme con más seguridad de Fresne y de Halot, ambos verdugos de mi familia. ¡Mi triunfo ha sido completo! Tenia necesidad de un auxiliar poderoso, y vuestra posición en la ciudad, la fama de vuestras aventuras me hizo fijar los ojos en vos; al morir el capitán Fresne ha sabido por mi boca la estratagemá de que ha sido víctima; nada le he ocultado; ni la falsa pasión que os he mentado, ni el olvido que os reservaba. He empleado un ardid de guerra, y vengo á devolveros vuestra libertad: sé que sois estraña á los crímenes de vuestro marido; pero lleváis su nombre, y esto me basta para miraros con horror. Vuestro marido, al morir, me ha dicho que os encargaríais de vengarme; yo me he sonreído, y vengo á comunicaros su deseo: el comandante Halot ha dejado también como vengador á un jacobino. He podido aplastar

esa vívora con mis piés; pero la dejo vivir para que, uniéndoos ambos, podais concertar mejor mi perdicion. Os desafio á los dos, y os espero. Mañana ireis al castillo; hareis arrancar una puerta de hierro que encontrareis en la galería que conduce á las cisternas; ella os dara paso hasta un subterráneo, donde encontrareis ese digno asociado. Amo demasiado el peligro y las emociones de la guerra para no facilitaros los medios de perseguirme. Hubiera tenido piedad de vos, si fuérais digna del amor que habeis creido inspirar; pero mi corazon es jóven; el vuestro está gastado: no éramos el uno para el otro. Vuestra vida es una vida de venturas; la mia es la de un soldado entusiasta de su príncipe y de su gloria. Adios; vuestro caballo va á prestarme, á pesar vuestro, un señalado servicio poniéndome en breves horas del alcance de mis enemigos.

Pampelonne salió rápidamente, y Mme. de Fresne, envolviéndose en un manto, se preparó á seguir al caballero.

—¿A dónde vais, señora? preguntó Luisa dulcemente.

—Sigueme; acaso l'eguemos ántes que él al primer cuerpo de guardia; le haremos reconocer, aprisionar, y que pague caro su insolente audacia; ven.

—¡No pasareis! repuso la jóven cubriendo la puerta con su cuerpo.

—¡Desgraciada! ciérrame el paso, y mueres, exclamó Mme. de Fresne con impetuosidad, adelantándose á sacar un puñal que guardaba en el cajon de un mueble.

—Os lo he dicho: no saldreis de este cuarto.

Mme. de Fresne se detuvo prestando atencion al galope de un caballo que se alejaba, y despues, lanzánlose sobre Luisa, exclamó con acento delirante:

—¿Por qué le defiendes, miserable?

—¡Porque le amo! repuso la jóven con energia que se estinguió en un gemido.

Apenas pronunciada su última frase, la jóven cayó bañada en su sangre.

Pampelonne entre tanto había salido de la ciudad sano y salvo, aprovechando las horas que aun quedaban de noche para alejarse de aquella ciudad entregada á los católicos: todo el pais estaba ocupado por las tropas, y á cualquier lado que volvía los ojos distinguía las hogueras de un vivac. Pampelonne había necesitado toda su destreza, toda su astucia para salvar las avanzadas y patrullas que le habían salido al paso, y cada vez que encontraba terreno libre ante sí, soltaba brida á su caballo

dirigiéndole hácia Saumur, donde esperaba encontrar el ejército del príncipe de Condé.

En ménos de tres horas el gascon habia salvado las trece leguas que separan á Angers de Saumur: su caballo, destrozado por esta carrera forzada, estaba estenuado de fatiga y de hambre, la campiña en los alrededores de Saumur estaba solitaria, desierta.

No sabia Pampelonne qué pensar de aquel sombrío silencio, aunque habia sabido que el ejército del príncipe estaba á la ribera izquierda del Loire: parecia que aquel ejército huia delante de él. El alba comenzaba á despuntar, su caballo se resistia, su estómago se debilitaba... era preciso tomar un partido. Sin vacilar se dirigió á una casa de pobre aspecto, cuya puerta y ventanas estaban cerradas: echó pié á tierra aplicando su oido á la cerradura á ver si podia adquirir algun dato ántes de llamar.

Lo primero que oyó el caballero fué el chillido ahogado de una gallina á quien sin duda retorcian el cuello.

—«¡Esto es lo que me conviene! pensó el gascon: llego á tiempo.»

Despues escuchando de nuevo, oyó uno de esos relinchos característicos que dan los caballos cuando se les lleva el pienso.

—¡Esta es una bendición! Aquí se atiende á las personas y á los caballos.

Aplicó entonces el oído á una de las ventanas bajas, miró despues por la rendija y vió á dos monjes desplumando el uno un magnífico gallo, mientras el otro preparaba un buen fuego: ambos volvian la espalda á la ventana, de modo que nuestro gascon no podia ver sus fisonomías; pero resuelto á participar del festin, murmuró tocando á la ventana:

—Hermanos; dice, si no me engaño, la escritura al tratar de los alimentos, que donde hay para dos, hay para tres.

Estas palabras parecieron promover gran agitacion en los que estaban dentro, y corriendo uno de ellos á la ventana, exclamó:

—Mr. de Pampelonne.

—¡Calle! ¿Eres tú, Laprairie? ¿Sois vos Gourdon? ¡Pardiez! ¿De dónde venís, amigos?

El vizconde habia acudido á la exclamacion de sorpresa de Laprairie, tendiendo la mano á su amigo y hasta queriendo estrecharle entre sus brazos.

—¿No hay sitio para mi caballo? preguntó Pampelonne.

—Sí por cierto: ¿donde está? vamos á abrir la puerta.

El gascon condujo á su caballo por la brida.

le hizo entrar, le acomodó junto á dos mulas que habia en la caballeriza, y sentándose cerca del fuego entre el sargento y el vizconde que asaban el gallo despues de haberle atravesado en la baqueta de un mosquet., dijo riéndose de aquellos improvisados cocineros:

—¡Ante todo hablemos de politica! ¿dónde está Mr. de Condé?

—No lo sé.

—¿Y su ejército?

—Repartido por varia partes.

—¿Cómo repartido? esplicaos: ya no habitamos el pais de los misterios. En Angeres sentaba bien; pero a ,ui seria mal sano ese lenguaje.

—A fe mia, no invento nada: el príncipe se ha dejado envolver por Joyeuse, por Mayena y por Brissac; y no pudiendo avanzar ni retroceder, han tenido que dispersarse, dandose cita para la Rochela.

—¿Es verdad, por desgracia! reposo el valler te Labrairie. ¡Hemos hecho una bella jornada, a fé mia! Me alegro por mi parte de no estar casado: al ver la rueca de mi mujer, me moriria de vergüenza; el príncipe y el duque de Tremoille se han disfrazado de carneros, y descenden por el Loire; Rosny se ha fingido labrador, y pasea sus propios caballos de pra-

do en prado; Laprairie y yo, ya nos veis disfrazados de monges. En cuanto á lo que haremos ni adonde nos dirigimos, no podemos deciros nada.

—Y vuestra archiduquesa, ¿qué habeis hecho de ella?

Gourdon fijó en su amigo una mirada melancólica.

—Ya sabeis que entiendo poco, dijo Pampelonne, de suspiros y miradas. Habladme en frances, en italiano, en lo que querais, si habeis de hacerme el honor de una confidencia.

—Pues bien; habriamos andado como una legua por el camino de Paris, cuando la hermosa veneciana, tendiendome su mano, me dijo con un acento que no olvidaré jamás: «Señor vizconde, sería una infamia de parte mia llevaros mas tiempo á mi lado; el pais que atravesamos está ocupado por vuestros enemigos que no lo son míos; vuestro deber, vuestro honor os llaman al otro lado del Loire; obedecedme, y marchad.

—Dejaos sola y á pié en medio de la noche, sin más compañía ni más defensa que esta pobre niña no lo esperéis, dije yo:

—Es preciso; llamaré en aquella casa que se distingue allá abajo; si me reciben bien, me dareis en la puerta el último adios. No temais;

mi nombre es un escudo, ningun súbdito del rey de Francia se atreveria á faltarme al respeto sin incurrir en un grave castigo.

—»Pero ¿quién sois vos, señora?

—»La marquesa Fabiani.

—»Ese nombre será un incógnito.

—»Ese nombre es el mio, os lo juro. Vamos, alejaos por favor: yo os lo ruego.

—«¡Lo rogais! Es una órden la que recibo.

—»Pues bien, obedeced á ella; más tarde ó más temprano será recompensada vuestra sumision.

—»¡Oh, señora! La recompensa que yo envidio podeis dármela en este instante.

—»Hablad.

—»Dejadme imprimir un beso en vuestra mano.

—»Tomad.»

Llegamos á la casa que habia señalado la marquesa; llamó, abrieron, aguardé un instante, y volvió la encantadora Venecia á decirme:

—«Se nos recibe con amabilidad. Vuestra mision ha terminado, noble caballero. La señora marquesa me ha encargado que os dé las mas espresivas gracias.

—»¿Y no volveré á verla más?

—> Jóvenes somos los tres: el porvenir es nuestro. Esperad en él.

—> ¿Y dónde volveremos á encontrarnos?

—> A vos es á quien lo podíamos preguntar.

—> Si escapo de los peligros que me cercan, mi puesto está al lado del rey de Navarra; mi nombre...

—> Le sabemos de memoria.

—> Quizá será pronto olvidado.

—> Os equivocais, murmuró la jóven, y se alejó rápidamente cerrando la puerta tras sí. Yo me encontré solo en medio del camino, rodeado de tinieblas, y con el alma henchida de un dolor que solo tenia para mitigarse la débil esperanza de la negativa de la jóven al partir.»

—Amigo mio, vuestra historia está demasiado oscura para mi pobre cabeza: nunca he sabido descifrar enigmas. Creedme; dejad correr en paz á vuestra marquesa, y contentaos con desearla buen viaje. No sé por qué me parece que os ha de proporcionar alguna desgracia esta aventura.

— Tú sabes tambien que ella es marquesa.

— Sí.

— ¿Quién te lo ha dicho?

— Alguno que debe saberlo.

—¿Pero quién en fin?

—El señor marqués su padre: un mozo que come como un avestruz y charla como una co-torra: yo conocia un poco á esa hermosa se-ñora:

—Espílicate, por favor: ¿dices que su pa-dre...

—Sí; pero mira, al hablar de ese Ogro, mi estómago se subleva. ¡Eh! Laprairie, ya está bien asado ese gallo: si le dais un par de vuel-tas más no va á tener más que la piel y los huesos.

—Os decia, continuó Pampelonne, mien-tras entre todos daban buena cuenta del gallo; os decia que he conocido á la marquesa hace unos cuatro meses, cuando yo estaba en Ve-necia en negociaciones de nuestro pobre rey, cerca del conde de Ruggieri, cerca del Sena-do. Es decir, al afirmar que conozco á la mar-quesa, voy un poco mas allá de lo justo; no la he visto nunca, pero he oido hablar de ella siempre con elogio; ya sabeis, amigo, que si las mujeres me hicieran quemar vivo, ten-drian cien veces razon, porque soy su mayor enemigo. Hasta hoy no he amado ninguna. ¡Dios me lo perdone! podria citar una media docena que han sentido por mi pasiones vol-cánicas.

—¡Vanidoso!

—Es posible; pero entre ese número podría citar a la condesa Ruggieri, esposa de ese senador tan viejo y feo como su esposa joven y bonita: para servir mejor los intereses del rey entablé negociaciones con la condesa, lo cual ya comprendéis que era más agradable y más breve: es mi sistema atacar á los maridos por su lado más vulnerable, e to es, por su mujer. Siempre me ha dado buen resultado este sistema, en Venecia, en Suiza y últimamente en Angeres. Mi hermosa, pues, era quien me referia las historias picantes de las damas de Venecia, y en ellas jugaba gran papel la marquesa Fabiani.

—¡Gran papel! ¡Oh! acabad.

—Si os en:adais a la primera palabra, no diré ni una más: hé aquí lo que son los enamorados; mucho rogarle a uno que hable y se enfurecen en cuanto se les dice algo que ignoran. Parece que la marquesa era víctima de un gran pesar: hacia algunos años que era ella la primera que figuraba en paseos y espectáculos; so lujo oscurecia el de todas, su hermosura hacia inclinar todas las frentes... un año después de pasar el rey de Polonia por Venecia, no se oia hablar y de aquella ilustre patricia, y su palacio, cerrado á amigos y

enemigos, no fué más que un magnífico sepulcro donde se enterró viva. Entonces se divulgó el rumor de que la marquesa se había enamorado de algún noble francés, cuyo nombre no he podido saber, pero que sin duda la pagó mal, esta es la historia: confieso que tuve intencion de asaltar su casa y consolar á la hermosa aflijida...

—Hubieras tenido la audacia...

—¡Vaya si la hubiera tenido! lo impidió una aventura desagradable que me sucedió al pié mismo de las ventanas de la condesa, la cual me quitó la gana de escalar ventanas en Venecia... Pardiez, sargento Lapraririe, cuando volvais á hacer vuestras provisiones de boca dejad vivir los gallos y matad los capones y las gallinas. Vuestro asado no tiene el menor gusto ni sustancia. ¿Es una calabaza lo que llevais pendiente del cinturon?

—Sí tal.

—Pasadmela, pasadmela, sienta muy bien echar un trago despues de haber comido.

—Hemos sacado en limpio de tu historia, repuso Gourdon, que no sabes una palabra respecto á la marquesa.

—Enhorabuena; pero oid un consejo: si os llegais á casar con vuestra linda marquesa,

separaos del avestruz del señor marqués, su padre.

A estas palabras contestó una carcajada de Gourdon.

—¿Os reis? Bien se ve que no conocéis á S. E.

—¡Es decir, que encontraste al pobre diablo! ¿Dónde le habian metido?

—Paréceme que hablais con poco respeto de vuestro futuro suegro.

Gourdon redobló sus carcajadas, y repuso:

—Vamos, hazme el retrato de ese pobre hombre.

—Imposible, no le he visto.

—¿Cómo?

—Porque el señor marqués... En fin, vos lo quereis, y voy á contaros la cosa con todos sus detalles.

Pampelonne refirió entonces cuanto habia pasado entre él y el normando, reservando únicamente el motivo que le habia llevado al subterráneo, pero sin omitir ni aun lo de las velas devoradas por el supuesto marqués. Gourdon seguia riendo.

—En vuestro pellejo yo, no estaria tan alegre, repuso el gascon; y temblaria por mi pa-

rimonio al tener que sustentar á un hombre semejante.

—Tranquilízate, mi pobre Armando, tranquilízate; el señor marqués no es más que un falsario; un marqués por tizo: ahora puedo confesártelo ya.

—¿Qué quereis decir? repuso el gascon haciendo un gesto dramático.

—Digo que la marquesa no tiene padre: que viajaba acompañada por ese aventurero, á fin de llevar alguien que la escudase y defendiese, y que el griego Ancyre, engañado por el papel que desempeñaba el capitán La Gazette, le hizo encerrar en un calabozo.

—¿Qué! ¿qué nombre habeis pronunciado?

—El aventurero La Gazette, ó si lo quieres mejor, el capitán, un astuto normando que estaba pereciendo en Venecia, cuando la marquesa le tomó á su servicio.

—Y es á él á quien he libertado... El, quien... ¡Ah! ¡soy un estúpido! Ese normando me ha robado... me ha deshonrado! El es quien... ¡no hay duda! ¡no hay duda! ¡Vizconde, habeis arruinado á nuestro rey!

—¿Estás loco?

—Sí, pero de rabia, de furor; y ¡dónde encontrar ahora á ese miserable!... Gourdon,

ved ahí el inconveniente de comprometerse por mujercillas.

—¡Pampelonne!

—¡Eh! Lléveos el diablo, si os incomodais; me han burlado, y tengo el derecho de jurar, de renegar . . . lleve el diablo vuestros amores, vuestras encubiertas... ¡Habeis hecho una buena jugada! Si nuestro rey os hace decapitar cuando os vea diré que tiene tanto talento como se le concede.

Después de esto, Pampelonne se levantó; paseó por la estancia con agitacion, tirándose de los cabellos y pegando patadas y puñetazos. Gourdon le dejó; conocia su carácter, y sabia que aquella borrasca no seria de larga duracion; no podia dudar, por otra parte que la desesperacion de Pampelonne dejase de tener un motivo real.

Pampelonne se fué tranquilizando poco á poco: se supo dominar de tal manera, que pronto pareció haber olvidado el objeto de su conversacion y hasta su violenta cólera; no obstante, su frente permaneció sombría, y la sonrisa que animaba siempre su rostro no apareció sobre sus labios.

—¡Marchemos! dijo de repente; no podemos estar aquí más tiempo sin arriesgar la piel, y ahora más que nunca necesito la vida.

Los tres hugonotes recobraron sus cabalgaduras, y calcularon por dónde podrían llegar sin obstáculo hasta Montalban, donde estaba el rey de Navarra y su corte. Laprairie, disfrazado de monge, se encargó de recoger limosnas para los tres. Gourdon hablaba latín, daba consejos y curaba á los enfermos, y Pampelonne distribuía amuletos, y predicaba la caridad como el medio mejor de ganar el cielo. Por fin llegó un día en que apercibieron las torres de Montalban.

—Por última vez, dijo Gourdon á su amigo, ¿querrás decirme lo que hay de comun entre nuestro rey y el normando La Gazette?

—¡Es mi secreto, y el diablo me lleve si os confío una sola palabra!

El rey de Navarra esperaba en Montalban las primeras hostilidades de la liga y la corte de Francia reunidas; habia dividido sus tropas en tres cuerpos de ejército: uno en la Rochela, al mando del príncipe de Condé; otro al mando del conde de Turena en Armagnac; y el tercero, compuesto casi todo de caballería, estaba á la derecha del Gaona. Sin dinero, sin más apoyo que la abnegacion de sus tropas, el Bearnese estaba detenido en Montalban, sin poder utilizar los recursos que más adelante arrancaron de mano de los Guisa su real

herencia. Instruido de la toma del castillo de Angeres, habia reanimado el valor de sus tropas, y despachado un correo á Mornay, su embajador en Alemania, para que éste le enviase diez mil hombres, con los cuales queria ofrecer á Enrique III esterminar la liga.

Con una marcha atrevida y á la cabeza de veinte mil hombres, era como el rey de Navarra queria ir á designar al rey de Francia los verdaderos enemigos de su corona. Pero el dinero no venia, y el Bearnés no podia moverse de su sitio; los oficiales se regocijaban con su rey de la toma de Angeres, cuya plaza les abria la marcha hasta Orleans y Paris, dándoles posesion de un pais rico y fértil; pero no se podian esplicar por qué el rey les hablaba sin cesar de una mina de oro con que en breve debía enriquecerse el partido.

La vispera de la llegada de Gourdon y Pampelonne, el baron de Rosny habia entrado en Montalban, y anunciado el primero la derrota del principe de Condé.

—¿Y el castillo de Angeres? preguntó el rey.

—Se dice que está en poder de nuestros enemigos despues de una resistencia digna de los que le guardaban.

—¿Y nuestros bravos gascones?

—Unos dicen que los han colgado, otros que han logrado escapar, y otros que han muerto en la brecha.

Estas noticias tan contradictorias dieron por resultado al rey de Navarra una inquietud mortal.

Al día siguiente entraron á anunciar al Bearnés que Gourdon y Pampelonne, disfrazados de monges, acababan de llegar y solicitaban una audiencia. El rey corrió á su encuentro, los estrechó con cariño, y arrastrando á Pampelonne hácia su gabinete, exclamó:

—Bien sabia yo, caballero, que no serias bastante necio para hacerte matar sin provecho. ¿Y cómo están nuestros negocios? ¿cuéntame todo lo mas interesante: qué hay de los diamantes?

—Señor, repuso el gascon turbado, habia prometido á vuestra magestad traer un cofrecillo lleno de diamantes, ó mi cabeza... ¡Aquí está mi cabeza! En cuanto á los millopes, renuncio á encontrarlos porque han pasado desde la cueva de la ciudadela, á los bolsillos de un normando, que ni el mismo diablo dará con el.

El rey hirió el suelo con el plé, y exclamó:

—¡Y mis soldados! ¿quién los pagará, res-

ponded; tomarán ellos á buena cuenta la cabeza que me ofreceis?

—En cuanto á eso, señor, creo que no, por mucho que valgan las cabezas de ganado en su país.

Esta contestacion dada con tanto aplomo, dispó el mal humor del Bearnese que tendió la mano á Pampelonne, y dijo sonriendo:

—Ya tomarás tu revancha: no pensemos más en ello. Me han contado parte de tus aventuras en Angeres: cuéntame cuanto has imaginado y hecho; ya que vuelves con las manos vacías, entreténme al ménos.

Pampelonne no se lo hizo repetir, y refirió con tanta gracia todo lo ocurrido en Angeres, que el rey lloraba de risa cuando el gascon terminó con estas frases:

—Ya veis, señor, que el vizconde de Gourdon, que tanto nos ha servido, ha sido el que nos ha burlado con sus amores por la hermosa Veneciana. Si me hubiera prevenido á tiempo que el tal marqués era un normando, no me hubiera burlado á fe de gascon. ¿Y dónde hallarle ahora, y aunque se halle, cómo hacerle confesar? Antes os prometeria destornar al Papa y cantar misa en su lugar, que arrancarle los diamantes á ese aventurero. Os pido como única gracia, que no guardéis rencor

al vizconde: el pobre diablo está desesperado con sus amores, y si perdiera vuestro favor, se haría matar en la primera escaramoza, y su espada vale más que ese maldito cofrecillo, cuyo recuerdo me entristecerá toda la vida.

El rey de Navarra estrechó la mano de Pampelonne, y salió del gabinete: Gourdon esperaba á la puerta que le llegase la vez para su audiencia.

—Me alegro de veros, Gourdon, dijo el Bearnés sonriendo.

Y á media voz, añadió:

—Gracias á vos, vamos á emprender la guerra con el estómago vacío y la ropilla rota.

—Señor...

—Os debemos cien mil escudos, que no podremos devolveros tan pronto.

—Señor, cuanto yo poseo es vuestro; pero decidme: Mr. de Pampelonne, ¿asegura que os he arruinado?

—Completamente, vizconde. Señores, añadió dirigiéndose á sus oficiales, esta noche montamos para sorprender á Cahors; á falta de dinero, utilizaremos el hierro y el plomo que nos quedan. Mr. de Gourdon, partireis mañana para el Delfinado, donde Lesdignieres me pide un refuerzo: ya veis que suplo la cantidad por calidad.

Y despues, bajando la voz, dijo:

—Si os alejamos un poco de tiempo de nuestra persona, es por daros algun castigo por el estado en que por vos se encuentra nuestro tesoro.

Cuando se vieron solos, dijo el vizconde:

—Por favor, Pampelonne, esplicadme la palabra de este enigma; mira que esta vez me enfado de veras.

—Imposible, querido, ahora es el secreto del rey.

—¡Eres inaguantable, y al fin acabaremos por rompernos la cabeza! murmuró el vizconde separándose bruscamente de Pampelonne, que reia con toda su alma.

FIN DEL TOMO PRIMERO.